

Reminiscencias de una Vida

Fuente de la Plaza de Toros (hoy Mercado Alcalde), ya desaparecida; al fondo la tienda "El Castillo", donde transcurrieron los primeros años de Zuno.



JOSÉ GUADALUPE ZUNO

*REMINISCENCIAS
DE UNA VIDA*

Biblioteca de autores jaliscienses modernos
G u a d a l a j a r a 1 9 5 6

BIBLIOTECA DE AUTORES
JALISCIENSES MODERNOS

2

JOSÉ GUADALUPE ZUNO
*Reminiscencias de una
v i d a*

REMINISCENCIAS DE UNA VIDA

N O LLEVAN jactancia estas memorias. Cuando mucho, a veces parecerán inmodestas, porque no ocultaré ninguna satisfacción, ningún disgusto que me provoque el recuerdo de motivos agradables o desagradables. No pretendo que lo que yo recuerde sea la verdad. Cuando mucho será *mi verdad*, porque a tan larga distancia, las cosas suelen verse de muy distinta manera por unos o por otros. Aun las visiones cercanas se disuelven o se precisan de acuerdo con las pupilas de cada quien. La verdad se tuerce con intenciones también torcidas cuando así se quiere. Yo no lo quiero. Diré aquí lo que recuerde al volver vista y memoria por entre nieblas cada vez más densas y espesas, hasta que de la más profunda oscuridad brote el primer destello de razón y de luz. El orden cronológico no será mi ruta al relatar mi vida y mis experiencias, sino que dejaré correr con cuanta naturalidad pueda, el impulso sentimental y visionario; y hasta, a veces, tal vez diré fechas erróneas y nombres que no existieron, que no fueron o que eran distintos. Culpa será de la imaginación, de mi imaginación. Tendrá sentido propio cada error. En otras ocasiones podré ser rudo, o quizá indiscreto, pero sin dolo ni morbosidad malevolente, sino tan sólo verídico a la manera que ya dije antes.

Entraré, de tal manera dispuesto, hasta los últimos años del siglo pasado buscándome a mí mismo con mi propia linterna en largo viaje retrospectivo.

La Plaza de Toros, ahora Mercado Alcalde, era una amplia explanada en cuyo centro se encontraba una gran pila de piedra de tipo colonial, con bebederos para las bestias de carga que se aglomeraban en su derredor, abrumadas por el peso de los huacales llenos de loza de barro de Tonalá, de Tlaquepaque y de los pueblitos cercanos. Todos los del rumbo oriente de la ciudad, se dedicaban a la alfarería, fabricando en Tonalá vasijas finas preciosamente decoradas y coloreadas; en Tlaquepaque, monitos, animalitos y loza más gruesa, sin esmaltar; y de Zalatitán, de San Gaspar y San Andrés, se traían cántaros, ollas, apastes y tinas grue-

sas. En un círculo más amplio cuyo centro era la gran pila, se extendían los puestos de los indígenas, desplegando sobre el piso de tierra apisonada la multitud de objetos pintarrajeados en los que predominaba el rojo indio.

Hacían también irrupción en aquel tianguis de la alfarería, inditas correteando con pasos menudos detrás de sus borricos cargados con gallinas, guajolotes y puerquitos. Otras pregonaban sus jocoquis, gorditas de horno, tamales, atoles y muchas variedades más de comidas indígenas y criollas, que se expendían en otros puestos colocados en las esquinas de la gran plazuela, y que se componían de anchos anafres con grandes comalones y enormes ollas que despedían apetitosos olores.

Naturalmente entre todo este pintoresco cuadro pululaban anacrónicos catrines, muy pocos por cierto, y muchos peladitos y mujeres del pueblo, otras criollas y muy pocas catrinas. No faltaban el abusivo cobrador del Ayuntamiento, ni el aguador con su borrico, cargando cuatro cántaros rojos, llenos del desde entonces escaso líquido, ni dejaba de hacer cuerpo de presencia el cuico con su macana, ni el charro donjuanesco, ni el borrachín pícaro y gritón. Los mesones de los alrededores se encontraban repletos de recuas, indígenas y rancheros que acudían a realizar sus productos o a comprar lo que necesitaban.

En la esquina oriente-sur de la plaza, se alzaba modesta casa en la que estaba instalada una tiendita de abarrotes, y en el segundo piso la casa habitación. La tienda era de mi padre y en el altito vivíamos él, mi madre, mis hermanos, Alberto y Salvador, y yo. Es en este escenario que así puedo describir ahora, en el que se afianzan mis primeras experiencias, mis más antiguos recuerdos. Nada apunta mi memoria antes de ello.

Llamábase mi padre Vicente Zuno Estrada y mi madre María Trinidad Hernández Gómez de Zuno. Él había nacido en La Barca, Jalisco; ella en la hacienda de Buenavista, Michoacán. Casaaron en la hacienda de San Agustín donde mi abuelo paterno era administrador y mi padre tenedor de libros y maestro de la pequeña escuela rural. Mi abuelo había sido miembro de la acordada juarista de Buenavista. Emigró hacia La Barca por no haber tolerado las imposiciones brutales del Burro de Oro, don Francisco Velarde, general imperialista dueño de Buenavista y de todas las grandes haciendas de los valles de La Barca, Zamora y La Piedad. Martín Gavica, español, esposo de la dueña de San

Agustín, era un europeo caprichudo que quiso poner las cadenas gachupinas en las canillas varoniles de mi abuelo, quien las rechazó enérgicamente y emigró con sus hijos y nietos rumbo a la capital jalisciense.

Dos años no cumplidos contaba yo entonces y era el único hijo, pues Alberto ya nació aquí en la casita que he descrito; y a los dos años siguientes nació Salvador. Mi abuelo y mis tíos maternos, conocedores del ramo de ganadería, se dedicaron a la compra y venta de reses para el rastro y pronto hicieron buena fortuna; sólo uno de ellos, don Constancio Hernández, estaba estudiando la carrera de abogado, después de algunos años preparatorios en el Colegio de San Nicolás de Morelia, y en el Seminario de Zamora, recibiendo brillantemente en Guadalajara, allá por 1900.

Mi padre era dibujante y con él, trepado en el mostrador del tendajón en las horas de descanso comercial, tracé las primeras líneas y dibujé las primeras letras y las primeras figuras de que guardo memoria. Muy satisfactorio sitio ocupa en ella un hallazgo que hice entre los papeles de envoltura: varias hojas de brillante papel azul cerúleo que fueron para mí un tesoro inapreciable a cuya sola vista me solazaba. Con ellas hicimos mi padre y yo, figuritas de animales, petatillos trenzados al modo de las labores indígenas. Después, cuando llegaban remesas de papel de envoltura, acudía yo en busca de nuevas dotaciones del de lustre, que jamás volví a encontrar. Solamente cuando ingresamos a la escuela de párvulos Alberto y yo, dispuse no solamente del de color azul, sino de muchos más, con los cuales realizábamos amplio programa de labores manuales, bajo la dirección de las queridas maestras Lupita Dueñas, Panchita Navarro y Refugito Puga.

—¿Dónde está tu mamá, perrito?... ¿Le pediste permiso para venir? —naturalmente, el perrillo sarnoso quedaba mudo ante las preguntas—. Vete a tu casa, porque si no, te van a pegar como a mí...

El perro movió la cola acercándose más en vez de irse, como le indicaba, pues percibía un sentimiento hacia él muy distinto de los bruscos tratamientos de que era objeto en todas partes donde lograba escurrirse en urgente búsqueda del sustento, que no encontraba; sino en cambio, baños de agua caliente, azotes, garrotazos o puntapiés. Mi ánimo adolorido por la reciente reprimenda, me hacía ver en el animalito un ser en peligro de ser tratado co-

mo a mí esa misma tarde. Sin más ni más, ante el recuerdo del bello jardín del Santuario, había abandonado la casa paterna para ir a corretear en él recogiendo naranjitas verdes de las que caían de los árboles, azahares y flores llamadas clavellinas. Una vecina que salía del rosario me vio en tales regocijos y tomándome de la mano, con palabras entre cariñosas y de regaño, me llevó de nuevo ante la autoridad maternal, que ya destacaba por todos los rumbos emisarios para dar con mi pequeña persona. Tendría a lo sumo tres años. Dos jalones de orejas, cinco o seis nalgadas y la sentencia verbal:

—Muchacho travieso... ¿Por qué te vas sin permiso?... Toma esto para que te acuerdes siempre... Los niños no deben andar solos, porque se los lleva Cundo...

No dejé de dar una explicación:

—Fui a cortar flores y naranjitas, no hice travesuras...! —La voz llorona y con hipos entrecortados de resentimiento por haber recibido la primera azotaina, fue poco a poco tranquilizándose hasta calmarse. Me decidí a salir y me senté en el umbral de la puerta de la tienda. Mi madre me vio ahí, fue y me limpió la cara, me dio un beso y me dijo:

—¿No lo vuelves a hacer...?

—No, mamacita...

Por eso, cuando el perrito placero llegó, mi drama quedó revelado y se proyectó hacia el mundo exterior al imaginarme a la mamá del perrito aplicándole el mismo castigo sufrido por mí, pobre y pequeño hijo pródigo, que no pude prolongar mi primera salida sino a muy corta distancia de *El Castillo*, que así se llamaba mi tienda.

Aquellos jardines eran realmente bellos. Trascendían las flores sus esencias, así como los naranjos, de tan penetrante modo, que aún hoy puedo percibirlos y gozarlos. Jardín Botánico, jardín de San José de Gracia, más bello éste que aquél, pero todos con sus verdes macizos de cedro recortado y de troeno de finas hojitas. Bolitas de caramelo, de menta, de leche quemada... Charamuscas de canela, pirulíes de miel con sabores de lima, de grosella, de arrayán y de piña... Rojos mangos, talcacahuates, garbanzos tostados... En todos los jardines había vendimias de todas estas cosas que tengo prendidas en la memoria más lejana, junto a las imágenes de muchachitas y muchachitos vestidos de blanco, con mo-

ños azules o rojos, que durante los meses de mayo y junio entraban y salían del Santuario y de San José, a donde iban a ofrecer flores a la Virgen o al Sagrado Corazón. Algunas veces fuimos entre ellos. Otras, mi hermano y yo representamos el papel de monaguillos en San José, con vestimentas coloradas y blancas llenas de encajes, haciendo en el aire figuras humeantes con los incensarios suspendidos de las cadenas o llevando enormes velones decorados maravillosamente. Al salir al jardín, otra vez a recoger clavellinas y naranjitas... Regocijo de la vista y ejercicio de las facultades aventureras, eso era todo. Porque las naranjas eran amargas y las clavellinas no despedían ningún grato perfume.

Por ahí pasaba, a veces, Cundo. Ese Cundo con que mi madre me amenazó para contener mis instintos huidizos, era un pobrecito indio, ya muy viejo, idiota, medio paralítico que llevaba un brazo enjuto y doblado, así como un pie. La plebe de la escuela lo seguía gritándole:

—Cundo, ya se murió tu mamá...

El pobre echaba a llorar a gritos ante la terrible noticia.

Así era diariamente. A todas horas le gritaban, hasta que venía el gendarme a desbandar la gavilla. A todas horas él lloraba siempre como si la noticia fuera sorprendente y cierta. Primero, le tuve miedo. Luego piedad. Nunca pude reírme de él ni gritarle. Me quedaba en suspenso al oír el diálogo y la gritería de aquella consabida tragicomedia tapatía que se llevó a escena millares de veces en el Mercado Alcalde.

LA PRIMERA JUVENTUD

TERMINADA la enseñanza en la escuela de don Aurelio Ortega, con un año de retardo porque ese tiempo viví con mi madre y mis hermanos en La Barca pasé al Liceo de Varones a cursar la Preparatoria. Es el mismo local que ahora ocupa el Museo de Guadalajara que dirijo. Por estos mismos corredores, bajo estas arquerías, en los salones de los dos pisos, viví unas horas intensas e inolvidables. Maestros venerables de tan respetable aspecto que parecían una colección de retratos de fines del siglo diecinueve considerados por nosotros como iconos. Don Manuel Tortolero, pálido y tieso, de pocas y sabias palabras; don Juan Oliva, botánico de buen humor que a todos nos hablaba con apodos; don Luciano Blanco, anciano de blanca cabellera, muy alto, bondadoso y constante maestro; don Adrián Puga que nunca perdió su irónica rigidez con los alumnos; don Benjamín Romero, el matemático que al igual que sus colegas Blanco, Tortolero, Puga y Acal, Corro, José Tomás Figueroa, Bancalari y Pintado, asistía a la cátedra con jaquet o con levita; don Tomás V. Gómez, el gramático; don Celedonio Guardado, el esgrimista héroe de la Guerra de los Pasteles, pues en cierta ocasión se despachó limpia y bonitamente a tres suavos franceses en las calles de Acatlán de Juárez, donde estuvo de guarnición; don Luis Pintado, que también fue Prefecto. Y como una especie de centinela de esta galería de hombres ilustres, recuerdo al portero Sixto, de quien hablan las actuales generaciones estudiantiles que lo alcanzaron a conocer, no como un vigilante recto e incommovible —estatua de piedra que cumplía su deber sin ninguna tolerancia— sino como un remedo de todo ello, ya que se dio a la embriaguez en sus últimos años, por causas ignoradas.

Las clases de mi mayor agrado eran las de dibujo y modelado y las de canto. Las primeras, porque mi afición al dibujo fomentada por mi padre, a ellas me llevaba; las segundas, porque en ellas se armaban regocijados alborotos en los que éramos principales actores Antonio Ayala Jr., Miguel Baeza, Rafael Buelna y yo. Los maestros eran músicos muy acreditados en la ciudad; pero nos-

otros no supimos apreciar aquellos méritos y ni los señores Michel y Godínez ni otro maestro a quien llamábamos "La Ardilla", nos pudieron atraer hacia su arte. Llevábamos a la clase, para desafinarlos, limones y tamarindos que comíamos cuando el solfeo era más animado; y aun llegamos Ayala y yo, en cierta ocasión, aregar la tarima del maestro con polvos de valeriana que a poco llenaron los ámbitos del salón con un insoportable olor a queso podrido, poniendo fin a los cánticos con una desbandada general.

En el grupo de traviesos ocupaba yo preferente lugar y salvo en las clases de francés, con don Manuel Puga y Acal y con don Luis Corro; en las de dibujo con don Luis Vázquez Foncerrada, don Jesusito Mendoza y el señor Mendiola; y en las de Historia con don Francisco Escudero, en las demás era descuidado. Pero en cambio fui muy cumplido en las antes mencionadas, cosa que me valió el particular afecto de mis maestros, el cual perduró por muchos años.

Con mi afición al dibujo, estaba constantemente mi lápiz en ristre haciendo caricaturas y monos aun en las márgenes de los libros. Ello me hizo en cierto modo popular entre los alumnos y algo en la ciudad, al grado de que, cuando se inició la campaña presidencial allá por los años de 1906 y 1907, el director de uno de los periódicos reyistas, llamado don Ramón Figueroa, fue hasta el Liceo en mi busca y me contrató como dibujante de su periódico *El Perico*, del cual llegamos a hacer tirajes enormes, pues el general Reyes fue tan popular como ningún otro candidato, ni antes ni después de él. El clavel rojo era el distintivo usado por sus partidarios y era rara la persona, sin distinción de sexos ni de edad, que no lo llevaba sobre el pecho. Para poder hacer las caricaturas de *El Perico*, aprendí el oficio de litógrafo en la casa de los señores Loreto Ancira, pues no había taller de rotograbado en la ciudad y tanto mi compañero de labores, Carlos Stahl como yo, dibujábamos en las piedras litográficas directamente. Éramos los únicos caricaturistas de la ciudad; pero pronto creció el número con la llegada de los Estados Unidos de Germán Gutiérrez Santa Cruz, de Xavier Guerrero que vino de Chihuahua, y con Alberto Venegas, José Ceбалlos, Carlos Orozco, Alfredo Romo y otros, que se iniciaban aquí. Pero tomemos el hilo desde más arriba, desde el reyismo.

El General entró en componendas con su compadre don Porfirio y abandonó a su enorme partido, que se disolvió en medio de las desilusiones y denuestos de todo el mundo. Una buena parte de sus amigos se afilió al maderismo. Entonces fue cuando co-

nocí a don Alberto Macías, periodista anti-reeleccionista con quien me ligó grande amistad y comunidad de ideas, siendo él quien me inició en la Institución Masónica. Cuando vinieron los corralistas en gira de propaganda, los estudiantes nos organizamos en derredor de Ramón Blancarte y acudimos a la Estación de los Ferrocarriles armados de garrotes y pitando flautas y silbatos de barro en forma tal, que la gira constituyó un sonado fracaso del porfirismo. Pero las cosas se pusieron aún más graves en el Liceo, pues a los maestros se les ocurrió encerrarnos ahí, a la semana siguiente de estos acontecimientos, porque la agitación era enorme en todas partes. Rafael Buelna encabezó entonces un asalto al cancel de fierro del portón de la entrada y lo echamos abajo entre todos, saliendo tumultuosamente por la ciudad. Como resultado final, fuimos expulsados muchos de nosotros. Unos se fueron a estudiar a Guanajuato, como Juan Cárdenas y Miguel Baeza; otros a San Luis Potosí, y Buelna, López Zamarripa y yo, después de intentar sostener aquí un periódico que se llamó *Rigoletto*, nos radicamos en México y entramos a la redacción de *El Constitucionalista*, órgano de los Madero. El director era el periodista Rafael Martínez, "Rip-Rip" y después, cuando éste fue preso, quedó en su lugar Heriberto Frías, el literato sinaloense.

La Revolución estalló en 1910 y luego del triunfo del maderismo regresamos muchos a Guadalajara. Carlos Stahl, vuelto de Europa, regentaba el cine Verde; yo trabajaba en el Rastro Nuevo con los señores López Velarde. En esos días llegó Xavier Guerrero de Chihuahua, de donde es oriundo, acompañando a su cuñado que fue aquí pastor evangelista. Stahl y yo nos reuníamos diariamente en el Cine y en esa época conocimos a Guerrero, que decoraba entonces el llamado "Palacio de las Vacas", de don Emeiterio Díaz. Los tres planeamos la instalación de un taller de pintores, para lo cual alquilamos una casita en la Avenida Colón, dentro de otras muchas que tenía don Guillermo Camarena fuera de su huerta grande, cerca de la Garita de Mexicaltzingo, pero nos cambiamos de ahí muy pronto; porque nos robaron nuestros estuches y caballetes, ya que nadie se quedaba en la noche.

Por ese tiempo el grupo ya se había aumentado con Juan Antonio y Ramón Córdova, con Enrique Díaz de León, con Manuel Martínez Valadez, con Alfredo Romo, con Amado de la Cueva, con Juan Farías —que después se llamó Ixca— con Gustavo Cristo y Juan de Dios Robledo. Todos aportaban algo para el sosteni-

miento y formación del taller. Más tarde vinieron con nosotros Agustín Basave, Javier Enciso, Joaquín Vidrio, Alberto Venegas, Carlos Orozco y muchos músicos, entre los que recuerdo al violinista Campa, al maestro don José Rolón, a Roberto Gutiérrez Arriola, a Eugenio Padilla, a Ramón Serratos, a Andrés Sandoval y a Alfredo Carrasco. También figuraron al poco tiempo, Guillermo Jiménez, Jesús Sauza González, José de Jesús Ibarra, Alberto Macías, Manuel Hernández Galván, Jesús S. Soto, Raziél Cabildo, Samuel Ruiz Cabañas, José D. Frías, Carlos Gutiérrez Cruz y David Alfaro Siqueiros.

En la ciudad era conocido el estudio como Centro Bohemio, pues en realidad éramos todos unos bohemios despreocupados. Hacíamos periódicos literarios y de caricaturas, organizábamos exposiciones de pintura y dábamos conferencias con mucha frecuencia; la casita llegó a estar realmente muy bien arreglada, con buena biblioteca que fui formando poco a poco con la ayuda de los amigos de aquí y de México, como el Dr. Atl y Rafael Buelna cuando llegó a ser prominente militar y político. Para todos nosotros el Centro Bohemio fue un lugar de trabajo, de grandes experiencias y de fructíferos estudios, que más tarde nos habían de servir a tal grado, que transformarían la vida de cada uno de nosotros en una verdadera leyenda.

Recuerdo que hace pocos años cuando vivían aún Enrique Díaz de León y Juan de Dios Robledo, reunidos en la casa de Ramón Córdova para una comida, Alfredo Romo se dirigió a cada quien para que por turno fuéramos diciendo cuál había sido nuestra más grande aspiración en la primera juventud, es decir, en la época en que la imaginación vuela sin obstáculos y ambiciona lo irrealizable. Estábamos ahí Luis R. del Castillo, Romo, Joaquín Vidrio, Cristo, Robledo, Ixca, Cuéllar, Enrique Díaz de León, Ramón Córdova y yo; y ninguno relató ningún deseo que no fuera realizado con creces en el transcurso del tiempo, pues ahí estábamos cuatro que habíamos llegado a la gubernatura del Estado y seis habíamos sido Presidentes Municipales de Guadalajara. Todos llegamos a ser diputados; Ixca, munícipe y director del Museo del Estado y, según dijo, nunca ambicionó más que ser esto último; Cuéllar y Luis R. del Castillo, dijeron que habían soñado alguna vez en ser directores de Rentas; Córdova, con tener su consultorio y buena clientela; Cristo, con ser abogado, como yo; Robledo, con tener un rancho; Joaquín Vidrio también; Enrique Díaz

de León, con llegar a ser profesor de literatura, y Alfredo Romo con heredar la maderería de su papá.

Resultaba, por lo tanto, una especie de cuento de hadas aquella comparación de nuestros juveniles deseos con lo que la suerte nos había traído.

Corríamos, cuando bohemios, celebradas aventuras y llegamos aun a figurar entre los militares resueltos y audaces. En más de una ocasión se resolvieron a nuestro favor peleas o disputas con los soldados. Una vez, ya en la madrugada, pusimos en alarma a la ciudad, entablado nutridísimo tiroteo con los gatos desvelados y con las farolas de las esquinas; y validos de que nos acompañaban Siqueiros, Jesús S. Soto, Tomás Morán, Fernando González Madrid y Manuel Cuéllar, hermano de José María —todos ellos del Estado Mayor del general Diéguez—, fue tanto el parque que gastamos que al día siguiente se aseguraba que el general Julián Medina había entrado a la ciudad, saqueando los cuarteles y retirándose después. Uno de los más asustados al día siguiente, era Juan de Dios Robledo, pues llegamos hasta su casa y le balaceamos la puerta.

Todos supimos ayudar a nuestros amigos cuando estaban en apuros políticos y no se redujo nuestro ingenio a las aventuras estrepitosas solamente, pues a Mariano Azuela pudimos salvarlo de la persecución de los carrancistas, a Jesús Ibarra de los villistas y a Ramón Córdova de los obregonistas de la primera época. Azuela nos ayudó mucho a salvar a Ibarra y a salvarnos nosotros mismos, pues fuimos aprehendidos Amado de la Cueva y yo, por ocultarlo. Y Buelna nos ayudó a salvar a Córdova e incluso lo dio de alta en su División, como cirujano dentista. En esa ocasión, mi hermano Alberto inició su carrera militar, invitado por Buelna para formar parte de su columna.

Mi abuelo y sus hijos (don Pedro, don Heraclio, don Constancio, don Ramón y don Antonio), celebraban muy animadas pláticas relativas a la reelección del Caudillo de la Paz, Porfirio Díaz, a la cual repudiaban; pues oriundos como eran de una de las grandes haciendas del general Velarde (el Burro de Oro), condenaban la explotación del campesino y pugnaban por su reden-

ción, aun cuando no en la forma radical del agrarismo político, pero ideando una disolución de los latifundios por medio de un fraccionamiento liberal, dando pequeñas propiedades a precios bajos y a largo plazo.

Ya don Constancio era abogado postulante y ocupaba muy buen lugar en el Foro Jalisciense, de tal modo que aquellas pláticas eran sazonadas con los razonamientos y orientaciones que él daba a los deseos políticos de la familia. Ahí fui iniciado en las cuestiones públicas y recuerdo casi textualmente las objeciones que don Constancio formulaba en contra del Dictador.

Con frecuencia oí mencionar el nombre de Pancho Mújica, pues estaba relacionado familiarmente con ellos, y cuando frecuentemente venían de la región de La Barca amigos o parientes, se comentaban las posibilidades de una revolución y de que aquellos millares de siervos esclavizados, llegaran a ser dueños de las tierras en que habían nacido varias de sus generaciones y cuyos productos iban solamente a inyectar fuerzas en los desmanes de los nuevos encomenderos, o a ser dilapidados por los ricos ausentistas o aristócratas, como se autollamaban, sin más títulos que las chequeras de los bancos europeos donde tenían sus depósitos.

Mi abuelo, militante de las acordadas juaristas y de Melchor Ocampo en las luchas de la Reforma, tenía como lema en lo que se refiere a las prácticas religiosas, aquello de: A LOS CURAS OÍRLES SU MISA Y DEJARLOS, y jamás permitía que la familia tomara consejo ni que se entablaran relaciones amistosas con ellos, reduciéndolos al solo cumplimiento de sus deberes católicos y sin llegar nunca al fanatismo ni a la intolerancia. En ese ambiente comencé a dar forma en mi mente a las ideas sociales, políticas y religiosas, que maduraron más tarde en las aulas del Liceo de Varones, al oír las cátedras de Jorge Delorme y Campos, de Manuel Puga y Acal y de Francisco Escudero. Ciertamente es que ya desde en la escuela del maestro don Aurelio Ortega, se nos explicaba con toda claridad cuanto se relacionaba con las luchas de la Independencia y de la Reforma; pero la culminación de los conocimientos los adquirimos, como llevo dicho, en el Liceo de Varones.

Muy enfermo llegué a verme en varias ocasiones, pues la casita de la Plaza de Toros en donde mi padre tenía su tiendita "El Castillo", fue desocupada por nosotros para ser demolida. Tam-

bién lo fue la gran pila colonial, para dar principio a las obras de construcción del actual mercado Alcalde. La ciudad de Guadalajara era un modelo de limpieza y orden cívico, y daba gusto ver cómo, a temprana hora y al atardecer, diariamente regaban y barrían todos los vecinos la calle, en el tramo que a cada quien le correspondía. Aún pude ver por la noche cómo eran encendidos los candiles de petróleo por los "serenos", que los apagaban al amanecer. Posteriormente vimos cómo eran substituídos los candiles por grandes focos eléctricos de arco, con grandes carbones cambiables. Vi también cómo numerosas cuadrillas de peones cavaron por el centro de las calles de mi barrio, largos fosos para instalar tuberías de barro para el drenaje, y de fierro para el agua potable; y mientras aquello duró, se acabó la limpieza y el barrer y regar de los vecinos. Nubes de polvo infecto inundaban las calles y casas, al igual que las plagas de moscas y mosquitos del paludismo con las naturales consecuencias de enfermedades y malestar general, hasta que los fosos fueron cubiertos y reempedradas las calles, y el agua del cántaro y la escoba se enseñorearon nuevamente de la barriada.

Entre tanto, nosotros habíamos cambiado dos veces de domicilio: la primera a la esquina oriente-sur de Angulo y Alhóndiga, y la segunda a una accesoria del Antiguo Mesón del Nevado, con habitación interior. El tal Mesón era un verdadero y gigantesco estercolero, con grandes corrales y macheros donde pululaban borricos, recuas y arrieros maldicientes de todos los rumbos, que convivían con sus bestias, y chusmas de indígenas alfareros con sus cargas de loza para el día de mercado.

Todas las enfermedades de la infancia se apoderaron de mis hermanos y de mí; y en tres años murieron en aquel infecto lugar, dos hermanitas nuestras. Tengo la impresión de que tras el sarampión, las infecciones intestinales, las fiebres escarlatina y palúdicas, se afinó mi sensibilidad a tal grado que me transformé en un muchacho impresionable y anémico por mucho tiempo. Sin embargo, mis estudios escolares marchaban normalmente y así llegué hasta el quinto año. Datan de entonces mis relaciones amistosas con Benjamín Contreras, con Daniel Benítez, con Victoriano Salado, con Ricardo, Abelardo y Roberto Arce, y con tantos otros que posteriormente han llegado a figurar en la vida activa de nuestra ciudad.

Recuerdo que las obras de saneamiento emprendidas por el gobernador Curiel, se hicieron con un empréstito extranjero, y la gente decía que dicho gobernante había vendido cada jalisciense a razón de CINCO DÓLARES... Esto hizo las obras impopulares y aborrecido al gobernante. Y yo, recordándolo después de veinte años, pude pagar casi el famoso empréstito, secundando los primeros pagos que hizo mi antecesor Antonio Valadez Ramírez, y auxiliado en forma grandemente efectiva por José María Cuéllar como presidente municipal y por el señor don Salvador Ugarte, banquero connotado de Guadalajara y vecino de la ciudad, donde su familia tenía y tiene antiguo y prestigioso arraigo. No debo de quejarme de falta de gratitud de la opinión jalisciense, que ha sido pródiga conmigo manifestándose de mil modos su reconocimiento por muchas de las mejoras y orientaciones que logré realizar; pero muchas de esas cosas han sido ignoradas porque todos los componentes del grupo director a que pertencí, fueron enemigos de colocar placas, de batir platillos y tambores, y de colocar primeras piedras. Éramos todos hombres de acción, resueltos a ejecutar planes benéficos sin miras al egoísta bombazo de la propaganda periodística, que más de alguna vez se volvió contra nosotros porque no soltábamos los dineros públicos. El pago del empréstito de Curiel es una de las cosas ignoradas. También se ignora que José María Cuéllar y yo, contribuimos a nombre del Ayuntamiento que él presidió con tanto acierto y del Gobierno del Estado, a adquirir unas trescientas acciones fundadoras y preferentes del Banco de México, que posteriormente alcanzaron muy alto valor y que dieron a Jalisco buen prestigio financiero. Estas acciones fueron obsequiadas por Margarito Ramírez a los diputados federales y locales por Jalisco, en cierta ocasión, pues habiéndole ellos pedido un "embute" (como se llamaba a los regalos hechos a políticos) y estando exhausto el erario por la guerra cristera que caracterizó a aquel gobierno, se resolvió sacar de las Cajas del Tesoro Público aquellas acciones, las cuales fueron repartidas entre los dichos diputados como quien reparte programas de toros... Y aquí cabe recordar otra obra destruida por el amigo Margarito, el acabar con el Parque Zoológico del Agua Azul.

La totalidad de las colecciones valiosas de animales, habían sido cedidas por personas y empresas particulares, y el sostenimiento

del Parque no era gravoso como se dijo queriendo disculpar la monstruosidad. La alimentación de los animales era costada por gremios tapatíos, como por ejemplo: el del Rastro nos enviaba las carnes de animalitos nonatos, que eran magnífico manjar para los carnívoros, y las empresas de toros mandaban los caballos que morían en la suerte de varas; del gremio de mercados regalaban las frutas que estaban algo pasadas de madurez, que también eran golosinas para los pájaros, monos y otros muchos ejemplares; los fabricantes de galletas y harinas nos enviaban granza y galleta; y los presidentes municipales y los hacendados amigos, nos enviaban pescado, paja, y toda clase de forrajes, así como los fabricantes de hielo regalaban cuanto se necesitaba. En fin, no hubo una sola persona en Guadalajara que no ayudara al mejoramiento del Parque hasta elevarlo al segundo lugar en la América Latina, siendo el primero el de Río de Janeiro y más bien por su fauna regional que por otra circunstancia, pues el nuestro contenía toda la fauna regional y del país y muchas colecciones completas como la de los faisanes, la de palomas, la de avestruces y la de monos, que estaba muy aventajada al igual que la de osos; y en la actualidad, si se hubiera seguido conservándolo, sería ya el mejor. Pero desgraciadamente sucede que los políticos al llegar al poder, se creen en la obligación de destrozar lo que sus antecesores han hecho y por eso vemos las grandes aberraciones que se cometen.

Por fortuna yo quise y pude aislarme de esa bárbara manera de pensar, y en muchas ocasiones sólo me reduje a realizar las iniciativas buenas que se encontraban abandonadas en el Gobierno o en el Municipio, como por ejemplo la rectificación de la Calzada Independencia.

En la cuestión de la formación del Zoológico, conté con muy buenas colaboraciones, como lo fueron las de Javier G. de Quedo, Luis G. Castañeda, Salvador Ugarte, Eduardo Collignon, Fernando Martín del Campo, etc. Aún ahora, con frecuencia me preguntan algunas personas si creo que llegue a rehacerse el Parque Zoológico, a lo que contesto que todo depende de que se pueda crear la confianza entre quienes deban ayudar, y que se olvide el desacato de la administración de Margarito Ramírez, quien sin ningún derecho vendió los animales que no eran del Gobierno, en la irrisoria suma de CINCO MIL PESOS, de los cuales no se pudo hacer efectivo ni un solo centavo, porque las cinco letras de a mil

pesos que entregó en pago de los animales el Circo Fernandi, nunca pudieron ser cobradas.

Y que se olvide también que los animales que no se llevó el circo, fueron a adornar las mansiones de militares y civiles amigos del Gobierno y que los que aún quedaron, fueron cazados en una noche de orgía en el mismo Parque del Agua Azul.

P O C H I T A

EL CENTRO Bohemio peregrinó por diferentes rumbos de la ciudad. Primeramente, Carlos Stahl y yo alquilamos una pequeña casita por el lado de la garita de Mexicaltzingo que nos costaba diez pesos mensuales de renta. Estaba junto a la huerta de Camarena, alineada con otras muchas iguales habitadas todas por gente humilde. Llevamos ahí caballetes y estuches de pintura para después proceder a comprar algunos muebles; pero al día siguiente, cuando llegamos en la tarde, habían desaparecido estuches y caballetes. Decidimos buscar una casa más grande en otro barrio y dimos con una magnífica en la calle de Tolsa, llamada actualmente de Díaz de León. Años después nos cambiamos a otra por la calle de Jesús entre las de Hidalgo e Independencia, donde duramos muchos meses para luego irnos al último y más duradero lugar en la Colonia Seattle.

Frente a la casa de la calle de Jesús, vivía la familia de uno de los compañeros que habían venido como militares desde México, al Estado Mayor del General Diéguez, llamado Jesús Ochoa, quien después llegó a ser General. Su mamá y tres hermanas vivían con él. Eran muy bellas: Aurelia, Clotilde y Cuca. A la segunda la llamaba el doctor Atl, La Giocondita. Así le decíamos todos. Junto vivía una familia jalisciense de abolengo, la de don José María Arce. Sus hijas y las Ochoa se habían hecho muy amigas y Cuquita era inseparable de la más chica, de Carmelita, como de unos trece o catorce años, igual que ella. Juntas todas cantaban canciones rancheras muy bonitas, acompañadas por José de Jesús Ibarra, por Jesús el hermano, por Alberto Macías y por algunos de nosotros, menos por mí, pues nunca pude ni supe cantar. Por diciembre todos íbamos a la verbena del Santuario y ahí dábamos vueltas en el jardín, como se acostumbraba entonces. Ahí conocí a Carmelita. Yo iba con el hermano de las Ochoa y con otros compañeros del Bohemio cuando las encontramos a todas ellas. Nos detuvimos, se hicieron las presentaciones y seguimos ya todos juntos dando las vueltas, cuando oí que detrás de mí decían:

—¿Ese es Zuno...? Mmmm...

—Cállate, que puede oírte —le dijo Cuquita a su amiga— Te puede oír.

—No me cáí... tanto dicen tus hermanas de él...

—Cállate... —Yo volví la cara y me di cuenta de que era Carmelita... Carmen Arce, como le decían de corrido. Cuando años más tarde fui Inspector General del dibujo, la seguí viendo en la Escuela Industrial, donde era una de las campeonas de basketball, consentida de la directora, señorita Catalina Vizcaíno. Ya no era la niña delgaducha y larga del Santuario, sino una pollita de rojas y sanas mejillas, muy inquieta, muy fuerte, siempre corriendo de un lado a otro en el jardín de su escuela. Un día, cuando llegamos al Museo, nos encontramos con que Ixca ya tenía *impliada*... y que ella era Carmelita Arce. Todavía muy chiquilla, pero de todos modos, desde luego fue objeto de nuestras atenciones. Acababa de terminar sus estudios en la Industrial y Comercial y había estado algunas semanas o meses como practicante y después como empleada de la Secretaría General de Gobierno, de donde había pasado, mejorando, al Museo. Nos ayudó muchísimo a todos poniéndonos en limpio nuestros escritos y artículos para los periódicos y a mí totalmente una comedia que se me ocurrió escribir con el título de *La lámpara de la verdad*. Ciertamente que ella no aprobaba muchas de nuestras bromas acostumbradas en contra de Ixca y de sus huéspedes, la señora tortuga, el tejón ratero y la gallina cuadrúpeda, hija de alcohólicos... y ciertamente que nos pedía casi con lágrimas en los ojos que los dejáramos...

—Pochitos animalitos... señor Zuno... ya déjelos, por favor... no los maltraten ni los martiricen... También ellos sienten... Po... chitos...

—Pierdes tu tiempo, estos salvajes son más animales que ellos... gruñía Ixca, furioso. —Aquello de *pochitos* nos conmovió y los dejamos al fin. Pero a Carmelita, se le quedó para todos los días el nombre de Pochita. Cuando hicimos la oposición al gobernador Castellanos y Tapia, ella se daba cuenta de las persecuciones de que fuimos objeto y de las dificultades y trabajos que pasamos cuando nos declaramos obregonistas. Llegó un día en que tuve que ocultarme porque todos los compañeros del Partido estaban siendo encarcelados y no quedaban en libertad sino hasta que firmaban cartas de retractación y de compromiso de no inmis-

cuirse más en política. Así les pasó a Alfredo Romo, a Gustavo Cristo, a Justo González y a otros más.

Yo no quise verme en tales vergüenzas y preferí ocultarme y luego irme a México, lo que hice aprovechando que Rafael Buelna salía en esos días para la capital con un convoy militar. Carmelita me hizo el favor de ayudarme en algunos asuntos pendientes que dejé. Una especie de acercamiento espiritual, favorecido por el sentimiento de piedad que anidó en su ánimo hacia mí al verme perseguido y terco, inflexible, sin rendirme, nos fue poco a poco acercando. Le escribí desde México y ella me contestaba, sin que llegáramos a ser novios. Al triunfo del movimiento de Agua Prieta, es decir, del obregonismo, volví a la ciudad. Ella estuvo, después, empleada en la Biblioteca Pública, cuando Enrique Díaz de León fue Director; es decir, posteriormente al tiempo en que yo ocupé también ese cargo. De la Biblioteca, pasó a las oficinas del Archivo del Ayuntamiento y de ahí... a mi casa, con el carácter de esposa mía, para mi dicha y felicidad.

No por eso dejaré de referir algunos incidentes desconcertantes...

Fuimos amigos por años y novios solamente unos pocos meses. El día de nuestro matrimonio, cuando iba yo acompañado por mis primos Raimundo y Constancio Hernández, los tres de gran etiqueta, como a las cuatro de la mañana, con un frío polar, a paso largo por la calle de Ocampo, entre las de Leandro Valle y Jalisco, rumbo al centro donde nos esperaban para la ceremonia, nos llevamos el gran susto... Unos toros bravos, que eran conducidos por sus pastores a la Plaza del Progreso, tomaron calle arriba por donde nosotros bajábamos. Los de a caballo y unos gendarmes que venían ayudándoles, gritaban desaforados:

—Cúdense... que son toros bravos... ¡ái van... cúdense...

Próximo a nosotros vimos unas altas ventanas, a las cuales subimos a toda prisa, no sin tirar yo el sombrero de copa, los guantes y el bastón, mientras pasaba estruendosamente el rebaño bajo nuestros pies.

—Dinos si aún persistes en tus propósitos casamenteros... —me decían mis primos después de que reaccionamos con carcajadas, cuando ya se habían perdido de vista los bureles.

—Lo estoy pensando seriamente... —les decía yo sacudiendo el sombrero y recogiendo los pedazos del bastón y de los guantes—: Lo estoy pensando... El augurio es serio... Pero mi destino esta-

ba ya escrito y a poco rato estaba de rodillas ante el Pater Díaz, quien me miraba socarronamente... Por entonces la pelea con los vadillistas era muy dura. Cuando supieron que me había casado, corrieron la voz:

—Ora sí lo amolamos... Ya se casó...

Les salió el negocio mal, porque ellos fueron los que tuvieron que reconocer su derrota absoluta. Yo había adquirido algo así como una super-confianza al contraer matrimonio y mi actividad, ya anteriormente reconocida, aumentó extraordinariamente por razón de la normalidad de mi vida de hombre de hogar. Pochita era para mí, es, mejor dicho, una verdadera esposa, una compañera en todos sentidos. Su familia es por tradición, liberal, como yo. Jamás una cuestión ideológica ha enturbiado nuestra vida ni la de mis hijos. Todos ellos se han creado en un medio republicano, de amplia libertad, fuera de toda clase de prejuicios. Hemos deseado que gocen de una paz y de una salud mental y por parejo las tienen todos. Nunca hemos perdido un hijo y hemos tenido doce, seis hombres y seis mujeres. Tampoco ellos han lamentado la muerte de ningún hijo, lo cual nos hace abuelos de treinta y tantos nietos...

—Ya usted contó lo de los toros. Me dijo el Pater Díaz después de la ceremonia del matrimonio. Ahora ella que le cuente lo de la paloma.

—¿Qué paloma?

—Cuando yo salía de mi casa para venir aquí... —dijo ella— cayó sobre mi cabeza una paloma, probablemente encandilada... De las de la torre del Santuario, seguramente...

Todos me veían curiosos. ¿Qué diría?

—¿Y dónde está esa paloma...? —pregunté.

—La tengo en la casa...

—Pues hay qué soltarla por si es el Espíritu Santo... Porque yo no soy San José... —El Pater Díaz se quedó muy serio, los demás rieron discretamente. —Solamente le concedo indulto, —dije yo— si es hembra. Y resultó hembra... No diré que para Pochita ha sido todo como para mí. Ha sufrido muchas veces. No era celosa, pero por mi culpa, con razón, llegó a veces a serlo. Esa especie de seguridad que tengo de que mis antepasados fueron árabes, me arrastró a veces a tonterías, a verdaderas tonterías. Agréguese a ello la debilidad del sexo fuerte frente al débil. Y la fla-

queza humana. Y Eva con su serpiente enroscada en todos los árboles y con su manzana, ofreciéndola tentadora...

Como se ve, los presagios obraron en contrario. Para mí fueron benéficos... pero para ella, no tanto. Yo me arrepiento de todo corazón de todos los desaguisados con que la hice sufrir haciendo pública mi gratitud como una ofrenda por la dicha que he gozado a su lado y por la forma en que, muy humanamente también, hemos podido formar una numerosa y feliz familia. Todo bajo la protección de dos signos: el toro y la paloma, durante treinta y cinco años.

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS

FUE MOTIVO de grande alboroto y de imaginaciones fantásticas la instalación del negocio de los tranvías eléctricos que vinieron a sustituir a los de mulitas, ampliando muchísimo el servicio hasta llevarlo a Tlaquepaque y Zapopan, con el proyecto de llevarlo también a Chapala. Se decía que los tranvías correrían a velocidades astronómicas semejantes a las que recorre la luz y que en un momento nos pondrían desde la Plaza de Toros hasta Catedral. Con este incentivo transcurrió el tiempo necesario para instalar las vías y cuando llegó el día de la inauguración, las cosas se pusieron en su debido lugar, pues aunque la velocidad era mucho mayor en los eléctricos que en los vagones de mulitas, no llegaba a mayores como se suponía. Inusitado fue el ver correr sin más impulso que el del trolley a los carros que dieron nuevo aspecto a la ciudad y por muchos años prestaron grandes servicios, hasta que la Eléctrica de Chapala resolvió suspenderlos en virtud de que los industriales, mineros y casas particulares estaban solicitando más energía y los tranvías consumían en demasía la que se necesitaba para el desarrollo del Estado. Constituían además, un obstáculo para el tráfico. Eran anticuados. Su modernización imposible e incosteable. Efectivamente intervine yo en favor de la supresión, pero bajo la condición de que quedaran en su lugar ómnibus modernos que fueran manejados por la misma empresa y con el mismo personal de tranviarios, que debería ser en su totalidad instruido en la nueva modalidad. Según sé, posteriormente a mi intervención se permitió dar el servicio a otra empresa y nunca fue alistado sino en mínima parte el antiguo personal. Yo no era ya político en actividad. Estaba radicado en Los Belenes, y bajo la condición de que durante una temporada saliera del Estado, Margarito accedió a dar el permiso de la clausura de los tranvías. El señor General Obregón me anunció en esos días que llegaría a la ciudad. Anulé el viaje y lo esperé, pues debía pedirle instrucciones respecto de unos ochocientos o más rifles y dos millones más o menos de cartuchos; algunas ametralladoras y parque para ellas, todo lo cual había quedado bajo mi custodia cuando terminó la rebelión de

don Adolfo de la Huerta y de Enrique Estrada. Las instrucciones que recibí fueron en el sentido de que siguiera conservando en secreto aquel depósito hasta nuevas órdenes, o hasta que según las circunstancias, y bajo mi responsabilidad, le diera el uso mejor. Cuando se rebeló gran parte del Ejército secundando al Lic. Gilberto Valenzuela hice uso de la facultad, pues aun cuando no me volvió a dar nuevas instrucciones el General Obregón, en otra ocasión dejó nuevamente a mi arbitrio este asunto; y siendo Presidente el General Abelardo Rodríguez y Secretario de la Guerra el General Cárdenas, y Jefe de las Operaciones en Jalisco el General Figueroa, a ellos les hice entrega de todo, en ocasión de que las fuerzas cristeras se habían adueñado de Puente Grande y de Cocula y se preparaban para avanzar sobre Guadalajara; en vista de que el grueso de las fuerzas federales se encontraba asediando Mazatlán, en poder de los generales rebeldes Manzo y Roberto Cruz. Consideré entonces de mi deber hacer devolución del depósito; y al darme el recibo el General Figueroa, me preguntó que cuál era el motivo de haber hecho aquella entrega, si todos ellos ignoraban la existencia del depósito, y los políticos del Estado estaban constantemente llevando informaciones en mi contra pretendiendo hacerme pasar como partidario del movimiento de Valenzuela. Yo le contesté que según mi convicción, lo mejor para el país era el fortalecimiento del Gobierno y la derrota de los rebeldes y de los cristeros; pues los primeros no tenían razón ni política ni legal y los otros eran aborrecibles fanáticos que, de triunfar, llevarían a la patria a los más inferiores y degradados confines de la pasión sectarista. Nada pedí por aquel oportuno servicio, y solamente recibí mensajes de agradecimiento del Presidente Rodríguez y del Secretario de la Guerra Cárdenas; y obtuve la amistad incommovible desde entonces, del General Figueroa, quien según supe después, había sido tan mal informado de mí, que de no ser por el episodio que relato ahora, habría sido muy peligroso enemigo mío. Los militares han sido siempre mis amigos, con muy raras excepciones; pero a pesar de que en dos ocasiones pude ser yo mismo militar, en una no lo logré y en otra no pude serlo como voy a referir. Corrían los años más agudos de la Revolución y se anunciaba ya la llegada de las fuerzas populares a Tepic. El grupo de pintores, literatos y músicos que recibió el nombre de CENTRO BOHEMIO, se encontraba en plena ascensión y en él nos encontrábamos ya Alfredo Romo y Amado de la Cueva, pin-

tores los dos, así como yo; y como Rafael Buelna era amigo mío, compañero de estudios en el Liceo de Varones, y venía como uno de los Jefes principales de la Columna del Noroeste, resolvimos los tres salir a su encuentro y preparamos lo necesario para partir a la mayor brevedad. Señalando día y hora, solamente comparecimos a la estación Amado y yo, pues el padre de Alfredo, don Jesús Romo, se agravó de su enfermedad crónica que padecía y no quiso dejar su familia en aquellas condiciones. Ya estaban en armas algunos grupos. Por Jocotepec andaban incursionando los hermanos Zúñiga, Eugenio y Enrique. Por Ameca, José María Moreno que se había levantado en su tierra, Santa Anita, y Manuel Gómez que se sublevó en Tala de donde era oriundo. Enrique Estrada tenía muchos hombres en la región zacatecana del Cañón de Juchipila y Moyahua, Julián Medina en la zona minera del norte de Jalisco, habiendo sido el primero de los revolucionarios que se pusiera sobre las armas contra Huerta. Julián del Real hacía atrocidades en el Sur, así como Pedro Zamora. Romero Gallardo incursionaba por los límites con Nayarit, los hermanos Novoa, Carlos Moreno y otros, en la sierra de Tecolotlán. El plan que nos propusimos Amado de la Cueva y yo, consistía en agregarnos a la partida de los Zúñiga, a quienes había conocido en Tlajomulco, y luego procuraríamos tomar contacto con Buelna y con él seguiríamos. Sacamos boleto para Tlajomulco, ahí nos bajamos del tren y seguimos a pie por el camino de la Chacón, subimos al cerro e intentamos pasarlo por El Pandito para bajar a Huejotitán y ahí tomar informes del rumbo del grupo de los Zúñiga; pero llegó la noche y nos quedamos a dormir en una enorme cueva que hay ya en la ladera sur. Por la noche llovió muchísimo y llegamos a Jocotepec llenos de lodo. Uno de los gendarmes observó tal circunstancia y cuando estábamos pintando en la orilla del lago, después de desayunar en la fondita del pueblo, se nos acercó para indagar de dónde veníamos. Le dijimos la verdad, pero no descubrimos nuestro objetivo. Él en cambio, sí se exployó diciéndonos que tenía deseos de tomar las armas contra el gobierno. Resultó del mismo apellido de Amado y nos hicimos muy de confianza, habiéndonos ofrecido platicarnos lo que supiera en los días siguientes, como lo hizo, avisándonos que los Zúñiga estaban por reunirse con Gómez y Moreno en Acatlán de Juárez o en Ahuisculco, quedando de salir con él la madrugada del día siguiente rumbo a Santa Ana; pero nosotros nos dormimos y ya no

lo volvimos a ver. Tampoco alcanzamos a los revolucionarios en Acatlán pues nos llevaban una diferencia de un día, que no pudimos aventajar. Dormimos en Ahuisculco en un Mesón ruinoso, lleno de todas las plagas habidas y por haber, sobre unos petates llenos de chinches y pulgas. Todo aquello enfermó a Amado, de suyo muy delicado. Yo tenía la dura experiencia de la bohemia en México, con su cortejo de todas las privaciones y no me afectó aquello. Ahuisculco es un pueblito precioso, con abundante agua que corre por las calles. Seguimos por Cuisillos, Castrourdiales y otros lugares habiéndonos encontrado en el camino las fuerzas armadas del Estado, Los Carnitas, como les llamaba el pueblo, al mando de Atanasio Jarero. Nuestros estuches de pintura y los paisajes que habíamos pintado en Jocotepec nos sirvieron de salvoconducto y pasamos sin dificultades el trance. Ya en la estación de La Vega, donde pernoctamos, Amado se agravó. No durmió por los dolores de estómago y la fiebre y en la mañana resueltamente me dijo que se volvería a pie a Guadalajara. Estaba tan desesperado que me decía:

—No sirvo para nada... Ojalá que me quede por ahí tendido en el campo... Tú sigue hasta reunirte con Buelna, no deseo ser para tí una carga ni un estorbo.

Efectivamente, Buelna estaba ya muy cerca de nosotros, según la noticia que nos daban los ferrocarrileros, al grado de que uno de los trenes de carga que llegaron ese día, sería el último, pues tenían órdenes de suspender todo tráfico. Nada convenció a Amado de su resolución de volverse a pie. Yo le decía que debía tomar ese tren que iba a salir, pero sin más ni más se marchó por las veredas lo más de prisa que pudo. Ante aquella resolución, sabiendo que mi compañero iba sin tomar ningún alimento, enfermo, con cólicos y con la moral perdida, cuando casi lo perdía de vista obtuve de un cabo de reparaciones de la vía, que estaba con su armón de trabajo en la estación, que fuéramos a alcanzar a Amado y que nos llevara hasta Guadalajara. No quería subir al vehículo cuando llegamos hasta él. Entonces le dije que, de no subir, yo me iría a pie con él, pues ese era mi deber. Solamente así accedió. Efectivamente, el tráfico quedó suspendido ese mismo día, según supimos en la noche que llegamos a la ciudad. Pocos días más tarde, las tropas revolucionarias al mando de Álvaro Obregón entraban triunfalmente, después de infligir tremenda derrota a los federales. Buelna era ya

general. Insistió a que me uniera a sus fuerzas, ofreciéndome violentar mi carrera militar, pero renuncié a ello, rogándole que aceptara que en mi lugar fuera mi hermano Alberto, quien sí tenía verdadero entusiasmo por la milicia. Desde entonces anduvieron juntos. Alberto llegó pronto a mayor. Yo, por segunda vez, me veía en las proximidades de seguir como él en el Ejército Revolucionario. La verdad es que mi espíritu rebelde no se adapta a las exigencias de la disciplina militar. Una vez, el General Obregón decía, en Ocotlán, después de la derrota de Estrada:

—José Guadalupe debía ser el militar y Alberto el civil. Su carácter se presta más para el mando de la gente, pues Alberto es muy bondadoso. Yo lo oí y le dije:

—Señor, yo soy mayor...

—¿Desde cuándo?...

—Mayor que Alberto. Y él es general... ¿Qué más quiero...?

Varias veces me he visto obligado a llevar el rifle del combatiente armado, pero en cuanto las razones que me lo imponían cesaban, yo dejaba mi arma y volvía gustoso a mi vida ciudadana.

LA CALZADA INDEPENDENCIA NERVIO VITAL DE LA CIUDAD

LOS ESFUERZOS que se habían hecho anteriormente a 1920 por convertir a Guadalajara en una verdadera ciudad, no eran aún de tomarse en consideración. Al hacerme cargo de la Presidencia Municipal, me convencí de ello cuando, a través de la multitud de proyectos que tenía sin realizar la Dirección de Obras Públicas, pude ver claramente todos los problemas en su intensidad completa. Mi único trabajo consistió en seleccionar los mejores proyectos, en fusionar algunos de ellos y sobre todo, en ponerlos en práctica, lo cual logré en su mayor parte en los años siguientes, secundado, naturalmente, por los componentes de nuestro partido, y muy principalmente por José María Cuéllar cuando ocupó la Presidencia Municipal; por el ingeniero Jorge Villaseñor, y por los de igual profesión Manuel Legarreta y Juan José Vázquez, Ramón Córdova y Gustavo Cristo, quienes ocuparon la Presidencia Municipal de Guadalajara. Victoriano Salado y Luis Medina, también realizaron cada uno de ellos la parte que les fue correspondiendo en la obra, que consistía principalmente en la apertura de muchas calles, cerradas por la ávida voracidad de los propietarios o por funcionarios municipales rapaces que las habían cerrado en su provecho. Urgente era también la entubación de la mayor parte del río de San Juan de Dios, que partía la ciudad en dos dejando la del oriente desvinculada a tal grado, que los Gobiernos y los Ayuntamientos no se consideraban obligados a prestarle ninguna atención. El río y su cuenca son el drenaje principal de la ciudad y por él corren todas las aguas negras, que se veían en aquellos tiempos al descubierto con toda su inmundicia e insalubridad. Las calles carecían de pavimento y las de la barriada oriente, así como las de todas las orillas, eran verdaderos arroyos que en ocasiones no eran transitables ni aun a caballo. Los automóviles no podían ir más allá de la calle de Corona en el cruzamiento con la de Kunhardt, porque ahí había un ancón del río y desembocaba además el drenaje del colector Donato Guerra, de la barriada de Mexicaltzingo. El empedrado de las calles fue ini-

ciado desde 1920 con tal entusiasmo, que ya cuando recibí la Gubernatura del Estado, la ciudad, arruinada en su fama de limpia y pulcra, había ya recobrado su viejo esplendor y se sentía moralizada por la acción municipal, con la que colaboró en todo momento en vista de que las aportaciones de los propietarios eran aplicadas íntegramente a los empedrados, por conducto de Juntas Vecinales que funcionaron en los cuatro sectores. Estas Juntas fueron también las que, por la noche, abrían las calles cerradas cuando los propietarios se resistían a hacerlo voluntariamente, y ello fue de tal manera efectivo, que cuanto amparo interponían los afectados, estaba condenado al sobreseimiento por que los actos reclamados no eran ejecutados por autoridad, sino por particulares. Recordaré aquí un episodio que revela por sí solo todos los aspectos de este asunto: la señora viuda de Castaños, era dueña de un gran corralón que obstruía muchas calles en la barriada que se llamó Colonia Obrera, en el Sector Juárez, pues era tan grande, que de él salieron doce o más manzanas. La junta vecinal partió el corralón una buena noche en tantas partes como calles le correspondían. Hubo fiestas en todos los lados y regocijo popular; pero la propietaria interpuso amparo, que fracasó por lo que antes he explicado, y entonces elevó quejas ante la Secretaría de Gobernación, ante la Presidencia de la República, ante la Suprema Corte y movió influencias aquí y en México para reivindicar sus derechos y fue personalmente a la Capital donde continuó gestionando en mil formas, al grado de que era raro que no tuviera yo en el despacho novedades sobre tal asunto, hasta que después de muchos meses, se presentó una mañana, acompañada de su hijo y pidió en la Secretaría Particular una audiencia, que concedí desde luego deseoso de conocer la razón de su visita. La señora inició su plática diciéndome que consideraba todas las gestiones hechas hasta ese día como muy justificadas, puesto que habían sido lesionados sus derechos de propietaria; pero que, al transcurso del tiempo, y tomando en cuenta las solicitudes que algunos vecinos de la barriada le habían hecho a su hijo, había venido construyendo en las esquinas de las manzanas, locales para comercios, y que después había también construido habitaciones, al grado de que aquella propiedad que antes fue improductiva, le rendía ya pingües ganancias, por lo cual deseaba darme las gracias, convencida ya con igual lealtad, de que la razón estaba de mi parte, ya que los derechos de los particulares deben quedar limitados siem-

pre por el bienestar público. Excuso decir cuán grande fue mi satisfacción al oír aquella honesta explicación de una de las principales damas de la ciudad; pues jamás me ha insultado nadie con mayor pasión como cuando fueron realizadas las obras de embellecimiento por nosotros. La Calzada Independencia fue otra de las obras que provocó mayores resistencias, todas las cuales vencidas de mil maneras, desde el convencimiento, que dio muy buenos resultados en gran número de casos, hasta la compensación, que resolvió en definitiva todas las dificultades, pues se entregaba a los afectados una parte igual a la que se les quitaba. La entubación del río fue una de las obras más difíciles y costosas, pues la calidad del terreno era de tal dureza que los trabajadores no progresaban nada en la excavación. Los beneficios públicos y particulares de esta obra han sido de tal magnitud, que si no se contara con esa arteria, el tránsito sería una cosa impracticable; y el Comercio, la Banca y la Industria no contarían con espacios bien ubicados para sus despachos. En la parte central de la Calzada, valía el metro cuadrado cuando más, a tres pesos y en los extremos, sólo valía a diez o quince centavos. Ahora, en cualquier lugar, vale cientos y hasta miles de pesos y es además, una obra de belleza y de salubridad que honra a la ciudad. Guadalajara, hasta 1920, acudía para la resolución de todos sus negocios al portal y a la Plaza de Armas y sus alrededores. Esto era una costumbre de ciudad chica, que debía concluir, y por eso decidí en primer término, la rectificación de la Calzada y su arreglo, el traslado del Tribunal de Justicia a Tolsa y Vallarta, y del Congreso al edificio que ocupa actualmente la Rectoría de la Universidad de Guadalajara, que fue construido reformando el que se hizo en el tiempo del General Diéguez para escuela. La apertura de la calle Vallarta y el traslado de la Penitenciaría hecho bajo los gobiernos de J. M. Cuéllar y de Allende e iniciada por mí al derribar el viejo y antiestético presidio de Escobedo, dieron también a Guadalajara más moderno aspecto y ahora podemos enorgullecernos del bello boulevard que conecta con la carretera de México y con la de Nogales. No se crea que tales obras nomás insultos me granjearon; también me vi a las puertas de la prisión; pues el señor don Bernardo Félix, quien fue Jefe de Hacienda cuando se rectificó la Calzada Independencia, me consiguió por daño en propiedad federal, que hizo consistir en unos cuantos metros de terreno que se tomaron de la esquina sur del atrio

de San Juan de Dios. Por fortuna, el señor licenciado Martínez Ochoa, Agente del Ministerio Público, estudió a conciencia el expediente y al examinar el aspecto relativo a las cuantías del daño, encontró que siendo de cuarenta y tantos pesos, la acción estaba prescrita y me salvé de ir a la cárcel y se me declaró exento de toda responsabilidad. El señor Félix, quien ya murió, fue el padre de la gran artista mexicana del cine María Félix.

L A M E N D I C I D A D Y L A A V A R I C I A

UNA MAÑANA me anunciaron al señor licenciado Aquiles Cruz de la Secretaría de Hacienda. Después de los saludos, me dijo:

—He venido a Jalisco para investigar lo relativo al problema creado en derredor del funcionamiento de la Lotería de Jalisco. Soy abogado recién recibido y llevo aquí más de un mes, de incógnito, y regresaré esta tarde. Mi informe fue rendido ya y lo envié por correo, pudiendo asegurar a usted que le es favorable. Pero, señor Gobernador, no puedo irme sin antes rogarle me diga, dónde están los mendigos, pues desde el día que crucé la línea limítrofe de su Estado con Michoacán, viniendo en el ferrocarril, he querido repartirles estos centavitos de cobre, y no he encontrado un solo pordiosero. Yo le regalo a usted estos cobres, señor Gobernador, si me descifra el misterio. Aquí, las gentes dicen que usted manda echar a los limosneros y a los seminaristas a las jaulas de las fieras que tienen en el Zoológico del Agua Azul; pero esa es pura leyenda popular seguramente... Debo explicar a usted que, en virtud de que los periódicos lo pintan a usted como un ogro, desde el día en que el señor ingeniero Pani, Secretario de Hacienda, me comisionó para venir a Jalisco, mis nervios no marchan bien; pues aparte de que el conflicto de la Lotería se agravó por el hecho de que usted arrojó del local de dicha Lotería al señor Jefe de Hacienda, quien había embargado todo y estaba sacando los muebles cuando usted llegó con el ingeniero Jorge Villaseñor, Gerente; y usted a mano armada expulsó al funcionario hacendario, rompió los sellos de embargo y volvió a su lugar los muebles que yacían en la calle, ante el escándalo público. A pesar de que usted, según he visto y estudiado, tenía razón en no aceptar las imposiciones del fisco federal, de todas maneras aquellos antecedentes me tenían con la vida en un hilo, creyéndola en peligro si usted llegaba a enterarse de que aquí andaba escudriñando sus asuntos. Y ya se imaginará cuál sería el estado de mi

ánimo el día que en una cama del carro pullman me trasladé a Jalisco. No dormí, y en la madrugada, al llegar a la última estación de Michoacán, Yurécuaro, bajé para tomar una taza de café caliente, para reanimarme, y para comprar unos cigarros. Al pagarlos con una moneda grande, me dieron estos centavitos de cobre, que desde que paró el tren en La Barca, y después en Ocotlán; más tarde en Poncitlán, Atequiza y La Capilla, y ni en El Castillo, ni en La Junta, ni en Guadalajara, ni en los restaurantes y cantinas, ni en las puertas de hoteles, ni en las calles, ni en ninguna parte he visto aquellos seres miserables que antes pululaban en los andenes tocando pitos y flautas, o armónicas, o tocando otros instrumentos, o remedando animales, o simplemente tendiendo la mano en demanda de la caridad. Señor Gobernador, espero me haga el favor de darme a conocer su secreto. Aquí están los cobres.

El señor licenciado Cruz dejó sobre mi escritorio las monedas, y después de reír ambos de la ocurrencia, le dije:

—Mire usted, licenciado, yo no arrojo a las fieras ni a los limosneros ni a los seminaristas. Éstos han vuelto a sus hogares cuando han visto clausurados sus conventículos, que funcionaban contra las disposiciones legales; y aquéllos han desaparecido, porque con la ayuda de los presidentes municipales, la persecución de la mendicidad y de la vagancia; hecha metódicamente, hizo desaparecer radicalmente las dos graves lacras públicas. El señor licenciado Barba González nos traerá luego la circular que cada semana se remite a las autoridades de todo el Estado; usted la leerá y verá cómo no es ningún misterio ni tampoco es nada difícil ni imposible. Es solamente el resultado de la acción gubernamental aplicada justa y oportunamente a la resolución de un problema atacado a conciencia. Empezamos por detener a todos los pordioseros, e investigamos la vida de cada uno de ellos. Si se trata de un enfermo incurable, se remite al Hospital o a los lazaretos, donde queda hospitalizado definitivamente; si se trata de ancianos, se les interna en el Hospicio en un departamento especial, en el cual hacen trabajos apropiados para su edad, los cuales realizan en su propio provecho. Si los mendigos son niños, también son llevados al Hospicio y ahí se les da lugar para su educación y subsistencia; si éstos eran explotados por gentes mayores, la cárcel se abre para los culpables, así como para los que sin ser inválidos, ni ancianos, ni huérfanos, viven de la conmiseración pú-

blica causando espectáculos deprimentes e indignos. Algunos de los detenidos, resultaron ser propietarios de casas, como por ejemplo uno que llevaba años de situarse en la puerta del templo de La Merced, simulando grave mal de San Vito, cubierto un ojo con mugriento paño verde. Este individuo recogía magnífico botín y había adquirido ya varias casas. Está ahora en la Penitenciaría purgando su delito de fraude, así como otros que simulaban ceguera o invalidez, y los vagos en edad y condiciones físicas de poder trabajar. A los vagos, o a los que en las horas en que la gente digna y honrada labora, mientras ellos invaden billares y plazas públicas, también se les detiene y si no explican satisfactoriamente su actitud, son castigados con arrestos hasta que por fin buscan alguna ocupación.

El señor licenciado Cruz leía entretanto, la circular que el señor Secretario General de Gobierno le había traído para que la viera.

—Por supuesto —le dije además— que hemos tenido más de un dolor de cabeza en esta campaña. Por ejemplo, para albergar en el Hospicio a los huérfanos que vivían en las calles y dormían en las bancas de los jardines y en los portales, o en los umbrales de las puertas, hubo necesidad de hacer un estudio de todos los que estaban siendo sostenidos en dicho Hospicio, niños y niñas, habiendo encontrado que la mayoría tenían familiares. Y los familiares, no eran insolventes. Había ahí hijos e hijas naturales de políticos influyentes... Había hijos e hijas de prostitutas, que ostentaban trajes y medias de seda... Y había hijos de padres desaprensivos que lanzaban sus obligaciones sobre el erario público validos de alguna influencia o amistad, para usurpar los lugares de los verdaderos desvalidos de la fortuna, de los huérfanos que no contaban con ningún ser humano que los amparara y que vivían enfermos, inmorales, astrosos y mugrientos, desarrapados, en la vía pública, cubriendo sus desnudeces en las noches de invierno con periódicos y con pedazos de los anuncios de espectáculos que arrancaban de los muros para servirse de ellos como de cobija. Todo el que no tenía derecho de estar asilado, fue dado de baja en seguida, para dejar lugar a los necesitados y para limpiar la ciudad de aquella vergüenza. Y no ha faltado más de un diputado, o regidor, que aun haya venido a pedir la revocación de las órdenes para que sus bastardos o compadres sigan gozando de la inmoral

ayuda; pero nos hemos mantenido inflexibles y no daremos paso atrás.

El señor licenciado Cruz, se retiró de mi despacho complacido de mis explicaciones, quedando en mi poder los centavitos de cobre, que no teniendo yo a quién dárselos, por las mismas causas, ordené le fueran enviados al HERMANO IXCA, para que los incluyera en los monetarios del Museo del Estado.

Desde aquella fecha, tuve un grande amigo en el señor licenciado Cruz, y más de una vez me informó de cuanto lograba saber en los círculos políticos metropolitanos, siendo sus informaciones de muy grande utilidad.

Por supuesto que aquella limpia de mendigos y de vagabundos, duró hasta poco tiempo después de mi renuncia, pues no se ha vuelto a dar verdadera importancia a esto, a pesar de que todo mundo reconoció el éxito que coronó mi acción, y de que en la Secretaría de Gobierno deben obrar las circulares que sobre éste y otros problemas fueron giradas durante mi gestión gubernamental.

Es muy difícil someter a los políticos inmorales y resistirse a las recomendaciones; y por ello, el Hospicio está siempre lleno de niños que usurpan los lugares de los verdaderos huérfanos, como ya dije antes.

EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD

LA FORMACIÓN de la actual Universidad de Guadalajara, obedeció a causas, razones y necesidades que con mucha anterioridad se fueron presentando. Ninguna de esas causas, razones y necesidades tuvo relación con ideas de restauración que ahora, de manera dolosa e inconsciente, se vienen propalando. No existe ninguna semejanza entre ésta y la antigua, y sí muchas contradicciones, puesto que ésta se encuentra inspirada en ideales democráticos modernos, y aquélla fue instrumento de dominación para los conquistadores españoles. Recordaremos algunos hechos que demostrarán mi afirmación:

Para todos los Gobiernos del Estado de Jalisco ha sido motivo de orgullo muy legítimo el dedicar la parte más importante de su erario, al sostenimiento del servicio educacional. Más de la mitad de su presupuesto se empleaba desde que la Entidad Federativa quedó constituida, y ese impulso se continúa en forma ascendente, para cumplir de sobra con el mandato de la Ley.

En 1923 se puso en vigor la Ley del Trabajo del Estado de Jalisco, estableciendo en su artículo 28 la obligación para industriales y terratenientes de solventar los gastos de las escuelas donde recibirían instrucción los hijos de obreros y campesinos. Y esta circunstancia, permitió al Gobierno ampliarlas de manera extraordinaria llegando hasta muy cerca de mil escuelas primarias servidas por unos tres mil maestros. Se orientó la enseñanza en el sentido de servir y preparar debidamente al pueblo para la vida pública. En vez de dar preferente atención a las escuelas de las poblaciones principales, se mejoró el servicio de los pequeños y lejanos poblados. Se dio a conocer y se impulsó el arte popular, elevando sus producciones musicales, literarias y plásticas, a la primera categoría que merecen, levantándolas del bajo fondo del desprecio en que yacían gracias a la petulante actitud de la burguesía europeizante y ayankada. Grandes conciertos de música popular se verificaban frecuentemente en las escuelas y en los sitios públicos, así como concursos y exposiciones de artes plásticas.

Por lo que se refiere a la Enseñanza Superior, se procedió en

primer lugar a establecer la unidad de las instituciones ya existentes, que eran: las Escuelas Preparatorias, de Mujeres y de Varones; las Escuelas Normales, también de Mujeres y de Varones; La Comercial e Industrial para Señoritas; La Escuela de Jurisprudencia; la de Medicina y Farmacia; la Biblioteca Pública. Posteriormente, tras de los preparativos indispensables, se estableció la Escuela Politécnica, que representó el esfuerzo más preciso en el afán de servir a las clases necesitadas, poniendo a su disposición talleres, laboratorios y personal especializado y técnico, para impartir la enseñanza práctica de profesiones y oficios, y para elevar el bajo nivel de competencia y conocimientos de los obreros y trabajadores que ya desempeñaban tales oficios y profesiones. También se estableció el Observatorio Meteorológico, Sismológico y Astronómico, edificando las instalaciones indispensables para ello y dotándolas con el equipo adecuado. En el Parque de San Rafael, se fundó la Escuela Agrícola en donde se impartió la enseñanza a los jóvenes campesinos de las comunidades agrarias, persiguiendo los mismos objetivos que en la Politécnica. En los establecimientos de beneficencia, el servicio se organizó siguiendo las mismas modalidades y principios. Véase cómo, en este aspecto gubernamental hubo constantemente un propósito democrático palpable, y nunca una idea tradicionalista feudal.

Por fin, en 1924 se entró de lleno al estudio y consideración de la viabilidad y procedencia de la erección del coronamiento lógico de todos aquellos esfuerzos: la Universidad. La rebelión de pretorianos militares en contra del Gobierno Federal, dejó en suspenso estos trabajos hasta que fue dominado el movimiento, y en 1925 se reanudaron las juntas y se intensificaron los preparativos y estudios, para lo cual se realizaron reformas de carácter fiscal y burocrático. Por fin, el 12 de octubre de ese año, se dio feliz término a la obra. Fueron llamados a contribuir con sus luces, todos los educadores que en aquella época eran y aún siguen siendo ahora, orgullo de Jalisco, los que aún viven. Todos cumplieron, a pesar de los grandes sacrificios impuestos por el excesivo trabajo. Se hicieron arreglos en los edificios destinados a la nueva Institución, y se dio ser a la Escuela de Ingenieros, a la de Odontología, a la de Química, y así quedó formado el conjunto inicial de nuestra Casa de Estudios, que a través de posteriores episodios, ha llegado a ser una entidad respetable y respetada, cuyo prestigio está mucho más alto que todas las ruindades y pequeñeces de quienes

viven de la envidia y del encono. Todas las nuevas escuelas que ha prohiado, todas las facultades de que ahora consta ya, son producto claro del inicial esfuerzo. El Instituto Politécnico, es la culminación de la intención que creó la Escuela Politécnica. Es indispensable velar porque no llegue a ser arma contra el Pueblo, porque ello sí sería falta imperdonable y de características restauracionistas de la antigua Universidad.

Miente quien diga que bajo esta obra, se ocultaron maniobras y propósitos políticos, con la intención de ganar prestigio y fuerza en los ámbitos del país. Quienes conocen el desenvolvimiento histórico de aquellos tiempos, saben perfectamente que yo quedé sin porvenir ninguno desde que llegaron al poder Calles y Morones, claudicantes revolucionarios que quisieron constantemente manchar la Soberanía del Estado, a cuya defensa me dediqué cuanto pude y supe. Mal podía perseguir beneficios políticos quien como yo, estaba en tales condiciones.

Tampoco se creó la Universidad con ninguna reducción en la libertad de cátedra, ni para imponer criterio alguno religioso, ni moral, ni político, ni social. En este punto, cumple con sus obligaciones constitucionales. La garantía de la libre expresión de las ideas y del pensamiento, es aquí absoluta. Nada de las intolerancias ni de los dogmatismos acedos de la vieja Universidad.

Más bien se podrán encontrar semejanza entre esa y la ahora llamada Autónoma, pues el cordón umbilical sí pudo pender de aquel vientre medioeval: la intolerancia religiosa, el fanatismo oscurantista, son sus normas principales. Quienes fundaron la Autónoma, buscaron exactamente eso, y por eso se desprendieron en su movimiento sistemático de nuestra Casa, saneándola así.

Nosotros menospreciamos las consideraciones que dominaron a los Partidos Liberal y Conservador en el período de Reforma, pues para nada tomamos en cuenta la significación que ellos les daban a los vocablos INSTITUTO o UNIVERSIDAD. Lo que nosotros buscábamos, en todos los órdenes, era la UNIFICACIÓN de nuestros esfuerzos. Era lógico que en el educativo, quisiéramos la UNIVERSALIDAD. Por eso tomamos la designación de UNIVERSIDAD.

Muchos lemas fueron propuestos para nuestra Casa de Estudios, pero ninguno llenaba las necesidades de expresión concreta y precisa, y tengo el orgullo de haberlo compuesto yo en las dos sintéticas voces: PIENSA Y TRABAJA. Símbolo de actividad creado-

ra, espiritual y física. Propósitos de estudio y realización. Inspiración e investigación. Y esto lo obtuve, no porque estuviera conectado con la tradición contemplativa y nula de la época de la conquista, sino porque soy un convencido de la acción moderna.

LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD*

CONOCÍ a Enrique Díaz de León en el barrio de la Plaza de Toros. Ya no vivía yo ahí, sino en el del Retiro, más al norte de la ciudad; pero diariamente pasaba por el camino del Liceo de Varones. Era el año de 1907; un año incoloro e insípido, de un ritmo lento y apesadumbrado, como de calma chicha. Por la calle de Angulo, cerca de la de Belén, estaba la redacción de la Revista socialista *Aurora Social*, que publicaban Roque Estrada, Miguel Mendoza López Schwerdefeger, Ignacio Ramos Praslow, Celso Marín y Luis García Robledo, hermano éste de Miguel Othón Robledo. El gordo Izábal, Rafael Buelna y yo, gustábamos de ir a ese local, validos del parentesco mío con los García Robledo, para oír los debates de aquellos hombres. Allí vivía don Jesús Acal Ilizaliturri, un poeta larguísimo, más que su apellido con todo y sus iies y sus eles, que tenía ya vendido su esqueleto en vida, a una benemérita sociedad científica gringa, según nos contaba Miguel. Nos atraían también los otros chismes del grupo literario y sus hablillas. Recuerdo que Roque Estrada pagaba a veinte centavos a todos aquellos que acudían a escucharlo cuando hacía sus pininos de orador en la escalinata del Hospicio Cabañas. También supimos que nuestro maestro de francés el poeta Manuel Puga y Acal, con frecuencia amanecía tirado debajo de los equipales que ponían los señorones de la ciudad en el Portal, por fuera del Casino Jalisciense, desde los cuales cómodamente sentados presenciaban los diarios desfiles de las pollitas tapatías y tomaban su gran vaso de horchata de cebada con limón y hielo. En voz baja nos contaban los Robledo, que Miguel Mendoza López y Ramos Praslow eran protestantes. Por ellos supimos con alborozo que dos estudiantes del Seminario de San José se acababan de matricular en el Liceo, por ser liberales: Enrique Díaz de León y Agustín Arreola Valadez. Nos ofreció Miguel Othón llevarnos a conocerlos en su propio cantón, que era muy cerquita, por la calle del

* Discurso pronunciado en el Panteón de Belén, ante la tumba del Primer Rector de la Universidad.

Liceo, en la cuadra de la casona de una señora española muy rica y vieja que le decíamos La Chapulina, junto a la cual estaba el tendajón de doña Cuca. A él nos dirigimos. Ya estaban parados junto al mostrador otros estudiantes: Enrique Pérez Arce, Daniel Galindo, Rodolfo Delgado y Juan R. Cárdenas, éste sentado en una sillita de tule. Enrique recitaba el *Estival*, de Rubén Darío:

La tigre de Bengala
Con su lustrosa piel manchada a trechos,
Está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
De un ribazo, al tupido
Carrizal de un bambú; luego a la roca
Que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
Se agita como loca
Y eriza de placer su piel hirsuta.

Era imposible que nadie recitara con mayor maestría que Enrique. Poco a poco fue subiendo la entonación para ilustrar con más color la descripción de la selva, llena de alimañas como si fuera un Parque Zoológico. Luego, con gravedad, dramáticamente, tras del amoroso idilio de la Venus Felina y del tigre donjuanesco, con el estrépito de la cabalgata y de la jauría del Príncipe de Gales dio el final magnífico así:

El Príncipe atrevido,
Adelanta, se acerca, ya se para;
Ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
Ya del arma el estruendo
Por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir...! Pero antes, débil, yerta,
Chorreando sangre por la herida abierta,
Con ojo dolorido
Miró al cazador; lanzó un gemido
Como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.
Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
A los rayos ardientes

Del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño:
Que enterraba las garras y los dientes
En vientres sonrosados
Y pechos de mujer; y que engullía
Por postres delicados
De comidas y cenas,
—Como tigre goloso entre golosos—
Unas cuantas docenas
De tiernos niños, rubios y sabrosos.

El entusiasmo que aquella recitación produjo en todos nosotros, pasaba de simple aprobación al recitador y al autor del *Estival*; venía de más hondo. Todos estábamos ya más o menos metidos en las lides políticas, unos en el reyismo, como Buelna, Izábal y yo; y otros en el anti-reeleccionismo, pero todos deseando un avance hacia el mejoramiento público y la terminación de la era del Príncipe de la Paz, Porfirio Díaz. Bajo la tragedia de los tigres, nos mirábamos representados nosotros y el pueblo amordazado; el Príncipe de Gales nos parecía tan odioso como las fuerzas de la dictadura. De las bocas de todos salieron ¡vivas! y ¡bravos! para Enrique, aplausos estrepitosos y apretones de manos. Él, con su prominente mentón levantado con orgullo, agradecía la ovación muy satisfecho, mientras que Juan R. Cárdenas le decía a doña Cuca la tendajonera:

—Sírvanos a todos unos cartuchos de tequila con botanas de chilitos en vinagre y queso, que yo pago...!

La tabla del mostrador se llenó de platos, saleros y cartuchos rebosantes de aquel sabroso tequila de ollita. Se hicieron las presentaciones y alternados Pérez Arce, Daniel Galindo y Enrique, nos fueron recitando, entre pláticas y tequilas, otras bellas composiciones. Desde entonces le oí también a Díaz de León ésta:

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutli de azahar...

Juntos concurrimos a las clases de Historia, de Francés, de Gramática, de Filosofía y Lógica, de Dibujo, de Matemáticas, de Química, en las que fueron nuestros profesores los señores Francisco Escudero, Luis Corro, Tomás V. Gómez, Jorge Delorme y Cam-

pos, Luis Vázquez Foncerrada, Agustín Bancalari, Adrián Puga... Todos con sus levitillas o sus paletós cruzados, muy solemnes, allá encumbrados en su alta cátedra mirándonos como microbios, menos el señor Escudero que luego de terminar, venía a charlar con nosotros, después de su clase. Era liberal, como la mayoría de los maestros y alumnos, pero había también conservadores. Nosotros éramos radicales. Otros moderados; y muchos, indiferentes. Nació en esa época el "Club Literario Estudiantil Justo Sierra". Ello implica un sentido histórico y pedagógico pues don Justo formaba la línea más avanzada del pensamiento liberal.

Llegaron los días sangrientos. Buelna y yo, fuimos expulsados del Liceo como consecuencia de los motines anti-corrallistas y por haber encabezado a los camaradas del Liceo cuando echamos abajo el cancel de fierro del portón para salir a pelear contra los porfiristas. Después huimos a México, perseguidos. Mi trabajo de caricaturista de *El Perico* se acabó. Lo habíamos hecho Stahl, Enríquez y yo. Heriberto Frías y Rafael Martínez, "Rip-Rip", que venían huyendo de Mazatlán, nos invitaron a trabajar con ellos en el órgano del maderismo y nos pagaron el viaje a la metrópoli. Todos nos perdimos de vista por mucho tiempo. Sufrimos como la generalidad, como nuestras familias, como todo el mundo. En 1912, de vuelta ya en Guadalajara, fundamos el Centro Bohemio, Xavier Guerrero, Carlos Stahl y yo, siendo Enrique uno de los constantes. *La marcha triunfal* era para entonces lo que prefería recitar, alternando con Juan de Dios Robledo, admirador de Amado Nervo, con *Los cuatro coroneles de la reina*; y con Agustín Basave que prefería a José Santos Chocano. Los lazos amistosos de la primera juventud, se fortalecieron en el Centro Bohemio. Una conciencia de grupo, muy firme, nos orientaba hacia deseos no precisos aún, pero con los que todos comulgábamos. En nuestros periódicos atacábamos cuanto nos parecía mal hecho o mal pensado y con ello creamos ideas prácticas, que ilustrábamos con sátiras y caricaturas. Ninguno o casi ninguno, militó hasta entonces activamente en las campañas políticas, salvo algunos en las militares: Robledo, González Madrid, Buelna, Alfaro Siqueiros que llegó por aquellos días con Jesús S. Soto y José de Jesús Ibarra. Unos fueron carrancistas, otros villistas. Nosotros permanecemos al margen y logramos con ello salvar, primero, a Mariano Azuela y luego, con su ayuda, a José de Jesús Ibarra, que había quedado herido en mi casa de la Seattle, cuando él era Capitán del Estado Mayor del

General Diéguez. No teníamos programa escrito, ni nuestro grupo se puso nombre ni aprobó estatutos ni reglamentos. Todo estaba fincado sobre lo que había sido nuestra propia obra: lecturas, conferencias, estudios, discusiones, acontecimientos. Fundamos varios periódicos: *Gil Blas*, *La Sátira*, *Rigoletto*, *30-30*, *Etcétera*. Ninguno de nosotros perseguía ningún fin egoísta. No pedíamos nada y nos desenvolvíamos formándonos lejos de las esferas oficiales y, en cierto modo, contra ellas. Alfredo Romo, el gran Ixca Fariás, Carlos Orozco Romero, Amado de la Cueva, Juan Antonio y Ramón Córdova, Javier Guerrero y Carlos Stahl, Alberto Venegas, José de Jesús Ibarra, Alfonso Michel, León Muñiz, José Ceballos, Luis de la Torre, Gabriel Ayala, José Luis Figueroa y yo, éramos el escuadrón de pintores y dibujantes. Poetas y escritores, eran los ya mencionados, más Guillermo Jiménez, Jesús Sauza González, Manuel Hernández Galván, Joaquín Vidrio, Alberto Macías, Antonio Castellón y Zúñiga, Luis Gutiérrez Trillo, Gustavo R. Cristo, José G. Montes de Oca, Manuel Martínez Valadez, Jesús S. Soto, Rodolfo Delgado, Javier Enciso, Agustín Arreola Valadez. La banda de los músicos estaba formada por Eugenio Padilla, Andrés Sandoval, Fernando Martín del Campo, Roberto Gutiérrez Arreola, José Rolón, Ramón Serratos, Luis Abitia, Alfredo Levy, el violinista Campa, Juan José Espinosa y Enrique Gama. Nacho Gómez Gallardo y Chema Lupercio, eran los fotógrafos. Aparte de León Muñiz, teníamos en la escuadra de los escultores a Humberto Pedreti, a Crivelli, a Juan Hernández, a Julio Adeath y a Pedro Sánchez, primo de Manuel Martínez Valadez. Nuestras reuniones eran a todas horas. Ahí vivíamos a veces, en la calle de Tolsa 575, algunos de nosotros. Ya en otra ocasión referiré la multitud de aventuras que acontecieron en aquella primorosa casita.

Poco a poco, casi sin sentirlo, caímos de pronto en actividades políticas y en conspiraciones. Otra vez nos esparcimos por diferentes lugares, obligados por las circunstancias.

Enrique se fue a Chihuahua. Yo salí de aquí oculto en un tren en que Rafael Buelna llevaba equipo militar. Ya había llegado él a General de División y era famosísimo por valeroso e inteligente. Otra vez se vivió en la anarquía, en desfallecimientos, en epidemias, que con mayor intensidad y desasosiego y mayores sufrimientos y penalidades cayeron sobre la población. Al triunfar, nuestra suerte estaba ya echada. Reaparecieron *La Sátira* y *Gil*

Blas, nuestros periódicos humorísticos. Nos adueñamos de los Partidos Políticos y fui electo Diputado al Congreso de la Unión por Guadalajara, siendo Director de la Biblioteca Pública, designado por Ignacio Ramos Praslow, quien aceptó nombrar en ese puesto a Enrique, cuando ocupé la curul, a quien ya habíamos llamado para que viniera a luchar con nosotros, así como a David y a Napoleón Orozco que estaban en Nuevo León. Pronto, todos ocupamos puestos de elección popular, que ganábamos en formación cerrada, todos juntos. Enrique fue diputado local, y muchas, muchísimas veces su intervención valió éxitos decisivos para el grupo, cuando derrocamos a Basilio Vadillo. A éste lo habíamos llevado en triunfo hasta la gubernatura, pero se empeñó en sostener a gentes extrañas a Jalisco y en una reñida oposición llena de episodios rudos, le ganamos la partida. Entonces publicamos *Basilio*, con caricaturas. La conciencia del grupo era ya precisa, estábamos fogueados, conocíamos los caminos de la realización y los estábamos siguiendo resueltos y confiados en nuestro destino. El pueblo nos tenía una confianza ilimitada, en todas partes se nos quería, se nos apoyaba, se nos alentaba para seguir adelante.

Así llegamos a ser dueños del futuro de Jalisco.

Enrique fue de los que más hicieron; de los que con mayor conciencia traducían a los hechos aquellos deseos nacidos en los principios del siglo. Cada uno se dio por entero a la causa y por eso pudimos dejar una herencia efectiva. Por eso la Universidad, nuestra Casa de Estudios, es ahora una realidad. Anteriormente a ella, habíamos dado cima a la organización de Sindicatos y Comunidades Agrarias, expidiendo leyes y reglamentos adecuados a una política de justicia social en las fábricas y en el campo. Por eso es inútil tratar de negar que la Universidad esté dedicada al servicio del pueblo. Para él se creó y resulta torpe pretender vincularla con aquella otra que existió y murió al servicio de intereses contrarios al pueblo jalisciense. Nada de las togas, birretes y borlas anacrónicas de aquélla. La pura ciudadanía, simple y sencilla, sin disfraces teatrales. Yo había intervenido en la fundación de la Secretaría de Educación Pública siendo miembro de la Comisión de Instrucción Pública del Congreso de la Unión, en la que celebramos juntas con la cooperación de Antonio Caso, de Ezequiel Chávez y de José Vasconcelos. Había conocido ahí el pensamiento más elevado de la Revolución al respecto, y contaba

aquí con la colaboración, en primer lugar, de mis compañeros de grupo y luego con la intelectualidad jalisciense, que contribuyó a dar forma a nuestra Casa de Estudios. Las sesiones que se verificaron al respecto, fueron tomadas taquigráficamente y sólo unas pocas de las versiones se han perdido, por maniobra reaccionaria de alguno de los gobiernos posteriores al que yo presidí. Enrique dio cuanto tuvo y pudo para esa obra y todos sabemos cuánto podía. Antes le encargué la Dirección de la Escuela Politécnica que era la preferida. Nunca me pidió que lo nombrara Rector. La víspera ignoraba que lo sería y cuando se lo comuniqué, aún se resistía. Solamente aceptó, cuando le hice ver que, de no ser uno de nosotros el primer Rector, podríamos malograr el esfuerzo. Hasta el ridículo nos amenazaba, porque en esos días, tan lejanos ya, se veía como un alarde pedantón el fundar una Universidad fuera de la Capital de la República. Ni él ni yo, aisladamente, somos los autores de tan importante creación cultural y social. Nació de la conciencia de un grupo de ciudadanos cuyo pensamiento, su espíritu y su acción, por años estuvo entregado al servicio de la verdad, y del interés colectivo. El tránsito de las innatas actividades artísticas a las políticas y sociales, benefició al pueblo, no a nosotros, puesto que nuestro destino artístico quedó frustrado ante los deberes públicos, a los que sin reparo, con entrega absoluta, acudimos a cumplir.

Todos los méritos que se han atribuido a Enrique, son aquí reconocidos a nombre de todos nuestros contemporáneos y compañeros de lucha. A ellos, agrego los que en toda la vida, desde aquella tarde en el tendajón de la Plaza de Toros, le abonamos y reconocimos sus condiscípulos. Y como sería incongruente no terminar con el recuerdo de palabras de él, recitando a Nervo, aquí las transcribo con fervor:

*¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
Tú ennobleces la vida con un ¡Quién sabe! y das
Sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande —dolor, amor— tú estás.
Arco triunfal de mármol negro, por donde pasa,
dignificada, el alma que sin cesar luchó,
cual héroe taciturno; regalo, abrigo, casa
de quien desnudo y sólo la dura tierra holló...!*

PIENSA Y TRABAJA *

DENTRO del marco modesto de nuestro democrático lema, voy a esforzarme, señor Gobernador, señor Rector, señoras y señores, por cumplir dignamente con el placentero encargo de manifestar, a nombre de mis compañeros de la Comisión Fundadora de nuestra Universidad, algunos conceptos relacionados con esta obra, cuyas dimensiones actuales sobrepasan muchísimo nuestras más ilusorias esperanzas de ayer.

PIENSA Y TRABAJA, fue como la síntesis última de nuestra labor. La señal concreta que selló el cálido lacre final de nuestro esfuerzo, la corona del nuevo ser que nacía tras de meses, semanas y días de febril impulso creador. Zozobras e inquietudes nos asaltaban por todas partes; ilusiones y desalientos se alternaban en nuestra alma; elevaciones y caídas espirituales; crueles vaticinios y augurios halagadores; la esperanza del éxito y el terror del ridículo: ¡Qué audacia de provincianos! —se nos gritaba de fuera y de arriba. ¡Qué osadía de crear una Universidad...! Hace una treintena de años, los obstáculos adquirirían tamaños monstruosos que hoy ya no se perciben porque tiempo y éxito los han borrado. Nosotros los apartamos entonces con férrea voluntad y quedaron vencidos. La verdad es que la obra transcurrió y se hizo bajo el imperio de los dos verbos: PENSAR Y TRABAJAR. Era natural que al final, cuando urgía la fórmula expresiva que sirviera de lema, cuajara lógicamente nuestro PIENSA Y TRABAJA. Como una consigna, nos la hemos pasado diariamente desde aquel 12 de octubre de 1925, no al oído, sino de viva voz. Es la contraseña que dimos al pueblo jalisciense al entregarle su Casa de Estudios, para que por medio de ella llegara hasta sus puertas y le fueran abiertas. Es también la norma de conducta que rige las aulas, los talleres, los laboratorios de nuestras numerosas escuelas y facultades, de nuestros institutos; norma y método de estudio, de investigación y de acción, para los maestros, para los alumnos, los deportistas y los obreros de nuestra comunidad.

* Discurso pronunciado en el xxx Aniversario de la Universidad de Guadalajara.

PIENSA Y TRABAJA, es la cristalización del deseo de alcanzar el perfeccionamiento personal que ambicionamos todos los que pertenecemos a nuestra Universidad. Es la señal de orden que diariamente nos dicta la voz espiritual de la Patria, urgiéndonos para que procuremos encaminar sus destinos por una dirección prestigiosa y elevada, en el concierto de las naciones cultas. PIENSA Y TRABAJA; fórmula misteriosa de la Magia Blanca de la Cultura, que todo lo ha transformado cuando se ha cumplido, trayéndonos desde los oscuros días de la animalidad prehistórica, hasta las excelsitudes de la vida moderna; fórmula de la alquimia espiritual que nos ha llevado hasta la extraordinaria dominación de las fuerzas naturales para bien de la Especie Humana. PIENSA Y TRABAJA: Sabio consejo que de seguirse con equilibrio de realización, nos dará éxito seguro en todos los órdenes. Por todo ello, cuando quedó cumplida nuestra labor, lo dejamos inscrito como nuestra Ley Suprema y como fruto maduro del pensar y del trabajar.

¿Qué ser no tiene sus genealogías? Nuestra Universidad las tiene. Remontémonos por las ramas frondosas del árbol de la Historia, descendamos hasta sus profundos raigambres, como lo hicimos hace treinta años, y volveremos a ver en el remoto pasado, al Buda Gautama predicando a sus monjes de Benarés, en el siglo V. antes de Cristo, para enseñarles la manera de liberarse por medio de la meditación hasta olvidar la materia y gozar en el Nirvana de la Nada; o a Confucio en su vieja China, esparciendo sus ideas moralistas; o a Zoroastro instruyendo a la multitud del Irán en tiempos anteriores y formando sus círculos de magos, para conservar los secretos de la nascente ciencia; o a Pitágoras el legendario, su contemporáneo, dueño de todos los conocimientos de su tiempo, poseedor de los sublimes misterios de la Arabia, de la Palestina y de la Fenicia e iniciado en los misteriosos secretos del Cónclave más hermético y sabio del Egipto, el de Tebas, maestro de una prestigiada escuela en Crotona, que como un imán atraía las juventudes y que se llamó Instituto, cuyas ramificaciones se extendieron por todo el mundo antiguo; o en los siglos que siguieron, gocemos recordando el espectáculo de Platón en su cátedra de la Academia de Atenas; ese gran pensador, uno de los mayores que la humanidad ha producido, que ganaba con igual facilidad y donosura los premios olímpicos, o los laureles de la sabiduría desde su juventud; veremos además las frondosidades de

su Academia cuando se fundaron otras muchas por todas partes hasta llegar a la Segunda Academia, fuente de la primera sabiduría de San Agustín y motivo de sus ataques después; o los empeños de San Anselmo, de San Buenaventura y de los Victorinos. Recordaremos también los Estudios, las Escuelas, Colegios de los principios del Medioevo; a Raymundo Lulio; y luego la rica corriente que desembocó en España, llevada por las caballerías triunfantes de los árabes, portadora de todos los limos de todas las ciencias del místico Oriente, de Grecia y de Roma, que ellos habían adquirido en África y de los que en Europa no quedaban ni recuerdos, por la devastadora y salvaje destrucción de las tribus bárbaras del norte. Córdoba y Granada fueron grandes centros de difusión cultural, desde el siglo x. Aislado el imperio bizantino de los imperios germánicos, no había en tierras de Europa sino mustios hogares que ardían en los rescoldos del saber greco-romano, tales como el de Marciano Capella en el siglo v, el de Boecio durante el vi, el de San Isidoro en la España visigoda del vii y Beda el Venerable en el viii, en su Britania anglosajona. La biblioteca de Al-ha-kén en Córdoba constaba de 40.000 volúmenes, traídos de El Cairo, de Alejandría, de Bagdad y de Damasco, no todos en pergamino ni en papiros; sino PAPER, (apócope morisco de PAPHYRUS) el gran invento chino que los árabes llevaron por la puerta de España para que sirviera tanto a la cultura occidental, desde Bagdad, en el siglo viii. Permitidme decir que es un libro español, un misal del siglo ix, el primero que fue anotado como hecho en PERGAMINO DE TRAPO... También recordamos a Toledo, que poco después de caer en manos de cristianos, se afamó como el más grande centro de las ciencias, de las artes y las industrias, pues en ella estaban todas las bibliotecas árabes más famosas, incluso la de Al-ha-kén y la del bibliófilo Ibn-Hanoxi, que con gran orgullo la tenía al día. La conquista de Toledo, Corte de los Umeya, se considera por ello la más grande victoria, pues tuvo como fruto las ciencias árabes y judías. Y ahí, en Toledo, nacieron luego las escuelas y estudios famosos de los siglos siguientes, como en todo el mundo, que iban a culminar con la designación de UNIVERSALIDAD. Primero fueron comunidades de maestros y alumnos, aisladas del poder real y del eclesiástico, o a veces en su contra, para después ser, o pontificias, o episcopales o reales o municipales. Nacieron por la urgencia de atender la multiplicación de las enseñanzas, por la ra-

mificación especialista del conocimiento humano y para garantizar a los alumnos extranjeros, que en ocasiones eran perseguidos por serlo. De todo ello les viene la universalidad. Salamanca dejó su anticuada forma y bajo el reinado de Fernando III de Castilla y de León se transformó en la Real Universidad; luego nació la Episcopal de Palencia y más tarde la Municipal de Valladolid. Multiplicáronse después por todo el territorio del Reino, mientras en Francia y en toda Europa se registraban iguales progresos. Veamos ya, así sea someramente, los orígenes mexicanos. El mundo de las culturas indígenas conoció en la cultura azteca, la gran brillantez educativa del aristocrático Calmecat, del popular Tepochcalli, de la famosa Cuicacalli, la Escuela de las Bellas Artes. Los mayas tuvieron equivalencias de las tres instituciones y todas las otras grandes culturas también. Después, durante la Colonia, por 1551-53, se fundó la Real y Pontificia Universidad de México. En seguida, nacieron Escuelas, Seminarios y Universidades menores. A fines del siglo XVIII quedó establecida la Real de Guadalajara, el 3 de noviembre de 1792, después de activas gestiones iniciadas a mediados del XVIII por el Obispo Galindo y Chávez, secundadas por el Ayuntamiento de Guadalajara en 1761 y llevadas a feliz término por Fray Antonio Alcalde quien murió poco antes de que su obra quedara terminada. La Compañía de Jesús había dejado muy buena semilla por medio de las enseñanzas de muchos de sus maestros, sobresaliendo aquí las de Francisco Javier Clavijero. Pero desde que dichos jesuitas fueron expulsados del Reino Español, a mediados del siglo, el medio cultural quedó empobrecido. Ciertamente es que la semilla buena produjo buenos frutos, pero excepcionalmente. Aquella Universidad se caracterizó por los Frailes Gerundios que de ella salían. Ahí están para comprobarlo las opiniones de todos nuestros historiadores y comentaristas, que calificaron esos bochornosos años como los de la decadencia de la Nueva Galicia. Después de la Independencia, liberales y conservadores, en sus constantes reyertas, tomaron las palabras Universidad e Instituto, como banderas de combate, que según iba la suerte de las armas, así vivían precariamente una u otro para luego desaparecer los dos. Los resultados fueron desastrosos. Quedaron pocas escuelas, aisladas, algunas libres, que a penas medraban y faltaban muchas.

Por fortuna, entre nuestros compañeros de la Comisión, en 1925, había muchos verdaderos sabios. Otros habíamos tenido la

oportunidad de intervenir directamente, en el Congreso de la Unión, cuando se fundó la Secretaría de Educación y oímos entonces las más autorizadas y sabias voces de los ilustres universitarios mexicanos. Así pues, en conjunto lográbamos una buena orientación general, que nos llevó a comprender cómo para prestar un verdadero servicio a la colectividad, era indispensable que, en el orden de la Cultura, hubiera verdadera UNIVERSALIDAD. Sin limitaciones, con verdadera amplitud liberal. En vez del Nirvana de Buda, queríamos el bienestar social. Algo parecía asimilarse a nuestro propósito, la Academia griega y mucho de aquel universalismo de los filósofos árabes y judíos españoles. Pero con la que aquí había existido, nada de común teníamos, si no era parte del nombre, y el domicilio. La nuestra se había desprendido de lo REAL y había vuelto francamente su rostro hacia el PUEBLO. Por lo demás, estaba claro que la intención de la moderna se conjugaba con los dos verbos: PENSAR, TRABAJAR. Diferencia mayor y radical entre las dos.

No pensar únicamente, porque caeríamos en la nada del abismo, o en los refinamientos de las grandes escuelas filosóficas y científicas, abstraccionistas; ni queríamos dar un sentido únicamente laboral a nuestra obra, no: sino la vinculación de los dos verbos.

PENSAR, que es discurrir por los infinitos dominios de la imaginación, traspasar los mundos de lo conocido y de lo desconocido y seguir, seguir por la galaxias y más allá de ellas y de los grandes sistemas planetarios, de los gigantescos soles; escudriñar más allá, y mucho más hondo de lo que pueden los más poderosos telescopios ensanchando la mirada o los más finos microscopios desmenuzando los átomos. Imaginar, que es la función más libérrima del hombre, porque nada ni nadie, ni dioses, ni hombres, ni demonios, pueden sujetarla ni esclavizarla.

TRABAJAR.—El trabajo santifica, dicen los evangelios. Trabajar para comer, dicen los comunistas. Ganarás el pan con el sudor de tu rostro, dijo el Cristo. Todos, absolutamente todos, bendicen ya el trabajo. Nadie lo juzga vil y vulgar como antaño. Todos se honran con él. Todos lo bendicen y lo practican sin desdoro. Pero su verdadero ennoblecimiento, está en su vinculación con el PENSAR. Así los dos, unidos, merecerán un constante respeto.

Nunca tuvimos ni hay ahora, la intención de eliminar alguna

clase social o algún credo religioso; ni de imponer criterio público. La verdadera idea de UNIVERSALIDAD, está aquí en acción desde en 1925. Mentira que nuestras puertas estén cerradas para ciertas escuelas y clases. Todos tienen aquí acceso garantizado, función libre, expresión más libre, en todas las cátedras; libertad de palabra y de opinión, con las limitaciones únicas de las leyes, y la capacidad docente de sus dependencias. Mienten los que afirmen otra cosa. Proceden con dolo, porque saben y conocen por sí mismos que mienten. Es la pasión la que los lleva hasta esos extremos porque cuando una vez, en su afán de volver a los días de Fray Gerundio, sus planes fracasaron y tuvieron que alejarse de nosotros. Viven ahora en una facción cuya unilateralidad es notoria, porque la ostentan en el mismo título de su exclusividad. Para la Universidad de Guadalajara, fue una fortuna que esa parcialidad se apartara y tomara su camino, porque quedó saneada. Nosotros practicamos la libertad por la libertad misma. Cuando ellos la enarbolan como bandera, es con el fin de matarla, imponiendo forzado criterio, forzada cátedra, forzado credo. Si alguien no llega hasta nosotros, es porque faltó algún elemento para su admisión, no porque haya prejuicios de índole alguna. Aquí tenemos miles de su mismo credo religioso, político y social. Que digan ellos si alguno de nosotros, alguna vez, les hemos impedido el libre ejercicio de la palabra o hemos pretendido su apostasía. Ni lo pretenderemos nunca. En ello está nuestro orgullo.

Porque nos hemos alejado de esos temas, pudimos crear la Universidad organizando los centros que ya existían, sumando los que funcionaban libremente, y creando algunos de los que faltaban. Congruentemente con cuanto aquí afirmo, antes se habían abierto las puertas de la Escuela Politécnica, cuyos programas y finalidades todo el pueblo de Jalisco conoce como modelo de democracia libre. Nuestro único imperativo, era, es y será el que ostenta nuestra bandera: PIENSA Y TRABAJA.

PIENSA Y TRABAJA. Sin limitaciones raciales, ni circunstancias, ni locales. Amplia ventilación para que las ciencias y las artes florezcan ricamente. Esas son nuestras enseñas heráldicas: PIENSA Y TRABAJA. Pendón sin mancha que no hiere a nadie, que no ataca costumbres ni derechos, que puede flamear con alegría en las manos de una mujer o de un hombre, de un anciano o de un niño. La naturalidad, la modestia, serán virtudes de los universitarios guadalajarenses, en contraste con la aceda pedante-

ría de Fray Gerundio. ² No se vestirán aquí los birretes con colorines de papagayo ni las togas asotanadas, porque con ellas, ni se puede PENSAR, ni se puede TRABAJAR, porque estorban. Es cierto que alguien se goza con esos disfraces, pero es porque a veces, cuando el espíritu es vacuo, cuando la cultura es superficial, se impone la simulación en forma de ostentación teatral. Nosotros seremos como nuestros conciudadanos y vestiremos como ellos; no nos alejaremos de ellos ni de palabra ni en acción, ni en costumbres: profesaremos una sencillez ciudadana en toda nuestra conducta.

Debemos tener siempre presente la irónica representación de nuestro gran pintor José Clemente Orozco en un mural de los que ejecutó en el Colegio Darmouth, donde aparece la Ciencia Estéril, figura esquelética, dando a luz volúmenes muertos, asistida por un partero esquelético también, tocado con el birrete doctoral, cubierta su calavera con él y sus huesos con la toga presuntuosa, rodeado todo ello por otras figuras de igual sentido. Que nuestra Casa de Estudios sea una institución siempre viva, atenta al servicio de su medio social, para que sus hijos no sean volúmenes empolvados y estériles; sino hijos capaces por su salud mental y su robustez, de garantizar el bienestar del pueblo.

Mis compañeros de la Comisión Creadora y yo, a nuestro nombre y en el de aquellos otros que han desaparecido ya de entre los vivos, hacemos solamente este legado a las generaciones que ya nos están relevando y a las de la posteridad: PENSAD Y TRABAJAD. Cláusula principal de nuestro testamento, no cerrado, ni secreto; sino público y abierto, que será cumplido por magníficos albaceas y curadores que la fortuna nos ha designado: Agustín Yáñez, por su carácter de Gobernador del Estado, pero más aún por su naturaleza de hombre de letras; Guillermo Ramírez Valadez, de prestigio cultural; por los concejales que son, o hijos de la Universidad, o veteranos de ella; y por nuestros hijos, a los que no nombramos tutores, porque la juventud jalisciense jamás los ha necesitado, porque trae innata la gran conciencia de su destino. A ellos les entregamos ya la simbólica antorcha para que con su luz vigilen y cuiden que nuestro legado sea cumplido fielmente, sin subterfugios ni sofismas, que no caben.

El relevo se impone. Han caído ya muchos de nuestros compañeros e iremos cayendo los demás, uno a uno, para cumplir la ley

natural; pero como ellos, daremos nuestro último mensaje: PENSAD Y TRABAJAD.

¹ El señor ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, Gobernador de Michoacán, decretó el día 15 de octubre de 1917, que quedaba establecida la Universidad Michoacana Autónoma de San Nicolás de Hidalgo; pero nunca funcionó sino muchos años después, en 1940.

² —He aquí los dos sermones de los dos Frailes Gerundios, uno español del Real Monasterio del Escorial y el otro tapatío Carmelita, Fray Nicolás de Jesús María. Así sermoneó el primero:

—¿Adónde, abrasado galán Pyrausta, derretida estuante mariposa, a dónde giras, te remontas y elevas, que en la flamígera, presurosa actividad de tus rayos, respiras, suspiras y pías por la pira de tus incendios?... ¿Adónde, regia generosa garzota, rizado penacho de plumas en el peinado aire de la esfera, pavón de vistosas, matizadas alas, que alimentándote de la incorruptible sustancia del Cedro en la frondosidad del más bien cuajado Líbano, anidas en el Líbano del más incorruptible Cedro? —Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso; que si acaloras tus derretidas ansias al impulso de tus volantes violencias, el impulso de tus violencias volantes, soplará la hoguera de tus derretidas ansias..."

El aventajado discípulo guadalajareño así se expresó: "¡Qué misterio! ¡Que hoy venga desde su retiro el Carmen a lucir tan a las Claras! ¡Qué milagro! ¡Que hoy sirva desde su pequeñez mi oratoria, a predicar tan a las luces! ¡No extrañan hoy los discursos en toda una novedad? ¡Luego vacilan hoy los discursos en toda una admiración. Pues dónde vas, o dónde vienes, Carmelita familia, hija del Príncipe Elías? Yo pienso que andas en buenos pasos, pues galantean tus rumbos divinos embelesos. *Quam pulchri sunt gressus tui in calcamentis, filia Principis, filia Eliæ*, te dice el Lugdunense. ¿A dónde vas, o dónde vienes, que siendo siempre en literarias alas, por la estrechez de tu clausura muy celebrada: *gressus tui commendatur, os quod aro progredi soleant*, hoy por dejarla te miro en lucientes plumas más aplaudida? *Pedes tui pulchri prædicantur postquam currunt*. ¿Te saca, Paloma, de tu nido, algún Serafín Llagado? Déjate ir: será para introducirte en los cóncavos de su amor. *Veni in formainibus petræ*. Que ni, no eleva la Aguila Ganimedes de su monte, menos que para que ofrezca en altares de su Júpiter..."

Dijo esto el buen fraile, en la profesión de unas monjitas Claras, que se quedaron tan a las claras...

MANUEL MARTÍNEZ VALADEZ*

MANUEL era un bohemio. No en el sentido en que despectivamente señala el vulgo a los artistas; sino en el de tener un espíritu independiente, raro, despreocupado. Él lo ha explicado. Hélo aquí en este poema:

AGAPE BOHEMIO

A Jesús S. Soto

*En una noche fría
y en el recinto cálido del "bar"
los cuatro "ebrios de ensueño y locos de armonía"
adurmiendo la sierpe de la melancolía,
nos damos a charlar.*

*Afuera cae la lluvia con cruel monotonía.
La música no falta; el consabido piano,
la flauta y el violín
han derrotado el torvo rictus de nuestro "spleen".
Galvaniza el cadáver de la última ilusión
el ritmo ágil y terso del pícaro danzón.*

*Una muchacha fresca que nos da de beber
también alza la copa.
Con "la embriaguez maléfica de su voz de mujer"
y su mirada loca,
contribuye al efímero fracaso del dolor,
porque arde el fuego fatuo de un momentáneo amor.*

*Como en una fraterna, franca salutación
hace chocar las copas nuestra nerviosa mano;
en el sano entusiasmo de una liberación,
y un festivo paréntesis
en la torva tragedia del áspero camino.
Nuestro brindis redimen:
no bebemos el vino*

* Conferencia dictada en el homenaje al poeta en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara.

*que en el malvado riega los gérmenes del crimen
sino el vino que enciende
la lámpara votiva de la alucinación,
cuando algún desengaño artero nos sorprende
y apaga los rescoldos de la última ilusión.*

*Y prosigue la charla sobre temas vivaces
mientras no se disipan las alegrías fugaces,
en esta noche fría.*

Afuera, cae la lluvia con cruel monotonía.

Se principia un retrato trazando los lineamientos sobresalientes del modelo según las complejas particularidades de su figura. Pero en este caso la tarea no es nada fácil, porque nuestro personaje debe tener movimiento, sentido vivo, relación directa con el mundo real. Y si ha de moverse, será necesario arreglarle su propio escenario, disponer los fondos, las bambalinas y decoraciones, los trastos y tramoyas adecuados, indispensables para que nuestro poeta se mueva sin dificultades, con toda naturalidad. No importa que todo ello sea teatral; o mejor, medio cinematográfico, con tal de que la rapidez quede envuelta en una bruma que sin impedir una buena expresión, nos ayude a darle la vaporosidad de lo ya acontecido.

Todo lo sacaré de mi memoria. La tengo dedicada hoy a una tarea como de gambusino. Desde que me fue dada, ella y yo hemos acumulado sobre mi cabeza una verdadera montaña de toda clase de chácharas y tiliches como si fuéramos hormigas arrieras. Arenas, guijarros, pedruzcos tan grandes algunos que nos ha costado mucho esfuerzo acarrearlos; arcillas, chucherías, todo revuelto con cosas desagradables y otras placenteras porque a veces nos son traídas por el destino ricas esencias y perfumes tan gratos que nos compensan de los sinsabores y hasta nos embriagan. La montaña es ya enorme. Con frecuencia la piqueta de mi memoria me llega a la carne viva, hasta el corazón, urgiéndome los recuerdos; y sufro al querer romper el conglomerado que han endurecido los tormentos, los vendavales y los ciclones sentimentales, sociales y políticos de mi experiencia, que alternativamente produce muy altas o muy bajas temperaturas.

Con este telón de boca, que ya se va a alzar, aparecerá el personaje principal, sobre fondos grises, sombríos a veces, alumbrados con frecuencia por el sol alegre de la bohemia, pero que necesariamente serán en el epílogo, violetas oscuros de luto fraternal, no

tan solo por él, sino por todos mis otros hermanos de aquel grupo que ya han desaparecido, y que crearon el retrato colectivo y el particular de cada uno, con sus obras, por lo que somos inseparables, y hemos quedado estrechamente unidos en una sola figura, vivos o muertos.

Allá por el año de 1912, me dediqué al negocio del cinematógrafo. Asociado a mi hermano Salvador y a mis condiscípulos Benjamín Contreras y Apolonio Galván formamos la empresa EROS. La gira dió principio por Atotonilco el Alto, porque ahí teníamos todos amigos y parientes con los cuales pasábamos las vacaciones escolares años atrás. En ese bello pueblo de los naranjales, duramos algún tiempo; y luego subimos a los Altos de Jalisco. Arandas fue la primera población que visitamos. Típicamente mexicana-criolla, nos conquistó desde que llegamos. Grandes cartelones anunciaron por las calles las funciones del cine en la Plaza de Toros que alquilamos al efecto y un convite con música recorrió la ciudad en medio de la algarabía general. Necesitaba mandar hacer programas y boletos. Indagué si había imprenta y supe que en una tiendota de la Plaza Principal estaba una y allá fuí. Antonio Valadez Ramírez era el dueño, el cajista, el regente, el prensista, el único dependiente del comercio. En uno de los extremos del mostrador estaba todo el taller, así de chiquito era. Convenimos en precio y luego:

—¿Usted es el señor Zuno?

—A sus órdenes.

—Hemos visto sus caricaturas en *El Perico*. También nosotros fuimos reyistas, pero cuando el General se rajó formamos un club maderista que luego sostuvo al licenciado Gutiérrez Allende para Gobernador y yo triunfé como Presidente Municipal. —Yo recorrí con la mirada toda la tienda: había un librero con las obras de Vargas Vila. Libros escolares, papel, lápices, etc., y luego muchas piezas de ropa con sus colorines y dibujos. Piloncillos de blanca azúcar, cajones con panocha, zapatos y guaraches, turrón de Morelón, sombreros de soyate, alcanfor, pan, cebollas, ajos en grandes rosarios, pescado seco, alfajor de Colima, botellas de tequila y de parras, velas de sebo y cirios de cera, petróleo, sillas de montar, espuelas, frenos, sudaderos, jarcias y petates, arroz con garbanzo, manteca de puerco, sal de Colima y yerbas medicinales como borraja, gordolobo, estafiate, etc., etc., en lata nomás sardinas. Estaba yo haciendo el balance cuando entró un joven delgado, mustio,

moreno, de grandes patillas y cejas pobladísimas que caían sobre unos ojos sombríos. Bajo un bombín salían mechones de la cabellera, abundantes y desordenados.

—Mire, Manuel, —dijo Antonio— aquí tiene usted al caricaturista de *El Perico*.

Medio sonrió el joven y dijo:

—Ya me hará mi retrato... —y me arrojó su mano como un anca, dejó de parecer pico de gallo de pelea y con la otra mano se levantó el bombín—: Soy su amigo.

—Yo lo soy de usted... (Nuestras manos se estrecharon y volvieron a estrecharse). —Por favor, póngase de perfil... —le dije—. Cuando mostré mi dibujo,

—Ja... ja... ja... —Rieron Antonio y todos los parroquianos, menos mi víctima, que cogió el papel, le dio vueltas, muy serio, y se lo metió a la bolsa.

—¿Usted es el dueño del cinematógrafo de la Plaza de Toros?

—Sí... Es decir, soy socio.

—¿Porqué le puso EROS?

—Pues porque en Atotonilco mi socio Galván es muy popular con el nombre de SEÑOR EROS... y para aprovecharlo... —Ahora Manuel sí se rio roncamente.

—Ya me había supuesto que usted era un caricaturista erótico.

Volvió a reír con ganas, socarrón. Luego quiso dulcificar su risa, amablemente. Pero no conseguía más que adelgazarla, porque su voz seguía fluyendo bruscamente, como cascada profunda en una honda caverna subterránea. Ronca, honda, de bajo profundo... Así fue toda su vida. Aquellas sonoridades de vibración metálica como las de la cuerda más gruesa de un violón influían mucho en todo su ser. Manuel y Antonio, éste era mayor de edad que él, se hablaban de USTED, ceremoniosamente, a pesar de ser parientes. Así me traté yo con ellos mucho tiempo, pues en Arandas es muy difícil romper el turrón, porque las costumbres se han petrificado desde los tiempos del Rey mi Señor. Intentaba yo tratarlos de tú, pero no correspondían y yo me retiraba corrido. No por ello dejamos de intimar mucho, al grado de que durante el día, estábamos en la tienda y en la noche en la Plaza de Toros. En una ocasión, se proyectaba en la pantalla una película de rancheros tejanos, con sus correspondientes carreras de caballos tras las manadas. Manuel y yo estábamos a la entrada cuando un arriero barbudo, tipo puro de castellano, se nos acercó. Vestía camisa y calzón

de manta manchados con el rojo almagre de la tierra de los Altos. Sobre el pecho y las piernas colgaba un mandil de cuero de venado, en la cabeza llevaba un sombrero medio cordobés, de palma, con toquillas y barboquejo. En la mano, un chirrión de vaqueta retorcida.

—¿Es usted el dueño?

—Sí, señor. ¿Qué se le ofrece?

—Aí traigo unos cien manojos de hoja... rastrojo de maíz, muy buenos, muy grandes... Se los doy baratitos... Si me los compra me puedo volver luego a mi casa... Cómpremelos, por favor...

—¿Pero yo para qué quiero el rastrojo?

—Como que pa qué. ¿Luego tanto animal que tiene? Los acabo de ver ahí en el redondel de la Plaza. —Manuel soltó la carcajada y yo la iba a soltar, pero el ranchero empuñó el chirrión amenazador y nos vio desafiante.

—No, amigo, no se enoje. Mire, venga para que vea cómo los animales del señor Zuno son de luz y de sombras y no necesitan comer. —Manuel se lo llevó casi a fuerzas hasta la caseta del proyector. De ahí volvió más confuso, mirándonos con los ojos muy pelados:

—Uno qué sabe... ustedes perdonen... Ojalá me dieran la receta pa que mis mulas y mi vieja tampoco comieran... Diablos de gringos. —Y se fue moviendo la cabeza todo desconcertado.

Había en el pueblo un hombre a quien por apodo le llamaban Chencho Pitarrillas, dicharachero y gracioso. Manuel adoptó ese seudónimo para firmar algunas cosas irónicas que escribía. Después, cuando estábamos todos de broma, no le decíamos Manuel, sino Chencho Pitarrillas.

Arandas casi no se movía sino los domingos o días de fiesta y entonces daba más la impresión de ser un pueblecillo español. Hasta los vestidos de los rancheros parecían más bien de aldeanos o campesinos de España.

Don Marcelino Álvarez era un doctor charro y bigotón, gordito, magnífico amigo, muy caritativo, rico, hagan ustedes de cuenta esos charritos de cartón de León, Guanajuato. Precisamente de allá venían muchos enfermos a curarse con él, pues era muy famoso en todo el Bajío. Hacía un elixir de vida con pulque cocido y quina. El hotel Camarena se llenaba con sus clientes. Este hotel, era a la vez el taller fotográfico del lugar y ahí pudimos pasar revista

a las bellezas del rumbo y a los petronios alteños. Antonio fue novio de la Reina de Primavera en 1912.

Chema Torres era uno de los elegantes del pueblo. Había ido a trabajar a los Estados Unidos y desde allá cayó de improviso un día, sin decir agua va, con unos pantalonzotes bombachos como los del príncipe de Gales, que más parecían un paracaídas o unas enaguas. Su chaqueta era como las de ahora pero sin las grandes hombreras que nos dan la auto-ilusión de que somos generales de división cuando menos. Aquellas daban la impresión de ser costales harineros de medio uso. Fue Chema Torres el precursor de los espaldas mojadas. Ni a Manuel ni a ninguno de nosotros nos contaminó aquella moda. A Ixca Farías sí. Como había vivido por años en Chicago, estaba más en peligro del contagio. De puro yute se mandó hacer un sacorrón y unas pantaloneras que le hacían parecer tamal de cachaza mal fajado. Como Chema trajo muchos dólares en los bolsillos de su estrafalario vestido, no faltaron imitadores que quisieron ir y fueron al Norte por su provisión correspondiente. Uno de ellos, de cuyo nombre no quiero acordarme, se propuso vestirse y enriquecerse a lo Chema Torres. Por principio de cuentas, se dirigió a la tienda de Antonio, inquirió por un libro en el que pudiera musitar el inglés. De los que le mostraron prefirió el Berlitz... Este método no trae la pronunciación real y nuestro bracero en ciernes se metió al pie de la letra todo el texto. Cuando lo repasó y estuvo seguro de que se lo sabía de memoria del pe al pa, quebró su alcancía de puerquito de barro y se compró su boleto de ida y vuelta, por las dudas, hasta Laredo, Texas... y se nos perdió de vista. No transcurrió una semana, cuando lo volvimos a ver por las callejuelas del pueblo, muy contristado y con su viejo vestido ajustado.

—¿Qué te pasó que volviste tan pronto? —le preguntaba todo el mundo.

—No saben inglés los gringos. Pasé la frontera, me bajé del tren y me metí a un restaurant para comer. Le dije a la mesera:

—i am ungrý— i liqué to éat... i jabé monéi for éat... jivé me uatér... —Nomás se me quedaba viendo... y se iban sin traerme nada... Me fuí a otra parte:

—Ou aré you...? god bi... Así me pasé ese día, repitiéndoles de viva voz a todos y a todas, mis lecciones del Berlitz... y de plano me volví a mi Laredo México, donde me tragué tres platos de birria y me aventé tres tequilas de puro coraje. Si no tengo la

precaución de comprar boleto de vuelta, allá me quedo por tarugo... Son re brutos los gringos... Ni hablar inglés saben...

El Palacio de Pinillas es uno de los lugares más visitados de Arandas. Se trata de un rascacielos frustrado, en ruinas antes de nacer... Un prestamista muy rico, avaro, egoísta, de apellido Pinillas, vio una tarjeta postal con el edificio del *Times* de Nueva York y se propuso imitarlo en Arandas. Lo empezó a construir y la obra constituyó uno de los paseos más socorridos los domingos y días de fiesta. Con la primera tormenta, aquello empezó a derruirse como terrón de azúcar. Como buen financiero, Pinillas decidió hacerlo de puro adobe pegado con vil barro. Pero al entrar la temporada de secas, volvió a las andadas y se levantó hasta cinco pisitos, que pensaba alquilar carísimos haciendo cuartitos lo más chiquitos posible. Pero la Justicia Divina intervino y cuando empezaban los albañiles a levantar el sexto piso se vino todo abajo con gran estrépito, que hizo levantar a todo el pueblo creyendo que se acababa el mundo. No hubo víctimas porque la hecatombe se celebró nocturna... con la sola asistencia de un velador que, muy viejo y macuco, prefería dormir en la esquina de enfrente y por ello salió ileso... Ahí las pagó todas Pinillas. Se quedó sin miel y sin jícara, sin un centavo. Aquí está la demostración de que también el progreso tiene sus episodios dramáticos.

Aunque yo no ví muchos acontecimientos tan importantes como éste de la vida e historia arandenses, los consigno porque me llegaron por la fidedigna tradición del señor Secretario del Ayuntamiento, el joven don Indalecio Ramírez, entonces joven, de la tribu de los numerosos Ramírez; y por boca del ilustre Obispo de zacate, don Adrián Hernández López, eje, centro, motor, guía y proveeduría del ilustre Partido Liberal Democrático de Arandas, Jalisco.

En una de las vueltas que di a Guadalajara, de broma le puse una carta a Manuel con esta dirección: "AL MEJOR POETA DE ARANDAS". Era cura del lugar el poeta don Amando J. de Alba, a quien Manuel profesaba un religioso celo. Yo creí que del correo enviarían mi misiva al señor cura de Alba, pero me equivoqué, pues la carta paró, virgen aún en manos de Manuel, cuando yo esperaba que don Amando, al abrirla y ver que se trataba de Manuel, gentilmente se la hubiera enviado con el sacristán no sin que éste hubiera recibido un puntapié cuando menos de Pitarillas, por haberse violado su correspondencia.

Con frecuencia se nos perdía Manuel por muchos días. Supimos

que se los pasaba devorando la magnífica biblioteca del señor su padre, licenciado don Francisco Martínez Barba, que era numerosa y selecta. Manuel nunca cursó ni en Universidades ni en Seminarios y no concurrió a más escuelas que la suya que tanto quería, la parroquial. Cuando regresaba, mustio, melancólico, nos leía sus bellos versos. También desaparecía de pronto y se iba a encerrar a su casa. Gozaba aislándose como un misántropo, pero se solazaba después con los amigos y nos pasábamos frecuentemente las noches en claro.

Antonio nos convidó un día, a unos veinte de sus amigos, para que fuéramos a comer a su huerta de mezcales, allá por El Chilarejo. Fue una trampa. Tenía ya principiada la construcción de la taberna para la elaboración del tequila y le hacía falta una piedra grande para con ella labrar la muela. Sobre el arroyo encontró la que necesitaba, pero bastante lejos del lugar en que quedaría el molino y planeó el día de campo para ponernos a todos a jalar el monolito después de darnos la primera copa de tequila con su correspondiente botana y así lo hizo. Pero Manuel desapareció de la escena huyendo de la tarea, a pesar de que podía decirse que íbamos a ejecutar una benéfica obra de progreso, ya que eran los primeros pasos que daba, balbuceante, la ahora floreciente industria tequilera de Arandas. Los primeros corazones de mezcal que fueron sacrificados en aquella piedra, con el fin de sacarles la sangre en holocausto al dios Baco, quedarían apachurrados gracias a nuestras canillas, que llevaron la piedra que los había de moler. Por supuesto que de la comida que llevó en su itacate Antonio y de las botellas de tequila, no dejamos ni señal. Manuel no parecía por ninguna parte. Ya para regresar nos echamos a buscarlo por todo el arroyo hasta dar con él en una ladera, en la misma actitud que Sancho encontró a Don Quijote en la Sierra Morena, cuando velaba sus armas, en cuclillas, bajo una enorme encina, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza entre las manos, pensativo, mustio, tristísimo.

—¿Estás haciendo versos...?— le preguntamos.

—Ustedes son unos cafres... tragan como animales y beben tequila a lo bruto... Desconocen las bellezas de la naturaleza... —Y nos hizo una mueca de desprecio.

Frecuentemente repetía las escapadas. Lo sacábamos de sus cavilaciones abstraccionistas de debajo de las huizacheras.

Íbamos con mucha frecuencia a Guadalajara y a Atotonilco. En esta bella población teníamos novias. La mía era sobrina de la de Manuel. Vivía en la única casa particular de dos pisos. Durante el día, platicábamos a gritos desde los balcones del hotel de la Marina y en la noche, desde la calle y para nosotros terminaban las largas conferencias con torticolis. Con qué admiración recordaba yo a cuatro enamorados novios de la calle del Carmen, de Guadalajara, hoy Avenida Juárez... Eran ellos, Aurelio Hidalgo, el güero Cortés, Trino Sepúlveda y el distinguido y chaparrito señor Ascencio, con su piochita. Ciertamente que la calle del Carmen se había hecho famosa por aquellos cuatro novios, pues por muchos años, cuando alguien, de fuera, preguntaba que cuál era esa calle, le decían:

—Donde vea usted cuatro novios platicando desde la banqueta con sus novias que deben estar en los balcones... —Pero Manuel y yo no aguantábamos tanto y por fin nos dieron merecidas calabazas. Manuel abusaba del parentesco de mi novia y al presentarme con alguien, decía:

—Le presento a mi sobrino, el señor don José Guadalupe Zuno, caricaturista. —Cuando cayeron las primeras tormentas, mis socios del cine y yo abandonamos Arandas, porque durante la temporada de lluvias todo mundo se va a los ranchos, a trabajar las tierras o a veranear. El pueblo queda solitario. ¿A quién le íbamos a exhibir nuestras películas de vaqueros tejanos, Zigomar, de Max Linder, de Raffles? Pero durante el tiempo que ahí viví, llené todas las casas de caricaturas de todos los vecinos. La tienda de Antonio las tenía en exposición constante clavadas en las armazones, así como en el telégrafo y en la botica de don Marcelino Álvarez. Manuel era mi tema favorito hasta que lo cansé y me dedicó su soneto, que publicó la revista *Argos*, de Atala Apodaca y que dice así:

AL MARGEN DE MI CARICATURA

A José G. Zuno

*Aunque no se parezca, hazme un bello retrato
y no una horripilante cabeza de Medusa.
No te perdono, hermano, tu aleve desacato.
Me pintaste muy feo... y no tienes excusa.*

*Con tu lápiz maldito, con tu lápiz ingrato,
que el mismo cortaplumas de Satanás aguza,
me has pintado con cara compungida de beato
que a tomarse un buen trago de vino se rehusa.*

*Como cola de gallo, mi célebre melena;
ojos de can con hambre y una nariz que llena
el deseo del que busca un sable colosal.*

*Una frente "de a carpa" y una divina boca,
que, como si quisiera besar al Diablo, evoca
un mortero de guerra o un enorme brocal.*

Si alguien nos hubiera dicho en aquellos días, por ejemplo, que Antonio y yo llegaríamos a ser Gobernadores de Jalisco, lo habiéramos tomado por una locura, pues ninguno de nosotros pensaba en aventuras políticas. Ciertamente que Antonio había sido Presidente Municipal, pero no le llegaron las ganas para más, si no cuando puesta en vigor la Constitución de 1917, se convocó a elecciones federales. Se batió entonces duramente. Le resultaron contrincantes que venció, primero, en el distrito, donde por razón de su tienda y de las otras actividades que había desarrollado, era realmente muy popular. Venció después en México, en el Colegio Electoral, pues aun cuando ya tenía muchos amigos allá, José María Cuéllar y otros jaliscienses que también iban ya con sus credenciales, le ayudaron mucho, así como algunos amigos de nosotros. Ya para cuando yo llegué al Congreso con mi credencial por el Primer Distrito, Antonio era el indispensable Secretario de la Cámara de Diputados con amplia influencia por su trabajo asiduo en la Legislatura anterior y nos fue muy útil para quienes llegábamos como novicios. Todavía en esos días, no imaginábamos que llegaríamos a ocupar la gubernatura de nuestro Estado. Claro que para llegar a ello tuvimos que pasar por mil peripecias. Yo más que él, pues antes de lograr el primer triunfo, soporté varias derrotas que casi me anonadaron. Precisamente por esos rumbos de Los Altos de Jalisco padecí una buena lección. Teníamos entonces un semanario al que llamamos *Etcétera*, ilustrado con caricaturas, en forma de revista. Ahí hicimos una campaña en favor de los artículos radicales que se discutían en Querétaro en el seno del Congreso Constituyente. El General Diéguez quedó muy complacido por nuestra actitud, pues ni los periódicos que él pagaba se preocuparon por cuestión tan importante. Escribíamos el semana-

rio Jesús S. Soto, Manuel Hernández Galván, Enrique Díaz de León, Alfredo Romo y yo. Carlos Stahl, Romo y yo, éramos los caricaturistas.

Al lanzar el Gobierno de Jalisco la convocatoria para las elecciones del Congreso Local, Manuel Hernández Galván y yo formamos una candidatura, pues él decía contar con muchos partidarios en los límites con Guanajuato, de donde él era, y yo contaba con mis amigos de Arandas y de Atotonilco. Fue consultado el General Diéguez y manifestó su simpatía, lo cual nos alentó y resolvimos jugar. El año 1915 caí muy enfermo de paludismo, que contraí cuando el Centro Bohemio se trasladó de la Calle Tolsa a la Colonia Seattle, pues de la presa de Atemajac salen millones de mosquitos. Después me agravé porque así enfermo fui a Colima por muchos meses, en gira cultural en el grupo de Atala Apodaca. Los médicos me aconsejaron que pasara una temporada en alguna parte alta y preferí, naturalmente, Arandas. Para entonces había ahí un Casino, fundado por Gregorio y Rafael Orozco, que habían establecido una gran tienda de ropa, con el nombre de "La Ciudad de México". También el Casino quedó tapizado con caricaturas. Algo así como un censo gráfico de los moradores del pueblo. Encontré a Manuel más mustio que nunca. Aparte de las inyecciones de quinina, de las píldoras de Pelletier y de la miel de maguey del doctor Álvarez, me hicieron mucho provecho el tequila de Arandas y las tertulias en la tienda de Antonio, en el Correo, con los Villagrán; en el Casino, con los Orozco, y en el Juzgado de Letras, con el Juez, señor licenciado don J. Jesús Guzmán Vaca. Hombre muy culto, era capaz de pronunciar un buen discurso a pesar de su tartamudez. No vencía su defecto excitando su lengua con arenillas, como Demóstenes; sino que apuraba dos o tres tequilas, con limón, y el gran orador griego se quedaba muy chiquito junto a Guzmán Vaca. Pero volviendo al relato de mi campaña política, dadas las continuadas relaciones que con la región mantuve, en cuanto llegué y solicité cartas de recomendación para los pueblos de San Julián, Unión de San Antonio, Los Reinoso y San Diego de Alejandría, que me correspondían a mí, las obtuve a montones. Entre tanto, Hernández Galván hacía su gira por Lagos, San Juan, Santa María y San Miguel. Convidé a Manuel para que me acompañara, pero se resistía mucho. Yo llevaba una capota de las llamadas pelerina, a la española, que le llenaba el ojo a Manuel. Le ofrecí que él la llevaría durante el viaje y en cambio me prestaría

un jorongo. Le gustó el trato. A un su tío, de los Valadeces, le pidió prestados dos caballos ensillados y enfrenados y una pistola enorme, con su carrillera bien repleta de cartuchos, de un calibre, creo que cincuenta o sesenta, como para matar elefantes. Una tarde, luego de comer, salimos rumbo a San Julián, en medio de las bromas de los amigos. A medio camino, cuando bajábamos la cuesta del Josefino, nos cayó una tormenta con rayos y truenos, éstos por el estilo de las sordas y roncadas carcajadas de Manuel. El piso rojo del almagra de los Altos, con el aguacero quedó muy resbaloso y tal vez por ello, el cuaco de Manuel decidió no caminar más. Fueron inútiles los espolonazos del jinete y las maldiciones broncas que le lanzó y los garrotazos que yo le arrimaba por mi cuenta. Quedamos inmóviles. Parecíamos dos estatuas ecuestres con muy poca expresividad guerrera ni heroica. Estábamos fritos. Nuestros trajes y sombreros, sobre todo el bombín consuetudinario de Manuel se había encogido, pues por aquellos días aún no se había inventado la sanforizada... De suyo angostos, los pantalones, ahora se nos habían untado en las piernas y estábamos como escolapios de tercero, con pantalón rabón. Por fin se nos ocurrió que nos fuéramos turnando en mi caballo mientras el de a pie jalaba del freno al remiso y él montado le sonaba en las ancas una serenata de garrotazos. Así lo hicimos. Por tres veces nos habíamos relevado cuando de pronto también mi cuaco tomó la resolución inquebrantable de clavarse con sus cuatro remos en el colorado camino. Se había contagiado de la sicosis del otro, pero el caso fue más grave. No le dejamos hueso bueno ni lugar sano en todo el pellejo, pero daba trazas de no sentirlo. Era como de piedra. Ya el pueblo de San Julián estaba a la vista y la noche iba cayendo poco a poco. Era urgente resolver algo y lo resolvimos. Desensillamos las bestias, les quitamos las riendas y nos echamos todo el aparejo sobre nuestras espaldas y tomamos rápidamente nuestro rumbo, por fortuna cuesta abajo. De vez en cuando refrescábamos el mal humor con un relincho o un par de coces con nuestras extremidades espeladas. Pero yo para mis adentros, presentía el más sonado fracaso electoral. ¿Quién habría de votar por un candidato que llegaba a las sacrosantas urnas del sufragio popular ensillado como un rocinante cualquiera? Nadie me tomaría ya en serio. Entramos al pueblo en medio de una lloviznita, que de habernos caído en otra ocasión, hubiera inspirado en Manuel un soneto, con su paisaje romántico, lugareño, como a él le gustaba. Entramos por el

portalón de la casa del chaparro Juan Zermeño, nuestro amigo de San Julián, en los momentos en que encendían una farolota de petróleo que tenía colgada en el arco. No nos conocía. Aquel par de bultos informes lo alarmaron y echó mano a la pistola. Manuel le gritó:

—No la friegues... Somos nosotros... —La bendita voz ronca de Manuel lo identificó y Juan soltó una sonora carcajada.

—¿Tú eres, Pitarrillas? ¿Dónde dejaste tu jinete?

—Aquí estoy, —le dije yo por debajo de mi ensillamiento. Manuel se puso furioso por mi broma y aventó lejos su aparejo y se me fue encima, pero yo también largué el mío y corrí hasta detrás de Zermeño, que se había sentado en el suelo para reírse con más ganas, agarrándose el estómago con las dos manos. Cuando se repuso, dijo:

—Ya los esperaba, pero no ensillados... Pásense, que les tengo una buena cena.

—Yo no tengo hambre, —le dije—. Te noticio que retiro mi candidatura. No me gusta ponerme en ridículo. Toda la gente se burlará de mí.

—Cómo serás tarugo... Si la tienes ganada desde ahorita... Con esto que les pasó todo mundo votará por ti... Para probártelo, vamos a la tienda de los González y González. —Y fuimos. Era más o menos como la de Antonio, pero en un extremo del interior estaba una peluquería y en el otro el consultorio del médico homeópata del lugar. Había mucha gente comprando sus mercaderías. Juan contó casi a gritos cómo habíamos llegado aparejados y quiénes éramos. Todos abandonaron lo que estaban haciendo y fuimos objeto de la admiración general que se manifestó en la forma de estruendosas carcajadas. Cuando Zermeño dijo que yo no quería seguir como candidato, todos protestaron.

—¿Cómo, ahora que se ha hecho tan popular, va a correr? No se lo permitimos. Nadie votará más que por usted... —Y así fué.

El chaparro nos prestó dos magníficos caballos de carrera, pues tanto él como todos sus antepasados eran los más famosos criadores de caballos finos en todos los Altos y en el Bajío. Fue triunfal nuestra gira. Esa misma noche, nos estuvimos en la tienda de los González hasta después de media noche. Cada cuarto de hora, Manuel salía a la calle, después de echarse al coleteo un tequila más, sacaba el pistolón-rifle del tío Valadez y disparaba una salva de veintiún cañonazos, que hacían temblar la torre y sonar las cam-

panas, al grito de ¡VIVA ARANDAS... JIJOS DE LA MATRACA...! Al día siguiente salieron azorados los habitantes preguntando si habían entrado los villistas... En un santiamén montamos en los preciosos potros, recorrimos las partes del distrito que me correspondían y las urnas del sufragio efectivo engordaron hasta casi reventar el día de las elecciones, en honor mío, como admiración por el episodio del auto-ensillamiento. Pero no bastó mi esfuerzo para ganar la curul, porque a Manuel Hernández Galván le pasó lo que al arandense del método Berlitz... Nadie lo conoció, ni le entendió sus eruditos discursos, ni menos le reconoció como él suponía. Y como no tuvo oportunidad de ensillarse, porque viajó en ferrocarril, nadie advirtió su presencia. Y perdimos. No quise ni verle la cara al general Diéguez. Cuando regresamos a Arandas, había expectación por nuestra suerte. Los caballejos del tío Valadez, en cuanto nos vieron lejos, dieron reversa y al trote largo y tendido volvieron a su pesebre querido. El tío quedó espantado. Sus animales estaban ahí sin las monturas ni los montadores. Corrió como pólvora la noticia, y se escribieron cartas a San Julián, preguntando por nuestras personas; pero nosotros llegamos antes que las contestaciones, muy ufanos, armando una trifulca, calando y corriendo los buenos cuacos. En la gira, había yo dejado mis huellas características en todos los pueblos y había ensayado una especie de crónica gráfica de nuestras aventuras. De manera que, cuando me preguntaban qué había pasado, no hablaba; sacaba mi lápiz, pedía papel y... a dibujar... Manuel se ponía furioso. Ahí aparecía él prontito, o jalando su recua, arrastrando mi preciosa capa por el vil y rojo lodo, y muy bien ensillado y enfrenado, reparando como cualquier asno... Y yo también me auto-caricaturizaba, muy envuelto en el jorongo rayado de Manuel con lo cual se conformaba a medias. En la tienda de los González quedaron constancias fehacientes de todo ello. Y a propósito del apellido González, debo decir que hay tantos por allá, que forman legión. Una noche, cuando transcurría en la Plaza de Toros de Arandas la función de mi cine, llegó una sirvienta muy apurada, preguntando por el señor González, pues su esposa lo llamaba con urgencia por haber enfermado. Yo grité, de modo que me oyeran:

—De su casa llaman al señor González... urgentemente...

Más de la mitad de los concurrentes a la función se levantó violentamente. Todos se precipitaron hacia la calle y el tumulto fue

casi como en un incendio. Después he sabido que también en España y en toda la América Latina pasa lo que en los Altos con tantos González, y también en todo el mundo.

Cuando el profesor Vadillo fue desaforado por el Congreso Local, Guzmán Vaca fue llamado por nosotros para que se encargara, junto con Esteban García de Alba, de combatir el amparo que solicitó dicho Vadillo. Usaba ya el Juez de Arandas una barbita, que posteriormente, cuando nosotros habíamos dominado por completo y ocupaba yo el puesto de Gobernador, nos permitió proponerlo para Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; pues con la piocha, combatimos lo que sus enemigos propalaban: que era menor de edad. No tenía, en efecto la edad requerida para el puesto; pero nosotros presentamos el acta de nacimiento de J. Jesús Guzmán Vaca, en donde aparecía con un año más de los suyos; pues un su hermano que había muerto niño, fue de su mismo nombre. Acta y piocha fueron los triunfos con que pasó, de ser mi Secretario General de Gobierno, a famoso Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, donde pronunció formidables discursos llenos de sapiencia.

A propósito de piocha, nos dio una vez por dejárnoslas a todos los del Centro Bohemio. Además nos vestimos a la Montmartre, con sacorrones cerrados de pana y pantalones a lo Chema Torres, de la misma pana, verde o negra, gran sombrero de alas anchas, a la parisiense y una corbatona de moño. Nuestra fisonomía cambió por completo: Juanito Lavat parecía un curandero de El Cairo, Agustín Basave un prestamista de La Meca, Hernández Galván un fakir hindú, Amado de la Cueva, un santón marroquí, Manuel Martínez Valadez, el último abencerraje, Romo un beduino, Ramón Córdova un califa de Granada y Toño su hermano el gran visir; Díaz de León Harún-al-Raschid, Joaquín Vidrio el rey Fernando de Castilla, Javier Enciso Abd-el-Krim, Juan de Dios Robledo un cadí de Córdova, Javier Guerrero Abú Casem, Ixca una mala imitación de Cristo y Sotito por chaparro, parecía uno de los siete enanos de Blanca Nieves. Por mi parte, sé decir que el parecido me lo encontró Lupe Marín. Así me lo hizo saber Jorge Javier de la Cueva. Había ido a ver una película de la estrella italiana de aquellos lejanos tiempos, Pina Menichelli, que se llamaba LA DAMA ENCUENTRA SU PINTOR... Lupe era muy guapa

y elegante, parecida a Pina. En la ciudad la llamaban, galantemente "Lupe la Menichelli". A Jorge le dijo que yo me parecía al pintor, yo lo supe y procedí de inmediato a aproximar mi piocha a la dama. Le confié mi plan a Manuel y juntos escribimos una cartita muy romántica, a la Antonio Plaza, en un pliego de papel con florecitas y palomitas de amor. No dí mi nombre. Dije ser pintor. Pedí una cita y anuncié que a las ocho de la noche aparecería por las cercanías de su ventana, por ser la hora clásica de las pláticas de los novios tapatíos. Acababa el reloj de Catedral de dar la última campanada de las ocho, cuando yo me presenté envuelto en mi famosa pelerina café, dejando ver por detrás el bastón a guisa de espada, con el amplio sombrero echado sobre los ojos y algo de la piocha visible. Lupe salió a la ventana. Me acerqué y tras de mí, agachado, Manuel. Me identifiqué. La entrevista fue cortísima. Manuel apareció en seguida, nuevo Cyrano, y entonces el jolgorio fue mayúsculo. No nos duró mucho el gusto, porque de improviso dos manos salieron del fondo oscuro de la habitación y tomando por su abundante cabellera a Lupe, se la llevaron violentamente. Era la mamá que había oído la algazara. No obstante Lupe y yo fuimos novios algunas semanas; mejor dicho, fue la novia de todos, porque en cuanto corrió la noticia entre los compañeros, hasta Javier Guerrero se aparecía a las ocho de la noche junto al balcón y hubo vez que hubiera quórum del Centro Bohemio en plena calle frente al balcón de Lupe. Por fin la mamá acabó por invitarnos a pasar. No era aquello un triángulo, sino un verdadero polígono pasional, del cual no salió ninguna tragedia, sino un melodrama, que vino años más tarde, cuando Lupe emigró a México y se casó con Diego Rivera. Entre los que me acompañaban al palique se contó el Karikato Carlos Orozco Romero; pero a él sí se lo conchavó María la hermana de Lupe. . . se enamoraron de verdad. . . se casaron. . . fueron muy felices. . . y tuvieron muchos hijos. . . y colorín colorado.

El Museo era nuestro principal centro de operaciones durante el día y el mayor desconsuelo para Ixca. Una vez le oímos quejarse de sus dificultades con las señoritas Trejo, inquilinas gratuitas de parte del edificio, profesoras todas ellas. Deseosos de quedar bien con Ixca, planeamos Manuel, Javier Guerrero, Amado de la Cueva y yo una maniobra y la ejecutamos. Nos descolgamos en medio de las sombras de la noche por el patiecito, disfrazados de fantasmas, con sábanas blancas. Empezamos así una juerga de bailes y

gritos estilo Llorona verdaderamente endemoniada. Las profesoras se habían acostado ya, pero pronto sentimos que se asomaban llorando por las vidrieras. No debimos durar tanto tiempo en la maniobra, pues en una de sus cabriolas, Manuel perdió la sábana y las señoritas lo reconocieron. Huímos con la rapidez propia de los fantasmas, pero ellas se quejaron a la policía y fuimos citados a la Segunda Comisaría, donde por fortuna era el Comisario nuestro amigo Alberto Baeza; que si no, mala noche hubiéramos pasado durmiendo envueltos en nuestras sábanas en el incómodo suelo de las bartolinas de la cárcel, como nunca fantasma alguno haya dormido. Manuel y Javier vivían también en el Museo en unos cuartitos que Ixca les prestaba en el segundo piso, pero fueron lanzados sin juicio de desahucio ni nada y sus muebles puestos en el Jardín de la Soledad. Intervenimos todos después y los tiliches volvieron a su sitio mediante una reprimenda que sufrieron los dos fantasmas. No eran ellos los únicos inquilinos, ni las señoritas Trejo. Había además una señora tortuga muy grande que dormitaba por ocho meses del año con gran envidia de Manuel. Había una gallina de cuatro patas, que la anciana señora cargaba pacientemente anudadas dos de ellas bajo la pechuga, principal atracción del público ilustrado de Guadalajara, que hacía cola para verla, sin importarle un comino las salas de obras de arte de la pintura ni de las maravillosas piezas de arqueología. Un tejón vivía también en el Museo, muy hábil ratero carterista que nos bolseaba cuando menos pensábamos. En tiempo de calores la tortuga aparecía de nuevo y paseaba horas y horas por todo el Museo admirando las colecciones. . . y buscando un tortugo. Nosotros caritativamente bañábamos en la pila colonial a los tres huéspedes concienzudamente, con jabón o lejía, (según estaban provistos nuestros bolsillos), y los dejábamos limpios y frescos. Lo malo no era el aseo, sino la forma de realizarlo. El tejón iba a dar en el agua después de una malacanchoncha que Manuel le daba por la cola. Yo dejaba caer a la tortuga de muy alto y de espaldas. Javier echaba jicarazos parsimoniosamente sobre doña gallina. La principal defensora del trío zoológico, era la señorita Carmelita Arce. . . quien todavía ahora me echa en cara mi crueldad. . . Ella era IMPLIADA del Museo, como le decía Agustín, el único IMPLIADO y vigilante de aquellos días. Ella nos reclamaba enternecida:

—Pochitos animalitos, no los maltraten. . . No sea malo, señor Zuno. . . Déjelos, no los martiricen. . .

Por eso le decíamos a ella POCHITA... y así le sigo diciendo yo ahora, por la sencilla razón de que casó conmigo... Y fuimos muy felices... y tuvimos doce hijos... y colorín colorado, el cuento no se ha acabado...

La Escuela Normal para señoritas era otro centro de nuestras actividades culturales y deportivas. La directora, Laura Apodaca y su hermana Atala, nos distinguían mucho y nos encomendaban tareas artísticas, tales como el arreglo de festivales ahí mismo o en el Teatro Degollado, o en el Hospicio, que dirigía doña Dolores Nieto viuda de Lavat. Vivían en Guadalajara los vates José D. Frías y Samuel Ruiz Cabañas que desde su llegada engrosaron las filas del Bohemio y colaboraban en nuestros periódicos así como en la Revista de Atala, llamada *Argos*. También nos invitaban para fines semejantes, en la Escuela Industrial y Comercial cuya Directora, Catalina Vizcaíno, nos distinguía igualmente. Con las alumnas de los tres planteles, teníamos sobrado material femenino para los cuadros plásticos, los carros alegóricos, los desfiles. Manuel era el crítico. Se divertía mucho y flechaba a las lindas pollas de la Normal, o del Hospicio, o de la Industrial, que eran nuestras buenas amigas: Carmen Aldrete, Lola Zepeda, las Villalpando, las Orozco, las Robledo, las Jiménez, Adelina Bouquet, Lupe Torres, Elisa Palafox, Mercedes Ruiz, María Lavat, Ofelia Ibarra... todas ellas convertidas a veces en La Justicia, La Patria, La Ciencia, La Poesía, La Abundancia, Xochitl, Josefa Ortiz de Domínguez, etc., etc., según la fecha de los festivales y el motivo de ellos, y gracias a los recursos de Carlos Stahl y míos, ayudados por grandes tiras de manta blanca, por kilos de albayalde, y de polvos de oro, de bronce, de plata, con todo lo cual transformábamos en estatuas a nuestras bellas amigas. Formamos entre nosotros equipo de basket-ball al que bautizamos con el nombre heroico de Marathón... Pero jamás ganamos partido alguno. Díaz de León era muy torpe y perdía la pelota antes de ganarla... Sotito ni las alcanzaba de tan chaparrito. Hernández Galván, por más que refería que era campeón de beis y de basket en Guajuato jamás metía una canasta, a pesar de lo gigantesco que era, porque le faltaba rapidez. Romo era impaciente y Amado muy brusco. Toño Córdova era el más atinado. Nunca pasamos de la tercera categoría; pero eso sí, en la Mesa Directiva de la Federación de basket de Jalisco, todos teníamos puestos.

Por supuesto que todas estas actividades lícitas las alternábamos con las ilícitas, cuando entre charla y charla se nos subían las coquetonas. Una noche armé yo una frasca fenomenal frente al Teatro Principal porque me pareció reconocer en un señor con vestido negro, al sacristán de Mexicaltzingo y le reproché que anduviera de picos pardos, mirando zarzuelas coloradas, dado su empleo. El hombre se molestó tanto, que se me vino encima a puñetazos, pero después de dos regocijados rounds, sin réferi ni cuicos, que no había, logré derribarlo y rápidamente le saqué un botín, que levanté en alto, y les grité a mis amigos:

—Veni... Vidi... Vinci... Y para prueba aquí está el botín... —Todo el grupo estaba gozando a carcajadas en rueda, a media calle. Manuel, entre tanto, encantado con el borlote, se le dejó ir al sacristán y le quitó el otro botín. Después refería toda la aventura por su propia cuenta, como el único héroe, en Arandas y en Guadalajara. Los dos botines quedaron clavados por meses en la puerta del Centro, como muestra. La razón de nuestra inmunidad era la de que Soto o algún otro de los oficiales del Estado Mayor del general Diéguez, andaban siempre con nosotros. Otra noche, Luis Felipe Chaoul pagó la cena para todos en una fonda, por el barrio de la Capilla de Jesús. Salimos de ahí chispas y Sotito dio principio a la balacera. No hubo foco que quedara bueno desde ahí hasta la casa de Ahumada, en Madero, donde vivían todos los del Estado Mayor. Encontrábanse ahí Tomás Morán y David Alfaro Siqueiros, también oficiales como Soto, los cuales entusiasmados por la gresca, salieron también con rifles y pistolas y el tiroteo tomó proporciones de batalla. La ciudad quedó a oscuras. Bastaba que algún gato nos pasara cerca para soltarle una andanada. Llegamos a la Comisaría de San Diego, donde un oficial de apellido Gandarilla era Comisario, amigo nuestro, y metiendo las armas por la ventana, gritamos todos a la vez:

—Viva Pancho Villa... hijos...

Nadie nos presentó resistencia. Estaba reciente el albazo de Julián Medina y al día siguiente los periódicos informaron que se había repetido el asalto. También de esta trifulca se atribuyó Manuel todos los honores, contándola en Arandas.

Cuando el general Diéguez derrotó a las fuerzas villistas en las cercanías de la ciudad, yo me di cuenta inmediata de ello, pues trabajaba en el Rastro Nuevo y desde las azoteas del edificio es-

tuvimos todos viendo el desarrollo de la batalla en los cerritos de Santa María, del Gachupín, del Cuatro y de la Calma, y vimos cuando los villistas abandonaban la acción y tomaban derrotados sus trenes para huir en dirección de las Juntas. En el Rastro, trabajadores, empleados, patrones y comerciantes, apresuramos nuestras tareas y lo más rápidamente que pudimos abandonamos todo, pues los indios yaquis de Diéguez tenían muy bien ganada fama de sanguinarios, y ya se les veía avanzar. Atestados venían caminos y veredas. En los árboles del Agua Azul y del Deán colgaban desde hacía meses, los ahorcados de uno o del otro bando, que se distinguían por los trajes: los villistas, rancheros con gorros de petate con listones tricolores y los carrancistas, con traje de kaki, gorros tejanos y listones rojos. Los zopilotes decoraban con negro el macabro cuadro. Yo pedaleé velozmente en mi bicicleta hasta el portal, donde encontré a Manuel, parado en la esquina de "La Fama Italiana". Le conté lo que acababa de ver y luego me dijo:

—Vente, vamos a ver si don Mariano está en su despacho.... A lo mejor no lo sabe y los yaquis lo agarran mansito sin saber a qué horas... Vamos por él.

Fuimos. Ahí estaba el señor doctor don Mariano Azuela, Director de Instrucción Pública con don Julián Medina, tranquilamente trabajando en pro de la educación popular. Como nos conocía de guasones, no lo quería creer; pero lo convencí con mi relato y luego dio orden a sus empleados de que se fueran. Salimos de Palacio, fuimos a la Biblioteca a recoger a José Becerra, poeta lagunense, compadre de don Mariano, y los cuatro tomamos una calandria y nos fuimos más que de prisa hasta la Colonia Seattle, donde tenía yo mi casa y el Centro Bohemio. Manuel los acompañó constantemente, mientras yo venía a mi trabajo del Rastro, hasta cuando don Julián Medina dio su famoso albazo. Don Mariano y José, en cuanto supieron que su jefe estaba en Zapopan, se incorporaron a sus fuerzas y siguieron en la campaña hasta su terminación, cuando recuperaron la ciudad. Manuel llevaba muy activa correspondencia con don Mariano desde años atrás, así como con González León, con Ramón López Velarde y con Rafael López. Cuando alguno de ellos venía a Guadalajara, los festejos eran a todo trapo en el Centro Bohemio y en el Museo. Manuel hacía entonces gala de su ingenio y de su facilidad para versificar. Le daban tema y pie, se sumía un momento en su sombría cavilación y luego lanzaba sus ironías geniales, que todos aplaudíamos en-

cantados. Las consonantes y asonantes de los pies más trabajosos le salían fluidos con humorismo y rapidez.

Después de mi triunfo como diputado federal, nuestro círculo de amigos en México eran los hermanos López Velarde, Rafael López, Pedro de Alba, Julio Torri y Francisco González Guerrero. Por entonces llegó de Europa Diego Rivera. Lo llevó a comer con nosotros a la fonda llamada "Los Antojitos Tapatíos", el licenciado José Vasconcelos, quien estaba en constante comunicación con nosotros porque en el Congreso se ventilaba la iniciativa para crear la Secretaría de Educación. Casi todos los días comía o cenaba con nosotros. Era entonces el Rector de la Universidad y también iban con él los más destacados artistas e intelectuales, que luego formaron asidua concurrencia y nos hicimos muy amigos. Diego no pudo encontrar mejor tertulia. Era inseparable nuestro. Le dieron como estudio la capilla de San Pedro y San Pablo y cuando se nos hacía tarde por ahí, nos quedábamos hasta el día siguiente y él hacía lo mismo cuando le cantaba el pajarito de la gloria en el centro, pues nosotros vivíamos en Allende, junto a la Cámara, en una casona de un ex-diputado donde nos asistían a casi todos los jaliscienses de esa Legislatura y Diego tenía sobrado donde quedarse, a pesar de su enorme humanidad... Manuel se entendía maravillosamente con él y con los demás bohemios de México, salvo con José Clemente Orozco. Los dos permanecían largos ratos sin hablarse, mirándose de hito en hito, algo así como un equilibrio de genialidades y malhumoradas. Por entonces publicó Martínez Valadez su segundo libro, *Alma solariega*, con una portada de Diego y el retrato que yo le pinté al óleo en Chapala, en unas vacaciones. Anteriormente le había editado Fortino Jaime con un prólogo de Agustín Basave, *Visiones de provincia*, con una carátula mía y un pequeño retrato interior a pluma. Para entonces ya era Manuel un hombre verdaderamente culto.

Cuando teníamos visita de poetas y escritores famosos, los encargados de agasajarlos eran Manuel, Díaz de León y Joaquín Vidrio. Vinieron don Ramón del Valle Inclán, Rubén Romero, Eugenio Noel, los acompañó Lupe Marín y el Vate Frías, (José D.). Valle Inclán duró tres días. Constantemente tragaba pildoritas de Cannabis Indica... es decir, ¡de mariguana! Nos refirió una noche, cuando lo llevamos a comer pollo con Valentina, que el médico rural de su pueblo natal no había tenido necesidad de darle ningún anestésico para cortarle el brazo; pues le bastó su

enérgica voluntad y un buen trago de aguardiente, para aguantar el trance. Rubén se fue luego; pues había venido a vendernos libros escolares, pero cuando se enteró de que aquí los hacíamos con textos de Manuel y del profesor Tomasito Corona, se despidió muy triste. Pepe Frías duró aquí todo un mes, muy contento. Con Eugenio Noel, bien que se divirtieron Manuel, Enrique y Joaquín; pues como el hombre no hablaba más que de su fobia contra todo lo flamenco, o cuando mucho vociferaba contra los toros, llegó un momento en que los cansó. Noel tomaba por botellas el tequila. Tres borracheras se ponía durante el día y dos en la noche, pues a las tres de la mañana se levantaba para echarse al pico medio litro de Herradura. Queriendo darle una broma que lo hiciera huir, esperaron al domingo, en que toreaban los Armilla y Balderas una gran corrida. Lo hicieron beber más que de costumbre y a las tres de la tarde lo cargaron como fardo en un coche y se lo llevaron inconsciente a la Plaza, sentándolo en la barrera central, precisamente bajo la tribuna del Juez y ahí durmió la mona el poeta español, hasta que una de las gritas del soberano público y unas sacudidas que le dio Manuel, lo espabilaron en el momento en que Balderas llegaba hasta la barrera para recibir la cola, las orejas y una pata del burel que acababa de matar magistralmente y que ya las mulitas arrastraban. Noel se frotó los ojos espantado. Se sacudía las gordas mejillas, se levantaba y se volvía a sentar en medio del ruido de la plaza y de las músicas; veía de uno en uno a Vidrio, a Díaz de León, a Manuel, sin decir nada, pero cada vez más excitado, con los ojos desmesuradamente abiertos. Por fin Manuel le dijo:

—Has muerto ya, Noel, y estás en el Infierno, donde por toda una eternidad tendrás que presidir las corridas de toros, en castigo de ser tan borracho, durante tu vida allá en la Tierra...

—¡No... Noooo... Noooooo... —gritaba el pobre, sin argumentar nada más... De pronto, echó a correr, sin sombrero, hacia los callejones y se perdió entre la multitud. No lo volvimos a ver. Supimos más tarde que la Colonia Española tuvo que meterlo por la fuerza en el ferrocarril, pues ya se había declarado su huésped predilecto y con sus borracheras se hizo insoportable.

Era Manuel maestro de la Preparatoria y también daba ahí cátedras Saúl Rodiles. Por dimes y diretes llegaron a un estado de pugna, debido a que Rodiles sistemáticamente reprobaba a los alumnos de Manuel cuando actuaba como sinodal. Cansado Ma-

nuel de aquello, acuciado por los muchachos, esperó a que le llegara su turno el más aventajado de su clase, que dio brillante examen; pero Rodiles insistía en que lo iba a reprobado. Entonces Manuel sacó su pistolón y se lo puso sobre la mesa a don Saúl y le dijo:

—Mire, hijo de la jijuria... Si no le pone la calificación más alta, usted se va reprobado al mundo de los réprobos...

Aquel muchacho es ahora uno de los maestros de literatura.

—Así como tuvo un alto sentido humorístico, también lo tenía respecto de sus derechos. Sumado al romismo, facción divisionista de la Confederación de Partidos que antes habíamos formado, inició trabajos formales para lanzar su candidatura por Arandas; pero entre tanto, Romo, en México, comprometió ese distrito con los moronistas y quería que Manuel jugara por Ciudad Guzmán. Enérgica y categóricamente rehusó, prefiriendo no ser diputado, porque, dijo:

—Yo no soy ningún aventurero de la política electoral. No quiero que justificadamente se me pueda decir nunca, que por ser diputado olvidé a mis paisanos de Arandas, que sí me conocen; y que fui a usurpar en Zapotlán el lugar que allá debe corresponder a quien los electores locales prefieran... —Fue precisamente en aquella campaña cuando dio principio el arrebate de curules, sin tomar en cuenta que los candidatos fueran o no populares. Así hemos llegado a la fantástica degeneración actual, pues no se necesita para ser diputado más que dejarse poner la gamarra en los hocicos. A Manuel no pudieron ponérsela.

Siguieron las sacudidas ciclónicas de la política jalisciense y tras de ocupar yo por dos veces una curul en el Congreso de la Unión, la primera representando a Guadalajara y la segunda a mi tierra natal, La Barca, gané las elecciones municipales de Guadalajara y al año siguiente, en 1922, las de Gobernador del Estado. Todos estábamos ya en lugares prominentes. Manuel era el diputado local por Arandas y Antonio, senador por Jalisco. ¡Oh los días lejanos de las giras por la cuesta del Josefino, en malos caballos!

No todo fue miel y ventura en los enredos políticos respecto de mi amistad fraternal con Manuel. El romismo-cuellarismo nos apasionó de tal modo, que hasta él y yo nos distanciamos. No sé por qué veredas y vericuetos del destino, le aconteció a Manuel un desaguisado de orden y origen que no deseo examinar; pero en

el que, naturalmente, nada tuve que ver. Resultó herido. Gravemente herido. Cuando lo supe, me apresuré a visitarlo, pero tal era el ambiente que reinaba en su derredor, que advertía claramente cómo el romismo se aprovechaba de ello para alejarlo de mí, como lo consiguió. Pasaron los meses y los años. Una vez, en el Museo, nos encontramos inesperadamente, porque ahí teníamos cita, yo por mi parte y él por la suya, con Enrique Martínez Ulloa, amigo querido, joven abogado, muy buen orador a quien apreciábamos los dos. Sin mediar palabra, sin explicación de ninguna clase, con el mismo cariño que fundimos antes nuestra amistad sobre las arenas rojizas de sus terrones de Arandas, continuamos entonces como si tal cosa, nuestra fraternal alianza, con las mismas bromas, las mismas charlas sobre los mismos temas artísticos y culturales. Por entonces ya se publicaba *Bandera de Provincias* bajo la dirección de Agustín Yáñez y en ella colaboramos él, Martínez Ulloa y yo con frecuencia y firmamos los tres un *Manifiesto sobre la Pintura Mexicana*. Cuando hace veinte años la pistola de un cafre inconsciente lo dejó sin vida al pretender salir del salón de sesiones del Congreso de la Unión, yo apenas convaleciente de una mortal enfermedad, allá en México, adiviné que algo grave le pasaba; porque noté su ausencia, pues él y Martínez Ulloa me visitaron asiduamente durante mi enfermedad. Mucho lo lamenté cuando lo supe, aunque como digo, no me sorprendió, pues me había imaginado lo peor. De tal manera llegamos a comulgar espiritualmente. Fue muy popular entre los estudiantes. Trabajó amistad con las generaciones de literatos que siguieron a la suya. Lo querían y comentaban sus excentricidades, gozosamente, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, José Cornejo Franco, José de Jesús Ayón, Solís, Quintero, Emmanuel Palacios, Toño Gómez Robledo, José Luis Martínez, Adalberto Navarro Sánchez, así como los del gremio de la plástica: su sobrino Guillermo Ramírez Valadez, Caracalla, Rubén Mora Gálvez, Pancho Sánchez Flores, Guerrero Galván, Anguiano, Soriano, los Servín, Jorge Martínez. No hay uno solo de todos ellos que no lo recuerde con cariño.

Cuando actuó como Director de Educación Pública del Estado, se condujo con su acostumbrada franqueza y hoy se cuentan infinidad de anécdotas respecto de sus actitudes y resoluciones. Llegaba al despacho con su inseparable bombín y su garrote-bastón. Ponía las dos cosas sobre su mesa y luego se quitaba la pistola con

todo y carrillera, muy semejantes a las que el tío Valadez le prestara cuando el episodio de San Julián. Después oía las interminables quejas de los maestros, respecto de los maestros, en contra de los maestros, por otros maestros... Sus sentencias eran salomónicas o quijotescas. Las trifulcas entre maestros de escuela adquieren proporciones insospechadas y siendo como son ellos, tan respetables de uno por uno, asociados comprueban aquella regla de Gustave Le Bon, sobre el relajamiento de las asambleas de los sabios hasta un grado inferior al nivel de las de los iletrados. Los vecinos de un pueblo alteño estuvieron en cinco ocasiones visitándolo para pedir el cambio de la maestra del lugar. Por ser alteños se les concedió cuatro veces. El Presidente Municipal nomás esperaba que llegara la de repuesto para enamorarla y como era buen mozo, pronto los vecinos estaban de nuevo con el Jesús en la boca camino del despacho de Manuel. Por fin, a la quinta, les dijo secamente:

—Ya no se las cambio. Todas son iguales... Ustedes cambien ahora al Presidente Municipal... pongan uno feo...

Hace unos días, encontré entre los papeles viejos del Museo un gordo legajo manuscrito, con numerosas biografías de próceres jaliscienses. Al leerlas me quedó la impresión de que tenía ante mis ojos un tomo del Año Cristiano, con vidas de santos. Los personajes aparecen llenos de virtudes y sin un solo defecto, como seres de otra especie que la humana, de diafanidad celestial. Sin embargo, todos ellos fueron actores en los episodios de nuestras luchas intestinas y más, en la Guerra de Tres Años. Sus perfiles reales desaparecen bajo los trazos del lápiz retocador del biógrafo y la verdadera figura desaparece bajo un barniz. Yo creo que los caracteres vigorosos deben ser tratados para la Historia con perfiles fuertes, porque un hombre consta no solamente de aquello que los moralistas aprueban, sino de lo que no aprueban. Todos tenemos derecho a conocer la esencia de nuestros hombres sobresalientes, para poder entender que son como nosotros y que todo hijo de Adán puede llegar a ser como ellos y que no son semidioses ni hijos del Olimpo.

Pero ya debo terminar. Casi estoy viendo a Manuel, no en el Purgatorio, ni menos en el Infierno, sino en el Tlalocan mexicano, asomándose por un rompimiento de cielo, atufado, con su cabeza de Medusa, diciéndome:

—Ya cállate... No seas latoso...

Estoy seguro de que si a él le hubiera tocado hacer mi retrato, como yo hago ahora el suyo, hubiera procedido con igual franqueza, pintándome tal cual he sido. Pero a mí me tocó quedarme y cumplo mi tarea. Ya me baja por la cabellera, ahora escasa, uno como sudario blanco; pero aún quiero loar a los míos y entre ellos a Manuel, porque supo vivir intensamente, hondamente. Porque dejó una obra poética y un recuerdo muy humanos.

VERSIFICACIÓN DE POLÍTICO

A L Í B A B Á

*Creyéndote progresista
y político de honor,
la juventud idealista
te forjó Gobernador.*

*Jalisco miró con gozo
tu exaltación al poder;
mas su gozo se fue al pozo
cuando vio tu proceder.*

*En la altura te mareaste,
y sintiéndote sultán,
como prólogo asestaste
bastonazos a un guardián.*

*Hoy que a Victoriano Huerta
pretendes fiel imitar
y al Congreso que está alerta,
quieres bravo derrocar,*

*no olvides que el pueblo sabe
castigar a su opresor
y que en Jalisco no cabe
un Basilio dictador.*

*Reserva tu valentía
pa cuando haya intervención.
Mete en la Proveeduría
tu destemplado bastón.*

*Y cuando estudies el tema
de la próxima elección,
piensa en el grave problema
de imponer tanto... bribón*

*Bravo, Juárez y Munguía
quieren la silla escalar;
pero ese lejano día
¡vive Dios, no ha de llegar!*

*Yépez, Solórzano y Filio
candidatos son también:
del pelo de Don Basilio
los ases son más de cien.*

*El problema es algo serio
y no le veo solución.
Nos resulta este misterio
un completo "vacilón".*

EL HERMANO IXCA FARÍAS *

EL DÍA catorce de noviembre de mil novecientos cuarenta y seis, subió al cielo Ixca Farías. Allí gozaba de la bienaventuranza hasta que, hace años, el señor doctor don Francisco Sánchez Flores tuvo la ocurrencia de encomendarme el panegírico de aquel beato, que debería pronunciar en la noche del aniversario de su ascensión al Olimpo. A las ocho de la noche del catorce de noviembre de mil novecientos cincuenta y tres, año primero de Yáñez, en la planta baja del Museo de Guadalajara, esquina de Liceo e Independencia, con la asistencia de muchas personalidades, de la familia del bienaventurado hermano Ixca y de muchos de sus amigos; y sin ningún enemigo, porque sencillamente no los tuvo nunca, dio principio una ceremonia emocionante. Los salones, muy bien iluminados para que lucieran las obras pictóricas de Ixca, quedaron de pronto sumidos en la oscuridad. Luego, una voz como llegada de ultratumba, empezó a dejarse oír, resonante, lejana, como de fonógrafo antiguo. Era yo que cumplía correctamente la misión del señor doctor y pintor Sánchez Flores. Con anterioridad, utilizando los más modernos adelantos de la técnica, había hecho grabar mi perorata; y colocada la reproductora por allá adentro, en una habitación alejada de la exposición, quedó lista para evocar desde las sombras alucinantes, el espíritu glorioso del buen Ixca. La concurrencia sabía que yo iba a hacer el panegírico del desaparecido. Me habían visto ahí junto al señor Gobernador y aquella voz que se oía como desde ultratumba, era casi la mía... Todo ello contribuyó a dar al homenaje un color, un sabor y un tacto muy propios para conmemorar a Ixca. Por eso digo que hasta ese día; o mejor, hasta esa noche, estuvo sentado tranquilamente en las nubes del más allá. A mi conjuro, seguramente que descendió, ya que no me dejó dormir esa noche, pues estuvo jalándome de los pies tal y como me anunció cuando, to-

* Evocación al hermano del otro patio, dicha por medio de un disco grabado, en el homenaje a Ixca Farías, estando a oscuras el salón del Museo.

davía entre nosotros, me amenazó con ello, si llegaba a inquietarlo después de su muerte. Y ustedes, al leer mi evocación, me harán el favor de decirme si no es para inquietar al hermano Ixca... Aquí la tienen ustedes:

Una espiritualidad sana y tranquila se connaturalizó en Ixca Farías, a quien hoy recordamos aquí con gran cariño. En este salón, en el patio y en los corredores, en el jardín y los demás salones de este Museo de Guadalajara, vaga feliz el hermano Ixca, —si sus deseos para después de la muerte, frecuentemente referidos al fin de su plácida vida, pueden ser cumplidos—. Parécenos como si viéramos vagamente su silueta monjil enfundada en aquel enorme saco de yute, pasando levemente entre nosotros; y como si oyéramos su burlona risita escapándose de su boca, junto a la vieja cachimba que lo acompañó y deleitó durante su larga peregrinación por el mundo. Siempre nos hablaba en términos espiritualistas... Recordó constantemente las aficiones de sus padres por los estudios mediumnísticos, que transfirieron como herencia a su numerosa prole... Él mencionaba con gran afecto a las otras familias que desde los fines del siglo pasado se reunían con ellos en fraternal comunidad espiritualista, liberal, ansiosa de progresos y de sabidurías, reacia a las gazmoñerías de aquella Guadalarita... Hombres y mujeres lo sabemos de memoria, porque todos ellos fueron realmente buenos... humanos, humildes, laboriosos. Dije fueron por los que ya no son; y digo, rectificando, son, por los que desde estas penumbras del maquinismo están aquí oyéndome, y que aún son. Mis palabras quieren impersonalizarse para ser más expresivas y para convertirse así en una ofrenda más acercada al objeto de nuestro homenaje, al buen Ixca, al franciscano Ixca.

Así pues, desde esta comodidad de la voz aérea, entrémonos de rondón en los ámbitos del pasado y veámoslo salir, muy joven aún, de una casa rara, de dos pisos, que por años contempló Guadalajara al costado de la feísima estación de los Ferrocarriles... ALFARERÍA DE HERACLIO FARÍAS, decía a grandes voces un enorme letrero colocado sobre el segundo piso. Lleva Juan bajo el brazo un violín enfundado y con la otra mano va jugando con un bastón de nudillos, que parece gemelo del de Carlos Chaplin. Este bastón es el de la buena suerte, regalo de Amado Nervo. Pero... ¿a dónde va Juan? Aquí cerca. Cerca y lejos. Por de pronto se dirige a la Estación, en la cuadra siguiente. Muy cerquita. Pero ahí

se mete alegre, silbando notas de *La bohemia*, en un carretón negro del ferrocarril, de madera, de segunda clase, que lo llevará muy lejos. Se va alegre, muy alegre, como puede verse por la expresión pintada en su rostro, adornado por una barba a la Cristo, muy cuidada. Tiene un gesto de satisfacción enmarcado por arriba con un sombrero amarillo carrete, de paja; por una panela... Va con paso ligerito, llevando pantalón de brincacharcos, botas amarillas gringas, de botoncillos por un lado, y un saquito rabón, de los que usaban los fifies en esa época tan elegante. Tan elegante que hacía reír...

Pero el tiempo es veloz, e instante tras instante, recorre años, como una anticipación a la filosofía de Carretero. Y un día, un instante como éste, Guadalajara se sacude con el notición de que Juan Farías ha vuelto de los Estados Unidos... Es violinista y pinta... pinta... pinta paisajes por precios proporcionados para poder partir para París... Igualito que aquel Pedro Pris del ejercicio escolar de difícil pronunciación... Pedro Pris Pascual Pérez Crespo, pobre pintor pintoresco... Pérezcrespo era pues Juan Farías... sin trabalenguas...

Teníamos alquilada por entonces, una casita en la calle de Tolsa, allá por la pila de la Colonia Moderna. Nos la había cedido la familia de Manuel Acosta, aquella de la botica de San Vicente de Paul, de las Nueve Esquinas, muy barata. En ella habíamos plantado dizque un estudio de pintores, Javier Guerrero, aquel indito chaparrito, melenudo... Carlos Stahl, el muchachote rubio hijo de don Jorge, el de la "Sombrerería Tardan" quien con sus hermanos había fundado el primer salón cinematográfico, el Salón Verde... y yo, el caricaturista de *El Perico*. Bueno, pues una vez enterados del arribo del músico pintor, nos dijimos: convidémoslo a que se sume a esta palomilla, por el apreciable conducto de Chema Lupercio, fotógrafo pintor, su viejo amigo, y Agustín Basave quien, como él, es espiritista... Y aquel espíritu no tardó nada en comparecer a nuestro conjuro, ni más ni menos, que en fachas y en todo, que cuando tomó el tren para irse a Chicago; la misma panela, el mismo pantalón de brincacharcos y el saquito rabón de fifí; el mismo violín pero más afinado; la cachimba bien culoteada; el bastoncito de Nervo... o de Chaplin; la misma piocha, y unas botas gringas, pero ahora de dos colores... Semejante cambio fue simbólico. Aquel hombre venía ahora marchando por caminos cromáticos, pictórico-musicales... Y así fue. La primera

presentación oficial en el Centro Bohemio, tuvo dos números: uno de violín, que le fue muy aplaudido, y otro que no lo fue tanto, porque, en unión de Basave, dieron una sesión espiritista, de comunicaciones rápidas con el otro mundo, por conducto de una mesa colocada al centro del salón y con las manos puestas solemnemente sobre ella, en actitud extática... Bueno, pues produjeron tales mensajes del otro patio, por medio de aquel sistema telegráfico de los golpecitos de la pata de la mesa, que Juan y Agustín desistieron alegando que aquella casa estaba infestada por espíritus chocarreros, y dejaron de hacer preguntas ingenuas. Pero la mesa parecía haber quedado bien impregnada con los efluvios de aquellos jóvenes optimistas, y seguía reparando, emitiendo dictámenes por las patas y opinando de manera desvergonzada sobre cada uno de los presentes... Alfredo Romo y yo, maniobrábamos desde abajo, desde el sótano, a través de las rendijas del piso de duelas, y sin fluidos ni nada, sino solamente con un garrote, obligábamos a la mesita a transmitir nuestras opiniones sobre los de arriba. Éramos, pues, los espíritus chocarreros. Y les dijimos su precio a Juan y a Agustín, y al otro Juan... de Dios Robledo, y al otro Juan... Antonio Córdova, y a su hermano Ramón, y a don Amado de la Cueva, y a Díaz de León, y a toda la bola, a la bola de los del Centro Bohemio, como ya nos llamaban desde entonces, por razones obvias...

Ixca formó un trío violinístico con Alfredo Levy y con Luis Abitia. Teníamos que huir cuando tocaban algo de Wagner...

Nos llevó Juan a pintar al campo, preferentemente por allá, por Mezquitán, y ahí, en los muros de esta exposición, nos está mirando, y vemos un paisaje de la Parroquia de San Miguel de Mezquitán...

Y los instantes siguieron atropellándose, nos arrastraron entre los engranes de su reloj... y en cierta ocasión, nos dieron la despampanante noticia de que Juan, ya no se llamaba Juan... Ahora, se llama Ixca...

Conducido el culpable al banquillo de los acusados, explicó:

"...Que sintiéndose alfarero por tradición y de corazón, había resuelto quitarse aquel nombre, que llevaba contra su voluntad, pues sus padres no lo consultaron, ni el cura tampoco, cuando lo resfriaron con el agua bautismal y con la salecita... Que estaba decidido a revestirse con el re-nombre de Ixca, y que ya se había dirigido al señor Juez correspondiente. Que Ixca, quería decir...

COCEDOR DE BARRO, en la lengua de Cuauhtémoc..."

El Jurado pronunció irrevocable laudo condenándolo al fuego eterno, puesto que era de vil barro, de humano barro, y así lo había confesado al ponerse el motete azteca...

Ixca fue Ixca, de barro frágil y maleable, hasta el fin de sus días, es decir, de sus instantes... (Perdón, señor Carretero...). Fue alegre, sonoro, como un jarro de barro de Tonalá... muy alegre... Todos conservamos de memoria su ideario basado en su máximo proverbio de: "Si tu mal tiene remedio, ¿para qué te apuras? Y si no tiene, para qué te apuras...?" Ahí está escrita su mejor biografía. Una vez nos llevó un gran rollo con multitud de letreros y máximas y consejos impresos, entre los cuales, con grandes letras rojas, estaba aquel de... "Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa". Lo colgamos de las faldas del saco de Enrique Díaz de León. ...Y el que rezaba "QUERER ES PODER..." ese, se fue a seguir rezando en la pared de enfrente del excusado... moviendo desde ahí con sus enormes letras negras, a las más reacias voluntades... intestinales.

Otro instante solemne de Juan... Perdón, digo... de Ixca, fue aquel en el que transmutó su espíritu para convertirse en el Gran Paisajista Panchovich...

Sin saber de dónde, ni cuándo, un buen día cayó sobre Guadalajara un pintor bajito, ya de muchos años, haciendo mucho ruido con una exposición de paisajes andinos, que mostró en la Sala del Repertorio de Enrique Munguía... o en el café de Rotter, no recuerdo en cuál de los dos grandes locales de la calle de San Francisco. En las afueras, un letrero anunciaba: Paisajes del Gran Pintor Franciscovich... Todo mundo desfiló ante los cuadros, pero nadie los compró porque eran carísimos... el que menos, valía quinientos pesos, que vienen a ser como cinco mil de estos pesitos de ahora. El caso es, que Ixca, movido tal vez de un sentimiento de compasión para los pobres tapatíos, que no tenían con qué adquirir alguna de aquellas obritas brumosas, con múltiples perspectivas del Lago Titicaca, decidió plantarse durante cuarenta y ocho horas corridas frente a su caballete, paleta en ristre y listo para despachar la leche en una mesa que tenía al lado, en el portalón de su casa, donde vendía litros y litros del blanco licor... y pintó más de cincuenta paisajes. Después de dormir una siesta, de reposo por tan ingrata y larga tarea, se fue con Enrique Munguía... o con Rotter, no recuerdo con cuál de los dos, y arregló que le

prestaran el local para montar su exposición, y puso a la puerta un aviso escandaloso que decía... "TITICACAS. PRECIOSOS PAISAJES ANDINOS A CINCUENTA CENTAVOS, PINTADOS POR EL GRAN PINTOR PANTO PANGHOVICH". Y don Francisco Francovich vio cómo en un sólo día, los paisajes de su casi tocayo se acabaron sin quedar uno solo. Lió el petate y se marchó a su querida Sur América muy triste, lamentando que uno de su misma familia y apellido, mexicanizado, hubiera competido con él tan victoriosamente sin conocer el Titicaca... Por ahí, en los muros de esta exposición, veo algunos de esos Ixcas, tan buenos o mejores que los de Francovich... Desde entonces, a Ixca se le agravó el delirio de quitarse el nombre, y pintó flores, acuarelas, cuanto pudo, firmando de distinto modo.

Hermano Ixca: Tú dirás que qué tanto estoy diciendo... Pero no he podido dar mejor cumplimiento que de esta manera, al encargo que me dio Pancho Pannels para hablar esta noche aquí, porque cumples cinco años de haber desencarnado, y de haber dejado el placer del dolor y este delicioso valle de lágrimas, como tú decías. Pancho Pannels es aquel pintor que tú conociste, que ayudó a Clemente a pintar los frescos... Aquel de Tlajomulco... Pues ya es doctor... Se recibió a espaldas de su paleta, y ahora es también Director de Educación Pública...

Y aquel escritor, que también venía aquí al Museo como todos nosotros, aquel Agustín Yáñez, también de *Bandera de Provincias*... Aquel que venía a sentarse a los equipales del Club del Ovoide, como el Buda, como Cornejito, como Alfonsito Gutiérrez Hermosillo, como el niño Anguiano, como Guerrero Galván, como Caracalla... como Emmanuel Palacios, como Enrique Martínez Ulloa... ya te acordarás de él... pues es nada menos que el Gobernador... El Museo está pues, de plácemes, y ya estarás seguro que así como todos nosotros, hará cuanto pueda por él. Por este tu Museo, que es hijo tuyo y desde el cual, y en su aire, te estoy hablando ahora...

El otro día me dio tu recado Pedro Rodríguez Lomelí. Por él, sé que allá donde andas, o vuelas ahora, los paisajes son de tal belleza, que ni siquiera podemos nosotros, míseros gusanos de la Tierra, imaginarlos, por sus extraordinarias formas y por sus numerosos y bellísimos colores, así como por otras cualidades que no podemos captar. Me dijo que ni necesidad hay de pintarlos, porque

eso, por esos barrios, ya no es usual porque hay otros medios superiores de comunicación mucho mejores que el arte, lo cual ya es mucho decir. Espero que este Pedrito no te haya llevado chismes de masonerías... No le hagas caso, yo siempre que puedo, procuro imitarte olvidando rencores... Me dijo también que con frecuencia platica contigo y le di el encargo de preguntarte si San Pedro te deja fumar, porque quiero mandarte una o dos cajas de puros, de Sahuayo o Habanos, como tú digas... lo que me importa saber más es si sería bueno el conducto de algún maquinista de los ferrocarriles, pues supongo que esa vía es la más rápida y segura para llegar allá, porque diariamente mueren en choques, pero te estás listo en la puerta del infierno para que te los entregue... Espero, hermano, que hayas conservado tu chambaca de Inspector Honorario de Diversiones. Ya te acordarás qué azorados se quedaban porteros y empresarios aquí, cuando se las mostrabas, ostentando el retrato de identificación, de espaldas, viéndosete únicamente la nuca y una como esfera lisa, que era tu calva calavera... Aunque supongo que allá no se necesitan credenciales, y que se puede circular libremente y entrar, sin pagar, al Limbo, al Purgatorio, al Infierno y al Cielo, indistintamente y para variar, pues si no fuera así, no tendría chiste la diversión... Y seguro que a cada rato te encuentras por allá con tantos amigos... y amigas... Si llevas todavía relaciones con Chenchó Pitarrillas, con el Amado, con Joaquín Vidrio, con Hernández Galván, con Enrique Díaz de León, con Juanito Lavat, con Juan Antonio Córdova, con el gordo Izábal, salúdamelos a todos... Dime si Clemente Orozco tiene agrio el genio por allá... como aquí... Creo que te encontrarás alguna vez con Julieta, la del Hospicio, con la Paca, con Chepina, con Estela, con Aurelia... Salúdamelas a todas... y si ves a la Juana, dile que el Caricato y yo la recordamos mucho.

¿Te acuerdas de aquel pintor del siglo XVIII, aquel Roberto Montenegro...? Aquí anda ahora. Ya está algo viejo... parece higo de Corinto... Creo que será Director de un Museo de Arte Popular en San Pedro Tlaquepaque...

Dile a Javier Enciso, Zutano, que por qué no sigue mandándole a *El Informador* sus sabrosas crónicas. Aquellas que titulaba "De Plateros al Portal Quemado"... cambiándoles solamente el nombre por el de "Del Cielo a la Tierra"... Seguramente que serán un éxito, dado su delicioso humorismo, tan fino y elegante, y que

desde allá podrá tratar temas tan sugestivos como el de las explosiones de las bombas atómicas, o de la electrocución del matrimonio Rosenberg, lo cual visto y comentado desde allá, será sensacional...

Me he encontrado muchas cartas tuyas de cuando empezaron tus placenteras, satisfactorias y últimas dolencias, cuyos horrores convertías en gozo, como un mago, entre bromas y risas... En tales cartas, al final, hacías tu auto-caricatura en los precisos, solemnes y sudorosos momentos en que tomabas posesión de la bacinica... Dime por conducto de Pedro, si no quieres que las vea la gente, para quitárselas al profesor Corona Núñez, sucesor tuyo y mío en la Dirección del Museo, pues él quiere exhibirlas en uno de los salones...

Te ruego me perdones los corajes que te hice pasar, desde cuando lo de la mesita de los espíritus en el Centro Bohemio. Para alcanzar tu absolución, confesaré aquí, en público, aquellos pecados que recuerde...

Acúsome, señor, de haberme asociado con el Amado y con Romo para obligar a tu vecina, Concha Trejo, a abandonar por la mala el local que ocupó en este Museo y que es éste en que estamos ahora. Tú querías que se saliera por la buena, y nosotros, más realistas, nos disfrazamos de fantasmas y le sacamos un susto, que por poco sale, no nomás del Museo, de donde huyó, sino de este perverso mundo...

Acúsome, también, de cuando ayudado por Toño Córdova y el Caricato, en un afán anti-academista, pintarrajeamos todos tus preciosos modelos de yeso: manos, caras, pies, piernas, brazos, torsos, todo de bulto... y los dejamos peor que a los pasajeros de un camión volteado en la carretera...

Acúsome, además, de haber fusilado en sociedad con Micomicón aquel gigante guanajuatense llamado también Hernández Galván, todas las estatuitas que habías colocado en el borde de la azotea del patio, procedentes del Panteón de Belén... Muy feas, por cierto, y razón de la cruel ejecución...

También me acuso de haber provocado la muerte de aquel tejón que era la delicia de los visitantes al Museo, muy domesticado... Le di, primero, malacanchoncha tomándolo de la cola y echándolo luego a la pila. Y el mate fue cuando, estando dormido hecho una rosca debajo de un equipal, le puse por delante a Javier Guerrero y a Amado de la Cueva, y un poquito detrás a Her-

nández Galván; luego le hice cosquillas con un popote y por fin le grité fuerte. Así abrió por fin sus ojillos, miró en derredor, se le pararon los pelos del lomo y azotó muerto, al ver aquellos tres ídolos de barro.

Fui autor también de las molestias que sufría doña Tortuga, otro asilado del Museo, que apenas entrado noviembre, se echaba a dormir hasta abril... pero con los consiguientes intervalos de cuando despertaba porque la casa se le ardía con los cerillos y cigarros que le caían al techo... desde la mano de este tu amigo.

Me acuso además, de haberme burlado de tu gallina de cuatro patas, comparándola con Robertito Beltrán y Puga, sin más razón que la de la figura...

Perdónamelo todo. Perdóname que te haya hecho pasar aquel saponcito de cuando don Luis Castellanos y Tapia te regañó siendo Gobernador, porque me permitías la entrada al Museo, tan sólo porque mi periódico, *Gil Blas*, era opositorista y daba grandes dolores de cabeza al Gobierno del Estado...

Perdóname también de haber sido el autor de la otra broma, de cuando te hablamos Chencho Pitarrillas y yo por el teléfono del Correo, fingiendo la voz del Secretario de Gobierno, anunciándote que quedabas cesante y que te presentarás inmediatamente en Palacio... El susto que llevaste...

Bueno, hermano, podría hacerte una letanía del doble de ésta, con todos mis pecados; pero quiero arrepentirme sinceramente de todos ellos de un solo brochazo, y te ruego que, si ya te pasó el coraje, hagas con todos ellos, un ramillete, y arrójalos ahí, cerca de tí, al infierno... o si alguna consideración merecen, gracias a tu bondad, que queden en el purgatorio...

Creo que ya estoy cansando a todas estas personas, todas ellas amigas tuyas, muy queridas, y a tus numerosos parientes... y sólo quiero decirte al oído, que mis bromas, para nada tocan ni menosprecian tus virtudes hogareñas, de gran hijo, de magnífico esposo, de buen padre, de gran hermano, de perfecto ciudadano modelo y de inigualable amigo. Lo que sucede, es que he querido darle a todo esto, el sello peculiar de todo cuanto se relacionó contigo y con nosotros en esta vida, y además, he rehuído hacer aquel papeli- to que tanto nos regocijaba y hacía reír a ti y a mí. Te acordarás de los oradores que con voz engolada y sacudiendo los brazos como epilépticos, en medio de festones de cedro y en una patriotería tribuna, pronunciaban artificiosos discursos para alabar a los muer-

tos ilustres... Yo he preferido esta forma, llana y alegre, para cumplir el difícil encargo, porque sé que así, nos hemos comunicado directamente contigo, tanto, que estoy seguro de que por aquí andas y revoloteas en estos momentos, pues espero que mi comunicación haya logrado hacer comparecer a tu ser espiritual...

Bueno, hermano, este salvaje de Zuno, como me llamabas, ya va a despedirse de ti.

Hasta luego, hermano Ixca...

O T R A S C O S A S D E I X C A

Arqueología jalisciense. El Ixtépete

S EÑOR licenciado, yo fui de la Mesa Directiva del Sindicato de Tranviarios de Guadalajara que usted formó en 1924.

Soy Juan Peña, un servidor de usted. Mis compañeros y yo venimos a platicarle que hemos encontrado unas ruinas que al parecer son muy viejas. Están cerca del rancho de San Antonio, de don Rosalío Ruiz, poco más allá de Santa Eduwiges y antes de Santa Ana de los Negros.

—Sí, amigo Peña, sí lo recuerdo. Estoy a sus órdenes. ¿En qué puedo servirles?

—Usted es amigo del señor Ixca Farías, Director del Museo del Estado. Si nos hace favor nos presenta con él para ver si tiene interés en lo que hemos encontrado, para llevarlo a que vea y ayudarlo, si es necesario.

—Desde luego me parece muy bien su idea. Vamos a ver a Ixca.

Nos dirigimos al Museo y después de explicarle al hermano nuestro asunto, interrogó a los ex-tranviarios:

—¿Y cómo fueron a dar con esas ruinas? ¿Pos qué son arqueólogos? ¿o son tranviarios, o qué son ustedes, hermanos...?

—Yo tengo un automóvil en el sitio de la Estación —dijo Peña—, y mis compañeros, como no tienen trabajo por ahora, se ilusionaron con una relación que les dio uno de esos mediumes espiritistas del barrio de San Juan de Dios. Me convidaron a mí para que les ayudara con algo de dinero y provistos todos de palas, barras y azadones, nos fuimos hasta donde nos llevó el espiritista. Según él encontraríamos unas paredes y al pie de una de ellas, un gran cajón lleno de objetos de oro y plata y mucho dinero.

—Ya me va gustando el negocio... —dijo Ixca riendo— no por el dinero, sino porque andan de por medio los espíritus, pos ustedes han de saber que yo también soy espiritista... Siganme platicando que ya me interesó.

—Después de mucho trabajar como negros, empezamos a en-

contrar las paredes, pero no eran de adobe, sino piedras acomodadas y había escalones por todas partes, y luego por dentro eran derechas, como callejones. Del dinero, ni de broma, don Ixca...

—No más no me digas don, hermano, nomás soy Ixca, si me haces favor... porque eso de don tú lo serás... (Ixca reía socarronamente...)

—No lo dije por mal... perdone... ¿Qué no se llama así?

—No le haga caso, Juan, es muy guasón —le dije yo a Peña —Síguenos contando.

—Lo único que hemos encontrado han sido puros tepalcates y unos cuchillos y tenedores...

—¡A poco tus antesapados usaban herramientas para comer, hermano...!

—Ja... Ja... Ja... Ni por el lado indio ni por el español... todos comían a puños y del mismo plato... Y los tuyos también, salvaje... (me la soltó a mí) —Peña continuó:

—Al ver que no había nada de lo que buscábamos, les dije yo a mis camaradas que aquello eran unas ruinas del tiempo de los indios, y que estábamos perdiendo el tiempo, que lo mejor era venir a avisar al Museo para que lo estudiaran. Pero como a nosotros no nos conoce don... digo... Ixca...

—Así me gusta, hermano Peña... Háblame de tú, como yo le hablo a todo el mundo...

—Por eso fuimos a ver al señor Zuno, para que ustedes digan qué hacemos.

—Muy sencillo, ir a ver eso, al cabo está muy cerquita. Aquí el salvaje hermano Zuno nos llevará en su carcanha...

Media hora después estábamos en el cerrito de San Antonio, donde encontramos a los ex-tranviarios excavando sin más ni más. Ya estaban a la vista los muros del lado oriente y por un boquete muy amplio se podía entrar por un callejón hacia el fondo. Efectivamente aquello era un templo indígena, de forma piramidal, con aposentos interiores. Por los lados, hacia afuera, se notaban otros promontorios y en las cercanías algunos más, como denunciando un antiguo centro religioso.

—Aquí lo que vamos a hacer es suspender la escarbadera...

—les dijo Ixca— porque a lo mejor destruyen algo que después sea imposible adivinar... No la amuelen, qué dinero ni qué dinero aquí... Los indios no tenían dinero, su comercio lo hacían

cambiando unas cosas por otras... De aquí no sacan ningún provecho...

—¿Y nos podrían dar alguna cantidad por lo que hemos trabajado?

—Imagínese que nos dan quince pesos mensuales para los trapiadores y las escobas con que aseamos los salones del Museo...

—¿Luego el Gobierno no se interesa por estas cosas...?

—No, muchachos, ni por estas ni por otras muchas... A veces no se interesa ni por cobrar las contribuciones...

Solamente uno de aquellos ilusos y pobres ex-tranviarios se quedó algunas semanas más insistiendo, trabajando, con el sudor de su rostro, por encontrar algo de lo que el médium les había dicho. Su entusiasmo se debía a que el comisario de Santa Ana de los Negros le había contado que desde que él tenía uso de razón, había oído contar, que todas las noches, a eso de las ocho, se aparecía un charro montado en un gran caballo prieto muy brioso, con magníficos arreos y embozado con un gran sarape negro también; pero que debajo del sombrero se alcanzaba a ver la calavera descarnada y en las cuencas de los ojos, una fosforescencia muy viva...

Cuando yo volví al lugar, para llevar a él a los arqueólogos Lebrija y Mohedano, aún estaba el pobre hombre ahí, pero la tercera vez que llegué hasta allá, llevando al señor Profesor Noguera, Jefe del Departamento de Monumentos Indígenas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ya no había nadie. Mohedano pasó por Guadalajara de regreso de sus exploraciones y estudios de las ruinas de La Quemada, de Zacatecas y se interesó por ver el Ixtépete, al que encontró algunas semejanzas con La Quemada. El señor Noguera ahondó más sus observaciones y opinó que los edificios son siete, cuando menos, superpuestos con un lapso de tiempo entre cada uno de ellos, de cincuenta y dos años, ciclo que los indígenas tenían establecido en su calendario para medir el tiempo. Destruían su templo y sobre las ruinas reconstruían el nuevo. Con esa cuenta, las ruinas más interiores tenían por lo menos una antigüedad de tres y medio siglos, más el tiempo transcurrido desde que llegaron a estas regiones los españoles. El señor Noguera opinó que las ruinas, efectivamente, eran muy semejantes a las de La Quemada, como dijo Mohedano; pero últimamente, el señor doctor don César Lizardi Ramos, que también las visitó, ha dicho que no se trata sino de restos de un templo, en

el cual se aplicaron las reglas más adelantadas de la arquitectura indígena de la Mesa Central; es decir, de una época de alta cultura. Lo que pasa es que esas reglas no se usaron debidamente ni con la pompa que se acostumbró por allá. Tal vez, las construcciones inferiores, las primeras que yacen bajo las más grandes y recientes sí sean arcaicas, pero es de dudarse.

El grupo de tranviarios dio con el Ixtépete en 1938.

Desde esa fecha y por encargo de ellos y de Ixca, estuve insistiendo personalmente ante el Instituto mencionado para que se emprendieran exploraciones. Yo vivía en México entonces. Las oficinas del Tribunal de Arbitraje que yo presidía, estaban en la misma calle de Zacatecas, donde estuvieron por años las del Instituto. En cada viaje que hacía a Guadalajara, me recordaban aquí el encargo y a mi regreso indefectiblemente iba a gestionar lo necesario. Siempre se me dijo que ya se había propuesto una partida especial del presupuesto para las exploraciones. Y según parece, hasta ahora se va logrando algo efectivo.

En otra ocasión hablaré del origen del descubrimiento de la tumba de Acatlán de Juárez.

El Ixtépete, por lo tanto, fue encontrado casualmente por Juan Peña y sus compañeros, persiguiendo fines muy distintos a los arqueológicos; pero de ellos debe ser el mérito, ya que conscientemente dejaron de destruir en cuanto se dieron cuenta de que se trataba de ruinas históricas.

Cuando fui designado Director del Museo, muerto el hermano Ixca, organicé el Patronato con personas competentes, simpatizadoras del Museo, con los profesores José María Arreola, Severo Díaz, ingeniero Luis Medina, Alfonso Solórzano Barreto, etc., con el fin de emprender el mejoramiento en todos los ramos de la Institución, entre ellos el de arqueología; pues bien sabido es en Guadalajara que el profesor Arreola y las otras personas mencionadas, aparte de otras muchas que hay, son ampliamente capaces de emprender exploraciones y de hacer estudios tanto o más que algunos de la Capital, como se demostró cuando el señor Arreola intervino hace treinta años en las exploraciones de Teotihuacán. El patronato fracasó por la ignorancia jurídica del entonces Secretario del Instituto, Salvador Toscano, quien interpretó la solicitud de licencia a la Secretaría de Relaciones para protocolizar la escriptura de sociedad, como una interferencia que me atribuiría a mí, cuando que es constitucional, de la obligación de Educación; y no

aprobó su constitución. Quedaron por ello solamente iniciados trabajos de conservación y descubrimiento del Ixtépete, hechos por el ingeniero don José R. Benítez y costeados por don Eduardo Collignon, culto aficionado y conocedor de la arqueología, quien facilitó materiales, dinero y un camión por algún tiempo, habiendo coadyuvado los estudiantes de ingeniería con mucho entusiasmo.

Alguien, posteriormente, sin ninguna razón ni derecho, se dice ser el descubridor del Ixtépete y de la tumba de Acatlán de Juárez. Miente. El Ixtépete se descubrió como he dicho. La tumba, por el hundimiento del piso, advertido por el encargado del Panteón Municipal. La Autoridad me avisó. Fui y recogí las tres piezas que se lucen en el Museo, de las cuales extendí recibo. Esta es la verdad.

Ciudad, a 22 de febrero de 1923

Sr. Futuro Gobernador del Estado,

Hermano:

*Vas a "hacer" Gobernador.
Te doy el pésame.
No tomes la cosa en serio.
No merece la pena.
Procura sacar el mayor provecho.
Para mí y para ti.
Y para el Estado si sobra.
Cuando tu derrota te felicité.
Ahora te acompaño en tu sentimiento.
La vida es efímera.
En el Hospicio necesitan un alfarero.
Sigue estudiando el centro de gravedad.
Nivela los impuestos con "equitación".
Aumenta sueldos a los profesores de dibujo.
Chencho trae un nuevo gorro panamá.
En la Dirección de Educación.
Déjate crecer la piocha y la barriga.
Repón los cántaros del Museo, que rompiste.
Las lloronas te extrañan en la azotea.
Alúmbrate con la "Lámpara de la verdad", tu comedia.*

Ya el petróleo se acabó.
La Biblioteca también.
Nombra camposanero al Amado (de la Cueva)
Jefe de la cuna en el Hospicio a Caricato.
En el Rastro pon a Vidrio.
A Sanidad, Díaz de León.
Dale Educación a Chencho (la necesita).
A Doña Lola Trejo el Museo.
Pensiona a Pancho Marín.
Cómprame una guitarra, Sánchez.
Mándame mi bastón.
Si tu pena tiene remedio....
Lleva la sonrisa en los labios.
Todo es sainete, comedia y drama.
Yo, Inspector de Diversiones.
Prohíbe el circo.

Tu hermano.

* * *

La gallina del Museo, es hija de alcohólicos

Siempre hemos sido amantes de la Justicia. Decimos esto, porque a Ixca tal vez no le parezca bien que nos metamos en los asuntos íntimos de una asilada de su Museo, y en nombre de la diosa mencionada, le suplicamos que no se disguste porque insertamos ahora una carta que de Lagos hemos recibido, y que así reza:

Lagos de Moreno, 111 de mallo de 1919

Señor Jil Blaz.
 Juadalagera,
 Apresiable señor:

Cansada lla de ber en todos los papelez que aquí al basurero donde vivo train, una infinidad de noticias sobre esa micerable si quiere la publique, y ya no se crea aya de ladesencia de tan asqueroso animal.

Yo la conosí desde era guebo, porque la pusieron en el mismo cagón que a mí. Era regritona de chiquita, y le pusimos de sobre-nombre la "puerca," por lo de las 4 patas y por que era recochina. Aquí debajo del puente vivimos juntas mucho tiempo y le conozco toditas sus mañitas.

Amí no me justa hechar papas, y es cierto que los jallos la querían más ahella, y dicían que valía por doz. Pero luego le costaba caro, por que cuando yo ponía un guebo ella tenía que poner doz en el cagón del coral de la caza del amo. Es recoqueta y no más le gusta buscarles la cresta a los jallos, queluego hablan della y se ríen mucho.

Ora, imaginece; don Jil, que ni siquiera es de guena familia como llo, que si no tengo cuatro patas, no me zacan los colores a la cara por mi jamilia.

El padre de della, ai anda todabia de parandero, metiéndose en las cantinas y tragándose el bino que la gente tira. Pa que le cuento las borracheras que se pone, y luego en la noche zaca gayo y se larga por los otros gallineros a cantarles a las cazadas, y a pelear con un cuchiyito largo que se rovó una ves que el patrón lo pelió con otro jallo. También la jallina madre de la "puerca" es una jallina de mala conducta, y le dicen que tiene patas de automóvil, porque nomás handa de aquí pallá. Cuando nació la puerca, no crea que le dió lástima mirala con su tendejón de la cola, al contrario se rió mucho y le daba de picotasoz, de pura burla.

Mi comadre la crestona, que es rebieja, dice que el padre de la puerca trallia una borrachera de más de un mes cuando se enamoró de la colorada que es la que le dige que puzó el guebo de onde salió la puerca.

Llo le cuento todo pa que no ande allá echando tipo esa gayina tan desprestigiada.

Usté ques amigo del ixca díjale que la corra, que pague la quiere. Que heso de tener cuatro patas no tiene que ber junto a la educación delas personas, y que si no la quiere correr, que se la coma megor, nomás que no se coma las otras patas diatrás, porque ya se le pudrieron desde que estaba aquí.

Si quiere que le de más chismes don Jil, escrivame luego luego aquí al puente, y llo le contesto pronto.

Lo saludamos todos los de aquí, aunque no tenemos el onor

de conocerlo.
Su cervidora.

LA COLINA

RECORDANDO A ALFREDO ROMO*

FÓRMASE la amistad con elementos disímboles, heterogéneos y aun contradictorios. También sucede que las amistades más fuertes y duraderas son las que se fincan en caracteres opuestos y diferentes. De todas maneras, siempre hay razones superiores a todo eso. La vocación artística es una de ellas. Relación espiritual por excelencia, es por completo ajena a otra clase de intereses y tendencias que suelen asociar a las personas. La amistad entre artistas, se eleva sobre los otros afectos de tipo sexual, familiar, racial. La comunidad de las voluntades artísticas liga con más fuerza con mayor abnegación, con desinterés absoluto. Un artista es por naturaleza retraído, y necesita con urgencia una comunicación profunda y adecuada a sus sentimientos y a sus ideas. Vive solo, aislado en medio de la multitud que no lo comprende. La indiferencia general lo aflige porque lo que él percibe, los demás no lo alcanzan sino hasta después de que él lo ha mostrado e impuesto con las formas de la creación artística. Muchas veces sus descubrimientos quedan en el olvido dramáticamente. Por todo ello, la amistad entre artistas e intelectuales es una relación actual selecta, la forma más pura en que se manifiesta el instinto de asociación de la humanidad. Refugio de elevadas inquietudes y de confidencias patéticas, es el santuario donde corazón y alma depositan sus sensibilidades. En su seno las particulares ideas se manifiestan confiadamente con trazos francos y con plena objetividad, que la vulgaridad mundana sería incapaz de comprender. Tal amistad, es fuente de primerísima categoría para la cultura en general y para el arte, porque la intercomunicación entre seres que persiguen el mismo ideal, afina y perfecciona las personalidades y las obras resultan a su vez, más finas y más cercanas a la sublimación.

Guadalajara desfallecía en una decadencia mortal allá en los primeros años del siglo. Los días de Nájera, de Uriarte, de los Cas-

* Conferencia dictada en el Museo, durante el homenaje que ahí se rindió a Romo.

tro y los Estrada, de los López Portillo y los Pérez Verdía, habían sido estériles y quedaban ya a lo lejos. Sólo había dos grupos: uno de literatos estudiantes en ciernes, con Enrique Díaz de León, Rodolfo Delgado, Agustín Arriola Valadez y otros, y el de escritores socialistas y políticos, donde destacaban Roque Estrada, los Ramos Praslow, Mendoza López Schwerdefeger, dos poetas hermanos, Luis y Othón G. Robledo y el gigante esquelético don Jesús Acal Ilizaliturri. El grupo se llamaba "Aurora Social". Éste publicaba su periódico y ahí por el Mercado Alcalde tenían su salón de sesiones. Nosotros nos encaramábamos en las ventanas para verlos y oírlos. Por la calle de Belén había un taller de escultura de un señor, también muy alto y flaco, que se llamaba don Agustín Espinosa. De las rejillas de sus ventanas también nos prendíamos para verlo tallar la madera y dar forma a las caritas de vírgenes y de niños dioses; o aplicarles los colores de la cara y las manos, de los trajes, del pelo, de los ojos. Algo más al centro, la litografía de don Faustino Gutiérrez nos ofrecía con frecuencia el espectáculo de ver salir de su prensa movida por un hombre, los cartones de loterías populares, que por cierto eran mucho más bonitas e ingeniosas que esas que ahora corren por ahí. "La Muerte Sirique cuándo... El sol con sus rayos quema... La Botella de Tequila... El Racimo de Uvas... El Diablo Verde... El Pando de las Botellas... El Pavo Real de Colima... y lotería..." Con ellas jugábamos y apostábamos con nueces o con tejocotes.

En el Liceo de Varones, una que otra vez oíamos con mucho gusto y cariño a Manuel Puga y Acal, a Francisco Escudero, a don Luis Corro, el de los callos en todo el pie... Íbamos a las clases de dibujo con el señor Mendiola, con don Jesusito Mendoza, con don Luis Vázquez Foncerrada. Éste nos deleitaba con sus exquisitas palabras y maneras sociales. Nos prohibía fumar. Un día le llegó el olor del tabaco y preguntó: —¿Quién de ustedes está fumando...? —Yo, señor, (contestó Luis García Robledo). —"¡Pues abandone usted esa maloliente cachimba, que aparte de nublar-nos el ambiente con su pesado humo, no percibimos lo que dibujamos, y nos está envenenando el aliento con su peste y ocúltela en lo más recóndito de su bolsillo...!" Ni don Tomás V. Gómez, el gramático, usaba tan galano lenguaje. Mucho nos atraía el gran taller de litografía de Loreto Ancira Hnos., porque ahí trabajaban nuestros maestros. Las máquinas eran magníficas, mecánicas.

Don Félix Bernardeli tenía una Academia, ahí por el Mercado Corona, donde veíamos pintar rostros tomados de modelos de Ingres, sobre comales y cazuelas de barro engretado. Sabíamos de otros pintores, pero estaban fuera de nuestro alcance. De otros poetas y escritores absortos en los periódicos, como José Luis Velasco y los hermanos Max... y Menox Henríquez Ureña...

Calles casi desiertas que pronto terminaban en las tapias de los ranchos o en los baldíos llenos de basura de las garitas. Barrios limpios, por los cuatro rumbos, regados y barridos por las hacendosas mujeres con cántaros y jícara, echando puños de agua que caían sobre la tierra en menuda lluvia. Un perfume de tierra mojada, como de jarro de olor, llenaba los pulmones. Unas cuantas docenas de catrines, y todo el pueblo descalzo, con pobres ropas de manta y sombreros de soyate. El más catrín era don Ferruco, (don Ferruco en la Alameda, decía la lotería de cartones...), un enanito barbudo y bigotón, muy buen mozo, mudo, siempre muy acicalado con pantalón a rayas, cuello de picos, corbata de plastrón, puños almidonados, jaquet y chaleco de piqué; guantes y cubetón de seda; un gran anillo al dedo, su bastoncito y un enorme puro entre los bigotes. Decían que era hijo de don Justo Fernández del Valle. Hijo natural, al natural, naturalmente... El más pobre era don Cundo. Casi en cueros, el indito viejo recorría las calles lelo, idiota, mudo, víctima de los muchachos que lo hacían llorar a lágrima viva dándole la noticia de que se le había muerto la madre... La clase media estaba representada dignamente por *El Pata* y por *Jerules*, dos tipos atorados, que hacían las delicias de las corridas de toros porque representaban muy bien la estatua de don Tancredo, a costa de buenos revolcones de los toros que no caían en el engaño del traje y de la cara blancos. Zanjones por todas las calles donde se tendieron las líneas del drenaje y del agua con el impopular empréstito gringo que hizo el Gobernador Curiel. Para obtenerlo, la gente decía que había vendido a cinco pesillos cada tapatío por toda su vida... Tranvías tirados por mulitas dormilonas, que luego fueron desplazados por los eléctricos. Por cierto que fueron una desilusión para nosotros. Habíamos supuesto, cuando vimos tender los rieles y los cables de cobre por arriba, que serían tan veloces como el rayo, pues si la electricidad los movía, veloces debían lógicamente ser. Pero nada. Nos trepábamos en ellos como moscas, con la misma facilidad que en los

otros. Serenatas de la Plaza de Armas, con la doble corriente humana de los hombres que caminaban en un sentido y las mujeres en otro, encontrándose a cada vuelta, recibiendo ramitos de flores, piropos y dulces miradas de cursi, cursísimo amor. Por dentro, cerca del jardín, estaban los catrines. Por fuera, hacia la calle, los peladitos, también en doble corriente de mujeres y hombres, cambiando flechazos con los ojos, ofreciendo ramitos y echando piropos. Pero éstos no nos parecían cursis... Los peladitos tenían prohibición de meterse en el círculo de los catrines. Algo semejante a la discriminación racial de los Estados Unidos del Norte. Se les imitaba por considerársele un elegante progreso racial... Los cuicos de chacó blanco, guarachones de cuero, vestido arrugado de dril y macana negra, se arrojaban como perros sobre aquel que trataba de burlar la prohibición. En los portales, el remolino era igual que en la plaza, pero sin distinciones agringadas. Con igual ritmo y cursilería, se tramaban ahí los idilios y las pasiones del amor, las lícitas y las ilícitas. Después de Curiel, vino Ahumada al Gobierno del Estado. Una vez quedó tan emocionado de un examen de Geografía que fue a presidir en una escuela del Retiro, que ofreció en entrecortadas y muy mal hilvanadas frases, al despedirse, que mandaría como premio por el aventajamiento, un globo terráqueo de tamaño natural... Fue él quien, ayudado por unos ingenieros tejanos, los King, enjalbegó los muros y las fachadas de bella piedra del Palacio, del Hospicio, del Museo... de cuanto pudo. Y el clero, de prisa, con igual estulticia, puso de moda el estropicio en sus edificios.

En medio de todo aquello nos íbamos formando. Maduraban nuestros juicios y se aclaraban las vocaciones artísticas y literarias. Dentro de ese marco nació el Centro Bohemio. Ya se ha dicho y explicado mucho que no pusimos el nombre nosotros. La ciudad nos bautizó con él. Carlos Stahl, Javier Guerrero y yo fuimos el pie veterano. Pusimos la primera piedra sin pitos ni flautas, y sin embargo luego llegó el enjambre de todas partes. De los barrios, de los pueblos, de los otros estados. Martínez Valadez, nuestro querido "Chencho Pitarrillas"; Amado de la Cueva y Carlos Orozco Romero; Enrique Díaz de León con todo su grupo del Justo Sierra; Juan de Dios Robledo, Hernández Galván, Jesús S. Soto, Alfaro Siqueiros, Pedretti, Crivelli, músicos, compositores, escritores...

Alfredo Romo fue de los primeritos. Llegó junto con Juan Antonio y con Ramón Córdova. Éramos amigos desde niños. Juntos habíamos peleado a pedrada limpia contra los seminaristas de San José de Gracia. La Alameda era el lugar elegido para la guerra florida de nuestros pininos liberales. También nos íbamos de pinta por las barranquitas o al Agua Azul. Precisamente donde ahora está una fábrica de dulces y chocolates, nosotros cogíamos nidos de patos silvestres. Muchas veces nos aventurábamos hasta más allá del Tepopote. Iban también los Máinique, los "Sifones" Sierra, los Mouret, el "Gabacho" Juan Salazar. O tomábamos rumbo a los Colomitos, con los Castro, con Fernando González Madrid, con Daniel Benítez, con los gordos Izábal y Gilberto Valenzuela. Éramos alumnos de la escuela de Don Aurelio Ortega o de la anexa a la Normal, dos aliadas de ideales liberales que inspiraban los directores, Ortega y Zapata, veteranos de la guerra de Tres Años. Tiempos precursores de los que correríamos después en las peleas militares y políticas donde muchos de nosotros estábamos predestinados a ser actores. También nos íbamos a nadar a los grandes tanques de las albercas del Edén, de la Trinidad, del Arenal o del Chirimoyo. Si contábamos con mucho dinero, preferíamos los más céntricos del Huerto y del Fresno. Ya todo esto se ha borrado. Mexicaltzingo, La Canela, Agua Escondida, San Juan de Dios, Analco... El Santuario durante la verbena de diciembre... todo eso es ya otra cosa. Una avalancha de sucesos lo ha cambiado hasta dejarlo desconocido para nosotros: El reyismo, con sus claveles rojos en el pecho de las mujeres y de los hombres; de todas las mujeres y de todos los hombres; el madeirismo con sus democracias románticas y luego la Revolución con sus tremendos sacudimientos, transformándolo todo en un sentido trascendental, progresista y ascendente. Quienes lo niegan, ni ven ni oyen porque no quieren ver ni oír en su obcecación. Con decir que hasta los curas católicos se han elevado por la virtud encauzadora del movimiento revolucionario, con eso, está dicho todo, aunque lo nieguen.

Alfredo Romo fue uno de los más entusiastas del Centro Bohemio. Fino, irónico, daba con frecuencia la nota más aguda en las reuniones literarias, en las giras pictóricas, en las conferencias. Sus intervenciones eran siempre brillantes, oportunas y talentosas. Con humorismo hacía de valor inapreciable las aventuras que de continuo corríamos, porque las buscábamos o porque fatalmente nos

salían al encuentro. ¡Cuántas veces a trompada limpia, supimos defender un derecho, vengar una injuria o satisfacer un capricho! El semanario *La Sátira* que publicó por mucho tiempo, era un modelo de crítica social frívola y punzante, enderezada contra usos y costumbres con un estilo muy ameno. En *La Sátira* aparecieron semanariamente sus caricaturas. Tipos de deportistas como Ramón Camba y Adrián Lecanda; de artistas como el "Caricato" y Javier Guerrero; de gente de teatro, como Paco Martínez y Clementina Morín; de hombres de letras como Basave y Hernández Galván; de políticos como don Luis Castellanos y Tapia y el general Diéguez; de gente de sociedad como Cebollino y Javier Quedo. Todos desfilaron por la primera página de *La Sátira* por mucho tiempo. Aquí en el Museo conservamos su auto-retrato y el de Tomás Vidrio. El crayón y el pastel eran las técnicas que prefería por facilitársele a su estilo irónico. Hace unos días, en una conferencia que dicté para la Feria de Jalisco, hice un somero examen de una serie de dibujos que he llamado *californianos*, y que Alfredo ejecutó cuando estuvo en el país del Norte, exiliado por razones de política nacional, y que me regaló a su regreso. Varias páginas le dediqué, y aun creo que dejé apenas iniciado el estudio de su obra, que será una de las que con mayor afecto e interés incluiré en mi libro sobre la Ironía Plástica. La serie de esos dibujos californianos, demuestra que Romo no era solamente un caricaturista crítico de nuestro propio medio; sino que era capaz de sujetar a un juicio, y de representar con éxito, los extranjeros, —como gran artista que era. Alfredo Romo ha muerto ya. Todos los que fuimos sus amigos, lo recordamos con cariño, con aquella amistad de que al principio hablé con elogio merecido, que cobijó nuestra vieja y noble Guadalajara, pobre y limpia entonces, rica y grande ahora. Alfredo fue como todos nosotros, su enamorado. Por ella nos aventuramos en la vida bohemia y en las luchas por nuestra evolución social y política, y ahora lo recordamos a él en este acto, por todos sus merecimientos...

UN GRAN ORADOR ALTEÑO: JOSÉ MARÍA LOZANO*

UBÍ PRIMERO a los Altos de Jalisco por las laderas de Atonilco el Alto y de Ayo el Chico, durante las correrías juveniles en las épocas de las vacaciones escolares. Recuerdo los nombres de La Trasquila, San Francisco, Jesús María... Llegué hasta Arandas con mi empresa cinematográfica en 1912. Otras dos ocasiones volví, ya con afanes electorales por ocupar curules en los Congresos Federal o del Estado alargando mis pasos hasta Tepatitlán, Lagos, San Julián, Unión de San Antonio. Después, por muchos meses, acompañé a mi amigo Alberto Macías por la región de Cañadas, Tepatitlán, Zapotlanejo, Jalostotitlán, Pegueros, El Valle de Guadalupe, Jesús María, etc., etc. A San Miguel el Alto llegué con Juan de Dios Robledo en 1920, siendo yo diputado por Guadalajara. Recorrimos toda la región y además Los Reinoso y San Diego de Alejandría. Robledo estaba retirado del Ejército y vivía en México dedicado a estudios históricos. Ahí reanudamos nuestra vieja amistad del Centro Bohemio. Ganó por aquellos días el primer premio en el concurso de *El Universal* sobre la biografía de Agustín de Iturbide. También me ayudó a reorganizar la Biblioteca del Congreso de la Unión que tuve a mi cargo como Presidente de la Comisión y Manuel Martínez Valadez, mi inseparable compañero, también colaboró con nosotros. Cuando por acuerdo de la diputación jalisciense decidimos formar la Confederación de Partidos de Jalisco, Robledo se incorporó y él y yo fuimos designados para organizar la zona alteña; Manuel, José María Cuéllar y Reinaldo Esparza Martínez, fueron por Ameca y Mascota con igual encargo. Para mí era como una exagerada fábula lo que Robledo me contaba cuando íbamos rodando trabajosamente en un automóvil, por veredas y atajos rumbo a San Miguel, sobre la forma y materiales con que la población estaba construida, toda ella de cantera color de rosa: Iglesias, casas, cercas de potreros y ranchos,

* Discurso pronunciado en el acto del descubrimiento de la estatua erigida en San Miguel el Alto al licenciado José María Lozano.

tapias de baldíos, corrales... y no pude más que reconocerlo cuando mi azorada mirada lo constató, quedándome desde entonces una impresión especial, distinta de las otras poblaciones por el sentido arquitectural, vigoroso y de rico colorido. La urbanidad de los sanmiguelenses aumentó mi naciente simpatía por el lugar. Encontré como Secretario del Ayuntamiento a mi condiscípulo Ismael Lozano y a Miguelito Moreno muy joven aún, pariente de Juan de Dios Robledo, como escribiente de Ismael. Éste nos llevó a su casa, donde su señora madre nos recibió con esa característica hospitalidad alteña tan amplia como la arábiga. Posiblemente Ismael había referido a la señora mis aventuras políticas y de la bohemia. Seguramente le simpatizaron; pues nos honró declarándose nuestra partidaria incommovible. Otras dos respetables damas alteñas, Doña Carolina Ascencio de Padilla y Doña Paula González de Barba, me distinguieron también con su invariable partidismo: la mamá del Lic. Adalberto Padilla y la de los Barba González. Por muchos años, a pesar de los vaivenes de la política, ellas dieron ejemplo de lealtad; virtud alteña, una vez que las personas aceptan un compromiso, cumplen seguramente, todos por parejo, hombres y mujeres. Ismael se mostraba muy orgulloso por su parentesco con el licenciado José María Lozano, que se había hecho famoso como orador, al parejo del otro jalisciense don Rodolfo Reyes.

Eran los primeros días del despertar democrático, que se apresuró cuando el Presidente Díaz hizo las sensacionales declaraciones al periodista norteamericano Creelman, diciéndole: "He esperado pacientemente el día en que el Pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas y sin daño para el crédito y el progreso nacionales. CREO QUE ESE DÍA HA LLEGADO YA..." La gran masa se agitó; pero las filas estudiantiles por aquel año de 1908, ya tenían probado que, cuando menos entre sus jóvenes elementos, la capacidad democrática y de lucha no había faltado. José María Lozano, por el 1902, apenas llegado a la metrópoli, procedente del Seminario de Guadalajara, fundó un semanario que llamó *La Protesta*, en el cual hizo tan violenta campaña en contra del Ministro omnipotente de Hacienda en el Gabinete de don Porfirio, señor José Ives Limantour, que le valió cien días de cárcel, así como a los otros dos redactores del periódico, Salmerón Botello y Rafael Zubarán. Cuando volvió a su escuela de

Leyes, quedó consagrado como el héroe de su generación. Asumió la jefatura de sus camaradas y a su grupo se le dio el mote de LA HORDA. José Pallares, Abel Salazar, Chucho Urueta, Diódoro Batalla, Rodolfo Reyes, Efrén Rebolledo, Antonio Caso, Alejandro Quijano, Francisco M. de Olaguibel, Rafael Zubarán Campa, Emeterio de la Garza, José Vasconcelos, Ricardo Gómez Robledo y Lozano figuraban predominantemente en ella con este último como ídolo y cabecilla. Su fisonomía delgada y fina, de mentón largo y cuadrado, saliente, era una de esas figuras misteriosas que vemos esculpidas en los postes totémicos. Parecíase también a nuestro señor Don Quijote, un poco. Bravo como pocos, amigo de las reyertas juveniles y de aventuras amorosas. Es decir, un bohemio en toda la extensión de la palabra; —un gran bohemio, alegre, de resolución de acero y de magnética elocuencia que dejaba en suspenso a quienes lo escuchaban en sus fogosas peroratas—. Prestidigitador de la palabra, desde muy joven superó en muchos aspectos a sus compañeros, por más que fueran grandes oradores. Pero por aquellos días, la Horda no era sino eso: una horda que irrumpía en los cafés del barrio bohemio precipitándose tumultuosamente por todos ellos y armando el escándalo de sus algazaras, con Chema a la cabeza. También llegaron a formar en la Horda, Hipólito Olea, José Joaquín Gamboa, Telésforo Ocampo, Manuel Olea, Miguel Alessio Robles, Jesús Acevedo, Alfonso Teja Zabre. No todos eran estudiantes; pues ya muchos eran profesionistas. Para todo le sobraba tiempo a Lozano. En las reuniones peroraba, en las mesas de los cafés charlaba muy animadamente, con verdadera autoridad y en las parrandas prodigaba su ingenio y derrochaba su resistencia física. Rápidamente terminó su carrera, en poco más de dos años, presentando en medio de todo lo demás, exámenes extraordinarios. Cuando se aproximó la campaña presidencial, la agitación subió de punto y la Horda se disgregó. Cada cual tomó el rumbo que mejor le gustó. Lozano, que había acompañado a Rodolfo Reyes en su aventura electoral, como candidato para Gobernador de Jalisco, también se incorporó en las filas de don Bernardo, así como Urueta, Batalla y otros. Algunos de ellos habían encontrado en don Joaquín D. Casasús y en don Justo Sierra una protectora amistad, que fue la vía de atracción para que engrosaran el Partido de los Científicos. Hasta ellos mismos adoptaron el apodo puesto por la oposición, debido a que en el Manifiesto Oficial de la Convención Liberal, en abril de 1892, se incluyó este

postulado: "El fenómeno descollante en los últimos tres lustros de nuestra vida social es el inesperado desarrollo de nuestras comunicaciones que poniéndonos en contacto con nosotros mismos y con el mundo, ha centuplicado nuestra cohesión nacional; nos ha permitido alcanzar a nuestro siglo que nos llevaba una delantera enorme y nos ha dado la importancia de un factor en la civilización humana: la Nación sabe a qué circunstancias se debe tamaño bien y qué hombres, y a cuál de ellos en primer término, debe la resolución salvadora de aprovechar esas circunstancias; pero anhela el advenimiento de un período, ya que los senderos del progreso material están abiertos, en que suba al nivel del progreso intelectual y moral, por la difusión, ya valientemente iniciada, de la educación popular; por la apropiación continua de nuestros sistemas educativos, a nuestras necesidades; por la demostración con hechos cada día más notorios, de que se conoce el valor de esa fuerza mental que se transforma en inconmensurable fuerza física y que se llama LA CIENCIA". La proclama fue firmada por lo más granado del Cientificismo: Justo Sierra, Rosendo Pineda, Pedro Díez Gutiérrez, Pablo Macedo, Eduardo Zamacona, Sóstenes Rocha, Carlos Rivas, José Ives Limantour, Francisco Bulnes, etc., etc.

Teníamos entre nuestros compañeros liceístas de Guadalajara, uno muy audaz, alteño, de Arandas, llamado Adolfo Hernández María, medio dado a la política. Fundó un semanario y escribió a muchos de los más afamados políticos de la época, ufanándose de que algunos le contestaban y hasta le enviaban artículos para su publicación. Así pasó con los licenciados Vera Español, Rabasa, Escudero, García Naranjo y Lozano, paisano éste, por lo que el entusiasmo y orgullo de Hernández Marín era mayor. Otro de mis amigos, Alberto Macías, era también amigo de Lozano, por ser, también, alteño. Sus elogios eran mucho más firmes y autorizados que los de Adolfo. Gran juarista, profundo jurisconsulto, liberal radical, orador de primera línea, y un excelente amigo, así era Lozano según Macías.

Cuando los pueblos entran en determinadas zonas históricas, se advierte en ellos que, con una especie de instinto colectivo, preparan generaciones de hombres dotados de aquellas facultades especiales, indispensables para realizar un tránsito feliz por tales zonas. Así, la generación de Lozano fue muy rica en oradores. Otras lo serían en militares, otras en sabios o en hombres de letras, en artistas y poetas, en exploradores y aventureros... Pero aquella

brilló y se hizo famosa, inmortal, por sus oradores. La Patria necesitaba que por la vía del lenguaje se plantearan anticipadamente los arduos problemas que previó y para ello produjo hábiles, geniales tribunos. Y en su atinado presentimiento, los hizo diferentes. Chema Lozano tuvo los méritos de todos los otros, atenuó sus defectos y en tal conjunto se vio predominante su alta calidad humana, de valiente y franco, incapaz de mentir por ningún motivo ni de ocultar sus sentimientos. Muchos apodos mereció: CIRIO QUE ARDE, le decía ese otro gran paisano, don Victoriano Salado Álvarez. García Naranjo dice de él, que fue un pintor de la elocuencia, de opulencia sinfónica, caracterizada por su plasticidad, su vivo colorido, su sentimiento del claro-oscuro. Salvador Díaz Mirón decía que la voz de Chema tenía resonancias de campanas de bronce golpeadas por badajo de oro. Aumentemos a todos estos altos conceptos, la circunstancia de que Lozano era irónico con un sentido profundo que le daba una gran fuerza polémica. Poseía un alto valor de raciocinio, raro entre oradores, que agregado a su lenguaje, renovador del idioma, lleno de adornos y de poesía, lo ponían por encima de otros famosos tribunos. Su contendiente más destacado era, desde luego, Chucho Urueta. Desmedrado en su físico, quienes no supieran que era él, al verlo, por ningún motivo lo hubieran distinguido entre la multitud. Flacucho y decadente, en cuanto se veía sumergido en el éxtasis de la elocuencia, se transfiguraba y crecía. Crecía, doblando su tamaño a fuerza de ademanes escultóricos muy expresivos y de modulaciones apasionadas que daban a su voz en cada palabra, en cada sílaba, la entonación adecuada, cadenciosa y avasalladora. Los públicos no resistían la presión de aquel sentimental que tanto los conmovía y que se metía directamente por el corazón de sus oyentes sin detenerse para nada, ni perder el tiempo, en las complicadas galerías del pensamiento. Diódoro Batalla era como un volcán, como un Popocatepetl mismo, indio como él. Rugía profundamente como un toro mitológico y arrojaba por los alrededores un torrente de fuego, de lava de tezontle ardiente y rojo que calcinaba los auditorios. Como uno de esos gigantescos ídolos olmecas, fornido, voluminoso, era imponente y misterioso. Don Francisco Bulnes era un calculador que medía con su teodolito de ingeniero todo lo que decía, para causar el efecto previamente buscado. Sofista, alocado, contradictorio, inquietaba a sus auditorios con sus atrevidas opiniones, pero ni convencía ni entusiasmaba. Su valor intrínseco de

orador, tenía signo negativo. Cuanto decía implicaba la duda y por ello, en vez de la popularidad, alcanzó y conquistó el menosprecio, que pagó con igual moneda. Con sorna, llamaba a las razas autóctonas LAS RAZAS DEL MAÍZ, porque con éste se alimentaban; las juzgó sistemáticamente inferiores por ello, a las del Viejo Mundo, a las que llamaba con énfasis LAS RAZAS DEL TRIGO. Este era el gran fundamento de todas sus teorías, de apariencias científicas y moderna, pero insostenibles. Denigró a Juárez para ensalzar a don Porfirio. En cambio, Querido Moheno sí se adueñaba de sus oyentes a poco de empezar sus preciosismos verbales, dichos con la maestría eufórica de quien está seguro de convencer y de agradar. Olaguíbel era como son los verdaderos poetas; sencillo, puro, transparente, que más bien cantaba que peroraba. García Naranjo conservó inalterables sus características intrínsecas tan conocidas, de polemista cuidadoso del giro de sus discursos. Llevaba metódicamente sus controversias con un fuego de caballero batallador. Levantaba su voz seguro de que su causa era justa y recta y arremetía con su lanza, bien puestos los pies en los estribos, cubierto por el escudo que lucía con sus emblemas heráldicos. Luis Cabrera, cuyo anagrama de Blas Urrea lo había hecho tan famoso, era en la tribuna un estratega. Planeaba inteligentemente la batalla y escogía con maña el campo donde el enemigo era obligado a combatir. O ponía sitio a la Plaza, cortaba todas las comunicaciones, asediaba metódicamente y el asalto final lo daba usando de todas las armas, desde la honda de David hasta la dinamita; y a veces, el puñal. Tal contrincante se midió muchas veces con Lozano y éste le ganó en la tribuna parlamentaria, cuando obligó a la Cámara de Diputados con su palabra elocuente a que aprobara su credencial que Cabrera, a nombre del Gobierno, quería anular. Solamente el talento y la energía de Cabrera impidieron después del triunfo de Lozano, el desmoronamiento del maderismo.

Todo esto formó espectacularmente los pródromos de nuestra Gran Revolución. Los componentes de la Horda de la Escuela de Leyes, enriquecieron las filas de todos los partidos políticos. Los virulentos escritos de *La Protesta*, de principios del siglo contra Limantour, se orientaron después irónicos para atacar el anti-reeleccionismo. Las columnas de *El Debate*, los alojaron gustosas. Con anterioridad, los científicos habían puesto en manos de Antonio Caso un periódico de combate; pero la suficiencia magisterial del filósofo, su rigidez medio pedantesca, su forzada solemnidad y su

dogmatismo, fueron pronto sabrosísimo tema de los humoristas de la oposición. Caso se rasuraba la frente para darle amplitud... y se lo dijeron... Como aquello llevaba las trazas de un sonado fracaso ridículo, rápidamente maniobraron los reeleccionistas dando vida a *El Debate*, con un cuerpo de redacción formado por jóvenes resueltos, como Lozano, García Naranjo, Olaguíbel, Moheno, Luis del Toro y otros más que ahí se iniciaron en las filas gobiernistas. Pero aquí cabe indagar algo del fuero interno de Lozano, porque se advierte un cambio de su trayectoria pública. ¿Por qué cuando joven se lanzó resuelto contra Ives Limantour? Rebelde liberal, en sus primeros pasos de la vida periodística, ¿por qué se agregó luego a la redacción de *El Debate*? ¿Por qué junto con su entrañable amigo Rodolfo Reyes intentó la oposición después? ¿Por qué acabó gobiernista? Recordemos primero que Don Bernardo Reyes abandonó a sus partidarios, quedando Lozano libre de compromisos. Agreguemos después, que los Partidos Liberales, los gobiernistas por supuesto, eran los que lanzaban la candidatura de don Porfirio en una nueva reelección con don Ramón Corral para la Vice-Presidencia. Y oigamos luego a don Nemesio García Naranjo, quien explica cómo, don Genaro García, sin consultarlo ni con él ni con Chema, los inscribió en la redacción de *El Debate*. Naranjo se resistió cuando lo supo. Don Genaro era Director del Museo Nacional y García Naranjo ocupaba el puesto de Bibliotecario y después el de Secretario del mismo establecimiento, a donde había llegado en sus afanes vocacionales por estudiar los problemas históricos. No quería dejarlos y esta fue su disculpa con don Genaro, quien le disipó las dudas haciéndole ver que en nada se oponía la política con el estudio de la Historia. Chema se negó molesto. ¿Cómo iba él a formar en las filas del reeleccionismo que tenía por jefe a Ives Limantour? ¿Cómo olvidar el agravio de la cárcel cuando la campaña de *La Protesta*? No era posible aquello. Don Genaro arguyó: La política no debe ser sentimentalista. Debe ser práctica. *La Protesta* fue una aventura estudiantil, vibrante, plausible, prestigiosa. El mismo Limantour así la calificaba. Aquello era cosa del pasado. Luego, los compromisos con el reyismo, estaban también liquidados por virtud del retiro de don Bernardo. Lozano estaba libre. Un brillante porvenir, una oportunidad de servir a la Patria estaban a su alcance... Y don Genaro triunfó. Se corrió un telón sobre el escenario de la prisión sufrida en 1902 y aquellos jóvenes convencidos por el canto de la sirena, aquí personificada por don

Genaro García, abrazaron una causa que los llevó a tales extremos como nunca pensaron, ni ellos ni quienes, queriendo ayudarlos, elevarlos, honrarlos, beneficiarlos, los sometieron a una de las más extraordinarias aventuras. Pero, ¿cómo ni por qué habían de suponer lo que luego iba a acontecer? Aquella vida política era una cosa muy semejante a esos volantines pueblerinos con caballitos, elefantes, camellos y sillones acojinados, que se mueven muellemente al impulso de una chiquillería compuesta por los vaguitos de la aldea, boleteritos y papeleritos... Al paso lento de su impulso, el tío vivo, como le llaman en España, marcha tranquilamente. Eso era la política porfirista. Los señores diputados ocupaban sus curules, daban vueltas en su volantín, muy soñolientos, gordos, bien vestidos, con plata en los bolsillos del brillante chaleco de piqué y diciendo que sí o que no, según la voz del amo... Algunos caían del camello porque se descuidaban o porque no sabían montar ni en burro... o porque se dormían profundamente... Mas de pronto llegó la Horda. Los chiquillos fueron expulsados y sustituidos por aquellos hombres garrudos y apasionados. El volantín, el tío vivo, se convirtió en un aparato infernal. Giraba a veces hacia un lado, luego hacia el contrario y perdió todo equilibrio. Se convirtió en un huracán y nadie, absolutamente nadie, pudo mantenerse firme. Todos fueron saliendo despedidos por todos lados por aquella vorágine, arrojados como bólidos ardientes. El mismo Príncipe de la Paz, el creador del volantín reeleccionista, salió como saeta rumbo al Ipiranga que lo llevó al extranjero expatriado. Después, también los de la Horda fueron arrojados del tío vivo. Hasta ellos, que eran los que ahora le daban la terrible y vertiginosa malacanchoncha y que a veces lo impulsaron en sentido contrario. Hasta ellos fueron lanzados al vacío. Mas no se crea que se amedrentaban. Nada de eso. Habían tomado su lugar y creían estar en lo justo. Decían como Gustave Le Bon, que las multitudes crean eucarísticamente al fusionarse, un ser de características transitorias, pero que existe y actúa entretanto las personas que le dieron vida no se disgregan, física y sentimentalmente. Tales seres, hijos de la mente colectiva, nacen, crecen, crean a su vez y mueren; pero a veces renacen e insisten tan tercamente, que casi se les llega a mirar, a palpar, a oír, a sentir. Esos seres son los que atraen a las grandes figuras de la historia, oradores, militares, hombres de estado. Por eso es tan incierto el destino de todos ellos. Nadie sabe cuál será la suerte de cada uno, porque aque-

llos mitos bajo cuyo poder se formaron y encumbraron hasta llegar a la fama y a la gloria, se evaporan misteriosamente por virtud de las mismas leyes que les dieron origen. Unos ganan y otros pierden. Éstos son los que no tuvieron razón histórica. A los afortunados triunfadores se les da la razón y gozan la victoria. Pero de todos modos, Lozano era intrínsecamente un revolucionario, como puede comprobarse con los episodios más salientes de su azarosa vida, empezando por aquel en que se lanzó contra Limantour, autor del primer empujamiento de nuestro PESO FUERTE, de quien con orgullo, decíamos: A LA PAR CON LONDRES... Porque según Lozano, las luchas políticas son, por debajo de las apariencias, para alcanzar el dominio económico-imperialista de los más fuertes. ¡Con qué patrióticos arrebatos pedía unión y serenidad cuando se supo que la escuadra norte-americana tomaba Veracruz...! Decía que los anglosajones marchaban ya en filas cerradas para adueñarse de la Patria. Claro que hubo quienes le objetaran, rudamente, como Batalla, Luis Cabrera y Urueta. Porque aquellos Congresos de la Unión, fueron verdaderos Congresos. En ellos se creía que había llegado el momento de la Democracia, como declaró don Porfirio a Creelman. Precisamente El Cuadrilátero, formado en la xxvi Legislatura de la Unión por Lozano, Olaguíbel, Moheno y García Naranjo, tuvo como finalidad principal la de la instauración de un régimen parlamentario mexicano. Qué diferencia de los Congresos actuales, que han vuelto a la modulación del volantín de pueblo, con sus dormilones diputados muellemente sentados en los sofás de sube y baja, pegados como plaga en las ubres del erario, diciendo que sí o que no, según lo manda el verdadero dictador, que ya no es ni el Presidente de la República, ni ningún caudillo; sino una entidad escurridiza y tan rica como ningún hombre, que vive encerrada en las cajas fuertes y que cuando sale se disfraza con vestidos de papel moneda, dejando su esencia metálica muy bien resguardada por el Imperio de los Estados Unidos de Norte América: El Dollar. Este campeón ha derrotado a nuestro país. Lozano lo vio claramente desde las columnas de su semanario estudiantil y desde los escaños de la xxv Legislatura, a la que llegó tras de una campaña en su distrito nativo. La ganó a la brava contra las imposiciones de un gobierno contradictorio, que se decía respetuoso del sufragio y que pretendió imponer candidatos de su agrado. Por entonces Chema era tan famoso, que las comisiones dictaminadoras de la Cámara

de Diputados dejaron su expediente para más tarde; pero cuando lo sometieron a discusión fue tal la avalancha de aquella oratoria fulminante, que la consigna oficial se rompió y Lozano triunfó en contra del dictamen y ocupó con tanta brillantez como nadie, la curul en que representó a su tierra: su Jalisco, su San Miguel. Recuerdo que una ocasión, en el Jurado de Miss México, al enfrentarse como defensor de ella con otro gran orador, el licenciado Luis G. Corona, que fungió como Agente del Ministerio Público, oriundo de San Miguel Allende, al iniciar su réplica, le gritó Chema: —“¡Giro contra colorado...! ¡San Miguel el Alto contra San Miguel Allende! ¡Doy tronchado...” Y sacudió su melena medio amarillenta, que más parecía por emborrascada una enorme cresta de gallo fino de pelea.

Chema Lozano personifica el drama de un hombre que, sintiendo las más punzantes atracciones por las causas populares, liberales y progresistas, de pronto se ve llevado por corrientes conservadoras. Es fascinante su figura en los remolinos de la Revolución, por contradictoria; porque cuando se le estudia, se le conoce con tantas semejanzas ideológicas y personales con las grandes figuras revolucionarias, que se piensa fundadamente en cuán grandes crisis interiores debió padecer con frecuencia y con cuánto estoicismo siguió sin lamentarse, el destino que le tocó fatalmente. En su discurso de la Habana, en 1919, dijo conmovido, ante los restos del gran poeta Amado Nervo: “Patria mía, México de mis filiales amores, tierra donde yacen mis muertos: estoy amarrado a ti por las tumbas y por las cunas, cosido a tu destino, en la gloria o en el desastre. ¡Nada ni nadie podrá desprenderme de tus brazos, Madre mía! Si es verdad que el dolor acrisola y transmuta, que las lágrimas de Israel engendraron la sonrisa de Nazareth, bienaventurados sean los contenidos sollozos, las tristezas prolongadas de incurables nostalgias, nuestra larga y macilenta orfandad. Bienaventuradas nuestras angustias, Madre, si con ellas te encaminamos a la alegría. Amar en la prosperidad es cómodo; el verdadero amor, como el de Antígona, se prueba en la tragedia, y en ella no sentimos con la indomable testarudez de nuestro epónimo Cuauhtémoc”.

Ahora que para cumplimentar la grata invitación de Fidel Ramírez, mantenedor de esta fiesta cívica y de Crescenciano Alcalá, mi antiguo amigo, para recordar a los próceres de San Miguel, he vuelto a trabar conocimientos con J. M. Lozano, me he propuesto

hacer un intento para escribir su biografía. Es tan rica de vida su personalidad que presiento con placer que voy a encontrar mucho material de primera categoría; sólo me faltará la capacidad para organizarlo y para intentar darle figura, siquiera sea como una remota sombra de lo que fue él en su vida y de lo que es en la muerte. Lo conocí en México, cuando la Cámara de Diputados estaba aún en el Palacio de Minería. Salió a recibir a Salvador Díaz Mirón, ruidoso poeta que por aquellos días peleaba rifle en mano contra Santanón. Don Pancho Escudero salió también, y luego muchos otros de aquellos ilustres mexicanos. Buelna y yo, (pues iba con él a entrevistar a Escudero) nos aproximamos y tuvimos la gran satisfacción de estrechar las manos de todos ellos, presentados por nuestro paisano el señor Escudero. Antes, cuando sabíamos que hablaría Lozano en algún Jurado, como Agente del Ministerio Público que fue entonces, como en las causas de los guatemaltecos que mataron a su ex-presidente, General Manuel Lisandro Barillas, que vivía refugiado en México; o en la del famoso criminal El Tigre de Santa Julia, íbamos a verlo. Después, allá por 1912, estuvo en Guadalajara. Alberto Macías lo invitó a una comida y a ella concurrimos algunos del Centro Bohemio y yo. Al final, pedimos a Enrique Díaz de León que recitara la *Marcha Triunfal*, de Rubén Darío. Chema aceptó luego decir él, de Díaz Mirón, *Idilio*. Muy pronto nuestra mesa se vio rodeada por todos los demás comensales de “El Paraíso Terrestre”, que era el lugar del banquete y aplaudieron tanto, que Chema aceptó decir algo de su cosecha. No es para olvidarse la forma insinuante, fina, con que inició su discurso. Poco a poco fue entrando de lleno al fondo y de improviso nos vimos situados en un cálido, amoroso elogio de Guadalajara, de San Miguel el Alto, de Jalisco, de México. Grande improvisador, nos tuvo en suspenso por muchos minutos con aquel torrente fluido, de perfecta composición. Después lo volvimos a oír, años más tarde, cuando recorrió varias ciudades, ya repatriado, dando conferencias. Aquí nos habló en forma maravillosa dándonos su juicio sobre *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Chema amó siempre a Guadalajara. En el mismo discurso que pronunció en La Habana, ante los restos de Nervo, se acordó de nuestra ciudad en esta forma: “Tocante a ti, Cuba, permíteme saludarte con el Cantar de los Cantares: Oh, tú, “que te muestres como el alba, hermosa como la luna, ilustre como el sol, espantosa como bandera de ejércitos!” Antes de acogerme a tu re-

gazo te admiraba. Desde mi Sultana Guadalajara escuché en la adolescencia el crepitar de las cadenas que tú derretías con el sagrado licor de tus venas..." A su ciudad volvió cuando, allá por el 1924, la dama que sería su esposa, su novia de esos días, viuda de ahora, la señora doña Ignacia Villaseñor, fue nombrada en votación popular, como Embajadora de Jalisco en la Feria de El Paso, Texas verificada aquel año. Lozano le hizo compañía. Poco después del regreso de aquella bella tapatía, contrajo nupcias con ella. En 1931, le oí varias conferencias, entre ellas una de singular maestría en el anfiteatro Bolívar de la Universidad de México. Me contaba, a veces, sus aventuras de la infancia, de la primera juventud en su San Miguel, en esta bella ciudad pétrea, la de la arquitectura color de rosa. Los gallos nocturnos llevados a las pollitas alteñas de los primeros noviazgos... Ingeniosos sucedidos con músicos y vecinos del pueblo... reyertas y borlotes... anécdotas de sus próceres... Gozaba recordando su cuna.

Tómese lo que aquí digo y termino ya, como una breve silueta del gran hombre. Renuevo mi propósito de fabricar su biografía, si posible es, con piedra de las canteras de San Miguel, como una ofrenda mía a todas las virtudes y a su gran cariño por nuestro Jalisco, por su San Miguel el Alto...

DON AGUSTÍN RIVERA *

EL NOMBRE de don Agustín Rivera se pronunciaba muy frecuentemente por maestros y alumnos del Liceo de Varones. Los señores licenciados don Francisco Escudero y don Luis Pérez Verdía eran los catedráticos de Historia Patria. Liberales los dos, entusiastas renovadores del pensamiento mexicano; magnífico historiador y jurisconsulto el segundo, tenían razón en no desaprovechar la ocasión para mencionar el nombre del ilustre doctor laguense. Como lo habían tratado personalmente, podían ufanarse de ello ante nosotros y nos referían sabrosísimas anécdotas en las que un humor burlesco resultaba ser nota muy sobresaliente del señor doctor. Si durante una discusión (nos decían) su contradictor le objetaba sin mayor fundamento, no se detenía para lanzarle a la cara sonoras carcajadas. Publicaba don Agustín con mucha frecuencia folletos históricos en los que refería curiosidades y sucedidos, que había contado de viva voz al licenciado Escudero:

Hubo en los primeros días de la Independencia, en Lagos, un fraile muy estudioso, dado a la Física y Metafísica, que tenía en su convento además de grandes libroles, retortas y alambiques; lentes, infinidad de pomos y matraces y otros extraños aparatos y mecanismos que intrigaban a sus cofrades y al pueblo en general. Don Agustín decía que, siendo él aún muy jovencito, veía que aquel fraile se salía por las tardes con un largo anteojo, como los que aparecen en las estampas de los astrólogos y magos, con el cual miraba, fijándolo bien en algún árbol, a los animales que por el campo andaban. Nunca contestó el sabio a las interrogaciones que sobre su telescopio misterioso se le hacían, ni dejó ver a los curiosos a través del largo tubo de su instrumento. Por fin, un día, precisamente ante los admirados ojos del señor Rivera, el fraile apuntó hacia un burro que pacía tranquilamente, el cual de improviso, sin más ni más, sin hacer el menor signo de inquietud,

* Discurso dicho en la inauguración del Museo-casa del señor Agustín Rivera, en Lagos de Moreno.

se desplomó perfectamente muerto. Acudió el inventor junto al animal, convenciéndose de que había perdido la vida; y entonces, sin más ni más, cogió por lo más delgado el artefacto y lo golpeó contra el árbol hasta destruirlo por completo, llevándose así despedazado a su retiro, con un aire de tristeza y arrepentimiento, que atribuía don Agustín al asesinato del jumento; pues al parecer, ahí en Lagos estuvo a punto de resolverse alguno de los gravísimos problemas que ahora no nos preocupan por su incógnita, sino por su resolución que se traduce contra nuestra integridad en forma de bomba atómica. Aquel modesto fraile laguense, fue el ignorado inventor del rayo de la muerte... Más humano que otros, lo destruyó llevándose su secreto a la tumba.

Don Mariano Azuela refiere también muy sabrosas anécdotas del señor Rivera, quien, por lo demás, nos ha dejado una grande y meritoria obra con la que la nacionalidad mexicana se ha orientado y reconocido, pues libros como su *Virreinato de la Nueva España* y ese otro que ha editado con tanto cariño la Universidad de Guadalajara, *Hidalgo*, sirvieron y sirven para dilucidar muchos de los problemas que durante todo el siglo pasado perturbaron la paz de la Patria y fortalecieron los conceptos mexicanos que han dado con posterioridad ocasión de mayores conquistas en el campo de la ciencia histórica y del progreso material del país.

La impresión personal que guardo en mi memoria sobre tan ilustre jalisciense, es la siguiente:

El Príncipe de la Paz, General de División don Porfirio Díaz, planeó grandes fiestas de celebración del Primer Centenario de la Independencia Mexicana, que realizó maravillosamente aun con demasía, en cuanto se refiere a la riqueza, al gusto, a la manifestación objetiva de lo que la Patria era por entonces en todos los órdenes. Entre los eventos principales siguió la inauguración del Monumento de la Independencia en el Paseo de la Reforma. Ahí hablaría el señor don Agustín Rivera en el número principal del programa.

Yo había conocido al Presidente Díaz, cuando, en diciembre de 1908 visitó Guadalajara, de paso para Colima, a donde se dirigía para inaugurar el tramo de ferrocarril de Tuxpan a Manzanillo. Nos situamos algunos estudiantes en las cercanías de la entrada del edificio de la vieja Universidad, ocupado en aquel entonces por el Supremo Tribunal de Justicia del Estado, en el cual,

la noche de ese día de diciembre, se les ofreció, a su señora esposa doña Carmen Romero Rubio de Díaz y a él, así como a sus hijos y acompañantes distinguidos, un gran baile a todo lujo. Tengo aún la impresión del momento en que se aproximó el soberbio carruaje de la familia Gómez del Castillo con el autócrata y su consorte, resplandecientes en medio de la deslumbrante iluminación de las calles y del edificio en que ya principiaba el festejo. Doña Carmen era bella y de muy distinguido porte. Lucía enorme sombrero con pluma de avestruz y riquísimo traje de gran etiqueta con multitud de adornos. En el cuello, en los brazos, en los dedos de las manos, en las orejas, mostraba resplandecientes joyas cubiertas de piedras preciosas de los más bellos matices. En nada beneficiaba todo esto a don Porfirio, sino más bien lo ponía en desacuerdo, pues tal exquisitez, junto a aquellos bigotones gatunos blanquísimos, de príncipe teutón y el uniforme de gran gala con artificiosas charreteras pesadas y enormes, lo hacían parecer más caduco y chaparro de lo que era. Daba la impresión de ir aprisionado en la guerrera y, por lo derecho de su cuerpo, denunciaba el corsé apretándole los flácidos músculos de pecho y espalda. Al descender del carruaje, tal impresión se acentuó, pues las piernas vacilaban. Fue ella quien le ayudó en el trance, dándole despreocupadamente su brazo, que aprovechó poniendo en él su mano izquierda, sosteniendo con la derecha el enorme sombrero montado, con la enseña tricolor colocada vistosamente, y una gran pluma de avestruz encima, casi tan grande como la del sombrero de doña Carmen. Los vi, a los dos, desaparecer entre la multitud, en dirección del gran patio del Supremo Tribunal.

Dos años después, en el mismo mes de septiembre, en México casualmente lo vimos Rafael Buelna y yo cuando inauguraba en unión de los Ministros de su Gabinete Presidencial, una estatua de Morelos, en el jardín de este nombre. Aquella impresión anterior que de él tuve, no solamente quedó comprobada, sino agravada por el aspecto que de día presentaba el señor Presidente, pues el festival era diurno y no cabía engaño, ni cosmético alguno era capaz de ocultar la verdad física en aquel anciano, terco y duro, pero senil a ojos vistos. Los bigotes estaban más caídos, ahora como de jefe godo, pues el rostro enjuto ya no podía mantenerlos en alto. Las metálicas hombreras temblaban con el paso incierto del dictador, que subió trabajosamente las gradas de madera de la tribuna improvisada y se sentó muy a gusto en el regio sillón acolchonado

que ahí le tenían dispuesto para su cómodo descanso mientras presidía la ceremonia. Apenas terminada, abandonó el lugar y rápidamente lo llevó su veloz carruaje hasta su casa de la calle de Cadena. En la mañana del día 15 lo volvimos a ver llegando a la Cámara de Diputados, que verificó una gran sesión solemne en honor de los ilustres visitantes que representando a los países amigos y a sus gobiernos, acudieron a los festivales conmemorativos. En esta nueva ocasión, el contraste con el Ministro del Imperio Alemán, dejó a nuestro Príncipe de la Paz mal parado... pues era tal la marcialidad del germano y tan enhiestos mostraba sus grandes mostachos, que los del autócrata mexicano quedaron en menos. Polavieja, el embajador de Alfonso XIII de España, sí podía compararse a don Porfirio por mil motivos.

El 16, nos apresuramos Buelna y yo a tomar lugar en las cercanías del monumento en la Calzada de la Reforma. Rafael, desde su arribo a Guadalajara, había sido amigo mío por muchas circunstancias de orden político pues los dos fuimos reyistas. Cuando don Bernardo rehuyó la campaña, nos declaramos por el anti-reeleccionismo, trabajando en los periódicos maderistas. Llegó Rafael a Guadalajara después de que fue expulsado del Colegio Rosales de Culiacán, donde estudiaba; pues allá encabezó un motín estudiantil de protesta por la imposición de Diego Redo como Gobernador del Estado. Buelna era ferrelista. Aquí también fue expulsado y yo con él y con otros liceístas, cuando derribamos el cancel del Liceo de Varones para salirnos a dar una recepción adecuada a los corralistas que llegaban en la campaña por la reelección de don Porfirio, lo cual hicimos armádoles una gran rechifla en la estación, que tuvo después remate en la Plaza de Armas, cuando la multitud fue balaceada por la policía montada: Los CARNITAS, como les decía el pueblo. No pudimos vivir ya en Guadalajara y fuimos a México aprovechando el paso por aquí, de don Heriberto Frías, que ya también venía perseguido por Redo, pues fue Director del *Diario de la Tarde*, de Mazatlán. Dicho escritor nos llevó a México a trabajar con él en el diario del maderismo, de acuerdo con el Director, Rafael Martínez, que aquí estuvo también en esos días.

Con Buelna tenían muy comentado al Padre Rivera, pues en el *Correo de la Tarde*, que Rafael recibía diariamente, se publicaban constantemente los estudios de don Agustín sobre Hidalgo. Precisamente en una nota que puso en el *Anuario de Hidalgo*, re-

cuerdo que, para burlarse de Alamán, con ocasión de algo que transcribió contra el Cura de Dolores, solamente venía este comentario:

—¡Ja... Ja... Ja!

Aquel recio espíritu combatió en tan lejanos días los absurdos históricos que Alamán defendía y que tanto se generalizaron, hasta el grado de que con ellos se formó el ideario del partido conservador y de los gobiernos santanistas e iturbidistas. Don Agustín Rivera no se redujo a defender a Hidalgo ni a la obra de los independientes; sino que destruyó con argumentos constantemente válidos todo el fárrago alamanista. Ello le dio gran autoridad y lo hizo muy popular entre los liberales.

Nuestro entusiasmo estudiantil por escucharlo cuando le llegara su turno en el programa del 16 de septiembre era tanto, que como he dicho, desde muy temprano llegamos al monumento y nos acomodamos cerca de la valla de los rurales. Ahí presenciábamos las cargas de éstos y de la policía montada en contra de la multitud, que deseosa de aproximarse a los lugares por donde las comitivas y los carros alegóricos habrían de pasar, rompía a veces la línea de las vallas. No nos tocaron golpes ni heridas, sólo infinitos achuchones; pero hubo muchísimos heridos y se dijo que aun muertos, pues las balas y los machetes salían pronto en aquellos tiempos contra el pueblo.

Por fin dio principio el programa. Llegaron en sus lujosos carruajes, D. Porfirio, el Padre Rivera, los Embajadores Extraordinarios, los Ministros del Gabinete Presidencial y los altos jefes del Ejército. Las músicas oficiales y las callejeras tocaban como en una patriótica competencia, todas al mismo tiempo. Una vez hecho el relativo silencio, don Agustín Rivera desplegó los papeles de su discurso y vimos que movía los labios y alzaba los brazos vibrantemente, pero nadie le oía. Apenas escuchábamos un rumor ininteligible. Aquella voz cansada no logró dominar el griterío. Tal vez por eso, me dio la impresión de que teníamos ahí la imagen misma del Cura Hidalgo y en voz baja se lo dije así a Buelna. Especulamos sobre el parecido, comparamos las facciones, la blanca cabellera, el traje sacerdotal, el gesto airoso y varonil, la majestad toda de aquella patriótica aparición y poco a poco subimos el acento de nuestras palabras, dándose cuenta la gente que nos rodeaba y la impresión se generalizó. Entre tanto, allá en la escalinata, don Porfirio inclinó la cabeza y dijo algo a don Agus-

tín, probablemente que no era posible que lo escuchara el pueblo; el caso es que Rivera, casi en seguida, dobló sus pliegos, y lanzó un vibrante "Vivan los Héroes de la Independencia..."

De pronto, un peladito rompió resuelto la línea de los rurales, se plantó frente al monumento y gritó:

—Señor Cura don Miguel Hidalgo y Costilla... A nombre de todos los mexicanos le doy a usted la bienvenida.... Que viva usted...

—Que viva Hidalgo... Que viva usted... Que viva Hidalgo... Que viva Hidalgo... Que viva usted... —gritaban de todas partes. Don Porfirio hacía con la cabeza señales de muy grande entusiasmo y dio apretado abrazo a don Agustín. Puedo asegurar que todos los presentes nos sentíamos transportados al mismo pueblo de Dolores, frente al mismo Cura don Miguel Hidalgo.

Después, al correr del tiempo, pude un día ser presentado al señor Rivera por mi amigo don Alberto Macías, culto y distinguido ciudadano, alteño, quien desde niño conoció al sabio historiógrafo con quien lo ligó estrecha y cariñosa amistad. Don Agustín iba en compañía de Alfredo Muñoz Moreno, su pariente.

—...Zuno... Zuno... Zuno... —repitió cuando le di mi nombre.

—¿Qué parentesco tienes con Gabriel...?

—Señor, era tío mío, hermano de mi padre.

—¿Se recibió por fin de médico... o sigue de bohemio...?

—No se recibió. Siguió de bohemio, ejerciendo en La Barca, hasta hace poco tiempo que murió.

—Tú debes descender, como él, de un capitán Zuno, de las fuerzas del General Calleja, quien fue destacado desde Tepatitlán antes de la batalla de Calderón, como observador de las fuerzas insurgentes de Guadalajara... Al menos eso dice Alamán. Publica además, una nómina en la que aparece el nombre de tu abuelo...

No volví a ver más al señor Rivera.

Macías y yo éramos maderistas activos. Por años, hasta su muerte, caminamos juntos siempre en los mismos partidos políticos. Fundamos un periódico que se llamó 30-30, pues el rifle de tal calibre, que así se llamaba vulgarmente, era muy popular por haberlo usado el maderismo en su lucha contra el porfirismo. Alberto fue diputado local del Congreso de Jalisco.

Muchos años después, en 1926, estaba yo inspeccionando las obras de la construcción de mi casa en la Colonia Reforma, cuando llegó mi amigo J. Trinidad Sepúlveda, corresponsal de *El Universal* en Jalisco, acompañado del señor licenciado Victoriano Salado Alvarez. Hizo Sepúlveda la presentación y don Victoriano me dijo más o menos lo mismo que el señor Rivera:

—¿Es usted pariente de Gabriel...? Deme noticias suyas.

Contesté como lo hice al señor Rivera y él, a su vez, agregó la misma información sobre mi antepasado.

—Pero lo raro, —argumentó— es que nunca más se volvió a saber del capitán Zuno. Si Calleja lo envió por delante a Guadalajara, fue porque tuvo confianza en sus capacidades. Si no volvió deben haber habido razones de mucho peso para ello. Que no murió está claro, pues la única familia de su nombre es la de ustedes. ¿O hay alguna otra...?

—No, no señor. Somos parientes todos y no muchos.

Y corrieron los años. Una vez, estábamos mi esposa y yo esperando que principiara una conferencia sobre Historia del Arte. La daba el señor Pijoán en uno de los salones de Bellas Artes, en México, cuando se nos aproximaron a saludarnos Genaro Estrada y Octavio Barreda. Acababan de regresar de un largo viaje por el Viejo Mundo. Y traían noticias sobre mi raro apellido...

—Imagínate —me dijo Genaro—, que cuando llegamos a Sevilla, deseosos de vivir a la andaluza, paramos en una Posada. Cuando poníamos nuestra firma en el libro de los viajeros, Octavio vio en un gran pizarrón, en el cual estaban los nombres de las personas que ahí se alojaban, y me dijo muy contento:

—Mira... Por aquí anda Zuno... —José Zuno, decía el letrero de gis blanco sobre el negro pizarrón...

—Qué bueno... Cómo nos vamos a divertir los tres... —Luego le preguntamos al administrador en la Posada:

—¿No está Zuno aquí en estos momentos?

—No, no señor. Anda por ahí...

—Pues dígame usted que deseamos verlo... Que comeremos juntos. —A medio día, cuando Mauricio y yo nos habíamos instalado en la mesa, llegó un señor patilludo, de sombrero calañés, de traje jerezano, que se descubrió ante nosotros y dijo:

—Para servir a ustedes, señores... Soy José Zuno...

—Perdone usted... —dijimos a una—. Sufrimos una confusión. Somos mexicanos y allá tenemos un paisano, en Jalisco, que

OCTAVIO

se llama como usted... Pero siéntese... Comeremos juntos...

—Tal vez se trate de algún descendiente de un tío mío capitán, que hace muchísimos años fue de aventuras a la América...

Mi pariente comió con Genaro y con Octavio y éstos trajeron con la noticia de mi ascendencia, el informe de que mi familia de allá era de origen árabe, agricultores con granja propia en las estribaciones de la Sierra Morena...

EL GENERAL ÁLVARO OBREGÓN

LA PRIMERA vez que vi el nombre del General don Álvaro Obregón, fue cuando los periódicos trajeron las noticias de las operaciones que llevaba a cabo en el norte de Sonora en contra del usurpador Victoriano Huerta. Aparecían las informaciones de Arizona en donde se llamaba al ilustre revolucionario "El Napoleón Mexicano", por sus hazañas estratégicas. Su fama fue creciendo desde entonces. Llegó en triunfo a nuestra ciudad, en plena juventud. Venían con él muchos amigos míos, y en lugar prominente, Rafael Buelna, quien ya para entonces era General de Brigada y se había conquistado un sólido prestigio de valiente y de bueno e inteligente jefe. El doctor Manuel Navarro, jalisciense de Tepatitlán, venía también con el Cuerpo de Ejército del noroeste. El mismo día de su entrada a la ciudad, juntos él, Buelna y yo, fuimos al Palacio de Gobierno en donde me presentaron con Obregón, con Diéguez, con Miguel Acosta, con Serrano y con algunos jóvenes oficiales, como Ferreira y Bojórquez. En numerosas ocasiones hablamos con él porque nuestros periódicos contaban con sus simpatías y con la ayuda de toda índole de él y de sus subalternos. Llegamos a ser muy populares entre los militares obregonistas y alternábamos con ellos en todas partes. Los acompañábamos en las campañas, sin perder nuestro carácter de civiles. Juan de Dios Bojórquez publicaba su famoso *Sector militar*, medio humorístico, medio teorizante, medio informativo.

Hubo entradas y salidas de las fuerzas carrancistas y de los villistas, de las cuales hablo en otra parte. Todo el país estaba en ascuas. Vinieron los combates decisivos del Bajío. En Trinidad sufrió el General la pérdida del brazo derecho. Se conocieron episodios brillantes de soldados humildes, como el del corneta que tocó diana en los momentos en que corría el desaliento, al saberse de la mortal herida sufrida por el Jefe. Jesús Martínez se llamaba el muchacho. Por muchos años anduvo como asistente de mi hermano Alberto y creo que aún está con él. Alfredo Romo y yo nos agregamos en esos días a un tren militar que partía para Lagos, al mando de Carlos Roel, joven poeta regiomontano del

Estado Mayor de Obregón, que acababa de ser curado en el Sana-
torio del doctor Juan Campos Kunhardt. De Lagos seguimos a
San Luis, luego a Saltillo y en la estación de El Mante nos reu-
nimos con el Estado Mayor. Juan de Dios Robledo iba también con
nosotros, siendo ya capitán del Estado Mayor del General Dié-
guez. Nos tocó presenciar la llegada del señor General don Jacin-
to B. Treviño en la estación de Hipólito, si mal no recuerdo. Iba
con él un joven, Adolfo Ruiz Cortines, que después habría de
figurar en las lides políticas y que ha llegado hasta ocupar digna-
mente la Presidencia de la República. La vida en la compañía
de militares era por aquellos días, aparte de peligrosa, muy acti-
va, recia, fraternal. La llegada a las ciudades motivaba las consi-
guientes parrandas, la compra de ropa y antojos, la reunión con
los periodistas, artistas e intelectuales provincianos. Cuando vol-
vimos a Guadalajara, dos meses después, habíamos conocido mu-
chas personas de gran valer que después formarían con nosotros
las líneas civiles de la organización de nuestras entidades estata-
les. El General Obregón era el centro de nuestra atracción prin-
cipal. Lo escuchábamos atentamente cuando hablaba en su tono
humorístico para criticar cuanto encontraba indebido en sus su-
bordinados o en otros jefes o en otros asuntos de toda índole.
Leía mucho. Dicen que hacía versos. Nos admiraba con sus de-
mostraciones memorísticas y luego nos explicaba su técnica. Se
ponía solemne cuando los asuntos lo requerían o cuando era indis-
pensable meter al orden a algún insubordinado. Sabía expresarse
públicamente con gran sencillez y claridad, que tenían al audito-
rio suspenso de sus palabras. En Querétaro, cuando se reunió el
Congreso Constituyente en 1917, el carro del Estado Mayor, en
la estación de los Ferrocarriles, era el foco revolucionario donde
conferenciaban con él los diputados radicales, que ahí planeaban
sus luchas contra el ala moderada que protegía don Venustiano
Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Habitába-
bamos nosotros en dos cuartos del principal hotel, en el tercer
piso, que ocupábamos David Alfaro Siqueiros, Carlos Roel, Al-
fredo Romo, Miguel Torner y yo. En el mismo hotel estaban alo-
jados muchos de nuestros paisanos constituyentes y ellos y nosotros
nos admirábamos del espíritu fosilizado de las familias quereta-
nas, que aún profesaban un ardiente partidismo por el archi-
duque Maximiliano de Austria, Emperador de México... Vivían
encerradas en sus casas desde que don Venustiano se instaló en la

ciudad, escandalizadas con cuanto se hacía y decía en los círcu-
los revolucionarios y solamente muy de tarde en tarde, podíamos
concurrir a pocas fiestas en forma casual e inesperada, pues los
caserones parecían más bien conventos o fortalezas. Ahí conoci-
mos al doctor José Siurob, entonces Director de Instrucción Pú-
blica de Querétaro. Cuando el doctor Atl llegaba, los bochinchas
y reuniones eran muy frecuentes, pues él alentaba todo el am-
biente con su carácter. Al calor de las discusiones parlamentarias
y mientras quedaba concluida la nueva Constitución, se habían
ido formando los dos partidos que luego iban a luchar, no sola-
mente en los terrenos electorales, sino en los campos de batalla,
en otro episodio de la guerra civil; los obregonistas y los bonillis-
tas, éstos patrocinados por don Venustiano. Nosotros estábamos,
naturalmente, considerados como obregonistas, muy de nuestro
agrado, por supuesto. En nuestros periódicos, *Etcétera*, *La Sátira*,
30-30, cooperábamos en la obra del grupo. Siqueiros, Ro-
mo y yo, estábamos en todas partes con el lápiz en ristre. En
el comedor del hotel, en el Teatro Juárez donde estaba instalado
el Constituyente, en los carros de los jefes militares y del General
Obregón, en los jardines, en los salones y restaurantes, hacíamos
caricaturas y dibujos. Fuimos muy populares y nos pedían que los
retratáramos los de uno u otro bando. Las ideas revolucionarias
estaban ya arraigadas en las masas populares. Soldados obreros
daban guardia al Constituyente y combatían en corporaciones bien
organizadas en una Brigada que llevó el nombre de SUPREMOS
PODERES, ya laureada con victorias en Puebla y en la toma de
México contra el villismo-zapatismo de los convencionistas. Los
trabajadores de las fábricas de Veracruz y de México, los de la
Casa del Obrero Mundial, en masa se habían agregado a las filas
constitucionalistas al impulso de las exhortaciones del doctor Atl,
quien les urgió su colaboración para que así merecieran una legis-
lación proteccionista. Esas fuerzas se conducirían con bravura en
los encuentros decisivos del Bajío y después en el dominio com-
pleto del Villismo del Norte, siempre bajo el mando de Obregón.

LA REBELIÓN DE ESTRADA

ME OCUPABA yo intensamente de preparar la Primera Gran Feria de Jalisco, en los finales del año de 1923, cuando los agentes confidenciales del Gobierno nos informaron que el General Enrique Estrada, Jefe de las Operaciones Militares en Jalisco, estaba enviando subrepticamente armas y parque al General García, Jefe de las Operaciones de Zacatecas. Luego nos dimos cuenta de que los Generales Ramírez Garrido y Salvador Alvarado, cuya filiación política era contraria al General Obregón, estuvieron conferenciando con Estrada y regresaron a México. También los agentes militares de la Jefatura de la Plaza, que estaba encomendada al General Jesús Madrigal, habían dado iguales informaciones. Este Jefe y yo decidimos ir a entrevistar al señor Presidente Obregón a El Fuerte, en las orillas de Chapala, donde se encontraba recuperándose de una enfermedad delicada de la garganta. Nos recibió con su acostumbrada cordialidad y nos escuchó muy atentamente al darle cuenta de nuestras indagaciones. Leyó los documentos que le presentó el General Madrigal y luego, de pronto, se levantó de su asiento y nos dijo:

—Vengan ustedes conmigo.

El salón en que nos encontrábamos los tres, tenía un gran ventanal con vidrieras sobre la terraza que daba a la playa del lago. Ahí vimos a Estrada, en mangas de camisa. Su cazadora de gran gala y su cachucha habían quedado sobre el asiento de una silla. Estaba a gatas, haciendo de caballito al hijo de don Álvaro, que regocijadamente le pegaba con su propio fuste a la cabalgadura, que hacía cabriolas en la más humana de las imitaciones, lanzando coces y agudos relinchos.

—Ustedes lo ven, —nos dijo don Álvaro—. Se muestra como un amigo íntimo de mi familia y mío... Juega con Alvarito mi hijo.

—Pero General, —objetó Madrigal... —Los documentos que le hemos presentado son convincentes...

—Así lo creo yo también, —repuso—. Pero mi deber es respetarlo mientras no verifique actos de rebeldía. Yo no soy traidor

de traidores. Aún no sé si se rebele; pero si lo hace, entonces yo tendré toda la justificación de mis actos, de la cual ahora carezco...

—Mi General... Zuno y yo vamos a ser las víctimas de estos traidores, que saben que le somos leales a usted... Díganos qué vamos a hacer...

—Ni yo mismo sé lo que haré. Eso nos lo irá diciendo el curso de los acontecimientos. No los precipitemos torpemente. Tenemos la razón histórica y lo demás vendrá por sí mismo. Habrá víctimas, si se registra un nuevo movimiento. Podremos ser nosotros algunas de esas víctimas... Ese será nuestro destino y cumpliremos con él.

—Pero no tenemos ni fuerzas siquiera... Él las controla todas... Zuno licenció su cuerpo de policía montada para secundar la política civilista que usted aconsejó a los gobernadores...

—No necesitan ustedes fuerza armada. Yo la aportaré en caso dado. Tranquilícese, General Madrigal. Déjelos que se levanten... Otra vez les pegaremos... como siempre...

—Yo he comprendido lo que usted dice, señor Presidente, —le dije yo.— Le seguiremos informando cuanto podamos descubrir para que usted norme sus actos.

—Pues no tiene remedio esto... —dijo Madrigal—. Vamos a jugárnosla...

Nos despedimos, él nos dio ánimo con una amplia sonrisa de seguridad y nosotros partimos rumbo a Ocotlán, donde junto con José María Cuéllar y con Ramón Madrigal, hermano del General, comentamos la entrevista. Pocos días más tarde, los Generales Ramírez Garrido, Sepúlveda, Alvarado, Buelna y Castro se concentraron en la ciudad, así como García, el de Zacatecas.

Una noche, al salir yo de mi despacho, me detuvo Gustavo Cristo, Presidente Municipal de la ciudad, para decirme que dichos militares hacían ostentación de no respetar a los agentes de tránsito y que circulaban sus automóviles en sentido contrario al debido. Efectivamente, cuando platicábamos pasó cerca de nosotros el del General Aurelio Sepúlveda. Yo lo detuve.

—¿Qué pasa, General, que va usted en sentido contrario al del tránsito?

—¡Cómo...! ¡Pues ha de ser que este chofer lo ignora...! ¡Ahora nos vamos a salir ya...! Adiós, compañero Zuno... —Y su coche salió de la circulación—. Pasaron dos días.

Un mensajero del telégrafo se aproximó a mi automóvil y me entregó unos sobres. Todos eran del General Obregón, desde Celaya, a donde había partido poco después de nuestra entrevista con Madrigal, pues según dijo, su salud no mejoraba en El Fuerte. Yo creo que más bien quiso alejarse del dominio militar de Estrada, al conocer nuestras pruebas sobre la deslealtad del ex-ministro de la Guerra. El caso es que en otro telegrama de los que me entregaron en aquel momento, me informaba que en el Estado de Veracruz acababa de desconocer al Gobierno el General José Guadalupe Sánchez. Obregón me decía también que inmediatamente saldría a batirlo, como lo hizo, derrotándolo en la estación de Esperanza.

Estábamos leyendo los mensajes, cuando vino hasta nosotros mi hermano Salvador con la noticia de que los hermanos Carlos y Francisco Tolentino hacían pública ostentación en la Academia de Billares del Portal, de que Estrada ya había desconocido a Obregón. Ante esa inminencia, pues los Tolentino eran amigos íntimos de Estrada, el licenciado Cristo me propuso que la policía municipal montada, única fuerza algo respetable de que disponíamos patrullara las calles durante la noche. Así se convino y todos nos retiramos en medio de la natural zozobra. A Madrigal no lo vimos, porque él y Margarito Ramírez habían interceptado unos mensajes del General García a Estrada y sin esperar más habían tomado un armón de la Superintendencia de los Ferrocarriles y se habían marchado rumbo a Celaya, sin tener tiempo de avisarme. Margarito era el Superintendente de la División. Como a las diez de la noche mi teléfono llamó urgentemente. Era el General Estrada:

—¿Para qué andan por las calles los gendarmes montados...?

—Es que la ciudad está alarmada porque corren rumores de levantamientos, General. Hay que establecer orden y confianza en la población.

—¿Que usted no me tiene confianza...? ¿No sabe cómo la llevamos el General Obregón y yo...? Usted me vio en El Fuerte hace poco... No tengan cuidado. Dígame a Cristo que mande acuartelar sus gendarmes y que si necesita ayuda me avise y le mando tropa federal...

—General, —le contesté— es que sabemos que están aquí los Ramírez Garrido, Alvarado y otros militares enemigos del Gobierno... y además, Guadalupe Sánchez se levantó ya por de la

Huerta en Veracruz... El General Obregón me lo acaba de comunicar...

—También a mí me lo ha teleografiado. Los Ramírez Garrido y Alvarado van rumbo a Colima. Salieron en el tren de esta tarde con el General Castro... No tenga cuidado. Yo soy su amigo...

—Muy bien, General Estrada. Voy a comunicarme con Cristo para decirle que acuartele su gente... Buenas noches General...

—Hasta mañana, Zuno...

Los gendarmes fueron acuartelados y todos dormimos con una relativa tranquilidad, como resultado de la plática cordial con Estrada.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, como de costumbre, me dirigí a mi despacho de Gobierno e inicié mis trabajos. Llegó a poco el diputado local Rodrigo Camacho, mostrándose muy inquieto:

—¿Cómo es que estás aquí? Ya Estrada se rebeló francamente. Sus tropas están en el Palacio Municipal y aquí tienes una guardia del coronel Anzaldo en la puerta...

—¿Pero es posible? Nos asomamos por el balcón. En efecto, el coronel Anzaldo paseaba nerviosamente por la banqueta y sus soldados hacían guardia en la puerta principal.

—¿Qué hacemos...? —le dije a Rodrigo.

—Yo vine para pedirte que ordenes al Director de la Penitenciaría que me entregue al licenciado Esteban García de Alba... porque si lo dejamos ahí, lo asesinan... Y luego nos iremos a alguna parte... Espero que Anzaldo no nos detenga, pues el dinero que le diste hace poco para conservarlo leal, seguramente que lo tiene obligado cuando menos a no detenernos...

—Mira, Rodrigo, yo no le tengo ya confianza. Háblale a Raimundo Hernández y al Director de Rentas mientras que te hago la orden para que te lleves a Esteban...

Escribí la orden para Secundino Delgadillo, que era el Director de la Penal y la dí a Rodrigo encargándole que también se llevara al dicho Delgadillo. Luego ordené al señor Santos Aréchiga Director de Rentas, que con los efectivos de la caja se retirara a su domicilio en espera de instrucciones, lo cual hizo fielmente sin que nadie lo molestara. Raimundo avisó a Francisco mi cuñado que llevara el coche a la esquina de Morelos y Pino Suárez, por cuya puerta, que no era muy conocida ni usada, yo bajaría con la correspondencia particular. Así lo hicimos y llegamos a mi

casa, en la calle de Madero, entre 8 de Julio y Escobedo, antigua residencia del coronel Ahumada. Ahí encontré grande alarma en mis familiares. Mi madre, mi esposa y mis hermanas sabían ya la novedad, porque mi hermano Alberto acababa de llegar preso de Zapotlán, donde jefaturaba su Regimiento antiguo, el 24. Rafael Buelna, nuestro fraternal amigo, a quien tenía yo rentada la Hacienda del Jazmín, que era del Gobierno, había secundado la rebelión de Estrada. Coludido con el segundo jefe del Regimiento, lo había relevado. Sin embargo, la mayoría de los oficiales y casi toda la tropa, en cuanto se dieron cuenta de la traición, desertaron y poco a poco fueron agregándose a las fuerzas del gobierno.

Entre tanto, Alberto quedó preso por muchos días en las oficinas de Estrada, hasta que con la ayuda del sacerdote Vázquez Chávez de Mexicaltzingo, amigo nuestro, quien nos prestó su sotana, con ella puesta pudo huir Alberto de su prisión y reunirse en Ocotlán con el General Obregón y reorganizar su 24 Regimiento.

Pero volvamos al día mismo de la rebelión. Mi casa tenía la cochera por la calle de López Cotilla y allá mandé el auto, lo cargamos con parque y rifles, nos despedimos de la familia y salimos en dirección de Tequila, según mis planes. Ahí estaba don Susano Castañeda, con elementos suficientes para mantener el dominio de aquella región entre tanto que Obregón se imponía. No pude realizar mi plan, porque al pasar por la calle de Juárez, nos vio don Luis Sauza que vivía en la esquina con Pavo. Nos conoció perfectamente y nos saludó. Era nuestro amigo, pero enemigo mortal de los Cuervo y por ello éramos contrincantes políticos. Sabía él que Susano nos esperaba y con toda seguridad que Estrada sería avisado en seguida que para allá íbamos y fácilmente nos detendrían. Sin saber qué hacer, seguimos maquinalmente hasta la calle de Hidalgo, donde recordé que mis amigos, Gonzalo y Gabriel Amezcua vivían más delante y ahí ordené que me dejaran Raimundo y Francisco, quienes a su vez deberían ocultarse hasta nueva orden. La mamá de los Amezcua tenía una tiendita en la esquina de su casa y ahí entré:

—¡Señor Gobernador, pase usted...! Ya los muchachos se fueron a Palacio... ¿Qué se le ofrece...?

—Señora, deseo hablar con usted... Pasemos...

Ya adentro, la informé del estado difícil en que me encontraba y le pedí que me alojara en su casa entre tanto decidía algo.

Bondadosísima, aceptó. Volvió a su tienda mientras yo quedaba en la casa meditando las medidas convenientes. Al medio día llegaron Gabriel y Gonzalo confirmando que se había pronunciado Estrada, pues ya había nombrado gobernador al General Sepúlveda. Pocos días después, sería sustituido por Francisco Tolentino. Vivía junto a los Amezcua el señor ingeniero y licenciado don Arnulfo Villaseñor, a quien había designado anteriormente Sub-procurador de Justicia, y amigo mío, quien al saber que ahí estaba, fue por mí, por los azoteas, naturalmente. Durante una semana, viví alternativamente en una o en otra de las dichas casas. Don Arnulfo sería después, al regresar triunfantes, el Procurador titular y se encargaría de la construcción de algunas obras públicas y de mi casa. Era un hombre de alta cultura y de una lealtad a toda prueba.

Duré, como digo, una semana en la ciudad. Salí luego en distintas direcciones y volví, bien a la casa de mis suegros, en la calle del Sarcófago, o a la del doctor J. Trinidad Márquez, mi cuñado; o a la de los señores López Velarde, en la Avenida Colón, cerca de las Nueve Esquinas. Ellos habían sido mis patrones cuando yo trabajaba en el Rastro de la Ciudad, en 1911 y me tenían estimación. Mi tía Nicolasa estaba casada con uno de ellos, don Rosendo.

Así anduve, celebrando juntas con los partidarios y con los diputados locales, enviando elementos de guerra a los que se levantaban en nuestro favor, como a Casimiro Castillo y a Cosme Cedano. Vestidos como mecánicos, en bicicletas, Francisco mi cuñado y yo íbamos por la ciudad y sus cercanías observando para enviar informes al General Obregón, lo cual hacían él, o mi madre, o mi tía María, o mi sobrino el joven Francisco Hernández Estrada. Por último, decidí establecerme en La Cañada, cercana a Cedros, por el camino de Chapala. Eran ya los últimos días de la rebelión.

M O R O N E S

HACE UNOS días que me detuvo en la calle un amigo mío y me dijo:

—¿Ya leíste lo que dicen de tí?

—No... ¿De qué se trata?

—Morones... a quien tú le pusiste el apodo de Cerdo de la Revolución, sostiene una polémica con el licenciado Romandía Ferreira, quien lo tiene acochinado a tantos palos que le arrima en los lomos.

—Y yo ¿qué tengo que ver en tal polémica?

—El tema es el asesinato del señor General don Álvaro Obregón a quien, (según la opinión pública) mandó matar Morones contando con la oculta complicidad de Calles. Y Morones, queriendo excusarse, hace un lío de asuntos en sus escritos, menciona los nombres de muchas personas y teje mil enredos para enmarañar la cuestión. A ti te ha hecho algunos cargos.

—Cargos de Morones, elogios son. Si los recuerdas, échalos fuera, que yo no me ocuparé de leer almodrotes.

—Dice que una vez, el cónsul gringo te invitó a comer a su casa y que fuiste, acompañado de Agustín Basave y de otras personas del consulado y de tu amistad...

—¡Horrible crimen...! ¿Y cómo me lo descubrió...?

—Le vendieron o se robó unos papeles de la Embajada gringa y transcribe informes del cónsul Dudley G. Dwyer en los que relata al Departamento en Washington cuanto sucedía en Guadalajara en aquel mes de junio de 1926.

—Fuimos amigos el cónsul y yo. Mejor dicho, todos los cónsules eran mis amigos desde antes de mis luchas políticas. Confieso mi delito espantoso de que con mucha frecuencia comí en casa de ellos, o ellos en la mía, o en la de Basave o de otro amigo... Siempre procuré atenderlos y he aquí otro delito.

—Dice Dwyer que se trató lo relativo a una cuestión agraria de la hacienda de Contla, de Federico Newton y que tú ofreciste arreglarla, que fuiste con el Jefe de la Comunidad a la dicha hacienda a los pocos días y que todo quedó al pelo.

—Fui, hablé con los agraristas, concerté un arreglo y las partes quedaron tan conformes, que aún hoy sirve de lazo armónico en esa región, pues además de las tierras, recibieron ganado de trabajo los campesinos y se evitaron incidentes violentos. Confieso también mi delito. Debo decirte que ya me había retirado del gobierno, voluntariamente como lo sabes, para ganarles así la partida a Calles y a Morones que me habían enjuiciado en el Congreso de la Unión. No tenía por lo tanto, obligación oficial ninguna; pero aun cuando la hubiera tenido, habría procedido en igual forma que como lo hice, así soy de terco y de criminal... Imagínate a Morones queriendo manchar mi ejecutoria agraria, cuando hasta la fecha, ni todos los gobernadores juntos, desde que Jalisco es estado hasta la fecha, igualan todavía el número de ejidos que doté y la cantidad de tierras que los forman. De modo que Morones está como el violín de Contla...

—También dice el cónsul que trataste con él lo relativo al lanzamiento de los partidarios de Morones que ocupaban un departamento en el edificio Mosler.

—Y lo logré. Tenían casi un año sin pagar la renta, atendidados a las influencias del Cerdo. El cónsul me lo dijo y yo le aseguré que en Jalisco Morones no valía ni un cerillo... Los treinta laboristas salieron como ratas por cordel... También confieso mi pecado mortal. Yo tuve y tendré por norma invariable de conducta, pelear fuerte contra el enemigo y tratar al amigo con las mayores consideraciones. Calles y Morones, al contrario, traicionaron al amigo y alhagaron al enemigo. Así procedieron con la Confederación de Partidos de Jalisco, de la que eran aliados desde 1920. Cuando Estrada se rebeló, creyeron llegado el momento de adueñarse de Jalisco para sus fines futuristas, de elevar a Morones a la Presidencia, pero no pudieron con el tercio... ¿Qué podían hacer treinta politiquillos de última categoría del pueblo de Jalisco...?

—Pues el puerquito dice que traicionaste a los obreros...

—Tan obreros como él... Ninguno sabía de talleres o fábricas sino de peluquerías, sastrerías y oficinas de quinta categoría. Y repito que el traidor fue él. Que se lo pregunten a cuantos han estado en sus cercanías. El señor don Celestino Gasca vino a Jalisco a investigar las intrigas de Morones. El sabrá decir lo que opinó.

—También dice Dwyer que ayudaste en el ánimo del General Ferreira para que fuera expulsado un japonés de la hacienda de

Tequisquitlán.

—¿Y por qué?

—Parece que no tenía derecho de estar ahí.

—Pues hombre, no me acuerdo de tal atrocidad. Pero si se me demuestra la veracidad del crimen, también lo confieso con muchísimo gusto. Chino, japonés, gringo o cerdo, a patadas hay que echarlos si invaden tierras ajenas y si se quiere ser justo. Ya nomás me falta que me acuse Morones de haber provocado la Segunda Guerra Mundial por el lanzamiento del hijo del Mikado de terrenos de Tequisquitlán...

—¿Pero cómo puede *El Universal* dar cabida a tanta imbecilidad?

—Morones ocupa dos o tres columnas diariamente con sus culbrones, desde a principios de julio. Léelos. Te conviene.

—Muchas gracias. Tengo otras tareas muchísimo más importantes. Yo estoy terminando de corregir las pruebas de mis Memorias que va a editar la Universidad y uno de sus capítulos principales lo dedico a referir cómo y cuándo el señor General Obregón y yo nos percatamos, sin querer, de la furia que anidó Calles en su bilioso corazón desde que D. Álvaro lo elevó a la Presidencia. Ya lo leerás muy pronto para que te des cuenta.

—Dime: ¿por qué le pusiste tan feo apodo y tan justo...?

—Como en mi carácter de dibujante me fijo mucho en formas y colores, no pude menos que buscarle similitud a un panzón asqueroso y tragón como ese, cuyas grasas se han acumulado gracias a los hartazgos que se ha dado en la política revolucionaria. Bueno viejo, este confeso criminal tu amigo, se despide de ti. Hasta luego...

CALLES CONTRA OBREGON

LUIS N. MORONES ha sido el líder obrero que más cerca de la Presidencia de la República se ha visto, pues en sus ambiciones le ayudaba a todo trance el General Calles. Con éste me ligaron el compañerismo del grupo Obregonista y con aquél las relaciones del Partido Laborista, que fueron aflojándose poco a poco debido a que pretendían incrustar en la Diputación Jalisciense a varios candidatos que no aceptó nuestra Confederación de Partidos en ninguna forma. En realidad, el grupo moronista en Jalisco era muy pequeño y nuestros candidatos eran populares en sus distritos. La resistencia de la dicha Confederación de Partidos de Jalisco nos alejó del Laborista y cuando se llegó el momento del cambio de Poderes Federales, ya las diferencias eran muy grandes. El General Calles no perdió ocasión de manifestarse más amigo de los laboristas que de nosotros, y como en el interior de la Confederación teníamos ya en vías de realización, la designación del candidato a Gobernador que debía sustituirme, tal actitud del Presidente Electo provocó un principio de escisión, que naturalmente nos tenía muy molestos e inquietos, dado que todos habíamos sido activos callistas, que habíamos aportado toda clase de esfuerzos y de sufrimientos en favor de la candidatura de Calles, y que ahora nos resultaba el triunfo una derrota. Así las cosas llegó el día 1º de diciembre, en que el Gral. Obregón debería entregar el poder a su protegido el General Calles. De todas partes de la República acudían delegaciones, pero yo me había resistido a enviarlas y me negaba a ir personalmente. El General Obregón llamó a Juan de Dios Robledo y a José María Cuéllar, quienes estaban en sus funciones de diputados en el Congreso de la Unión, en México, y les dijo que se comunicaran urgentemente conmigo, para decirme a su nombre que consideraba impolítica mi abstención y que debería ir a la ceremonia, lo cual acepté, no a mi nombre particular sino como Jefe del Estado de Jalisco. Y fui. Llevé todo un tren con delegaciones políticas, llevé la Banda de la Gendarmería de Jalisco, que era famosa en el País, y músicas populares fueron durante la no-

che del último de noviembre alegrando el viaje del tren. A la mañana siguiente, llegamos a Buenavista a buena hora, y a pesar de que en el andén estaban ya los trenes de Guanajuato, con el Gobernador Colunga y el del Norte con los de aquellos Estados, el señor General Obregón me distinguió enviando a los oficiales Badillo, Galindo y Márquez de su Estado Mayor quienes ya iban uniformados de gran gala para asistir a la ceremonia en el Estadio de la Piedad. Tenían instrucciones de acompañarme a Palacio. A nuestra llegada encontramos en el Salón de los Embajadores a algunos diplomáticos y Secretarios de Estado que también esperaban el momento de acto tan trascendental, como era aquel de la transmisión pacífica del poder. Fui llamado hasta el gabinete privado, en el cual encontré a los dos Presidentes: Obregón, el saliente, y Calles el electo. El aspecto del primero era contrario al del segundo. Aquél, estaba radiante de salud, muy contento, optimista, luciendo sobre su ancho pecho con toda nobleza la banda tricolor; y el segundo, taciturno y mohino, reservón y con una cara muy rasurada pero de color cetrino. La banda tricolor se veía deslucida por debajo de su negro traje. Parecía uno de esos muertos de agencia funeraria gringa, que son rasurados y polveados con talcos y coloretes. Aquello no podía menos de impresionarme, más cuando en la antesala me había encontrado con la figura porcina de Morones. Mi atención afectuosa se fijó en el General Obregón, a quien me dirigí en primer término para saludar, y sólo después hice lo mismo con el General Calles. Tomé asiento y se inició una de esas pláticas en las que Obregón derrochaba ingenio. Me preguntó con sonora voz por CHAMULA, a quien poco antes había yo contestado unas cartas rechazando con energía sus pretensiones de que le reconociera jerarquía pública. Me mostró un enorme escapulario rojo, con aspecto de muleta de matador de toros, que se encontraba sobre una mesita, explicándome que aquel regalo se lo había hecho esa mañana una viejecita, agradecida por algún favor. Dijo que tales arreos a él no le servirían en su nueva ocupación de agricultor del Valle del Yaqui, y que en cambio, ahí se los dejaba a Calles para que con él se las capoteara con sus enemigos. Poco más se extendió la conversación hasta que yo, deseando ir al hotel para prepararme cambiándome de traje con objeto de asistir a la susodicha ceremonia, me levanté con el fin de despedirme. Así lo hice saber a los señores Presidentes, rogando a

Obregón que ordenase a alguno de sus oficiales que me avisara el día de su salida de México rumbo a Sonora, para que a su paso por Jalisco las organizaciones populares y el pueblo en general le hicieran una manifestación de agradecimiento por cuanto nos había ayudado en nuestra obra de progreso constructivo y revolucionario; pero al estar formulando la invitación me di cuenta de la necesidad de que el señor General Calles fuera tratado por mí en forma igual, ya que cegado por la gratitud, estaba yo cometiendo un gravísimo error político al posponer las atenciones de uno, que era el nuevo Jefe del País, por las del otro, que dejaba de serlo en aquellos momentos y que, aunque nos había colmado de bienes, iba a retirarse a otras actividades distintas de las políticas, y Jalisco y yo quedábamos a merced de la nueva administración. Procuré corregir la falta, y dirigiéndome a Calles, le dije más o menos, que como él no había vuelto por Jalisco desde antes de partir para Europa, le rogaba que, aprovechando la ocasión de que Obregón estaría pronto en Jalisco, aceptara una invitación que formalmente le hacía. Yo había tratado varias veces con Calles, en ocasiones muy distintas y en los diferentes puestos que desempeñó. Lo había conocido de muchos modos: contento, indiferente, enojado, mustio y cansado, y siempre había logrado entenderme con él; pero en aquella ocasión, el hombre perdió los estribos completamente. Levantándose de su asiento se dirigió a donde Obregón y yo estábamos y alzando la mano derecha violentamente sobre él, golpeándolo con el dorso en su pecho y diciendo furioso:

—¿De manera que usted, Zuno, es de los que creen que éste se me vuelve de Manzanillo...? Pues está usted equivocado... —El aspecto saludable y alegre del General Obregón, verdadero triunfador de aquel episodio político, cambió instantáneamente ante la agresión del favorecido Calles. La frente del Manco se arrugó en un gesto de indignación; pero no perdió la serenidad ni dijo una sola palabra. Ya Calles, fatigado por el dramático desahogo, se alejaba un tanto de nosotros con los brazos caídos y la faz cadavérica, cuando yo, haciendo un esfuerzo por terminar aquella situación tan difícil, le di la espalda y dije a Obregón:

—¿Verdad, General Obregón, que usted y yo no hemos supuesto nada?

—No, Zuno...

—Le ruego que me avise cuándo pasa usted por Guadalajara.

Adiós. —Y salí del despacho en condiciones de anonadamiento físico, pensando en la significación de aquellas duras palabras dichas por el Presidente Electo, que por impopular, hubiera perdido las elecciones, si todos nosotros, los obregonistas, no lo hubiéramos respaldado. Aquello significaba, pues, que Morones y Calles estaban ya en franca guerra contra Obregón, y para mí se descorría la duda de si Calles sostenía a Morones contra nosotros o nó; pues ya estaba claro que, según su propia voz, Obregón había dejado de tener ingerencia en la política nacional. Hay que recordar que en aquellos días aún no conectaba sus líneas el ferrocarril Sud-Pacífico, y que para ir a Sonora, era preciso embarcarse en Manzanillo. Por eso Calles usó simbólicamente el nombre del puerto para significar su resolución de romper con Obregón. Naturalmente que yo ni fui a la ceremonia, ni volví a ver ni a hablar con Calles jamás. Me reduje a ir al hotel. De ahí sólo salí a comprar algunos animales para el Parque Zoológico. En la tarde regresé con toda la comitiva a Guadalajara, sin confiar a nadie lo acontecido ni ese día, ni otro alguno, jamás. Cuando el General Obregón inició su segunda campaña Presidencial, vine yo de Los Belenes a saludarle a su paso para México y al entrar a su habitación del hotel Fénix, dijo como un saludo, ante los políticos y militares que lo acompañaban:

—Qué sabio es saber esperar... ¿Verdad, Zuno...?

—Sí, —le contesté yo—, así es.

—Usted sabe por qué se lo digo. Recuerdo ahora aquella vez en que el General Calles nos enseñó el juego a usted y a mí. Señores, ahora es tiempo de que diga a ustedes que Zuno ha guardado silencio por años de lo presenciado por él cuando Calles recibió la Presidencia y no lo ha revelado a nadie. Y voy a referirlo ahora, que ya es tiempo de ello. Gracias, Zuno, por haber aceptado tantas dificultades en su gobierno y en su persona, sin mencionar lo que le constaba. —En seguida hizo un relato de lo que ya queda aquí escrito antes. Al terminar me dio un abrazo, que secundaron todos los presentes y que yo recibí, naturalmente, con gusto. Efectivamente, yo guardé silencio por dos grandes razones: porque conocí lo perjudicial que sería para Obregón que aquello se propalara; y porque, de saberlo, muchos de mis amigos se convertirían en un abrir y cerrar de ojos en enemigos. Me conformé con mi suerte, aprestándome a luchar contra Calles y contra Morones, como lo hice, con todo éxito,

en toda ocasión, pues jamás pudieron ni el callismo ni el moronismo, apoderarse de Jalisco.

El General Cárdenas era Jefe de las Operaciones en Jalisco cuando Calles se hizo cargo de la Presidencia. Pero antes de que el mes de diciembre terminara, ya lo habían cambiado mandando en su lugar al General Arnulfo Gómez, connotado enemigo mío. La enemistad venía desde cuando, siendo Gómez Jefe de las Operaciones del Valle de México, me negué a comprarle diez mil ejemplares de un libro del cual se decía autor y que pretendía sirviera como libro escolar oficial. Como no necesitaba el estado libro alguno, ni aquel era adecuado, me negué a comprarlo. Según supe después, en otros estados sí habían adquirido el libro, no para ponerlo en uso sino para congraciarse con Gómez, pues en las escuelas nunca lo leyeron. Creo que se titulaba *El niño Artillero*. La cuestión es que, apenas llegado a Guadalajara dicho General, buscó algún pretexto para chocar conmigo y lo encontró en el Sindicato de Agricultores, que era la organización latifundista-reaccionaria opuesta al agrarismo. De acuerdo con ella, dio a los periódicos declaraciones tendenciosas anunciando que se impondría el orden por medio de las armas en cualquier lugar en que fuera trastornado. Yo sabía que Gómez era pretendiente a la Presidencia de la República. Aprovechando aquello, procuré que aceptara una invitación para comer en unión de amigos de él y míos, y ahí concerté una alianza que me dio desde aquel día la ayuda de Gómez y de sus amigos. Calles esperaba que Gómez y yo entráramos en dificultades. Al ver que no, esperó un momento favorable y más tarde lo sustituyó con el General Jesús M. Ferreira, grande amigo mío y del General Obregón. Las peripecias de las luchas entre laboristas-callistas y callistas-obregonistas llegaron en ocasiones a ponernos en situaciones difíciles tanto más cuanto que, al abrirse la campaña por la sucesión gubernamental del estado, la división entre romistas y cuellaristas fue notoria. Los romistas eran mucho menos que los cuellaristas; pero aquellos eran en su mayoría funcionarios del estado, municipales y federales, que causaban mucho daño por su colocación burocrática estratégica. Romo tenía menos partidarios porque en primer lugar, era el disidente. Luego, porque a pesar de

su reconocida inteligencia, de su simpatía personal y de su agradable ingenio, ya había dado pruebas de que no era buen administrador público. Cuando lo elevamos a la Presidencia Municipal de Guadalajara, puesto en el cual no realizó ninguna obra meritoria, fue arrojado por los partidarios del Gobernador Vadillo, aprovechando una falta de Romo al perder en el Casino Jalisciense cinco mil pesos en juegos de baraja, pagándolos con dinero de la Tesorería Municipal lo cual fue propalado por los vadillistas suscitándose gran escándalo, siendo Romo desaforado del Ayuntamiento, con grave daño para nuestro partido, que estaba ya en abierta pugna con el Gobernador Vadillo. Éste se había rodeado de personas impopulares y extrañas al estado, que venían cometiendo verdaderos atracos en los puestos en que se habían colado, tanto en la Beneficencia Pública como en el Ayuntamiento. Naturalmente, el recuerdo de todo aquello alejó muchos partidarios que se sumaban a Cuéllar por cuya labor municipal la ciudad se mostraba reconocida, y en él se esperaba que los proyectos iniciados en el cuatrienio que me correspondió a mí, fueran no solamente terminados satisfactoriamente, sino superados, pues él sí mostraba dotes administrativas, al grado de que por su iniciativa se habían realizado obras perdurables como el Mercado Libertad. Las contribuciones municipales habían sido reducidas sin que los servicios públicos sufrieran menoscabo, siendo embellecida la ciudad con alumbrado y jardines. Pero en México nada de esto les interesaba, sino solamente querían encontrar quienes secundaran los planes futuristas de Morones y Calles. A ello se prestó precisamente Romo. A cambio de su ayuda, le permitieron que en el Congreso de la Unión manejara a su antojo los presupuestos, siendo famosas las orgías que se corrían tanto allá como aquí. Poco antes de que la división de romismo y cuellarismo se definiera, Margarito Ramírez quiso de buena fe terciar entre Calles y yo, y le propuso que tuviera conmigo una entrevista en Irapuato, por donde pasaría él rumbo al Norte determinado día y hora; y habiendo obtenido la anuencia me telegrafió invitándome a concurrir, a lo cual me resistí manifestando que no me era posible ir; y que si el General tenía verdadero interés en tratar conmigo, que bien podía acudir a Guadalajara, ya que era igual la distancia. Yo jamás hubiera cometido la falta de caer en una

celada semejante, después de lo acontecido en el Palacio Nacional el día de la toma de posesión, y él, en cambio, hubiera aprovechado perfectamente si ingenuamente hubiera yo acudido a la cita. Todo esto y otras circunstancias y acontecimientos que referiré, iban poco a poco enfureciendo a Calles, al grado de que no quería oír hablar ni de Jalisco ni de mí.

LA BATALLA DE PALO VERDE

LAS DOS terceras partes del ejército se pasaron al lado de los rebeldes delahuertistas, debido a la impopularidad de la candidatura Calles. Llegó a ser tal la osadía y el descaro de los traidores, que hubo uno, Maicotte, que vino de Oaxaca a México para protestar adhesión al Gobierno, solicitando elementos para perseguir al Gobernador rebelde, General García Vigil. El General Obregón dio a Maicotte varios trenes con equipo, parque y armas, que el descarado jefe llevó hasta su jurisdicción y una vez allí desconoció al Gobierno. Así pasó con otros muchos. Pero todos ellos fueron muy duramente castigados por el genial Obregón, pues los batió en detalle, con muy pocas tropas que movió con tal habilidad, que después de destruir, por ejemplo, el núcleo principal de Veracruz en la batalla de Esperanza, con toda rapidez volvió sobre los de Hidalgo y tras de derrotarlos, vino a establecer su Cuartel General en Irapuato. Acá se habían agregado a los rebeldes algunos jefes que estaban retirados, como Diéguez. Además, se habían reclutado nuevos soldados, pues como el movimiento se declaró reaccionario, hubo muchos campesinos fanáticos que tomaron las armas. Sin embargo, los voluntarios agraristas fueron mucho más numerosos, como los núcleos de la costa al mando de Casimiro Castillo y los de Cosme Cedano en la sierra de Tapalpa. Organizó el General Obregón una columna fuerte al mando del General Paulino Navarro, jalisciense de Autlán, muy aguerrido pero poco acostumbrado al mando de un ejército numeroso. Venían con él los Generales Cárdenas, Ávila Camacho, Otero y otros, que no eran tampoco capaces de una campaña estratégica y que, saliéndose de las instrucciones de Obregón, avanzaron rápidos sin ninguna precaución persiguiendo a un rancho de la sierra de Mazamitla, llamado Refugio Sánchez, que los fue poco a poco atrayendo y engolosinando dándoles la impresión de que lo venían destrozando y de que él huía. La trampa que Buelna tenía en las cercanías de Teocuitatlán, esperaba no más la oportunidad de funcionar. El rancho Sánchez fue el anuncio más seguro, pues tras él venían los confiados soldados obregonistas, que

cuando menos pensaron estaban envueltos por los rebeldes, quedando muerto Paulino Navarro en el encuentro y Cárdenas muy mal herido. La circunstancia de que El Yaqui, ayudante de Buelna, creía que Cárdenas era masón, le salvó la vida, pues dicho Capitán yaqui montó guardia al lado de don Lázaro para evitar que lo remataran sus enemigos. El Yaqui y Buelna eran masones; Cárdenas no. Fue meses después, ya de regreso en Guadalajara, cuando se inició en compañía de muchos de los jefes y oficiales obregonistas, en la Logia Gnosis-6. Destrozado el ejército, los rebeldes se lanzaron sobre Obregón en tres columnas, una que avanzó hasta amagar y tomar Morelia, otra que se estableció sobre la línea del Río Santiago y la central que avanzó al mando de Estrada y de un General ex-federal huertista de apellido Salas que era el director intelectual y técnico de los ejércitos de la rebelión. Buelna tomó Morelia y murió en el asalto final, muy valientemente. Obregón, entre tanto, desde Irapuato observaba los acontecimientos. Cuando llegaron los informes de la derrota de Amatlán y de la muerte de Paulino y de la prisión de Cárdenas herido, dicen que comentó:

—¡Qué buenos gallos de pelea tengo yo...! ¡Pero qué p...!

Por fin, viendo con qué zaña atacaban Morelia, se dio cuenta de que el enemigo quería atraerlo para ese lugar; pues no era posible que por ese lado se pretendiera llegar a México, por las dificultades naturales que tal plan implicaba. La columna de Ocotlán, había sido estacionada y quedó inmovilizada por la campaña enérgica del General don Joaquín Amaro. La del centro, parecía moverse en dirección de Morelia. Obregón entonces reunió de manera muy ostensible todos sus elementos y envió avanzadas en esa misma dirección, como atendiendo las llamadas urgentes que el jefe de esa plaza le hacía. Pero citando a conferenciar a los jefes de sus corporaciones, les previno que desde en las primeras horas de la tarde tuvieran sus contingentes en los carros del ferrocarril, listos para la orden de marcha; y que de una manera prudente, avanzaran hasta colocarse en la estación de Palo Verde, donde no debían hacer el menor ruido ni tolerar ninguna luz. El enemigo, entre tanto, informado por sus espías de que Obregón había iniciado un avance hacia Morelia con el grueso de sus contingentes, volvió sobre sus pasos y se lanzó, en una marcha de toda la noche, sobre la vía, para pasarla precisamente en la estación de Palo Verde, para de ahí tomar el camino de México,

suponiendo que cuando Obregón se diera cuenta, ya ellos estarían bien lejos y unidos a los otros núcleos rebeldes. Pero cuando, en la madrugada, hubieron pasado la vía los últimos rebeldes, las fuerzas de Obregón abrieron el fuego sorpresivamente, ocasionando una derrota fulgurante a Estrada y a Salas, que no entendían lo que pasaba, tan seguros estaban de haber engañado a Obregón. Nada quedó de aquel brillante ejército. Estrada, disfrazado de mujer, ganó la frontera. Huyó así por las rancherías más remotas. Cuando la tercera columna de los rebeldes fue también derrotada en la batalla de Ocotlán, con la intervención de los Generales Amaro, Cruz, Ortiz, de mis hermanos Alberto y Salvador y de otros más, el General Obregón vino a Guadalajara. Yo había para entonces entrado a la ciudad y dispersado algunas partidas que pululaban por el campo en mi recorrido de La Cañada a la capital y me encontraba de nuevo al frente del Gobierno, desde días antes de la llegada del ejército. El señor ingeniero don Francisco Labastida Izquierdo, militar de grandes conocimientos científicos militares, quien ganó mención honrosa especial cuando se graduó en el Colegio Militar de Chapultepec, me acompañó a Ocotlán el día que fui a recibir al Presidente triunfante. Deseaba, muy intrigado, hacerle algunas preguntas y se las hizo así:

—Dígame, señor Presidente: ¿cómo pudo usted prever que su enemigo pasaría por la estación de Palo Verde...?

—Señor ingeniero, yo me guío siempre por un consejo viejo que me dio un guerrillero sonoreño, allá en mis aventuras guerreras: "Nunca vayas a donde el enemigo te llama. Si te está atrayendo a la montaña, tu espéralo en el llano. Si te quiere hacer bajar, tu quédate en el cerro, hasta que tengas la seguridad de dar la batalla donde ganes"...

—Pues más o menos eso dicen las reglas tácticas, en otro lenguaje; pero con el mismo significado...

—Yo vi —continuó Obregón—, que me provocaban haciendo demasiados desaguizados en Morelia; que sin mayor razón destruían al Chato López, jefe de la plaza asediada. Por los otros dos frentes, no había señales de actividades. Lo que querían, pues, era desplazarme de la vía, para ellos cruzarla impunemente y amagar a México. El mejor lugar para la operación era indudablemente Palo Verde. Yo mismo, en el caso del enemigo, lo hubiera elegido para tal cruce. Por eso simulé lo más perfectamente que pude, que iba en auxilio del Chato a Morelia. Cuando las

sombras nocturnas eran espesas, ordené con toda cautela la marcha del convoy para Palo Verde...

El ingeniero Labastida, de vuelta ya para Guadalajara, decía entusiasmado:

—Indudablemente que nuestro Jefe es genial. El triunfo es seguro con él. No cabe la menor duda.

Y así fue. Triunfamos en toda la línea.

E L P E R I O D I S M O *

EL CASTILLO, se llamaba la tiendita de abarrotes que mi padre tenía en la antigua Plaza de Toros, (actual Mercado Alcalde). En el mostrador revolvía yo el montón de periódicos del papel de envolturas. Separaba los que tenían dibujos y me ponía a copiarlos. El suplemento a colores de *El Imparcial* de México, con dibujos de Carlos Alcalde y de Olvera, era mi preferido. También caían a mis manos *La Voz Parroquial*, del Santuario de Guadalupe y una Revista de *La Congregación de la Santa Fe*, que traían imágenes de santos, fotografías de las misiones en África y Asia, con misioneros, acompañados de chinitos, negritos e indostánicos como catecúmenos; o retratos horribles de niños desnutridos de aquellos países, o de grupos de multitudes acuciadas por las hambrunas. Por las calles de la ciudad, los voceadores gritaban diariamente... *La Gaceta de Guadalajara* y los sábados y domingos, *Juan Panadero* y *El Malcriado*. Dos peluqueros eran los editores de éstos: Sampayo del primero y Trinidad Agredano del segundo. Éste tenía su peluquería y un mollejón para afilar toda clase de cuchillos, tijeras y otras herramientas por la calle Hidalgo, poco más arriba del Mercado Corona; y aquél frente al Portal de San Juan de Dios. Don Antonio Ortiz Gordoa seguía insistentemente publicando su semanario de combate *El Correo de Jalisco*, que durante la administración gubernamental del general y licenciado don Luis del Carmen Curiel había sido clausurado, sus cajas empasteladas y él, don Toño, apaleado por los esbirros curielistas. Otras publicaciones literarias conocí posteriormente, al alborear el siglo actual, como *La República Literaria*, *El Domingo*, *Cultura*, las que redactaban don Victoriano Salado Álvarez, Ruperto J. Aldana, Zúñiga y Tejeda, don Luis Pérez Verdía, Enrique González Martínez, Manuel Puga y Acal; y *La Aurora Social*, de los jóvenes Pancho González Guerrero, Carlos González Peña, Luis García Robledo (hermano mayor de Miguel Othón Robledo y de las profesoras de su apellido) junto con los

* Conferencia dictada ante la Sociedad de Periodistas.

escritores políticos y socialistas Miguel Mendoza López, Roque Estrada, Ignacio Ramos Praslow y Celso Marín.

Aquel poeta gigantón Acal Ilizaliturri colaboraba en todas las publicaciones. Cuando se quedaba por ahí tirado en alguna de sus frecuentes borracheras, los gendarmes tenían que llevar dos camillas para conducirlo a la Comisaría, porque no cabía en una sola. Sin duda que la *Gaceta de Guadalajara* era la publicación más importante. Su dueño, el político colimense don J. Trinidad Alamillo, montó magníficos talleres allá por la Caja del Agua, en la calle de la Independencia, cruzamiento con la de Juan N. Cumplido. Era Director de la *Gaceta* el licenciado Luis Manuel Rojas quien fundó después, como por 1910, la *Revista de Revistas*. La redacción de estos órganos periodísticos era muy brillante: Max y Pedro Henríquez Ureña estaban ahí de planta. "*Max y Menox*"... como decía la leyenda de una magnífica caricatura que hizo de ellos Jorge Enciso. El hermano de éste, Javier, era escritor humorista y de aquel entonces data su fama con su seudónimo "ZUTANO". También escribía el poeta del corbatón y del puro, Pepe Luis Velasco. Don José G. Montes de Oca, publicaba su *Revista Blanca*. Para esta y otras revistas, eran los indispensables dibujantes Javier Guerrero, Roberto Montenegro y Carlos Stahl. Algunas veces dibujé yo algo para Montes de Oca. Anteriormente a nosotros, ilustraron revistas más antiguas Gerardo Suárez, Félix Bernardeli, Felipe Castro, Gonzalo Ancira, Gerardo Murillo, Othón de Aguinaga, José Vizcarra, Rafael Ponce de León y Jorge Enciso. Por aquellos días apareció el famosísimo *Kaskabel*. Benjamín Padilla vino a estudiar al Liceo de Varones y se quedó aquí. Igual pasa con tantos colimenses como él y con otros hijos de los estados vecinos. "Chicho" Parga y don José I. Solórzano eran los otros redactores. Comerciantes éste y Padilla hicieron una fortuna aprovechando la enorme circulación de su periódico para acreditar dos productos: "EL JABÓN DE LECHE DE BURRA DE SOLÓRZANO Y PADILLA", para suavizar y perfumar el cutis, y la "CAPOMOLINA" un portento para aumentar la leche de madres y nodrizas... El *Kaskabel* también fue la base del "Chato" Padilla para su empresa de toros de la Plaza de El Progreso.

A tres cuadras del Liceo de Varones, por la calle Alcalde, estaban los grandes Talleres de Litografía, Imprenta y Encuadernación de Loreto Ancira. Aquel peculiar olor de tinta litográfica nos atraía mucho, porque algunos queríamos conocer los secretos del

oficio. Jesús Sauza González primero, y yo después, fuimos los únicos que logramos pasar la misteriosa y grande puerta. No sé qué influencias movería él. A mí, me llevó mi tío, Fray Rafael Hernández, franciscano, hombre muy liberal que supo de mis aficiones al dibujo porque le obsequié un cuadrito en el que aparece un cardenal dormido mientras un monje lo retrata. Los señores Loreto-Ancira me admitieron inmediatamente. Ahí en el salón de dibujo encontré a dos de mis maestros del Liceo: don Luis Vázquez Foncerrada y don Jesusito Mendoza. Ni Sauza González ni yo practicamos los rigurosos ejercicios de la caligrafía normática de los litógrafos, sino en muy escasa medida. Caricaturas y más caricaturas era lo que dibujábamos en nuestras mesas. La letra inglesa nos tenía sin cuidado así como los minuciosos mecanismos del grabado fino, de la numismática, del transporte y de la iluminación de relamidas imágenes y estampas cromáticas. Pronto nos hicimos populares aun en la oficina y en los talleres, porque nada respetaba nuestro lápiz mordaz: desde el enclenque señor don Teófilo Loreto y su no menos escuálido hijo don Francisco, hasta el último chícharo... (chícharos eran los aprendices).

Aquella empresa tenía mucho de escuela, de convento, de taller. O mejor dicho, era de todo un poco. Varias veces fuimos castigados con ponérsenos de pie por varias horas, por haber cometido algún desaguisado subversivo o por alguna irreverente caricatura. También rezábamos algunas oraciones en coro, o las cantábamos, todo el personal, antes de salir al mediodía o en la noche. Durante la Semana Santa, había ejercicios espirituales que presidía don Francisco, con más unción que cualquier canónigo. El único que hacía buenas migas de verdad con nosotros, era don Jesusito Mendoza. Hombre de magnífico humor, muy buen dibujante, ambidiestro calígrafo, gustaba de bromas con nosotros, de las cuales no siempre salió bien librado. Una vez, sabiendo cuánto nos gustaban los famosos pirulíes, (pirulíes eran unos dulces de miel de colmena en forma de cucurucho...) se las compuso de tal modo que metió dentro tinta roja, de un horrible sabor. Pronto nos la pagó, porque con esa misma tinta llenamos sus botines de resorte, que solía dejar por debajo de su mesa de trabajo para descansar de sus múltiples callos... Hubo espectación, porque corrimos la voz por todo el edificio. A la hora de salida, una multitud de espectadores rodeó la mesa de don Jesusito, que no atinaba con el misterio. Era tan hábil para meter los pies en los zapatos, que no ne-

cesitaba el auxilio de sus manos. De manera que cuando decidió recalzarse, medio se levantó del asiento, luego atrajo con los pies sus zapatones y levantándose, los metió dentro... y en seguida, paseó su mirada aterrada por todo el círculo que lo rodeaba, como preguntando qué era aquello tan gelatinoso que envolvía y helaba sus viejos pies... En medio de la carcajada general, salió del asiento y miró cómo los chorros de tinta roja salían por los resortes de sus botines y por debajo del pantalón...

—¡Estamos a mano...! —nos dijo a Sauza y a mí, como aceptando un armisticio que nadie le proponía, pero que evidentemente necesitaba...

Cuando fue lanzada la candidatura del General Don Bernardo Reyes para la Presidencia de la República, se publicó en su segunda época *El Perico*, semanario humorístico, ahora bajo la dirección de don Ramón Figueroa, dueño también de la Agencia de las bicicletas Geugeot. Quiriendo publicarlo con caricaturas, se dio a buscar por la ciudad quién se las hiciera y dio conmigo porque alguien le informó que ahí, en el Liceo de Varones, había un muchacho que las hacía constantemente de los maestros y de los alumnos. Un día, el señor don Leonardo Pintado, Prefecto del Liceo, salió de su despachito y gritó, como se grita en las cárceles:

—Zuno... A la puerta... —Hubo sensación en los corredores, porque ya todo lo relacionábamos con la política de oposición al porfirismo y creíamos que algo había de aquello.

—Aquí lo busca el señor Figueroa... —me dijo don Leonardo.

Don Ramón era muy chaparrito. Eso me lo hizo muy simpático y en cuanto me hube enterado de su propuesta, me decidí, pero dejé a salvo la consulta con mis padres. Treinta pesos mensuales me pagaría. Podría seguir estudiando; y en cuanto al oficio de litógrafo, lo podría seguir, puesto que su socio, don Rafael Morales, acababa de establecer un taller en el cual estaba como maestro, nada menos que don Jesusito Mendoza... Mis padres accedieron y prontito apareció el primer número. Carlos Stahl vino en mi ayuda, pues para mí eran muchas cuatro páginas semanales que litografiaba totalmente. Yo lo había conocido en el Club Atlético. Carlos ha sido siempre un deportista del atletismo y ya desde tan joven figuraba por parejo con Modesto Barreto, con Manuel Alvarez, con Silvino González, con Carlos Bianchi y con Alfonso Orozco. Había en el club además de una multitud de aparatos atléticos, mesas de billar y otras de ajedrez que nos habían atraído a Rafael

Buelna y a mí. Yo no era un atleta, pero siempre fui muy ágil y rápido. Desde en el Liceo practiqué todos los juegos y las luchas y las esgrimas. No era muy fuerte, pero con frecuencia vencía compañeros mucho más pesados que yo... Tal vez por eso... Por otra parte, yo no me medía sino con quien calculaba llevar posibilidades. En el billar y en el ajedrez era mediano. Buelna era bueno en las dos cosas y apaleaba constantemente a Sebastián Allende, que nunca se dio por vencido a pesar de los muchos pesos que le costó. Stahl y yo hicimos caricaturas de toda la parroquia del Atlético y muchas de ellas pasaron a las páginas de *El Perico*.

Una vez instalados en la casa Morales, frente al Mercado Corona, en el hotel propiedad del padre de don Rafael, dio principio una vida periodística activísima. Fuimos invitados a integrar la Prensa Unida de Guadalajara. Casi todos los fundadores han desaparecido. Por ahí anda Fregoso; en Veracruz, viven el licenciado Herrador y Calvo y Cayetano Gómez Peña. También viven Agustín Santoscoy y Luis Abitia, aquí en Guadalajara.

¿Cómo olvidar a Enrique Delgadillo y Gutiérrez? "El Democracia" era su apodo popular. Desde mucho antes de que se iniciaran los movimientos anti-porfiristas, él fue un precursor. Bastaba un cartucho de tequila para que se lanzara fuera de la cantina a predicar la democracia. Era reportero. De ello vivió toda su vida. Su miopía era tanta, que cuando leía o escribía, más bien daba la impresión de que estaba limpiándose los ojos con el papel, pues nunca quiso usar anteojos. Muchas veces los gendarmes lo apalearon, porque sus admoniciones se dirigían a ellos con bastante frecuencia, pero no crean ustedes que dejaba en el tintero a los altos gobernantes; no señor, desde don Porfirio abajo, recibían andanadas de aquel profeta.

Por supuesto que don Jesusito Mendoza reincidió en sus bromas. Un día, estábamos en la litografía dándole cargas, cuando de improviso entró un gendarme muy agresivo, preguntando por mí. En el último número de *El Perico* había aparecido una caricatura mía del Gobernador Ahumada, que daba principio en la primera página y acababa en la última, pues el señor era altísimo, gordísimo, frondosísimo, bigotón y barbón. No debo ocultar que inmediatamente me di por víctima, pero no perdí los estribos. No intenté ocultarme. Seguí en mi mesa de trabajo y le dije:

—Yo soy. ¿Qué se le ofrece?

—Pues acompáñeme a la Comisaría... Me mandan por usted...

Dése por preso. —Y levantaba la macanota sobre mi cabeza.

—Muéstreme la orden y en seguida lo acompaño.

—Qué orden ni qué ojo de hacha... Ándele pronto... —y me jalaba del brazo.

Don Rafael Morales, Carlos Stahl, los prensistas, los cajistas, todo el personal de los talleres me rodeó, protestando, menos don Jesusito. Seguía el buen viejecito impávido, como si tal cosa... Y ello me dio la clave del asunto, porque ni era tan valiente, ni me quería mal, sino muy al contrario, toda su vida me guardó gran afecto. Me acerqué a él.

—Mire, —le dije al gendarme—, si es por la caricatura de Ahumada, yo la hice porque este señor me lo ordenó. Y además, él cuenta por todas partes cosas muy chistosas de su gobernador, como aquello de que ofreció en unos exámenes regalar un MUNDO DE TAMAÑO NATURAL a un muchacho que se lució en Geografía... Y este señor es también el que le puso al jardincito boludo que acaban de hacer en la Calzada, frente a San Juan de Dios, EL OMBLIGO DE AHUMADA... Y él es quien le puso a la aplanadora de pavimentos LA BICICLETA DE AHUMADA.

Su truco bromista quedó al descubierto. El gendarme miraba a don Jesusito, a los demás, a mí... y don Jesús no tuvo más remedio que decir, parpadeando y todo corrido...

—Si no era más que una broma... —El gendarme lo miraba como pidiéndole instrucciones.

—No, le dije yo—. Usted y yo vamos al bote para responder de las ofensas al señor Ahumada.

El pobre cuico no sabía qué hacer, hasta que todos soltamos la carcajada y nos fuimos a la cervecería de la esquina donde don Rafael Morales nos pagó las copas, quedando el gendarme como amigo nuestro, lo que nos fue después muy útil.

La Prensa Unida hizo varios festejos, entre ellos, una corrida de toros. Mataron el Chato Padilla, Chicho Parga, Luis Abitia, Juan José Gudiño y Alberto Pérez Rojas. Estos dos últimos eran magníficos aficionados; pero los otros tres, salieron con mil apuros de la suerte. Abitia terminó igual que cuando echó el clavado en el tanque sin agua del Club Guadalajara: todo molido. El Chato y Chicho trompiqueados y éste se rio mucho del grito que le lanzaban desde los tendidos:

—Chicho... ¡Mira un globo...! —Chicho Parga era jorobadito, e incapacitado para ver hacia arriba. Muy inteligente, muy va-

liente, salió airoso del trance. Inclusive, clavó banderillas. A mí, me tocó saltar la garrocha. Ya he dicho que fui muy ágil. Por algunos días ensayé la suerte con una pica que me prestó Raúl Banda y me sentí un Moro Muza. Al salir el segundo toro, me lancé al ruedo, con mi palote cité al bicho... y arriba...! Una de mis alpargatas tocó el cuerpo del toro y un escalofrío intenso corrió por todo mi cuerpo... Apresuré mi aterrizaje, vi grande, como un elefante, al toro, desde allá arriba y desde abajo, y corrí... corrí desesperadamente en busca de un burladero. El toro siguió su carrera en sentido contrario al mío, pues la suerte salió bien; pero yo no lo sabía, y di de pecho contra la barrera, me clavé de cabeza en el callejón y ahí quedé entre las risas de los compañeros, que se apresuraron a levantarme y a sacudir mi traje calañés, pues iba como Dios manda, de pantalón andaluz, chaquetín, faja roja muy ancha y alpargatas... El público aplaudía a rabiar, pero yo no me daba por aludido, hasta que Padilla me dijo: "Vamos, anda, que te llaman en el palco de las reinas". Y subí, subí en medio de los aplausos del público, que ignoraba mis apuros. Por muchos años conservé la banda de seda que me colocaron en el pecho las reinas: Toñita Casillas, las Inzunza, Gloria Avilés. También me regalaron un programa impreso en seda como un recuerdo de aquel soponcio. Cuántos sustos me he llevado en mi vida, que sin embargo me han valido aplausos, porque el generoso público ignora con cuántos sinsabores se le sirve...

También hicimos una mascarada en aquella ocasión. A mí me tocó poner en carácter a la mayor parte de los compañeros de la Prensa Unida. A Chicho Parga lo arreglé como al Hombrecito de la Giba, Ruiz de Alarcón. Al Chato Padilla, como Chiuti, el del Tenorio. Manuel Acosta era don Quijote y su Sancho el Gordo Izábal. Díaz de León, montado en un caballote blanco, era Napoleón, ¡y vaya que sí se sentía como tal! Yo me hice Cyrano. Manuel Martínez Valadez era un picador de toros. Carlos Orozco un mataor andalú. Hernández Galván un fakir hindú. Recorrimos las calles en medio de un gran alborozo. Las tiples del Teatro Principal nos acompañaban también, con sus disfraces, en coches, en bicicleta. Clementina Morín y María Trujillo iban a caballo.

La vida de los periodistas de aquellos días era muy animada. Como el oficio no rendía mayores utilidades, todos trabajábamos además en otras partes. Una gran camaradería era la virtud principal del gremio en la primera veintena del siglo. Los liberales y

los conservadores convivíamos sin repulgo ninguno. Guillermo Enríquez Simóni, por ejemplo, había sido redactor de *El Perico* y después pasó a ser director de *El Regional*, sin que su situación cambiara para nosotros.

Cuando el General Reyes se retiró de la lucha política, *El Perico* no pudo subsistir, pues el desaliento de la opinión pública fue aplaudidor. Para entonces ya no éramos estudiantes, pues habíamos sido expulsados del Liceo. Hicimos Buelna y yo un semanario de caricaturas que se llamó *Rigoletto*... y que saldría, cuando mucho durante dos meses. Lo hicimos en el pequeño taller de don Faustino Rodríguez, cuya prensa era movida por un hombre. Ahí se hacían aquellas famosas loterías de figuras, con Don Ferruco, el Sabroso de las Bodas, el Alacrán Ponzoso, El que le cantó a San Pedro, la Atarántamela a palos... después, en *El Herald de Occidente* encontramos trabajo de reporteros. Había sido fundado por don Jesús Z. Moreno, aquel periodista veracruzano que mató al senador Tejeda Llorca muchos años más tarde, en la Cámara de Diputados, y a quien después mató la hija de Z. Moreno, María del Pilar, defendida brillantemente y absuelta en el Jurado Popular.

Pero llegó un momento en que nos fue imposible seguir aquí, a pesar de que, en ocasiones, teníamos trabajo, o en el *Tik-Tak*, de don Francisco Munguía Torres, semanario de caricaturas, o en alguna revista. En México, nos recibieron en *El Constitucionalista*, órgano del maderismo. Heriberto Frías y Rafael Martínez eran los directores. Ahí estaban Diego Arenas Guzmán, Félix Vera, Fernando Celada, Rafael de la Colina, Matías Oviedo, Rafael Quintero, Federico González Garza y su hermano Roque, quien fue Presidente de la República, interino, años después. Ahí conocimos a la plana mayor del antireeleccionismo. Muchos de ellos fueron grandes figuras posteriormente como Juan Andreu Almazán, Abraham González, Juan Sánchez Azcona, Filomeno Mata y sus hijos, Trinidad Sánchez Santos, don Victoriano Agüeros, todos ellos de la prensa independiente, que publicaban *El Tiempo*, *El Diario del Hogar*, *El País*, *La Nación*; y a don Félix Palavicini, quien tenía su redacción a la otra puerta de la nuestra, por la misma calle, ahora Artículo 123 y entonces Nuevo México, trabé relaciones con don Álvaro Pruneda, dueño del *Tictac* de México, gran caricaturista, padre de Álvaro y de Salvador de su apellido, también caricaturistas. Por él supe que

un nieto del Pípila, el héroe de Granaditas, había sido el primer caricaturista de *El Hijo del Ahuizote*, —el más famoso periódico político-satírico hasta aquellos días—. Por aquellos tiempos vio la luz aquel otro, también famoso *Multicolor*, después de *Frivolidades*, los dos de Mario Vitoria, en los que Ernesto García Cabral hizo sus primeros monos, haciendo su víctima a don Panchito Madero ridiculizándolo con sus sátiras. Conocí a Posada, ya viejo, en su taller. Nosotros sufríamos vejámenes con frecuencia, porque los últimos días del porfirismo azotaron más que a nadie a las filas periodísticas. Apreensiones, golpizas, molestias constantes. Nuestros directores fueron a dar con sus huesos a la Sexta Comisaría. En una ocasión también nosotros, cuando ya estaban los talleres en la calle de la Amargura, donde fueron clausurados y nosotros detenidos, afortunadamente nomás por unas horas. Quedamos cesantes. Algunos días, con ayuda de Severo Campero pude trabajar en el taller de dibujo del *Mexican Herald*. Después como electricista, con el ingeniero Manuel Espinosa, antirreeleccionista dirigente, quien en esos días hacía las instalaciones de las casas de los dos hermanos Vázquez Gómez en la calle del Havre. Después, otro antirreeleccionista, Martín Espinosa, nayarita amigo de Buelna, nos dio trabajo como rayadores del salón de billares Brunswick, en los sótanos del Teatro Ideal. Ahí se fraguaron levantamientos armados para noviembre. Cuando se cerraba el salón, quedábamos con los conjurados. Un talabartero de Jalapa, de apellido Tapia, fue el primero que solicitó urgentemente que algunos de nosotros fuéramos con él. Buelna y Almazán, que estaban en turno en el salón, salieron y se pronunciaron en las cercanías de Jalapa. Luego, desapareció Espinosa sin dejarnos instrucciones a los demás y yo decidí volver a Guadalajara. Un día, cuando Salvador Saucedo y yo salíamos de la Cervecería Alemana, unos gendarmes de la reserva nos detuvieron. Yo aproveché un descuido del que me llevaba del brazo para huir a toda carrera. Cerca del Molino de Colignon me agarró de nuevo, luchamos, me hirió en la barba con una daga, pero logré desprenderme y en esta vez ya no pudo alcanzarme. Llegué sin aliento a la casa de mi tío don Pedro Hernández, junto a la Garita de Mexicaltzingo. Al día siguiente, en una carreta con pastura, me mandó para La Chacona, cerca de Tlajomulco, hacienda que administraba mi abuelo. Luego, fui a Margaritas, porque las autoridades de Tlajomulco nos perseguían a mi tío y a mí, pues una noche, a caballo, habíamos tiroteado el

cuartel de la policía montada. Allá, en Margaritas, mi primo Fidel y yo nos agregamos a la gente de un cabecilla maderista, Vázquez, pero ni encontramos enemigo, ni combatimos en ninguna acción, porque inesperadamente se firmó la paz de Ciudad Juárez y nos reconcentramos en Ocotlán.

En Guadalajara de nuevo, volví al periodismo con Alberto Macías, que publicó *30-30*, también semanario. Después, otro que se llamó *El Tridente*. Stahl y yo seguimos haciendo caricaturas. Tenía su familia el cine Salón Verde y luego el salón París. En el hall había una gran silla acojinada, redonda, frente a la taquilla de boletos. Carlos y yo jugábamos carreras a ver quién hacía primero la caricatura de los que llegaban a comprar su boleto. Por aquellos días fundamos él, Javier Guerrero y yo, el estudio que después fue llamado EL CENTRO BOHEMIO.

Se encumbró Victoriano Huerta, tras del asesinato de Madero y Pino Suárez. El periodismo fue ya entonces el campo más apasionado de la lucha. Encarcelamientos, denuncias, insultos, el rencor y la injuria desencadenados. Llegó el Ejército del Noroeste. Ahí venía Buelna. Yo hice un intento de incorporarme con él, pero no lo logré. Narciso Valenzuela fundó el *Boletín Militar*, órgano de la Revolución, con Enrique Gómez Salcedo como Secretario de Redacción. Después, al desaparecer el *Boletín*, nació en su lugar *El Occidental*, con Retes Zepeda primero y Juan de Dios Robledo después, como Secretario. Se publicó también *Acción Mundial*, con Jesús Ibarra en la dirección y Pancho Valladares como Secretario. El doctor Atl era el inspirador. Vinieron entonces David Alfaro Siqueiros y Jesús S. Soto, al Estado Mayor del General Diéguez. Por años, en varias ocasiones, vivieron entre nosotros. Después, ocupó Villa la plaza. Con Julián Medina venían Mariano Azuela y José Becerra, de Lagos. Éste fue director de la biblioteca y aquél de Instrucción. Es aquí el lugar de hablar del periodismo de Lagos. Dicha ciudad, en todos los tiempos, se ha significado por su adelanto cultural. *El defensor del Pueblo*, llegó a ser el decano de la Prensa Jalisciense, pues se fundó desde a fines del siglo XIX. Todavía alcanzaron a colaborar en él don Agustín Rivera y otros estudiantes laguenses. Después, el mencionado José Becerra y su hermano Alfredo, publicaron *La Patria de Rosas*. Azuela y González León, *Kalendas*. *La esperanza*, era de Velázquez Galván. Ausencio López Arce y Apolonio Moreno, *Notas y letras*, revista literario-musical. Moreno compuso *Tres piedras*, tan popular por

muchos años. Bernardo Reyna, editó *Páginas literarias*. Otro laguense, Federico Carlos Kégel, autor de la zarzuela socialista *La hacienda*, fue redactor del *Kaskabel*. No debemos olvidar que don Agustín Rivera tenía predilección por dar a luz sus escritos en los periódicos. Y su famosa polémica con el doctor de la Rosa, se inició con la respuesta que dio a los artículos que contra él publicaba dicho padre Rositas en su periódico tapatío *La religión y la sociedad*.

Viénneme a la memoria los nombres de algunos ilustres periodistas que conocí. Los mencionaré como un homenaje a sus altos valimientos: Julio G. Arce y Juan Puga, procedentes los dos de Sinaloa, donde se les hizo víctimas de la política. Allá trabajaron en *El Correo de la Tarde*. Aquí se refugiaron y vivieron felices, trabajando en *La Gaceta*, en *El Informador*, en el *Diario de Occidente*, con el licenciado Machorro Narváez. Enrique Villaseñor, michoacano, furibundo clerófobo, que escribió en verso *El Gato*, fuente de los conocimientos literarios de don Lázaro Cárdenas, quien lo protegió siempre. Luis R. Álvarez, periodista independiente, héroe víctima de mil persecuciones, dueño de *El día*, que salía en la noche. Emilio Uribe Romo, de *El Informador*, nayarita gran go de Jalisco. En *El Informador* hemos trabajado Hernández Galván, Jesús S. Soto, Alfredo Romo, Alberto Macías, los Santoscoy, Tomás L. Vidrio, Enrique Díaz de León, Manuel Martínez Valadez. Yo hice crónicas de espectáculos teatrales y artículos sobre la enseñanza del dibujo en las escuelas, que me valió ser llamado para ocupar el cargo de Inspector de dicha enseñanza en el estado. Recuerdo que Pedro Vázquez Cisneros fundó *La Época*. Francisco Saracho, *El Mercurio*. *Blusa Roja*, de Fernando Celada y Félix C. Vera, y después, publicada por Lino Suárez. *El Independiente*, de Enrique Gómez Salcedo. *Bataclán*, de Enrique L. Gama. *Crónica* del ingeniero Antonio Reintgen. *Choque*, de Parres Arias, de tipo muy revolucionario y de aspecto muy moderno, como aquella famosa revista *España*. Había otros periódicos, medio humorísticos, como *La chispa*, recalcitrante fanático; *La paz*, *El presente*, *Restauración*, de Muñoz; y, con mención muy especial, la revista *Aurora*, de José Mora Ibarra, que gozó de larga, rica y fructífera vida. Yo tengo preparada una conferencia sobre las caricaturas que publicó, tras de las cuales se adivina todo el palpitante de nuestra ciudad en aquellos días, y frente a las cuales, cuando la pantalla las revele, los espectadores podrán revivir y recordar, con la

ayuda de las irónicas siluetas, los tiempos idos. La forma propiamente material de los periódicos, a través de los años, ha evolucionado tanto, que bastarán unos cuantos renglones para demostrarlo: *El Imparcial*, órgano el más importante del siglo pasado, contenía cuatro páginas, seis u ocho, a lo sumo, en las grandes ocasiones. Ahora, hasta en muchas capitales de los estados, los diarios contienen hasta cuarenta páginas y los domingos son verdaderos libracos, con suplementos de toda índole. Los periódicos literarios y artísticos, han dado un gran salto, junto con las revistas políticas. Son de magnífica presentación, sobrepasada la de aquella *República Literaria*, de *El Domingo*, de la *Revista Azul*. La aportación de la plástica mexicana, predominante en el mundo, se deja sentir, junto con los nuevos procedimientos del grabado y de las industrias de la imprenta. Solamente quedan en su orgullosa humildad, los periódicos independientes, que viven trabajosamente casi sin anuncios, diciendo sus verdades ante la indiferencia general. Pero debemos reconocer que, si en alguna parte suele encontrarse una observación real de las situaciones, es ahí, en esas modestas páginas de pobre papel y de imprenta vieja. Cuando los historiadores auscultan las entrañas del pasado, es ahí donde van a encontrar las mejores vetas del oro y del diamante incorruptos, de una opinión desinteresada y certera. Entre las arenas y las arcillas de montones de diarios, de suplementos voluminosos, de cuadernos lujosos llenos de colorines, habrá minerales radio-activos, que una vez separados de la basura, darán la medida de lo que ha sido la verdadera cultura, la verdadera historia.

La vida de nuestros diarios actuales es activísima. *El Informador* y *El Occidental*, por las mañanas, nos llevan el conocimiento de las noticias del mundo en toda su esfericidad y *El Sol*, al medio día, nos alumbra las calles de nuestra Perla de Occidente, por más que a veces su luz peque de amarillenta; todo ello, aportando, sobre todo en las columnas individuales de sus redactores, una contribución efectiva para nuestro desenvolvimiento progresista. He pasado por mil redacciones de todo género. He publicado periódicos, a veces con una gran pasión político-social, como *Gil Blas* y *Basilio*.

En el primero de ellos colaboró conmigo Gustavo R. Cristo: Fue tan firme la crítica que hacíamos de los actos del gobierno, que don Luis Castellanos y Tapia, el Gobernador, nos llamó bajo el pretexto de que yo era empleado público, para pretender acallar nues-

tras protestas. En el artículo que publiqué la semana siguiente se pone de relieve el incidente, por lo cual aquí lo transcribo:

GIL BLAS Y EL ARZOBISPO DE GRANADA

—...*La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querría caer en las faltas de los buenos escritores que viven muchos años y sí conservar toda mi reputación.*

—*En este supuesto, mi amado Gil Blas, —continuó el prelado— exijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fío de mí mismo, porque el amor propio podría cegarme. Esta observación necesita de un entendimiento imparcial, y así elijo el tuyo, que contemplo a propósito, y desde luego abrazaré tu dictamen.*

Capítulo III libro 7º de *Gil Blas*
de Santillana de A. R. le Sage.

—...*Pero como su Ilustrísima me tiene mandado le hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tener la solidez de los precedentes...*

—...*Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante, yo elegiré mejor confidente; quiero otros más capaces de decir que tú. Anda, —prosiguió, empujándome para que saliera de su estudio— y dile a mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos...*

Capítulo IV del mismo

Como a la medida, viéneme este pasaje de la historia original del tocayo Gil Blas de Santillana. Tal parece que se hubieran puesto de acuerdo el Arzobispo de Granada y el Gobernador de Jalisco... Aquél, pidió a Gil Blas que le avisara cuando las homilias que lo habían hecho famoso como orador, desmerecieran porque su pluma envejeciera; y éste, declaró cuando era candidato, que "oiría y respetaría a la prensa independiente". Y éste como aquél,

cuando el momento de decir la verdad llegó portóse igualmente, con la única diferencia de que el prelado granadino obsequió a Santillana cien ducados, y el funcionario jalisciense me ha destituido a mí.

La aventura me pasó así:

El lunes en la mañana, Gustavo Cristo y yo recibimos una citatoria, digo un "úkase" para que nos presentáramos a las doce en punto ante el señor Gobernador. ¿Para qué? Muy sencillo: En un gran consejo gubernativo, por resolución de las eminencias políticas contemporáneas, se había acordado formularnos la siguiente pregunta que se nos hizo:

—¿Consideran ustedes digno que dos empleados del Gobierno, como lo son ustedes, lancen ataques a dicho Gobierno en su periódico? Contestación categórica.

Y yo contesté:

—Mi puesto de inspector del dibujo, no es de carácter político. Lo he obtenido, no por influencias, ni recomendaciones, ni porque lo solicitara: algunos estudios que sobre la enseñanza del dibujo publiqué, fueron leídos por el Director de Instrucción, y fui llamado para que prestara mis servicios. Acepté por entusiasmo únicamente, y por tener un campo más amplio para mis estudios, pues la miseria de dos pesos cuarenta centavos, no son para tentar a nadie. Además, creo que los empleados públicos no están impedidos, por el hecho de serlo, de externar su opinión sobre cualquier motivo. Al contrario, más digno es el que dice la verdad, que aquél que la oculta, llevado por mezquino interés.

Mi labor como inspector del dibujo, ha terminado desde el mes de mayo, y de mi parte ningún compromiso existe actualmente para el Gobierno, puesto que en la nueva ley de Instrucción ha sido suprimida la Inspección que yo desempeñé.

Mi explicación mereció el calificativo de "una hüizachada", que muy molesto profirió el señor Castellanos. El calificativo es completamente ranchero, así como otra declaración que hizo: "Los periodistas dicen de tal modo las cosas, que no se les puede hacer nada..."

En realidad, la pretensión fue ésta:

Los llamamos —deben haberse dicho— les hacemos esta pregunta que los volverá locos de susto, y no volverán a decirnos todas las verdades que merecemos...

Plancha. Gran plancha, porque quien procede sin doblez, jamás

puede ser sorprendido, y quien sabe que decir la verdad es meritorio y útil, está siempre dispuesto a enfrentarse con todas las eventualidades que ya aguarda de antemano, vengan como vinieren.

El final de la entrevista, fue la espantable noticia de que seríamos destituidos.

Yo, al salir del despacho, recordé a mi querido tocayo, y como en un eco lejano, oí la voz del arzobispo... "Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor... En adelante, yo elegiré mejores confidentes, quiero otros más capaces de decir que tú... Anda... bendito de Dios..."

GIL BLAS

Manuel Martínez Valadez nos ayudaba con la sección literaria, humorística, naturalmente. En la revista *Aurora* publicaban versos dos jóvenes poetisas, apellidada Sierra una de ellas y Bonifant la otra. Sin quitarles ni ponerles puntos ni comas, Manuel publicó de la primera, cambiándole solamente el título, lo siguiente:

SECCIÓN LITERARIA

a cargo de la

Inspirada Musa...raña.
Recuerdos de estreñimiento.

Especial para *Gil Blas*

*No puedo decirte
Lo que yo quisiera...
No puedo, no puedo... mi labio enmudece,
Mi mente se ofusca cuando lo recuerda.*

*No puedo decirte; porque...
Si lo hiciera...
Vergüenza me diera...
Dirías que era falso,
Mentira, vileza.*

*No puedo decirte
Lo que yo quisiera;
Porque es algo grande,
Algo que me daña y me causa honda pena.*

No puedo decirte... No puedo,
No puedo, porque...
Óyeme y no temas,
Porque... ¡todavía no puedo...!

SI... ERRA

Para estos graves casos, debe tomarse el famoso purgante... BEBÉ, del médico Navarro.

Y en la misma sección, a cargo de la inspirada Musa...raña, este otro de "Cube":

SE CAYÓ DEL ALAMBRE

Especial para *Gil Blas*

*Cayó lenta, mustia, amarillenta
del árbol de la vida.
cual de la mente tímida y doliente
remembranza querida.*

*Cayó como mi alma, en triste calma,
en sepulcro de olvido....
lenta... mustia... amarillenta
del alambre tendido....!*

Q. B.

No necesitaré entrar en explicaciones para manifestar que nuestra impopularidad en el círculo de las poetisas era sencillamente fantástica.

En otra Revista llamada *Argos*, que editó Atala Apodaca y en el número que se publicó en Colima, apreció el artículo titulado *Humorismo. Entrevista con un miembro de la familia de los culícidos*. Lo escribimos en sociedad Samuel Ruiz Cabañas y yo, en merecida venganza contra quienes nos habían inoculado el terrible paludismo que padecimos por años. No solamente lo escribimos; sino que tuvimos que hacerlo de tipo de imprenta, como cajistas, pues los de la Imprenta del Gobierno de Colima estaban en huelga y tuvimos nosotros mismos que improvisarnos como nuestros propios obreros. He aquí el artículo:

"Genialidades de la dirección del periódico, enviarnos a entrevistar... ¡a un miembro de la familia de los culícidos...!"

¿Dónde vamos a dar con semejante preciosidad...? Lo primero que nos ocurre, es acudir al diccionario... Ya dimos con el culícido. Se trata nada menos que de uno de esos zumbadores cínifes que desde que Dios amanece hasta que vuelve a amanecer... le están tocando a uno motivitos de Wagner, y cada vez que pueden, chupan el precioso líquido de las venas...

En un estero cercano a la ciudad, dimos con nuestro entrevistado. Acababa de tomar el aperitivo, pues lo vimos apearse de las rubicundas narices de un conciudadano adiposo, que venía medio kurdo:

—Señor culícido, tenga usted muy buenos días....

—Bííííí....

—Venimos a molestarlo a Ud. para suplicarle nos dé sus sabias opiniones sobre estas fiebres endémicas que a todo el mundo atrapan. Sus servidores acabán de dejar el lecho, donde ya mero pelaban gallo...

—Bííííí....

—No... no pique, que venimos a otra cosa. ¡Si le ha chocado lo de culícido, conste que son cosas del diccionario!

El interfecto irguióse en la arista de un tule, sacudió las alas, se rascó la cabeza, miró al cielo, y dijo cambiando de voz:

—¡Ah! ¡Cómo se nos calumnia! En las estadísticas se nos atribuye un porcentaje abrumador entre las causas de la mortalidad; pero nadie se ocupa de hacernos justicia. Nosotros, según la frase que puso Shakespeare en labios de Calibán, necesitamos comer y vosotros, por ley natural, sois nuestra despensa, o mejor dicho, nuestra bodega.

—Señor, convendrá usted en que así han de opinar también las pulgas y las chinches y demás molestos bichos, sus congéneres.—Nuestro entrevistado hizo un gesto de indignación.

—¿Congéneres míos? ¡Qué enorme distancia hay entre un saltimbanqui y un artista de bello canto como yo...!

—Aseguran los entomólogos, que ustedes nacen en los pantanos.

—“¡Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan. Mi plumaje es de esos!”

—Barbas, no plumaje....

—Bííííí....

Entre nosotros: ¡Ya se fastidió el culícido...!

—Buen trabajo nos cuesta comer. Todo se nos va en cantar. A cambio de la divina música con que os arrullamos por la noche, ¿qué os pedimos?... ¡unas miserables gotas de sangre, para ir la pasando en este miserable valle de lágrimas!

—Pero si no es solamente el piquete ni la sangre que perdemos, sino que no se lavan ustedes la boca, y cuando lo muerden, le dejan a uno en la epidermis, trescientas mil porquerías que lo ponen a la muerte.

—Eso es culpa únicamente del Consejo de Salubridad, que no manda asear los contornos y tiene uno que beber pura agua corrompida, ya que la cerveza está fuera de nuestro alcance. El paludismo, díganlo ustedes en su periódico, mata más moscos que gente, y los que no morimos, lo padecemos crónicamente. ¿No ve usted qué flacos somos, y cómo nuestro canto más bien parece un quejido de dolor?

—¿De manera que usted afirma que sus congéneres no son los causantes de las enfermedades regionales?

—Lo afirmo, y es más: estoy dispuesto a probarlo científicamente. Tal vez desarrolle este tema en un próximo congreso, en el que tomarán parte todos los moscos de la región.

—¿Y qué sería lo que ustedes exigieran de nosotros en justicia?

—La supresión de los mosquiteros; la prohibición de la venta de polvos y pastillas contra nosotros; la desinfección de las fuentes, depósitos y aguas corrientes.

En cambio, nosotros aceptaríamos un reglamento. Picaríamos por turnos, sobriamente para no hacer ronchas, y en ciertas partes del cuerpo humano que no son visibles. Como remuneración, podríamos sustituir gratuitamente a las bandas militares y dar grandes audiciones en las plazas públicas. Creo que así estaríamos todos contentos.

¡Pero si no se nos hace caso, si no se nos otorgan estos derechos, haremos una verdadera guerra a los hombres! No los dejaremos descansar ni de día ni de noche... Chuparemos hasta la última gota de su sangre...

El culicido se había enardecido, peroraba con un ímpetu de anarquista; y juzgando nosotros que la difusión de estas ideas entre los millones de moscos, daría resultados terribles, quisimos nulificar al apóstol, y con una manotada, dimos muerte a nuestro erudito entrevistado...

Colima, septiembre de 1916"

LA CARICATURA EN LA REVISTA AURORA

NO SIEMPRE ha sido activa la publicación de caricaturas en los periódicos de Guadalajara. Desde a fines del siglo pasado, al separarse de la ciudad nuestros paisanos, los pintores Gerardo Murillo (Doctor Atl), Jorge Enciso y Roberto Montenegro, que eran quienes las hacían entonces, se inició una época decadente del dicho arte humorístico, hasta que con la organización del Centro Bohemio, en 1912 - 1913, dio principio una gran actividad que apenas en los últimos años volvió a decrecer. Siempre tuvo preferencias la opinión jalisciense por gustar la publicación de caricaturas en los periódicos, aun en los diarios, siendo prueba de ello las que desde su nacimiento publicó *El Informador* en lugar prominente. Muchas revistas, bien de índole literaria, científica o deportiva, los semanarios políticos y sociales, ostentaban caricaturas con abundancia. En esta ocasión vamos a estudiar las que publicó el semanario *Aurora* en los años de 1918, 1919 y 1920. Será como una especie de crónica gráfica, retrospectiva, que nos dará el placer de volver a vivir aquellos años románticos, cuando la ciudad se estremecía al sólo anuncio de películas como las de Pina Menichelli o de Francesca Bertini, así como cuando en el Palco del Teatro Degollado aparecían la declamadora María Tubau, o las bailarinas Norka Rouskaya y Tórtola Valencia. Sensación literaria causaron también por aquel tiempo el poeta español Francisco Villaespesa y el novelista de igual nacionalidad Vicente Blasco Ibáñez. Todavía entonces el paseo de los portales constituía el lugar de reunión donde pollos y pollas se hacían la rueda; rueda doble que rolaba bajo las cuatro arcadas de los portales girando la de las mujeres en un sentido y la de los hombres en el contrario. En aquel engranaje humano, quedaban triturados los corazones. Las miradas se cruzaban en flechazos y después, resultaba mucho quehacer para los señores jueces del Registro Civil y para los notarios de los curatos tapatíos con tanto casorio.

A Manuel Martínez Valadez, "Basajoro" le pagó con una caricatura este hermoso verso que le dedicó a *Aurora*:

HIMENEO

*Al rumor de cavernoso latinajo
está unida con arras la pareja.
Y ese novio ¿por qué mira para abajo?
...Es que piensa en lo del plato de lenteja.
Las cadencias de violín y contrabajo
son pedradas repetidas en la oreja.
Levitones de color escarabajo,
y el prehistórico sombrero de una vieja.
Hay suspiros de una crónica doncella
lenguaraz y muy piadosa, que descuella
por horror al matrimonio. ¿Santidad?
Y al mirarla tan nerviosa y tan inquieta,
yo le doy esta católica receta
de Ripalda: "Contra envidia, caridad".*

Todo esto debajo de los nubarrones negros de la política y de la revolución que con frecuencia se derrumbaban sobre las torres alcatraces tras del consiguiente tronar de los rifles y de los cañones de villistas y carrancistas, así como de los pintorescos desfiles por las angostas calles de la limpia ciudad, de aquella multitud de yaquis con sus soldaderas, de los norteros de Villa vestidos a la gringa con sus grandes gorros tejanos y de nuestros rancheros de grandes sombrerotes de palma materialmente tapizados con estampas de todos los santos que, por supuesto, de nada les servían en cuanto un yaqui tomaba puntería; pues el cráneo del ranchero quedaba perforado a pesar de lo grueso del petate de su gorro y de las milagrosas estampas.

La revista *Aurora*, dirigida por José Mora Ibarra, cuyo seudónimo era "Basajoro", tenía muy buena colaboración de caricaturistas, así como de escritores; pues todos los que vivían en la ciudad con gusto colaboraban en ella. A la sección en que publicaba dichas caricaturas, le llamaba irónicamente TENORIOS TAPATÍOS. Digo irónicamente porque ahí aparecimos gentes tan feas como Javier Guerrero, Carlos Orozco Romero, Luis García Carrillo, Amado de la Cueva, Manuel Hernández Galván, el cronista Chucho

Sauza González, Roberto Gutiérrez Arriola el pianista, José Luis Figueroa el pintor futurista, y un servidor de ustedes. Por supuesto que también incluía aunque caricaturizados, es decir afeados, los buenos mozos como Alfredo Romo, Jesús S. Soto (el poeta y político guanajuatense), el pintor Gabriel Ayala; José Cornejo muy jovencito; el eternamente joven Roberto Montenegro y su íntimo amigo Salvador Novo; aquel otro poeta también Salvador... Escudero. Aparecían además, personas muy alejadas de las actividades de don Juan Tenorio, como por ejemplo el viejecito poeta don Luis G. Urbina, Jorge Enciso, su hermano Javier (alias Zutano), don Othón de Aguinaga, Juanito Lavat, Carlos Gutiérrez Cruz (el poeta revolucionario), el panzón Alfonso Michel (pintor que ahora llega a la fama en primera línea), el doctor Manuel Navarro de Tepatitlán, alias el Gallino y el kilométrico fotógrafo Nacho Gómez Gallardo metido debajo de su chal negro y husmeando por el antejo de su camarota.

De caricaturistas, registró *Aurora* muchas también, y auto-caricaturas como la de Alberto Venegas, la de Antonio Castellanos, y la de Paco Galindo. Yo hice la de Carlos Orozco, la de Javier Guerrero. Hice también una de Sócrates, el Dios de la Ironía, santo de mi devoción, cuya caricatura tengo siempre en mi cabecera para que me acompañe y alegre en mis malos ratos.

Hubo por aquellos años, una famosa sociedad de aficionados al teatro, que se llamaba SADA. Todos ellos desfilaron por la pantalla de *Aurora*. Ahí está Ildefonso Franco seguido de Luis Riestra y más atrás el mago Vázquez. Luego Federico Ochoa, Don Adolfo Quezada, Nacho Cañedo, Ramón Casillas Cruz, (el famoso loco), Fernando Martín del Campo, cuyas canciones eran más populares que las que ahora canta con su voz de contrabajo don Agustín Lara. Eran muchos los de la SADA: Paganini Orozco, hermano del Caricato, Pancho Saracho, Agustín Farías, Roberto Acuña y aquel dibujante y acuarelista Chucho Salinas, bajo el mando del inolvidable Enrique Castellanos, todos ellos en desfile alegre y vistoso. Tenían su teatro propio en el primer piso del edificio Mosler, en la calle de San Francisco, donde ahora está un banco, que por cierto no divierte tanto como divirtió el teatro de la SADA a tapatías y tapatíos.

En el mismo edificio tenían un restaurante y la cocina estaba sobre el elevador de carga que por entonces no tenía que subir y bajar, pues con la Revolución la Casa Mosler suspendió sus ope-

raciones. Contaré un sucedido en el que tomamos parte Jesús S. Soto, yo y un pequeño perro callejero a quien Soto puso el sobrenombre de Sócrates. Llegábamos los tres ya muy noche a la oficina de nuestro periódico *Etcétera*, que se encontraba en el tercer piso, cuarto quinto del mismo edificio Mosler. Ninguno de los tres habíamos cenado. Ninguno teníamos con que comprar la cena. Los tres llevábamos un filoso apetito y un olfato muy fino que nos indicó que muy cerca de nosotros había manjares sabrosos. Sócrates husmeó mejor; nosotros lo seguimos y pronto quedó a nuestra mirada, allá abajo en el primer piso, la cocina de la SADA. Sobre una mesa lucían hermosos beafsteaks, pidiendo quien los comiera. Nos miramos los tres. Meditamos sobre las posibilidades de llegar hasta el paraíso aquel y resolvimos, en primer lugar, quitarnos las corbatas y amarrar a una de ellas al buen Sócrates, que descendió por los aires con manifiesto placer moviendo su colita y sacando la lengua. No bastaron las dos corbatas y entonces, primero mi camisa y luego la de Soto, y luego las camisetas, dieron la medida para que nuestro can amigo llegara hasta la mesa, se apoderara del primer beafsteak y a toda prisa fuera izado hasta nosotros. En tres movimientos semejantes, quedó bien provista nuestra cena. La de Sócrates fue succulenta, pues el beafsteak era grande y él chico. Su cuerpecito con la barriga que le quedó, parecía más bien el de una avispa.

Otras personalidades también pagaron allí en *Aurora*, su tributo a la madre caricatura y ahí yacen fosilizadas por toda una eternidad. Así encontraremos a Pedro Castellanos que por aquellos días era un relevante dibujante de arquitectura y que ahora ejerce como sacerdote católico, pero que entre sus pecados antiguos quedó una caricatura del doctor japonés Tsubuku y otra de una artista teatral llamada Carmen Rodríguez. El impresor José Cabrera figura también en el panteón de *Aurora* así como el vate Aguilar Villaseñor, Toño Álvarez del Castillo, Don Nacho Castellanos, el Ing. Camilo Pani, ferrocarrilero y político; Guillermo Capetillo, padre del actual as del toreo; Rickarday, actual general y escritor periodístico y por aquel entonces ferrocarrilero; el doctor Pérez Gómez; Jesús Aceves el de los cigarros de *El Buen Tono*; el joven Legarreta; el larguísimo Benjamín Gómez Gallardo; el doblemente larguísimo Chicote Veytia; Chicho Parga, torero, periodista y autor teatral con giba. Chicho Parga era, como digo, buen torero; pero con su joroba no prestaba arrogancia a su figura. Cuando

aparecía en los ruedos, el público la tomaba con él y como una sola voz se oyó en cierta ocasión que todos le gritaban: "Chicho, mira un globo..." El hizo un esfuerzo por ver el tal globo y entre tanto, llegó el becerro y lo mandó por los aires enmedio de la carcajada general. Don Conrado Ocegüera, fue uno de los espiritistas de aquellos días por cuyo aspecto físico pudiéramos decir que más bien era un fantasma, que por ahora no es ya más que un espíritu. Y después el ñero Pepe Carpio, gran billarista; Víctor Silva, munícipe muy popular y buen vendedor de música; el señor Lic. don Miguel Mendoza López Schwerdefeger; Moyita el de la librería; Adrián Lecanda, el ciego, gran deportista; Nacho Calderón, pedagogo y esgrimista y el tuerto Camba también deportista; Leopoldo Orendáin, actual crítico de pintura e historiador de Guadalajara; Othón Camarena, aquel industrial de mosaicos, muerto ya y además el "Babe" Hermosillo y toda la familia de los Bell: Ricardo, Jorge y Nelly, hijos del gran payaso don Ricardo Bell, delicia y regocijo de los niños, de los jóvenes y de los viejos por muchos años, tanto en el circo Orrin, como en el suyo propio. El cuatezón Beristáin, con su aspecto de peladito mestizo, sus enormes bigotes y sus grandes ojos de ranchero, pasa también por las páginas de *Aurora* recordándonos al mismo tiempo que su actuación en todos los escenarios de la República y del Norte del país, los días álgidos de la refolufia, con los teatros llenos de zapatistas o villistas o carrancistas, que prodigaban sus aplausos no con las palmas de la mano como ahora se acostumbra, sino con un sonido mucho más fuerte y significativo: a balazos.

Naturalmente la política, que todo lo empaña, puso también su signo irónico en la revista *Aurora*. Una victoria fue la de Don Luis Castellanos Tapia, Gobernador. Por ahí está la caricatura de Vardillo que yo hice; una del Ing. Bonillas hecha por Alfredo Romo cuya maestría es muy grande, ya que con las líneas de su dibujo nos da a entender mejor que con un libro, el gran ridículo en que fue puesto el candidato oficial a la Presidencia de la República y de pasada, su animador impositivo, don Venustiano Carranza; pues el aspecto de clown es manifiesto en el señor ingeniero. Para comprobar el mérito de esta caricatura, la compararé con una de nuestro gran Clemente Orozco: la del chacal Victoriano Huerta que hace equilibrios de borrachín de Tepito con el vaso de coñac en una mano y el cubetón de lado en la cabeza de beodo abotagado. También las líneas de esta magnífica caricatura, revelan como en

la de Romo, la intención punzante, hiriente, de todo buen caricaturista. Claro que no podían faltar caricaturas tan populares como la del hermano Ixca Farías, la de Alfonso Cañedo, todos los de la Compañía de variedades del caballero Robert, así como la de aquel ilustre Gandolín tan hábil en los juegos de malabar y de prestidigitación. Otros artistas como Natalia Baeza, Ramón Serratos, y aquellos otros pianistas, Barajas, Gómez Anda, y el gran maestro don José Rolón, han quedado así mismo prisioneros a la estampa, entre las páginas de *Aurora*, así como los violinistas Fotorotes y el Chino Velázquez.

Otras personas, conspicuas, populares, muy conocidas entonces, también quedaron prensadas para siempre en las columnas de *Aurora*: Don Alberto Macías, orador político, diputado local, cayó víctima de mi lápiz. Fernando Valenzuela, Secretario Particular del General Diéguez, periodista, fue fusilado por el de Medellín. A Reinaldito Esparza Martínez, poeta, Secretario Particular del Gobernador Castellanos y Tapia, lo hermoseó el de Galindo; Romo ejecutó al gordo Loredo, publicista y regular billarista; el Caricato Carlos Orozco Romero, despachó limpiamente al gran pianista Rubinstein y Castellanos al otro también teclista Dumesnil; Toño Córdova fue otra de las víctimas de Carlos Orozco, a pesar de que se veían como hermanos, ya que los dos eran del Centro Bohemio, pintores y camaradas bohemios; Castellanos también estampó a Reyes Ferreira, el actual famoso pintor de figuras raras en papeles de estraza y de china. De los vendedores de terrenos de la ciudad de México, de la colonia Reforma apenas iniciada en aquellos días, quedó grabada la imagen de este corredor, que no por gordo era mal corredor... y la de un estudiante famosísimo de medicina, Manuel Campos, conocido mejor por su apodo de Papayo, también quedó eternizada en *Aurora*, así como la de Carlitos Vázquez, también del Caricato Orozco; la de Fidel Naranjo, El Colimote, que ya es ahora famoso doctor, hecha por Alberto Venegas; más la del señor Champurrado, gran gritón de los toros, ejecutado aquí por el Caricato Orozco, quien para agravar la situación, firmó usurpando el seudónimo de Basajoro. Otra más apareció del mismo caricaturista: la de Pepe Silva, alias La Chiva, quien merecidamente figuró en la sección de Tenorios Tapatíos, así como la del entonces como el anterior, joven Julio García, ya desde tan lejanos tiempos kodakista muy connotado como hasta la fecha.

En la actualidad, se advierte nueva decadencia. Razones no las hay, pues contamos con buenos caricaturistas y con elementos técnicos mejores que nunca. *Flash* y alguna otra publicación son como cosa rara en punto a caricaturas. Los diarios y no todos, cuando incluyen algunas, son a la tijera, es decir, tomadas de otros periódicos, extranjeros o metropolitanos.

Toda la vida social se recuerda en el placentero hojear de la colección de la revista. Versos de todos nuestros poetas y de nuestras poetisas, de las cuales recordaremos a Cube Bonifant y María Sierra. Matrimonios, defunciones, festividades sociales, artísticas y literarias; todo, absolutamente todo lo que interesó a la ciudad por aquellos días, se pasa por nuestra memoria en una danza gratamente panorámica. Esta virtud mágica de la obra periodística, nunca debidamente apreciada ni valorizada, es la de más hondo valimiento social. Los libros y otras formas de aprisionar el tiempo y las ideas, jamás tendrán el cálido palpitar de un periódico y mucho más, cuando ese periódico se hizo no tan sólo para recoger noticias amarillas, verdes, coloradas o azules; sino cuando un impulso de generoso arte, de persecución del ideal y de la belleza, animó constantemente a Basajoro su Director y a todos los que pudimos secundarlo cada uno en la proporción que nos fue, por él, solicitada.

Í N D I C E

<i>Reminiscencias de una vida</i>	7
<i>La primera juventud</i>	13
<i>Pochita</i>	23
<i>Los tranvías eléctricos</i>	29
<i>La calzada Independencia</i>	35
<i>La mendicidad y la vagancia</i>	39
— <i>En el xxv aniversario de la Universidad</i>	43
— <i>La fundación de la Universidad</i>	47
— <i>"Piensa y Trabaja"</i>	55
<i>Manuel Martínez Valadez</i>	63
<i>El hermano Ixca Farías</i>	91
<i>Otras cosas de Ixca</i>	101
<i>Recordando a Alfredo Romo</i>	109
<i>Un gran orador alteño: José María Lozano</i>	115
<i>Don Agustín Rivera</i>	127
<i>El General Álvaro Obregón</i>	135
<i>La rebelión de Estrada</i>	139
<i>Morones</i>	145
<i>Calles contra Obregón</i>	149
<i>La batalla de Palo Verde</i>	157
<i>El periodismo</i>	161
<i>La caricatura en la revista Aurora</i>	179

Este segundo volumen de la *Biblioteca de escritores jaliscienses modernos* se terminó de imprimir el día 30 de noviembre de 1956, en los talleres del Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara. Se tiraron 1,000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Baskerville 12:12, 10:12 y 8:10 puntos. Proyectó y cuidó la edición *Adalberto Navarro Sánchez*. La policromía del cubreforro reproduce un cuadro original de *José G. Zuno*: el *Centro Bohemio de Guadalajara*.

2 1 2 3 4 5 6

L Á M I N A S

Mi esposa. En sus brazos Ana Beatriz. Juan Ramón. José Guadalupe. Yo. María Eugenia. María Ester. Rubén. Rebeca y Vicente.



Vicente. Rebeca. Juan. Mi esposa. Ana Beatriz. Berta, en mis brazos. José G. Rubén. María Eugenia y María Ester.



*De pie, José G. Juan. Rubén y Vicente. Sentados, mi esposa y yo;
Andrés y Álvaro, los chicos, de pie.*



En primer término, mi nieto José García Z. y mis hijos Carmelita y Álvaro. En segundo, María Eugenia, María Ester y Rubén. En tercero, Berta, mi nieto Luis Echeverría Z., mi esposa y mis hijos José G. y Andrés. Detrás, Ana Beatriz, Juan, mi sobrino Alberto, yo, Vicente y mi yerno, Lic. Luis García con mi nieto Luis García Z.



La Vida en el Campo. Los Belenes.



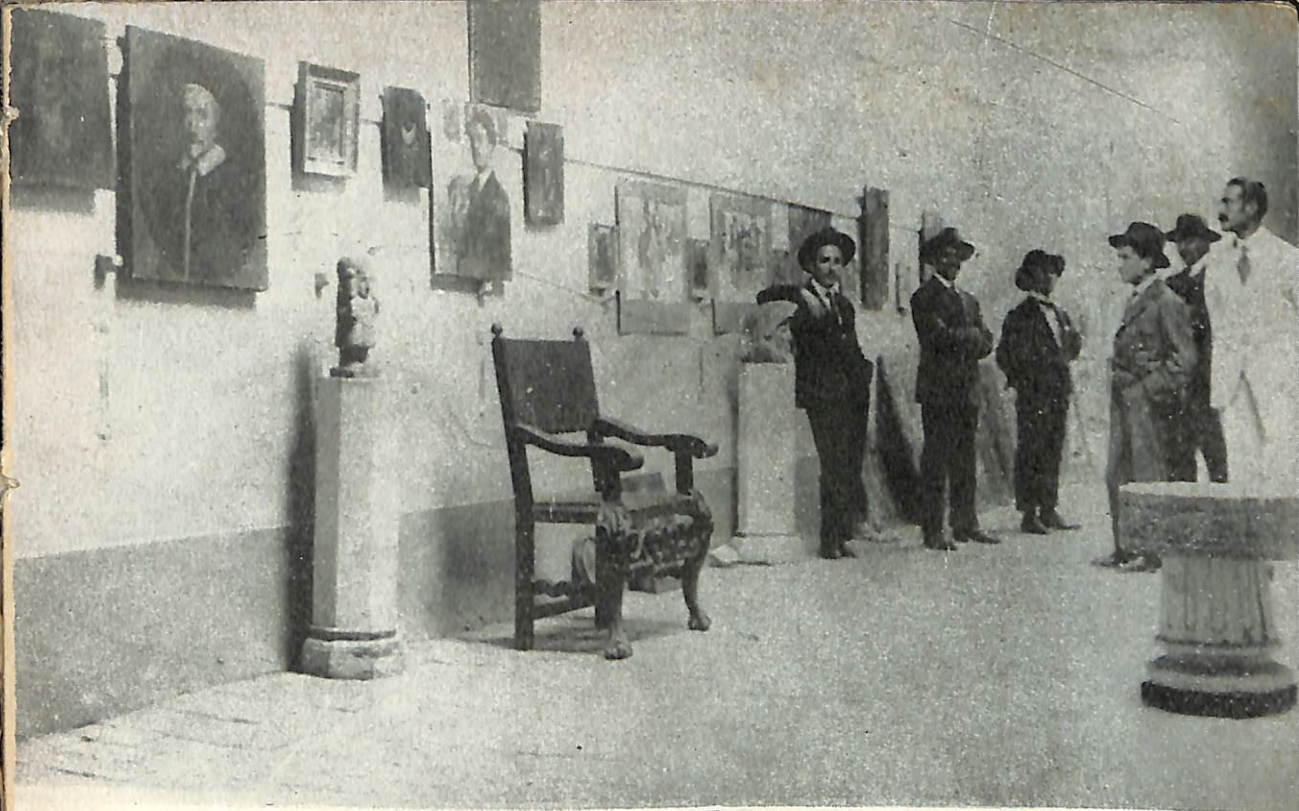
Una kermesse de beneficencia en el Club Atlas. J. G. Zuno, Alfredo Romo y Carlos Orozco Romero. 1918



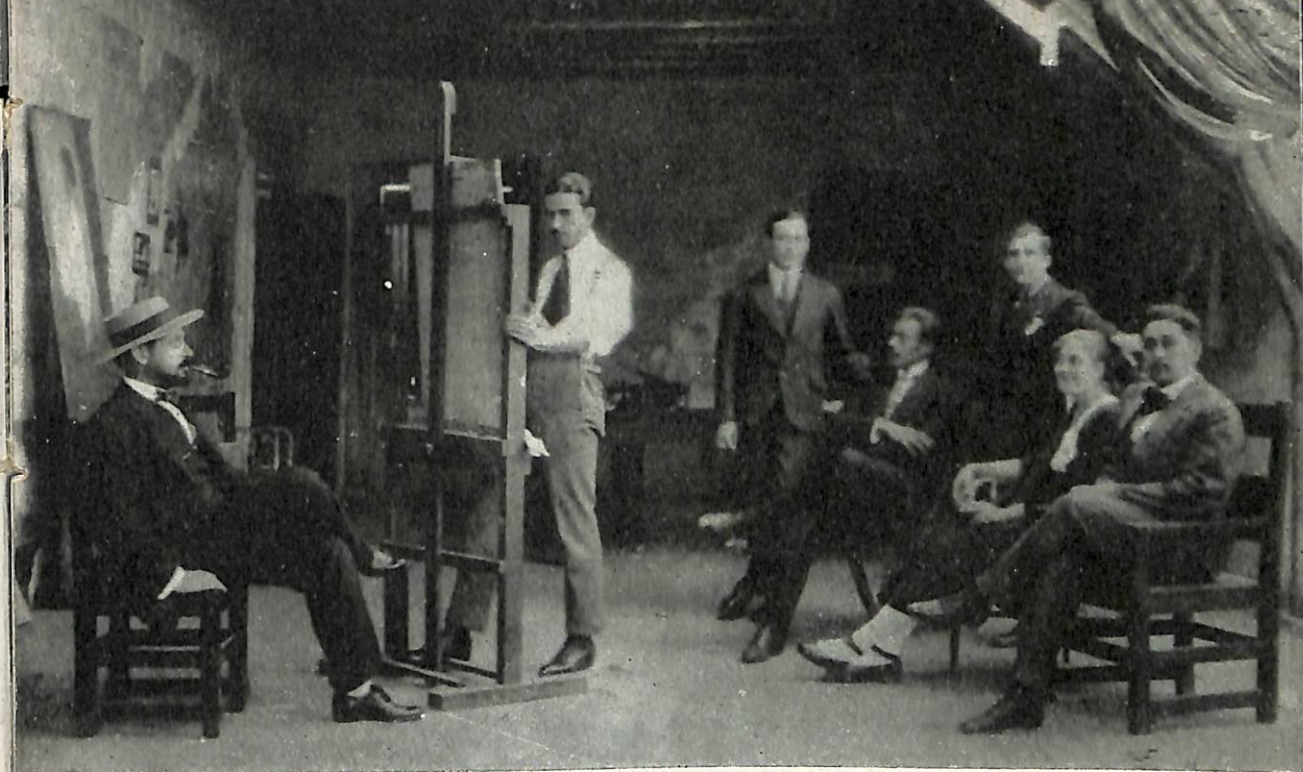
José G. Zuno y Juan Antonio Córdova, al pie de un Arco Triunfal, hecho por ellos, cuando Carranza vino a Guadalajara.



En un salón del Museo, J. G. Zuno, Amado de la Cueva, Xavier Guerrero, Jesús S. Soto, Alfonso Michel y Manuel Hernández Galván.



1, Ixca Farias. 2, Alfredo Romo. 3, Javier Enciso. 4, Manuel Hernández Galván. 5, Luis Felipe Chaoul. 6, Carmen Bonifant. 7, Juan Antonio Córdova. En el Estudio del Centro Bohemio.



La inauguración del Museo del Estado. Sentado y firmando, Gral. Manuel M. Diéguez. De pie, 1, el "Pater" Díaz; 2, Prof. Abel Ayala; 3, José G. Zuno; 4, Manuel Bouquet; 5, Manuel Farías; 6, Tomás López Linares; 7, Ixca Farías; 8, Lic. Manuel López Linares; 9, Jesús Reyes Ferreira.



La bailarina Norka Ruskaya y un grupo de bohemios en un lugar del centro de la ciudad. 1, Juan B. Izábal; 2, Emilio Uribe Romo; 3, Norka; 4 Jesús S. Soto; 5, Amado de la Cueva; 6, La mamá de Norka; 7, Humberto Pedretti; 8, José Guadalupe Zuno; 9, Jorge Xavier de la Cueva.



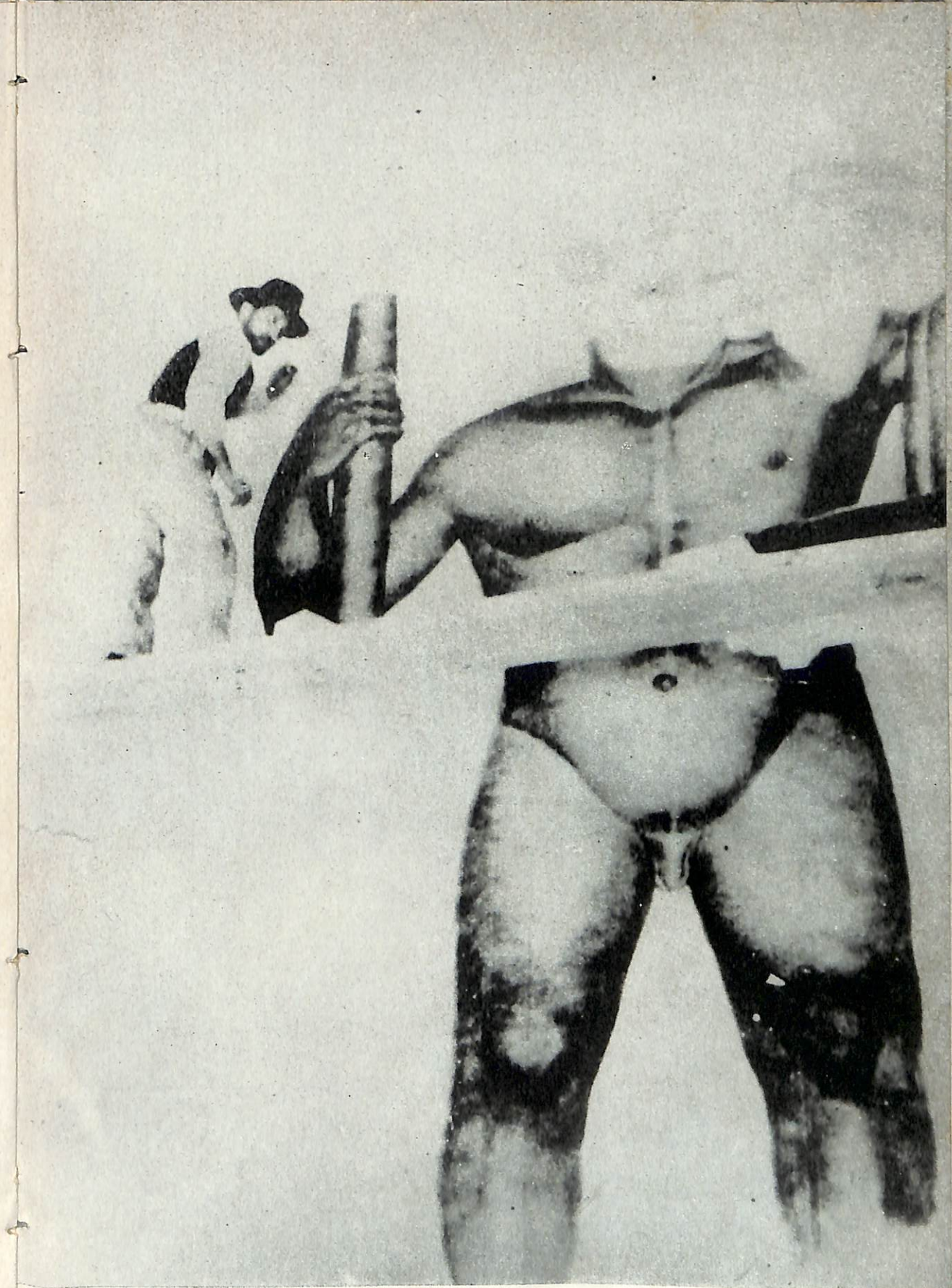
En un convoy militar obregonista, en 1916. 1, José G. Zuno; 2, Ignacio López; 3, Julián Abitia; 4, Manuel de la Vega; 5, Alfredo Romo; 6, Cap. Carlos Roel, Secretario Particular del General Obregón; 7, Lic. Juan J. Ortega; 8, Miguel Tornel.



En el Centro Bohemio, José G. Zuno y Carlos González.



*Amado de la Cueva pintando un San Cristóbal, al fresco, en los
corredores del Palacio de Gobierno.*



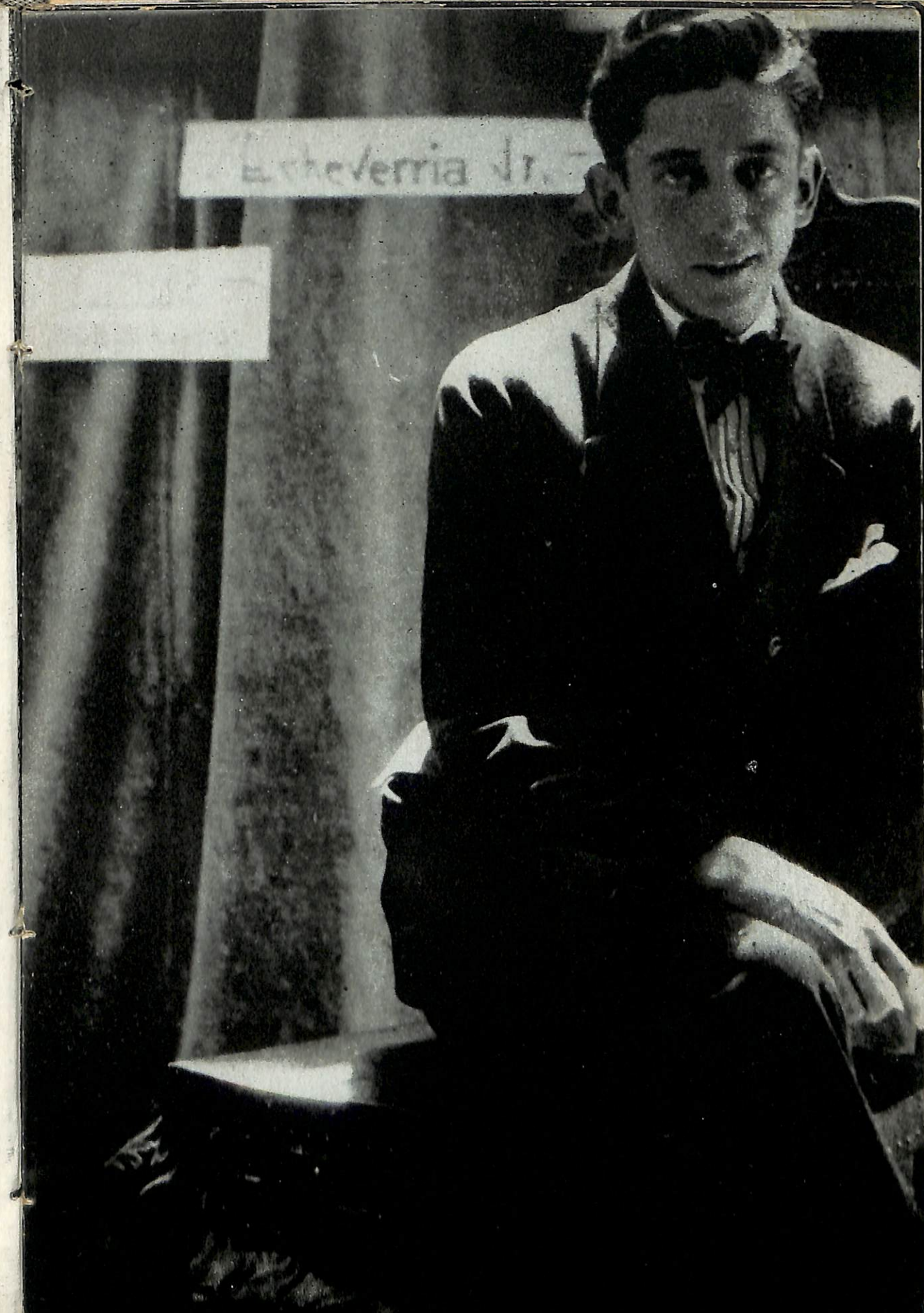
El pintor Amado de la Cueva.



El poeta Manuel Martínez Valadez.



El pintor Carlos Orozco Romero.



*En el Hospicio Cabañas. 1, Clemente Orozco; 2, Xavier Guerrero;
3, José G. Zuno; 4, Carlos Orozco Romero.*



El profesor Basilio Vadillo, Gobernador del Estado, en una ceremonia ante la estatua del General Ramón Corona.



La campaña electoral de 1922. El candidato José G. Zuno, con los diputados Luis León, Joaquín Vidrio y Rodrigo Camacho, en Santa Cruz de las Flores.



de Santa Cruz
de las Flores. 7/5/22

La campaña electoral. Tlajomulco.



Tlajomulco - Nov. 5/922

La campaña electoral. En Santa Ana Acatlán.



El C. José G. Zuno, rinde la protesta de Ley ante la Cámara de Diputados de Jalisco, como Gobernador Constitucional del Estado.



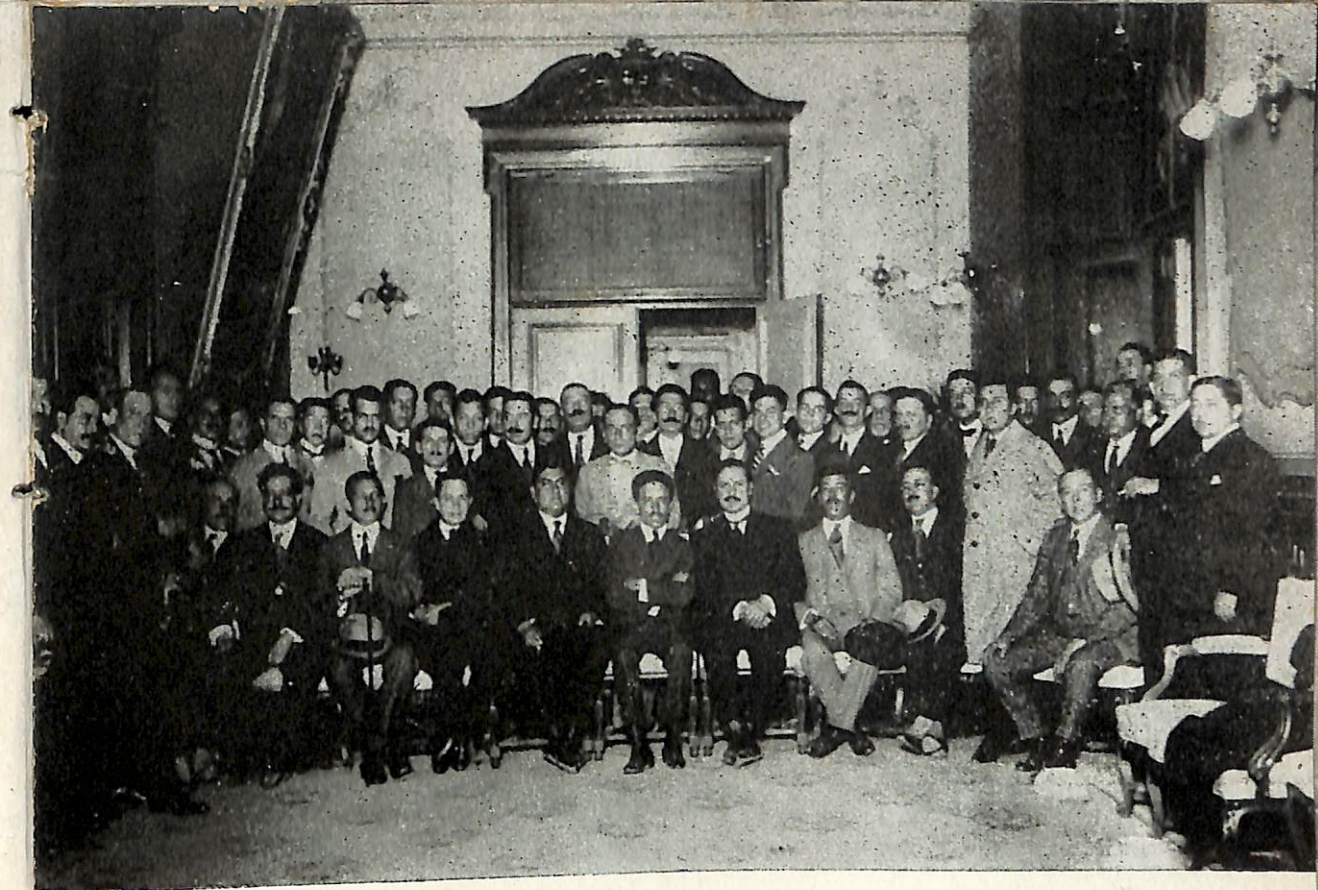
1, Lic. J. Jesús Guzmán Vaca, Secretario de Gobierno; 2, José G. Zuno, Gobernador Constitucional del Estado; 3, Lic. Alberto González, Sub-Secretario de Gobierno.



El Gobernador Zuno y el General Enrique Estrada, con los diputados locales y los Munícipes del Ayuntamiento de Guadalajara y los diputados federales que concurrieron a la toma de posesión del primero.



Sentados: Gral. Montero Villar, Jorge Prieto Laurens, Lic. Emilio Portes Gil, José G. Zuno, Antonio Valadez Ramírez, Gobernador saliente, Dip. Corl. Montes de Oca, Lic. Onésimo González, Dip. Carlos Cuervo. De Pie: Dips. Benigno Palencia, Lic. Leopoldo Estrada, Gustavo R. Cristo, Lic. Ezequiel Padilla, Hernández Galván, Manuel Rivas Palacio, Cuéllar, Campillo Zeide, Aurelio Sepúlveda, Gral. Enrique Estrada, Apolonio Guzmán, Candelario Garza, Julián Villaseñor Mejía, Gálvez, Juan de Dios Robledo y otros más. Luis Tornel Olvera.



*El Gobernador Zuno preside una corrida de Toros en Tonalá,
acompañado de los diputados Enrique Díaz de León y Manuel
Martínez Valadez.*



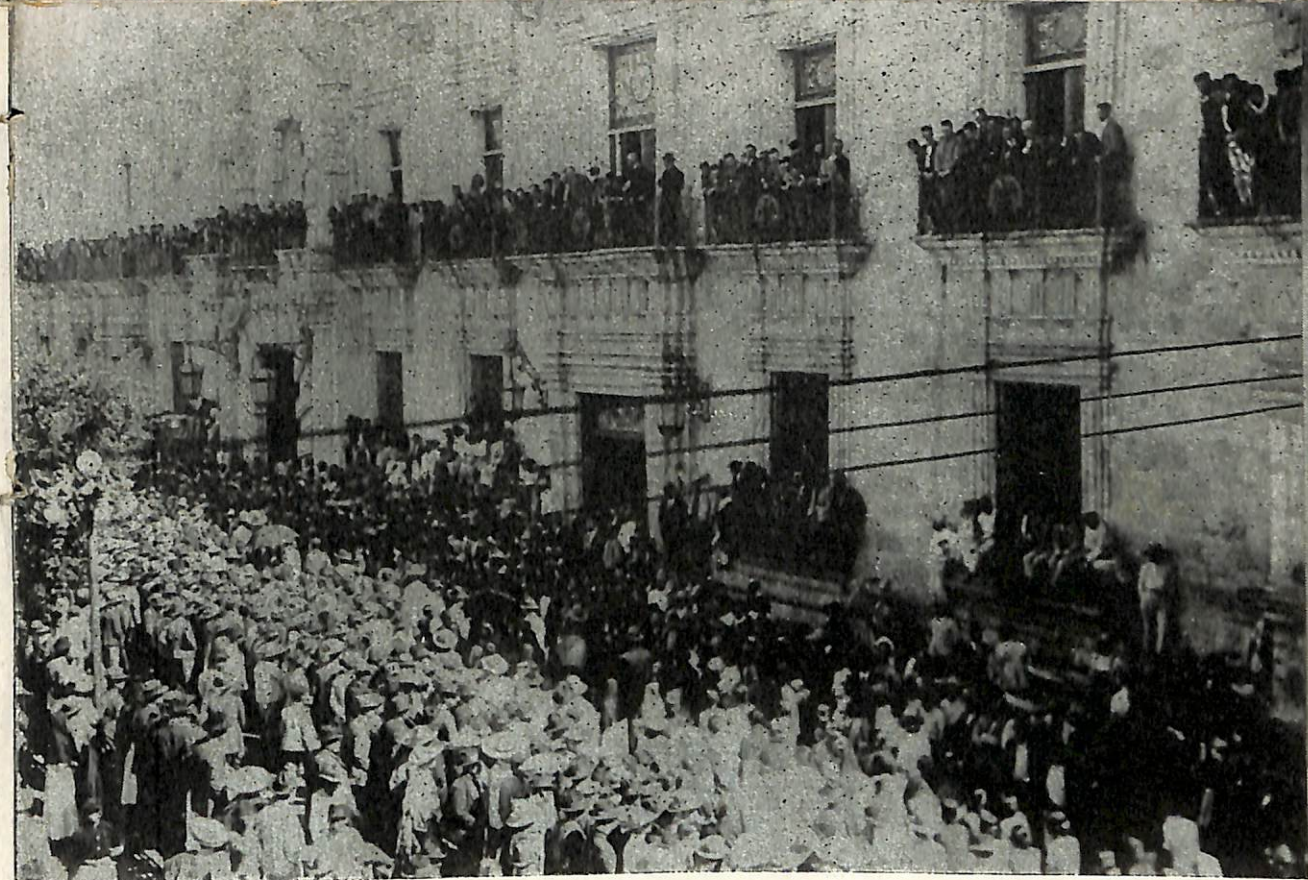
*El General Arnulfo R. Gómez, el Gobernador Zuno y los Generales
Jesús Madrigal y Alberto Zuno, en una convivialidad con otros
jefes militares.*



El General D. Alvaro Obregón, ex Presidente de la República, llega al Palacio de Gobierno de Guadalajara acompañado del Gobernador Zuno y del General Joaquín Amaro.



*El General Obregón en el desfile popular que se hizo en su honor
a su paso para Sonora, después de entregar el poder.*



*Banquete en honor del General Obregón. En primer término, el
Cónsul de Italia don José Rolleri. En la mesa, los Magistrados del
Supremo Tribunal de Justicia con su Presidente, Lic. Clemente
Sepúlveda. El General Obregón, el Gobernador Zuno, el Dip. Luis
L. León, el General Estrada, don Fernando Torre Blanca, el Cón-
sul de Francia don Julián Frouchier, el Lic. Constancio Hernández
A. y el General U. Muñoz.*

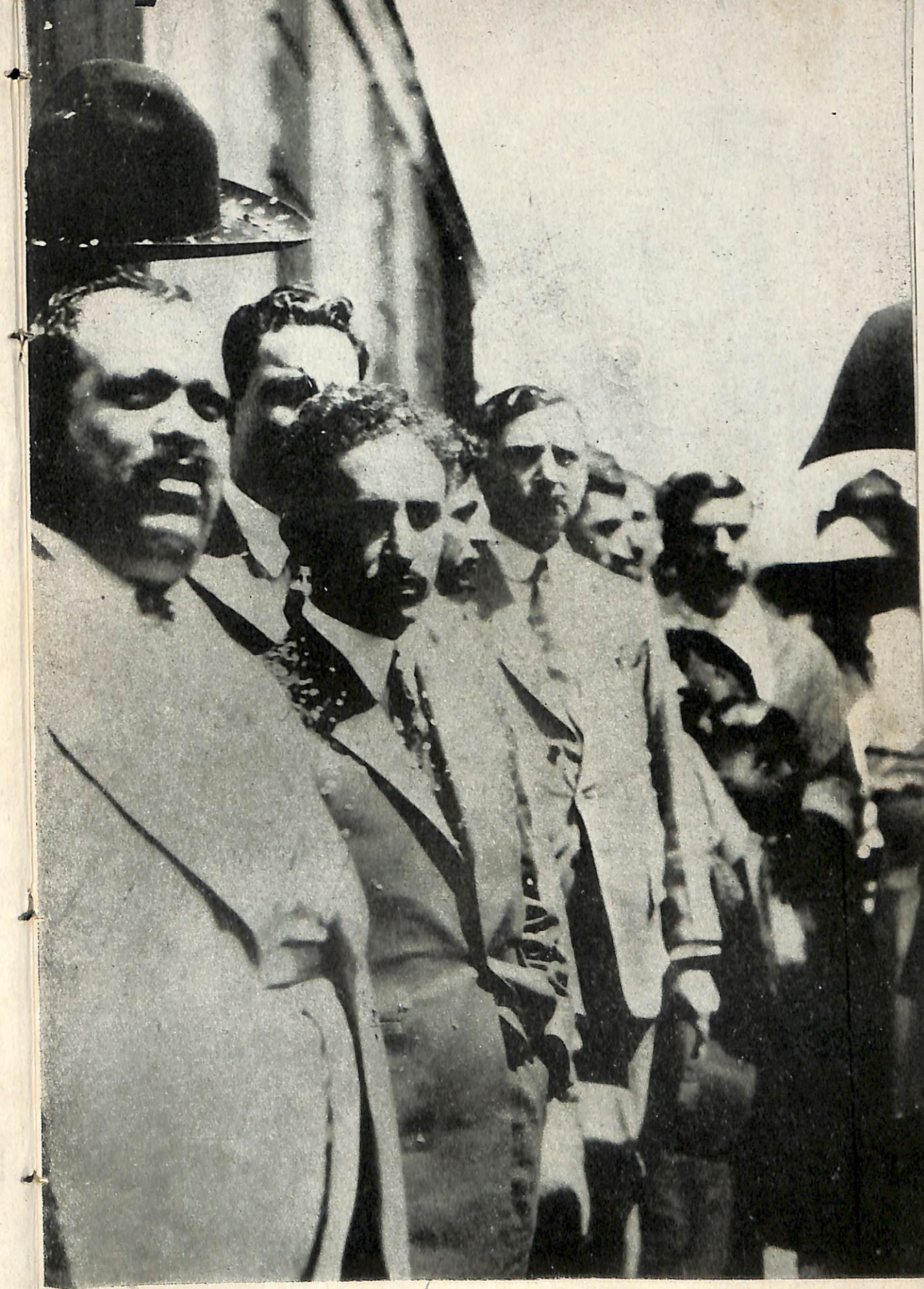


Fundación de la Universidad. Luis Murillo Cornadó, Roberto Montenegro, José María Cuéllar, Amado de la Cueva, Raimundo Hernández, Constancio Hernández, Antonio Valadez Ramírez, Jesús Saúza González, Dr. Ramón Córdova, Adolfo Cienfuegos y Camus, Prof. A. Emparan, Rodrigo Camacho, Adolfo Contreras y Romuáldo Parra.

Sr. José L. Zúñiga, Gobernador del Estado, Libre y Soberano, de Jalisco.
 Ing. Amado Villaseñor



El Gobernador Zuno con los diputados Manuel Riva Palacio, Manuel Martínez Valadez y otras personalidades, en la inauguración de la Universidad.



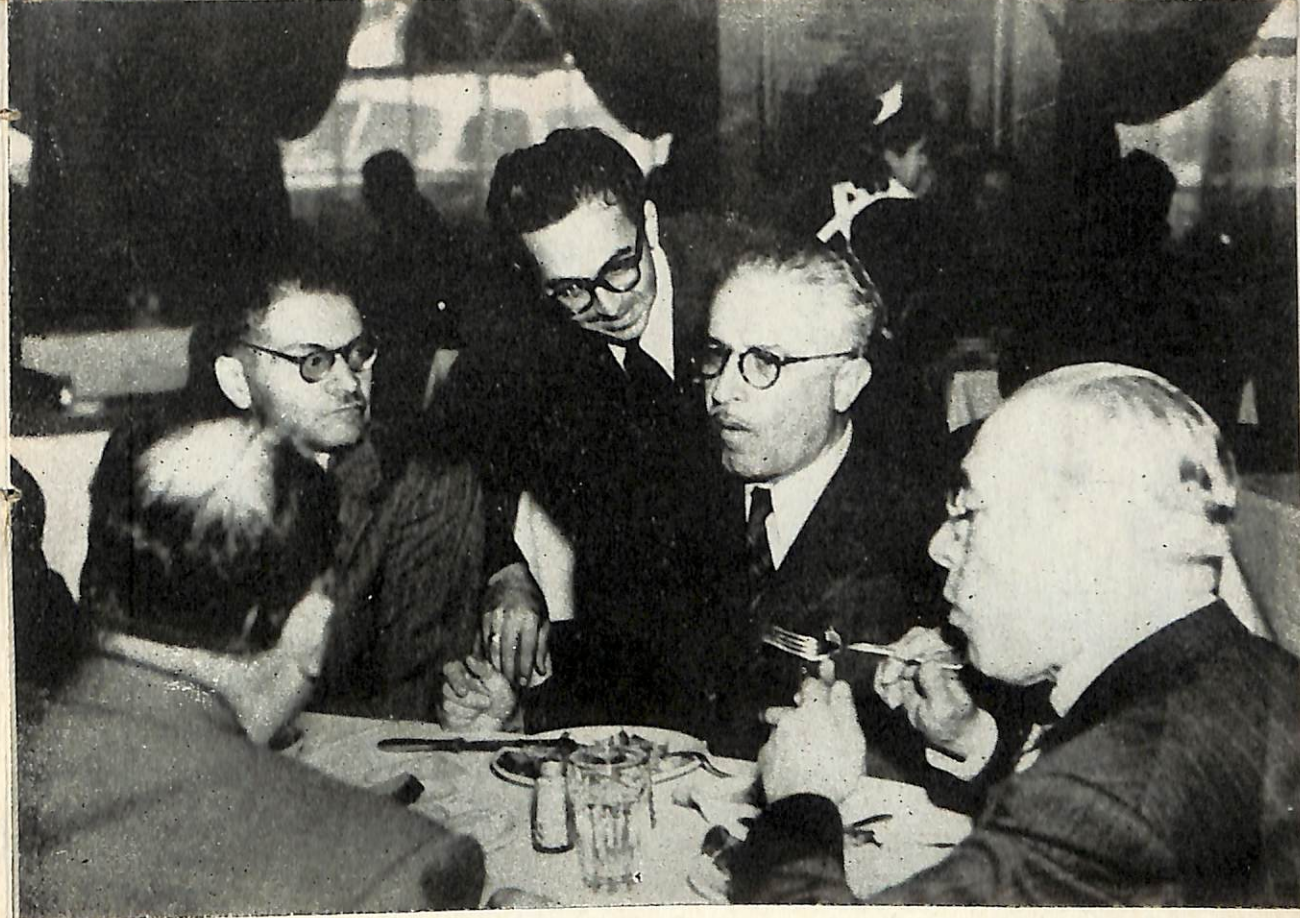
De espaldas: *Dr. Mariano Azuela; luego, Clemente Orozco, José G. Zuno, Enrique González Martínez, Lic. Salvador Gálvez y Agustín Yáñez.*



Enrique González Martínez, Lic. Salvador Gálvez, Lic. Hugo Díez-Thomé, Emmanuel Palacios, Agustín Yáñez; y de espaldas: José G. Zuno y Clemente Orozco.



*Clemente Orozco, José G. Zuno y Enrique González Martínez; de
espaldas: Lic. Salvador Gálvez.*



El homenaje a Alfredo Romo en el Museo del Estado. Prof. Juan Gil Preciado, Alfredo Romo Jr., Lic. José María Díaz de León, Lic. Agustín Yáñez, Gobernador del Estado, Lic. José G. Zuno, Director del Museo, Lic. Constancio Hernández Allende y Lic. Raúl Padilla.



Don Agustín Rivera y don Alberto Macías.



El homenaje en Lagos de Moreno, en honor de don Agustín Rivera. Prof. J. Guadalupe Nájera, Lic. Agustín Yáñez, Lic. Salvador Azuela, Dip. Fidel Ramírez, Gral. Samuel Urbina Osoy y Lic. José G. Zuno.



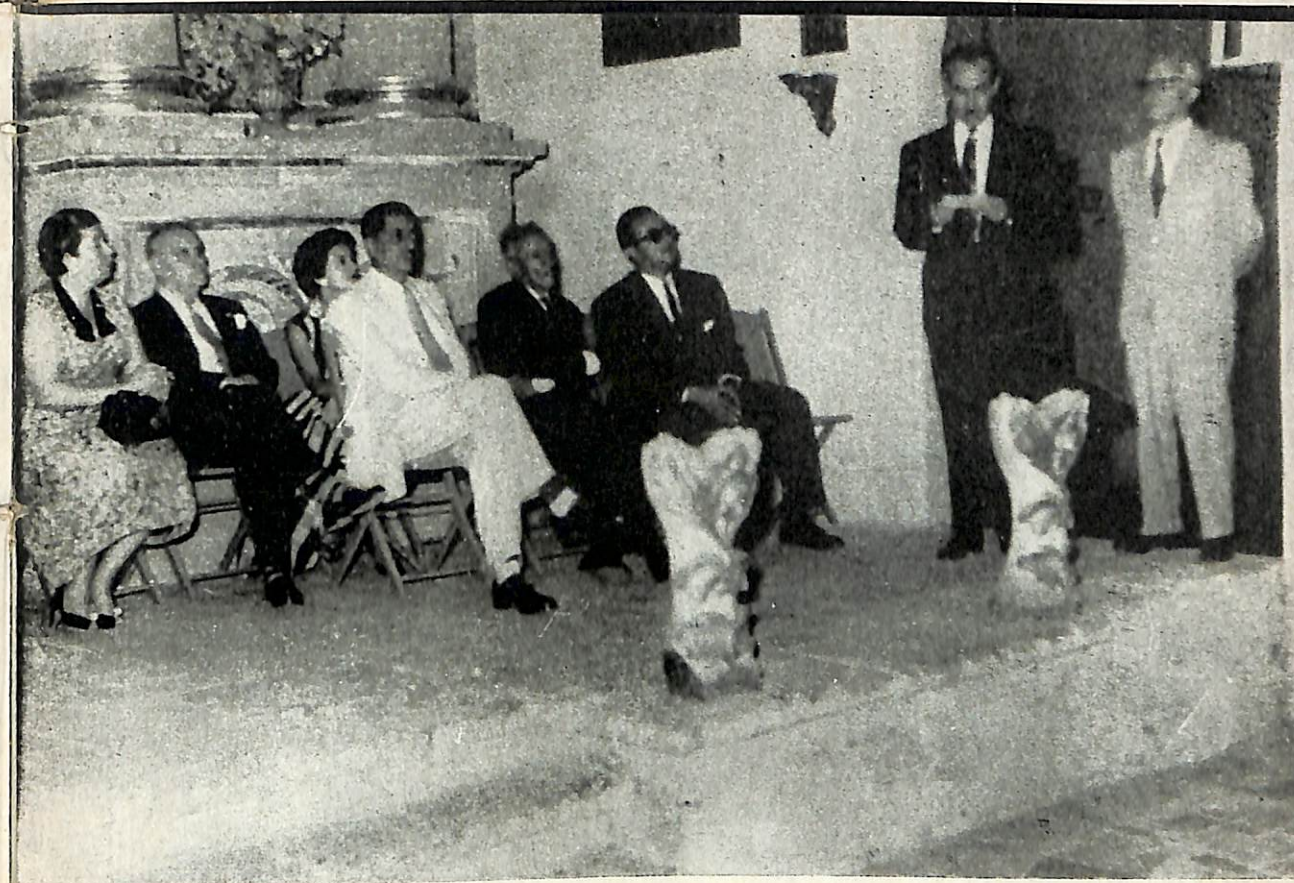
*En el balcón del Museo-Casa de don Agustín Rivera, en Lagos
de Moreno: el licenciado José G. Zuno lee su discurso.*



*El licenciado Zuno hace el elogio del Lic. D. José María Lozano,
en San Miguel el Alto. Sentados: Lic. Andrés Lozano, D. Librado
Jiménez, Lic. Francisco Medina Ascencio, Lic. Alfonso de Alba,
Lic. Nemesio García Naranjo y Lic. Antonio Franco.*



En el homenaje al profesor don José María Arreola en el Museo del Estado. Señorita M. E. Orozco, Ing. José R. Benítez, Dr. Francisco Sánchez Flores, Prof. José María Arreola, Lic. Guillermo Ramírez Valadez, Ing. Hugo Vázquez y Lic. José G. Zuno.



*El Gobernador del Estado, Lic. Agustín Yáñez, entrega al Lic.
José G. Zuno, el Premio Jalisco 1953.*



C A R I C A T U R A S

1, Manuel Martínez Valadez; 2, Francisco Villaespesa; 3, Xavier Guerrero; 4, Orozco Romero; 5, Luis García Carrillo; 6, Amado de la Cueva; 7, Hernández Galván; 8, Sauza González; 9, Gutiérrez Arreola.



1



2



3



4



5



6



7



8



9

10, J. Luis Figueroa; 11, José G. Zuno; 12, Alfredo Romo; 13, Jesús S. Soto; 14, Gabriel Ayala; 15, José Cornejo; 16, Roberto Montenegro; 17, Salvador Escudero; 18, Jorge Enciso.



10



11



12



13



14



15



16



17



18

19, Xavier Enciso; 20, Juan Lavat; 21, Carlos Gutiérrez Cruz;
 22, Dr. Manuel Navarro; 23, Nacho Gómez Gallardo; 24, Alberto
 Venegas; 25, Paco Galindo; 26, Sócrates; 27, Fernando Martín
 del Campo.



19



20



21



22



23



24



25



26



27

28, Dr. Tzubuku; 29, Carmen Rodríguez; 30, Guillermo Capetillo;
 31, Dr. Pérez Gómez; 32, Benjamín Gómez Gallardo; 33, Chicho
 Parga; 34, Pepe Carpio; 35, Lic. M. Mendoza López; 36, Moyita.



28



29



30



31



32



33



34



35



36

37, Nacho Calderón; 38, El tuerto Camba; 39, Leopoldo Orendáin; 40, Nelly Bell; 41, Ricardo Bell Jr.; 42, Jorge Bell; 43, D. Luis Castellanos y Tapia; 44, Prof. Basilio Vadillo; 45, Ing. M. Bonillas.



37



38



39



40



41



42



43



44



45

46, Victoriano Huerta; 47, Ixca; 48, Alfonso Cañedo; 49, Rubinstein; 50, Toño Córdoba; 51, Jesús Reyes Ferreira; 52, Manuel Campos "El Papayo"; 53, Alfredo Bauche Garciadiego; 54, El Cuatezón Beristáin.



46



47



48



49



50



51



52



53



54

55, *El violinista Chino Velázquez*; 56, *El Dip. Alberto Macias*;
57, *Sixto, el conserje del Liceo de Varones*; 58, *Xavier Enciso*.
(Zutano).



55



56



57



58

UDEG-PATRIMONIO UAH



BJGZH-003856